



REPUBLICA ARGENTINA

DIARIO DE SESIONES

CAMARA DE DIPUTADOS DE LA NACION

24ª REUNION – 17ª SESION ORDINARIA

AGOSTO 2 DE 2006

PERIODO 124º

Presidencia de los señores diputados

Alberto E. Balestrini,

Patricia Vaca Narvaja

y Juan Manuel Urtubey

Secretarios:

doctor Enrique R. Hidalgo,

licenciado Alberto M. Suárez

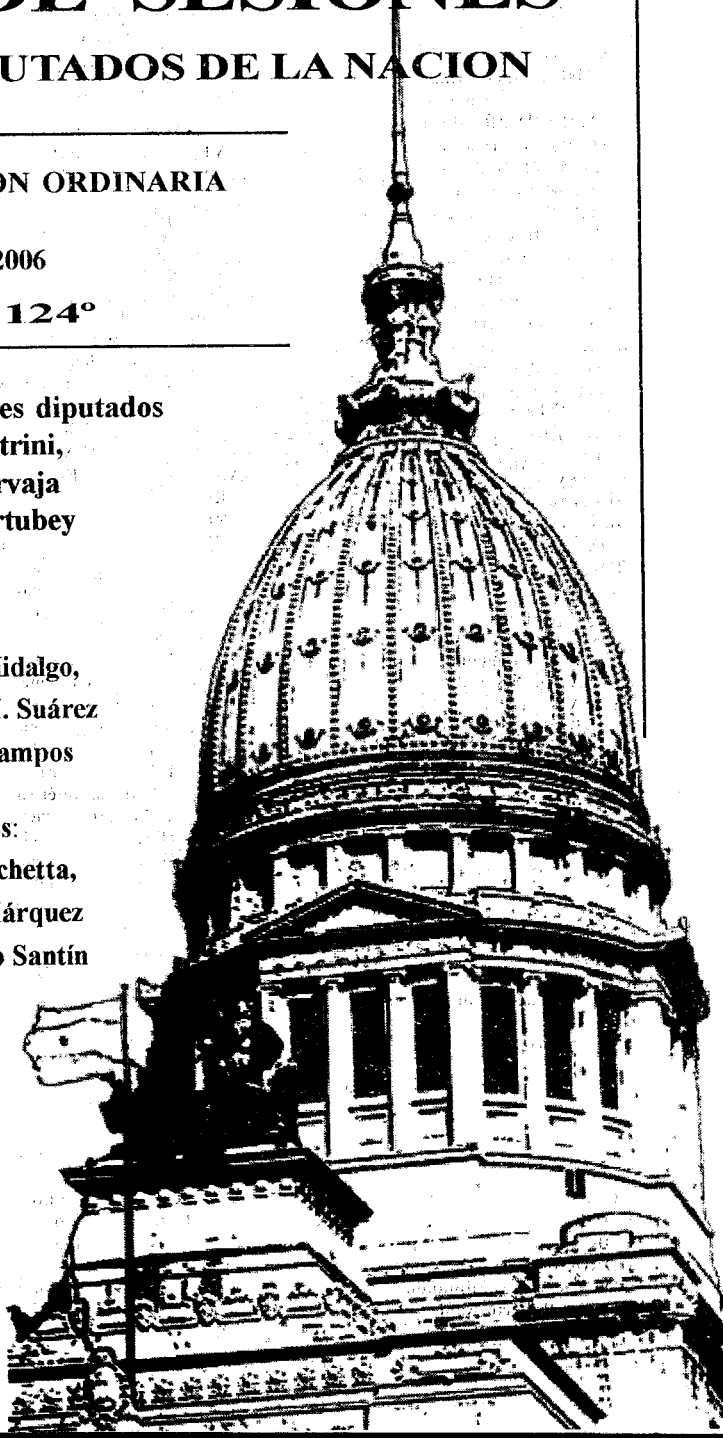
y don Jorge A. Ocampos

Prosecretarios:

doña Marta A. Luchetta,

doctora Silvia B. Márquez

e ingeniero Eduardo Santín



DIPUTADOS PRESENTES:

ABDALA, Josefina
 ACCASTELLO, Eduardo Luis
 ACUÑA KUNZ, Juan Erwin Bolívar
 AGUAD, Oscar Raúl
 AGÜERO, Elda Susana
 ALARCÓN, María del Carmen
 ALCHOURON, Guillermo Eduardo
 ALONSO, Gumersindo Federico
 ÁLVAREZ, Juan José
 ÁLVAREZ RODRÍGUEZ, María Cristina
 ARGÜELI O, Jorge M. A.
 ARNOLD, Eduardo Ariei
 ARRIAGA, Julio Esteban
 ARTOLA, Isabel Amanda
 ATANASOFF, Alfredo N.
 AUGSBURGER, Silvia
 AZCOITI, Pedro José
 BAIGORRI, Guillermo Francisco
 BALADRÓN, Manuel Justo
 BALESTRINI, Alberto Edgardo
 BARAGIOLA, Vilma Rosana
 BARRIONUEVO, José Luis
 BAYONZO, Liliana A.
 BECCANI, Alberto Juan
 BEJARANO, Mario Fernando
 BERRAUTE, Ana
 BERTOL, Paula María
 BERTONE, Rosana Andrea
 BIANCHI SILVESTRE, Marcela A.
 BIANCO, Lia Fabiola
 BIELSA, Rafael Antonio
 BINNER, Hermes Juan
 BISUTTI, Delia Beatriz
 BONACORSI, Juan Carlos
 BORSANI, Luis Gustavo
 BÖSCH DE SARTORI, Irene Miriam
 BRILLO, José R.
 BULLRICH, Esteban José
 BURZACO, Eugenio
 CAMAÑO, Dante Alberto
 CAMAÑO, Eduardo Oscar
 CAMBARERI, Fortunato Rafael
 CANELA, Susana Mercedes
 CANEVAROLO, Dante Omar
 CANTERO GUTIÉRREZ, Alberto
 CANTEROS, Gustavo Jesús Adolfo
 CANTOS, José María
 CARLOTTI, Remo Gerardo
 CARMONA, María Araceli
 CARRIO, Elisa María Avelina
 CASERIO, Carlos Alberto
 CASSESE, Marina
 CAVADINI, Eduardo Víctor
 CECCO, Carlos Jaime
 CÉSAR, Noemí
 CHIACCHIO, Nora Alicia
 CHIRONI, Fernando Gustavo
 CIGOGNA, Luis Francisco Jorge
 CITTADINI DE MONTES, Stella Maris
 COIRINI, Adriana Elsa
 COLLANTES, Genaro Aurelio
 COLOMBI, Horacio Ricardo
 COMELLI, Alicia Marcela
 CONTI, Diana Beatriz
 CÓRDOBA, José Manuel
 CÓRDOBA, Stella Maris
 COSCIA, Jorge Edmundo
 COSTA, Roberto Raúl
 DAHER, Zulema Beatriz

DALLA FONTANA, Ariel Raúl Armando
 DAUD, Jorge Carlos
 DE BERNARDI, Eduardo
 DE LA BARRERA, Guillermo
 DE LA ROSA, María Graciela
 DE MARCHI, Omar Bruno
 DE NARVÁEZ, Francisco
 DELICH, Francisco José
 DELLEPIANE, Carlos Francisco
 DEPETRI, Edgardo Fernando
 DI LANDRÓ, Oscar Jorge
 DI POLLINA, Eduardo Alfredo
 DI TULLIO, Juliana
 DÍAZ BANCALARI, José María
 DÍAZ ROIG, Juan Carlos
 DÍAZ, Susana Eladia
 DOGA, María Nélida
 DOVENA, Miguel Dante
 FABRIS, Luciano Rafael
 FADEL, Patricia Susana
 FERNÁNDEZ, Alfredo César
 FERRÁ DE BARTOL, Margarita
 FERRI, Gustavo Enrique
 FERRIGNO, Santiago
 FERRO, Francisco José
 FIGUEROA, José Oscar
 FIOL, Paulina Esther
 GALANTINI, Eduardo Leonel
 GALLO, Daniel Oscar
 GALVALISI, Luis Alberto
 GARCÍA DE MORENO, Eva
 GARCÍA MÉNDEZ, Emilio Arturo
 GARCÍA, María Teresa
 GARCÍA, Susana Rosa
 GARRIDO ARCEO, Jorge Antonio
 GENEM, Amanda Susana
 GIACOMINO, Daniel Oscar
 GINZBURG, Nora Raquel
 GIOJA, Juan Carlos
 GIORGETTI, Jorge Raúl
 GIUBERGIA, Miguel Ángel
 GIUDICI, Silvana Myriam
 GODOY, Juan Carlos Lucio
 GODOY, Ruperto Eduardo
 GONZÁLEZ, Jorge Pedro
 GONZÁLEZ, María América
 GORBACZ, Leonado Ariel
 GUTIÉRREZ, Francisco Virgilio
 GUTIÉRREZ, Graciela Beatriz
 HEREDIA, Arturo Miguel
 HERNÁNDEZ, Cinthya Gabriela
 HERRERA, Alberto
 HERRERA, Griselda Noemí
 IGLESIAS, Roberto Raúl
 ILARREGUI, Luis Alfredo
 INGRAM, Roddy Ernesto
 IRRAZÁBAL, Juan Manuel
 ITURRIETA, Miguel Ángel
 JANO, Ricardo Javier
 JEREZ, Esteban Eduardo
 KAKUBUR, Emilio
 KRONEBERGER, Daniel Ricardo
 KUNKEL, Carlos Miguel
 LAMBERTO, Oscar Santiago
 LANDAU, Jorge Alberto
 LAURITTO, José Eduardo
 LEMOS, Silvia Beatriz
 LEYBA DE MARTÍ, Beatriz Mercedes
 LIX KLETT, Roberto Ignacio
 LÓPEZ, Amelia de los Milagros

LORENZO BOROCOTÓ, Eduardo
 LOVAGLIO SARAVIA, Antonio
 LOZANO, Claudio
 LUSQUINOS, Luis Bernardo
 MACALUSE, Eduardo Gabriel
 MACCHI, Carlos Guillermo
 MACRI, Mauricio
 MAFFEI, Marta Olinda
 MARCÓ DEL PONT, Mercedes
 MARCONATO, Gustavo Ángel
 MARCONETTO, Aldo Juan
 MARINO, Adriana del Carmen
 MARINO, Juliana Isabel
 MARTÍNEZ GARBINO, Emilio Raúl
 MARTINI, Hugo
 MASSEI, Oscar Emelindo
 MEDIZA, Heriberto Eloy
 MÉNDEZ DE FERREYRA, Araceli Estela
 MENEM, Adrián
 MERINO, Raúl Guillermo
 MOISÉS, María Carolina
 MONAYAR, Ana María Carmen
 MONGELO, José Ricardo
 MORANDINI, Norma Elena
 MORENO, Carlos Julio
 MORINI, Pedro Juan
 MÜLLER, Mabel Hilda
 NEGRI, Mario Raúl
 NEMIROVSKI, Osvaldo Mario
 NIEVA, Alejandro Mario
 OLIVA, Cristian Rodolfo
 OLMOS, Graciela Hortencia
 OSORIO, Marta Lucía
 OSUNA, Blanca Inés
 OVIEDO, Alejandra Beatriz
 PANZONI, Patricia Ester
 PASTORIZA, Eduardo Antonio
 PÉREZ, Adrián
 PÉREZ, Mirta
 PERIÉ, Hugo Rubén
 PESO, Stella Marys
 PINEDO, Federico
 POGGI, Claudio Javier
 PORTO, Héctor Norberto
 QUIROZ, Elsa Siria
 RAIMUNDI, Carlos Alberto
 RECAI DE, Héctor Pedro
 RICO, María del Carmen Cecilia
 RÍOS, María Fabiana
 RODRÍGUEZ, Marcela Virginia
 RODRÍGUEZ, Oscar Ernesto Ronaldo
 ROJKES DE ALPEROVICH, Beatriz Liliana
 ROMÁN, Carmen
 ROMERO, Rosario Margarita
 ROQUEL, Rodolfo
 ROSSI, Agustín Oscar
 ROSSO, Graciela Zulema
 ROZAS, Angel
 RUCKAUF, Carlos Federico
 SALUM, Osvaldo Rubén
 SANTANDER, Mario Armando
 SARGHINI, Jorge Emilio
 SARTORI, Diego Horacio
 SESMA, Laura Judith
 SLUGA, Juan Carlos
 SNOPEK, Carlos Daniel
 SOLANAS, Raúl Patricio
 SOSA, Carlos Alberto
 SOTO, Gladys Beatriz
 SPATOLA, Paola Rosana
 STELLA, Aníbal Jesús
 STORANI, Federico Teobaldo Manuel
 STORERO, Hugo Guillermo
 SYLVESTRE BEGNIS, Juan Héctor
 TATE, Alicia Ester

THOMAS, Enrique Luis
TINNIRELLO, Carlos Alberto
TONELLI, Pablo Gabriel
TORINO, Héctor Omar
TORRONTEGUI, María Angélica
TULIO, Rosa Ester
UNAC, José Rubén
URTUBEY, Juan Manuel
VACANARVAJA, Patricia
VANOSI, Jorge Reinaldo
VARGAS AIGNASSE, Gerónimo
VARISCO, Sergio Fausto
VELARDE, Marta Sylvia
WEST, Mariano Federico
WILDER, Ricardo Alberto

ZANCADA, Pablo Ventura
ZIMMERMANN, Víctor
ZOTTOS, Andrés

AUSENTES, CON LICENCIA:

BONASSO, Miguel
BRUE, Daniel Agustín
CORNEJO, Alfredo Víctor
CUEVAS, Hugo Oscar
FRANCO, Hugo Alberto
GARÍN DE TULA, Lucía
JEREZ, Eusebia Antonia
LEMME, María Alicia
MANSUR, Nélide Mabel

MONTENEGRO, Olinda
OCANA, María Graciela
OSCOS, María Ilse
PÉREZ, Alberto César
RITONDO, Cristian Adrián
SALIM, Juan Arturo
TOMAZ, Adriana Elisa

AUSENTES, CON AVISO:

CAMAÑO, Graciela
MONTI, Lucrecia
RICHTER, Ana Elisa Rita
TOLEDO, Hugo David
VILLAVERDE, Jorge Antonio

La referencia acerca del distrito, bloque y periodo del mandato de cada señor diputado puede consultarse en el Diario de Sesiones correspondiente a la sesión preparatoria (38ª reunión, periodo 123º) de fecha 6 de diciembre de 2005.

SUMARIO

2005). Se sanciona definitivamente (ley 26.127). (Pág. 22.)

1. **Izamiento de la bandera nacional.** (Pág. 13.)
2. **Asuntos entrados.** Resolución respecto de los asuntos que requieren pronunciamiento inmediato del cuerpo. (Pág. 14.)
3. **Consideración de la autorización** presentada por la señora diputada doña María Alicia Lemme para ocupar el cargo de delegada organizadora del municipio de la ciudad de La Punta, provincia de San Luis, y de la correspondiente licencia sin goce de dieta. Se conceden. (Pág. 14.)
4. **Plan de labor** de la Honorable Cámara. (Pág. 14.)
5. **Mociones de preferencia con despacho de comisión.** Se aprueban. (Pág. 15.)
6. **Consideración** del dictamen de la Comisión de Cultura en el proyecto de ley en revisión por el que se declara héroe nacional al general don Martín Miguel de Güemes (116-S.-2005). Se sanciona definitivamente (ley 26.125). (Pág. 16.)
7. **Consideración** del dictamen de las comisiones de Relaciones Exteriores y Culto y de Población y Desarrollo Humano en el proyecto de ley en revisión por el que se aprueba el Acuerdo Migratorio entre la República Argentina y la República de Bolivia (72-S.-2005). Se sanciona definitivamente (ley 26.126). (Pág. 17.)
8. **Consideración** del dictamen de las comisiones de Relaciones Exteriores y Culto y de Acción Social y Salud Pública en el proyecto de ley en revisión por el que se aprueba el Acuerdo entre el Gobierno de la República Argentina y la Oficina Internacional de Epizootias (220-S.-

9. **Consideración** del dictamen de las comisiones de Relaciones Exteriores y Culto, de Recursos Naturales y Conservación del Ambiente Humano y de Acción Social y Salud Pública en el proyecto de ley en revisión por el que se aprueba el Acuerdo entre la República Argentina y la República del Perú sobre Cooperación en Materia de Desastres (258-S.-2005). Se sanciona definitivamente (ley 26.128). (Pág. 26.)
10. **Consideración** del dictamen de las comisiones de Legislación General, de Recursos Naturales y Conservación del Ambiente Humano y de Presupuesto y Hacienda en el proyecto de ley en revisión por el que se acepta la cesión de jurisdicción efectuada por la provincia de Salta al Estado nacional mediante la ley provincial 7.252 (90-S.-2005). Se sanciona definitivamente (ley 26.129). (Pág. 31.)
11. **Consideración** del dictamen de las comisiones de Agricultura y Ganadería y de Economías y Desarrollo Regional en el proyecto de ley de la señora diputada Bösch de Sartori por el que se declara a la ciudad de Apóstoles, provincia de Misiones, Capital Nacional de la Yerba Mate (5.376-D.-2005). Se sanciona. (Pág. 33.)
12. **Consideración** de los dictámenes sin disidencias ni observaciones por los que se aconseja la sanción de proyectos de resolución y de declaración. (Pág. 36.)

I. **Dictamen** de las comisiones de Familia, Mujer, Niñez y Adolescencia y de Acción Social y Salud Pública en el proyecto de resolución de la señora diputada Leyba de Martí de

XCVII. Proyecto de declaración de las señoras diputadas Rosso y Conti por el que se declara de interés legislativo el VII Congreso Argentino de Osteoporosis y el V Congreso Argentino de Enfermedades del Metabolismo Oseo y Mineral del Mercosur (4.201-D.-2006). Se sanciona. (Pág. 148.)

XCVIII. Pronunciamiento de la Honorable Cámara sobre los asuntos a los que se refieren los números 12. I a 12. XCVII de este sumario. Se sancionan. (Pág. 148.)

13. Moción de orden formulada por el señor diputado Dellepiane de que la Honorable Cámara se aparte de las prescripciones del reglamento a efectos de celebrar una sesión de carácter secreto con motivo de manifestaciones del señor diputado Depetri publicadas en el diario "La Nación". Se rechaza. (Pág. 148.)

14. Consideración de los dictámenes de la Comisión de Presupuesto y Hacienda en el proyecto de ley en revisión por el que se modifica el artículo 37 de la ley 24.156, de Administración Financiera y de los Sistemas de Control del Sector Público Nacional (101-S.-2006). Se sanciona definitivamente (*ley* 26.124). (Pág. 150.)

15. Apéndice:

A. Sanciones de la Honorable Cámara. (Pág. 271.)

B. Asuntos entrados:

- I. Mensajes del Poder Ejecutivo. (Pág. 297.)
- II. Jefatura de Gabinete de Ministros. (Pág. 298.)
- III. Comunicaciones del Honorable Senado. (Pág. 298.)
- IV. Comunicaciones de la Presidencia. (Pág. 298.)
- V. Dictámenes de comisiones. (Pág. 298.)
- VI. Dictámenes observados. (Pág. 302.)
- VII. Comunicaciones de comisiones. (Pág. 302.)
- VIII. Comunicaciones de señores diputados. (Pág. 302.)
- IX. Comunicaciones oficiales. (Pág. 302.)
- X. Peticiones particulares. (Pág. 305.)
- XI. Proyectos de ley. (Pág. 305.)
- XII. Proyectos de resolución. (Pág. 308.)
- XIII. Proyectos de declaración. (Pág. 314.)
- XIV. Licencias. (Pág. 317.)

C. Inserciones solicitadas por los señores diputados:

1. Bayonzo. (Pág. 317.)
2. Bertol. (Pág. 318.)
3. Cantero Gutiérrez. (Pág. 320.)
4. Carrió. (Pág. 322.)
5. Colombi. (Pág. 329.)
6. Comelli. (Pág. 330.)
7. De Bernardi. (Pág. 332.)
8. De la Rosa. (Pág. 333.)
9. Díaz Bancalari. (Pág. 334.)
10. Fabris. (Pág. 338.)
11. Ferro. (Pág. 339.)
12. Galvalisi. (Pág. 344.)
13. Jerez. (Pág. 354.)
14. Lambertini. (Pág. 355.)
15. Lemos. (Pág. 357.)
16. Lovaglio Saravia. (Pág. 362.)
17. Marconato. (Pág. 363.)
18. Macchi. (Pág. 365.)
19. Peso. (Pág. 368.)
20. Rodríguez (M.V.). (Pág. 369.)
21. Rosso. (Pág. 378.)
22. Solanas. (Pág. 379.)
23. Vanossi. (Pág. 381.)

D. Asistencia de los señores diputados a las reuniones de comisiones (julio de 2006). (Pág. 384.)

—En Buenos Aires, a los dos días del mes de agosto de 2006, a la hora 16 y 54:

1

IZAMIENTO DE LA BANDERA NACIONAL

Sr. Presidente (Balestrini). — Con la presencia de 135 señores diputados queda abierta la sesión.

Invito al señor diputado por el distrito electoral de Buenos Aires, don Alfredo Néstor Atanasof, a izar la bandera nacional en el mástil del recinto.

—Puestos de pie los señores diputados y el público asistente a las galerías, el señor diputado don Alfredo Néstor Atanasof procede a izar la bandera nacional en el mástil del recinto. (*Aplausos*.)

2

ASUNTOS ENTRADOS

Sr. Presidente (Balestrini). – Corresponde dar cuenta de los asuntos incluidos en los boletines de Asuntos Entrados números 21 y 22 que obran en poder de los señores diputados.

Conforme con lo resuelto oportunamente por la Honorable Cámara, se prescindirá de la enunciación de tales asuntos por Secretaría, sin perjuicio de su inclusión en el Diario de Sesiones, y se dará por aprobado el giro a las respectivas comisiones.¹

Corresponde que la Honorable Cámara pase a resolver respecto de los asuntos que requieren pronunciamiento inmediato del cuerpo.

Atento a que el punto sobre tablas que figura en el Boletín de Asuntos Entrados N° 21 corresponde al retiro de un proyecto si hubiere asentimiento se procederá en la forma solicitada.

–Asentimiento.

Sr. Presidente (Balestrini). – Se va a votar si se conceden las licencias solicitadas por los señores diputados.

–Resulta afirmativa.

Sr. Presidente (Balestrini). – Quedan concedidas las licencias solicitadas.

3

AUTORIZACION Y LICENCIA

Sr. Presidente (Balestrini) – Corresponde considerar la presentación formulada por la señora diputada María Alicia Lemme, por la que solicita autorización de la Honorable Cámara para continuar ocupando el cargo de delegada organizadora del Municipio de la ciudad de La Punta, provincia de San Luis, y su correspondiente licencia sin goce de dieta desde el 31 de julio hasta el 31 de octubre del corriente año.

Buenos Aires, 1° de agosto de 2006.

Al señor presidente de la Honorable Cámara de Diputados de la Nación, doctor Alberto Balestrini.

S/D.

Tengo el agrado de dirigirme a usted a fin de solicitarle, tenga a bien, se me conceda autorización

¹ Véase la enunciación de los Asuntos Entrados en el Apéndice. (Pág. 297.)

para continuar desempeñándome en el cargo de delegada organizadora de La Punta, en la provincia de San Luis, desde el día 31 de julio al 31 de octubre del corriente año.

Le agradezco su atención y lo saludo cordialmente.

María A. Lemme.

Ciudad de La Punta, 26 de julio de 2006.

Al señor presidente de la Honorable Cámara de Diputados de la Nación, doctor Alberto Balestrini.

S/D.

Tengo el agrado de dirigirme a usted a fin de solicitarle, tenga a bien, disponer la prórroga de la licencia sin goce de haberes en mi función como diputada nacional, desde el día 31 de julio al 31 de octubre del corriente año. Motiva este pedido el hecho de continuar desempeñándome en el cargo de delegada organizadora del Municipio de la Ciudad de La Punta de la provincia de San Luis.

Le agradezco su atención y lo saludo cordialmente.

María A. Lemme.

Sr. Presidente (Balestrini). – En consideración.

Se va a votar.

–Resulta afirmativa.

Sr. Presidente (Balestrini). – Quedan concedidas la autorización y la licencia solicitadas.

4

PLAN DE LABOR

Sr. Presidente (Balestrini). – Corresponde pasar al término reglamentario destinado a la consideración del plan de labor de la Honorable Cámara.

Por Secretaría se dará lectura del plan de labor propuesto por la Comisión de Labor Parlamentaria.

Sr. Secretario (Hidalgo). – El plan de labor acordado por la Comisión de Labor Parlamentaria es el siguiente:

Proyecto de ley con disidencias y observaciones:

–Ley 24.156, de Administración Financiera y de los Sistemas de Control del Sector Público Nacional. Modificación (Orden del Día N° 667; expediente 101-S.-2006).

Proyectos de ley sin disidencias ni observaciones:

—General don Martín Miguel de Güemes. Declaración al mismo como héroe nacional (Orden del Día N° 590; expediente 116-S.-2005).

—Acuerdo migratorio entre la República Argentina y la República de Bolivia, suscrito en Buenos Aires el 21 de abril de 2004. Aprobación (Orden del Día N° 617; expediente 72-S.-2005).

—Acuerdo entre la República Argentina y la Oficina Internacional de Epizootias en la República Argentina, suscrito en Buenos Aires y París el 24 de noviembre de 2003. Aprobación (Orden del Día N° 618; expediente 220-S.-2005).

—Acuerdo entre la República Argentina y la República del Perú, sobre cooperación en materia de desastres, suscrito en Buenos Aires el 11 de junio de 2004. Aprobación (Orden del Día N° 619; expediente 258-S.-2005).

—Cesión jurisdiccional efectuada por la provincia de Salta al Estado nacional del área conformada por la finca rural San José de Huayco Grande y Pedregal, ubicada en el paraje Los Toldos, departamento Santa Victoria, provincia de Salta. Aceptación (Orden del Día N° 650; expediente 90-S.-2005).

—Ciudad de Apóstoles, provincia de Misiones. Declaración como “Capital Nacional de la Yerbamate” (Orden del Día N° 656; expediente 5.376-D.-2005).

Proyectos de resolución o declaración sin disidencias ni observaciones: son noventa y cinco órdenes del día de resolución o declaración: de 556 a 559; de 561 a 566; de 568 a 589; 591 y 592; de 594 a 605; 607; de 609 a 616; de 620 a 622; de 624 a 647; 653. de 657 a 666; 699 y 700.

—de resolución: adherir a los festejos por el 130° aniversario de la fundación de la Villa Cosquín, provincia de Córdoba, fundada el 4 de agosto de 1876 (expediente 4.198-D.-2006).

—de declaración: declarar de interés legislativo el VII Congreso Argentino de Osteoporosis y el V Congreso Argentino de Enfermedades del Metabolismo Oseo y Mineral del Mercosur, a realizarse del 3 al 6 de agosto de 2006 en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires (expediente 4.201-D.-2006).

Sr. Presidente (Balestrini). — En consideración el plan de labor propuesto por la Comisión de Labor Parlamentaria.

Se va a votar.

—Resulta afirmativa.

Sr. Presidente (Balestrini). — Queda aprobado el plan de labor.

5

MOCIONES DE PREFERENCIA CON DESPACHO DE COMISION

Sr. Presidente (Balestrini). — Corresponde pasar al término previsto por el artículo 168 del reglamento, destinado a mociones de preferencia y de tratamiento sobre tablas.

Por Secretaría se dará lectura del listado de mociones de preferencia, con despacho de comisión, para la próxima sesión, formuladas por los señores diputados:

Sr. Secretario (Hidalgo). — El señor diputado Urtubey solicita preferencia, con despacho de comisión, para el proyecto de ley en revisión contenido en el expediente 148-S.-2005 por el que se declara la inembargabilidad de las indemnizaciones establecidas por la ley 25.471, programa de propiedad participada —ex agentes de Yacimientos Petrolíferos Fiscales—.

El señor diputado Di Pollina solicita preferencia, con despacho de comisión, para los siguientes proyectos de ley de los que es coautor: expediente 1.569-D.-2005, sobre indemnización a las víctimas de la represión llevada a cabo los días 19 y 20 de diciembre de 2001, y expediente 4.884-D.-2005, sobre preservación y conservación de recursos ictícos del río Paraná. Creación del Consejo Federal Pesquero del Río Paraná.

El señor diputado Landau solicita preferencia, con despacho de comisión, para los siguientes proyectos: de ley de la señora diputada Chiacchio, contenido en el expediente 1.253-D.-2006, por el que modifica el artículo 2° de la ley 25.994, de jubilación anticipada; de declaración de la señora diputada Chiacchio, contenido en el expediente 3.457-D.-2006, por el que se solicita al Poder Ejecutivo la prórroga de la entrada en vigencia del sistema de cómputo recíproco para el pago de beneficios previsionales, ley 25.629; de ley de la señora diputada Müller, con-

Sr. Presidente (Balestrini). — Tiene la palabra el señor diputado por Buenos Aires.

Sr. Camaño (E.O.). — Señor presidente: el apartamiento del reglamento se refiere exclusivamente a una consulta real. Estamos hablando de un tema sumamente delicado, por lo que quien dice las palabras que dice tiene que asumir las responsabilidades que le corresponden.

Por tales razones, me parece que debemos tomar conciencia de lo que está planteando el señor diputado Dellepiane. Este tema no es menor sino que atañe a todos los actores de la democracia y a cada uno de los sectores a los que podamos pertenecer. Se está haciendo una acusación de posibles muertes en la República Argentina, por lo que diría que la moción de apartamiento del reglamento casi debería aprobarse por unanimidad.

Con respecto a lo que se está planteando a posteriori, si se quiere hacer una reunión secreta, hagámosla; y si no, hagámosla pública. Lo que sí me parece es que una cuestión de estas características tiene que aprobarse casi por unanimidad. Por eso invito a todos los señores diputados incluso a los oficialistas a levantar la mano en señal de aprobación, y que después de la sesión del día de hoy nos quedemos una hora más para que el señor diputado, en cualquier tipo de sesión, dé las explicaciones correspondientes.

De lo contrario, quedaría en suspenso una situación semejante a la muerte para poder derrotar o dejar un gobierno. Esto es muy grave. Por eso pido a los señores diputados que tomen conciencia.

Una vez dicho esto, señor presidente, le pido que ponga en consideración la moción de apartamiento del reglamento, porque creo que vale la pena.

Sr. Presidente (Balestrini). — Se va a votar la moción de apartamiento del reglamento. Se necesitan las tres cuartas partes de los votos que se emitan.

— Resulta negativa.

Sr. Presidente (Balestrini). — Queda rechazada la moción.

Sra. Leyba de Martí — ¿No corresponde votación nominal, señor presidente?

Sr. Presidente (Balestrini). — No, señora diputada, porque no hubo ningún pedido en ese sentido.

Se pasa al orden del día.

14

**MODIFICACION DE LA LEY 24.156,
DE ADMINISTRACIÓN FINANCIERA
Y DE LOS SISTEMAS DE CONTROL
DEL SECTOR PÚBLICO NACIONAL**

(Orden del Día N° 667)

Dictamen de mayoría

Honorable Cámara:

La Comisión de Presupuesto y Hacienda ha considerado el proyecto de ley venido en revisión del Honorable Senado por el cual se modifica el artículo 37 de la ley 24.156, de Administración Financiera y de los Sistemas de Control del Sector Público Nacional, sobre alcances y mecanismos para efectuar modificaciones a la ley de presupuesto; y por las razones expuestas en el informe que se acompaña y las que dará el miembro informante, aconseja su sanción.

Sala de la comisión, 19 de julio de 2006.

Carlos D. Snopek. — Gustavo A. Marconato. — Irene M. Bösch de Sartori. — Dante Canevarolo. — Alberto Cantero Gutiérrez. — María A. Carmona. — Luis F. J. Cigogna. — Jorge C. Daud. — Eduardo D. Bernardi. — María G. De la Rosa. — Patricia S. Fadel. — Daniel O. Gallo. — Juan C. Gioja. — Griselda N. Herrera. — Heriberto E. Mediza. — Ana María del C. Monayar. — Carlos J. Moreno. — Blanca I. Osuna. — Beatriz L. Rojkes de Alperovich. — Graciela Z. Rosso. — Fernando O. Salim. — Diego H. Sartori. — Gladys B. Soto. — Juan M. Urtubey. — Gerónimo Vargas Aignasse. — Mariano F. West.

En disidencia parcial:

Genaro A. Collantes.

En disidencia total:

Claudio J. Poggi. — Hermes J. Binner. — Marina Cassese. — Alejandra B. Oviedo. — Jorge E. Sarghini.

Buenos Aires, 13 de julio de 2006.

Al señor presidente de la Honorable Cámara de Diputados de la Nación, don Alberto E. Balestrini:

Tengo el honor de dirigirme al señor presidente, a fin de comunicarle que el Honorable Senado, en la fecha, ha sancionado el siguiente proyecto de ley que paso en revisión a esa Honorable Cámara:

El Senado y Cámara de Diputados,...

Artículo 1º — Sustitúyese el artículo 37 de la ley 24.156, de administración financiera y de los siste-

mas de control del sector público nacional, por el siguiente:

Artículo 37: La reglamentación establecerá los alcances y mecanismos para efectuar las modificaciones a la ley de presupuesto general que resulten necesarias durante su ejecución. Quedan reservadas al Congreso Nacional las decisiones que afecten el monto total del presupuesto y el monto del endeudamiento previsto.

El jefe de Gabinete de Ministros puede disponer las reestructuraciones presupuestarias que considere necesarias dentro del total aprobado por cada ley de presupuesto, quedando comprendidas las modificaciones que involucren a gastos corrientes, gastos de capital, aplicaciones financieras y distribución de las finalidades.

A tales fines, exceptuase al jefe de Gabinete de Ministros de lo establecido en el artículo 15 de la ley 25.917.

El incremento de las partidas que refieran a gastos reservados y de inteligencia sólo podrá disponerse por el Congreso de la Nación.

Art. 2º – La presente ley entrará en vigencia a partir del día siguiente al de su publicación en el Boletín Oficial.

Art. 3º – Comuníquese al Poder Ejecutivo.

Saludo a usted muy atentamente.

JUAN J. PAMPURO.

Juan Estrada.

INFORME

Honorable Cámara:

La Comisión de Presupuesto y Hacienda al considerar el proyecto de ley venido en revisión del Honorable Senado por el cual se modifica el artículo 37 de la ley 24.156, de administración financiera y de los sistemas de control del sector público nacional, sobre alcances y mecanismos para efectuar modificaciones a la ley de presupuesto, estima que corresponde su aprobación.

Carlos D. Snopek.

II

Dictamen de minoría

Honorable Cámara:

La Comisión de Presupuesto y Hacienda ha considerado el proyecto de ley en revisión del Honorable Senado sobre modificación del artículo 37 de la ley 24.156, de administración financiera y de los sistemas de control del sector público nacional, y del artículo 15 de la ley 25.917 de responsabilidad fis-

cal, sobre los alcances y mecanismos para efectuar modificaciones a la ley de presupuesto, y por las razones que dará el miembro informante, aconsejan su rechazo total.

Sala de la comisión, 19 de julio de 2006.

Miguel A. Giubergia. – Cinthya G. Hernández. – Silvia B. Lemos. – Mario R. Negri.

INFORME

Honorable Cámara:

El bloque de la Unión Cívica Radical rechaza firmemente el proyecto de reforma de la Ley de Administración Financiera propuesto por el Poder Ejecutivo, por considerar sumamente necesario garantizar el respeto y la sujeción a las instituciones democráticas consagradas en la Constitución Nacional.

En caso de sancionarse el mencionado proyecto se pondría en riesgo la efectiva división de poderes prevista en nuestra Carta Magna, al perpetuarse el manejo discrecional de los fondos públicos por parte del Poder Ejecutivo. Quedaría además –en la práctica– sumamente deteriorada la capacidad del Congreso para intervenir en el proceso presupuestario, y por consiguiente, no existirían garantías mínimas de que se cumplan los objetivos políticos y económicos acordados por los representantes del pueblo mediante la aprobación de la ley de presupuesto.

El presupuesto anual de la administración nacional es una herramienta vital para la gestión económica y financiera del país. Su principal rol es el de promover una asignación adecuada y eficiente de los recursos del Estado, ajustando esto a los objetivos de política consensuados oportunamente por los representantes del pueblo, otorgando así predictibilidad, transparencia, y efectividad al manejo de las finanzas públicas. De este modo, cuanto más transparente y claro sea el presupuesto enviado por el Poder Ejecutivo nacional al Congreso para su aprobación, y cuanto más se parezca el presupuesto ejecutado al oportunamente aprobado, mayor utilidad tendrá esta herramienta de gestión.

La facultad de “administrar” que confiere al jefe de Gabinete el inciso 1 del artículo 100 de la Constitución Nacional no permite que dicho funcionario tenga aptitud para “disponer” lo que el presupuesto, votado por el Congreso Nacional mediante una ley que ingresa por la Cámara de Diputados (artículo 52), ha establecido.

La reforma propuesta del artículo 37 de la ley 24.156, no hace más que permitir al jefe de Gabinete del Poder Ejecutivo nacional de manera permanente, el manejo discrecional de una parte del presupuesto nacional.

Esto significa, entonces, ir en contra de lo que dispone el artículo 76 de la Constitución, que esta-

blece: "Se prohíbe la delegación legislativa en el Poder Ejecutivo, salvo en materias determinadas de administración o de emergencia pública, con plazo fijado para su ejercicio y dentro de las bases de la delegación que el Congreso establezca".

La delegación que se impulsa implica transferir al Poder Ejecutivo la determinación de la política legislativa en dos cuestiones esenciales, como la de establecer la finalidad del gasto, es decir, los destinos asignados por el Congreso a las distintas partidas presupuestarias, y la posibilidad de reducir los gastos de capital o las aplicaciones financieras en beneficio de los gastos corrientes.

El dictamen que propicia el Poder Ejecutivo a través de su bloque mayoritario, no hace más que formalizar la concentración de poder en el Poder Ejecutivo nacional.

La distribución de las facultades entre el jefe de Gabinete, especialmente, y el Poder Legislativo sobre el proceso presupuestario se encuentran claramente determinadas en un marco normativo que son las leyes 24.156 y 25.917, las que se quiere modificar.

De acuerdo con este marco normativo, respecto a las funciones en materia presupuestaria, el jefe de Gabinete remite al Congreso el proyecto de ley de presupuesto, dispone la distribución administrativa del presupuesto de gastos aprobados, por el Poder Legislativo, supervisa el gasto trimestral asignado a cada jurisdicción. Y corresponde al Congreso aprobar y fijar el presupuesto nacional y convalidar la ejecución realizada por el Poder Ejecutivo mediante la aprobación de las cuentas de inversión.

La aprobación del presupuesto es, entonces, un acto que importa la decisión política respecto de qué vamos a hacer con los recursos de todos los argentinos; en qué vamos a aplicar esos recursos; cómo los gastamos.

Administrar no es fijar el presupuesto. Quien debe fijarlo es el Congreso y fijar implica determinar monto y finalidades (artículo 75, inciso 8). Es decir, establecer cuánto se debe gastar y en qué fines. Es una determinación cuantitativa y cualitativa. Y esta facultad de determinar los fines también tiene que ver con la representación. Es una decisión política que hace a la representación. Excede el concepto de administrar. Esta idea —la de administrar— se circunscribe a la ejecución tanto de los gastos como de los recursos; por los que debe velar y hacer recaudar. Pero también en ellos es precisa la intervención del Congreso para su determinación, dado que está expresamente vedado al Poder Ejecutivo nacional intervenir en ello.

Sin embargo, el Ejecutivo parece desconocer la importancia estratégica de la planificación económica y los severos costos de mediano plazo que puede acarrear el desprecio por las instituciones. Así, hoy el presupuesto, que maneja más de 90 mil

millones de pesos, es blanco de varios artilugios puestos en práctica por el Ejecutivo para eludir el papel del Congreso dentro del proceso presupuestario, y así poder disponer de una parte importante de ese dinero a su voluntad. La subestimación grossera de ingresos fiscales, la proliferación de los fondos fiduciarios (que se administran mediante mecanismos que escapan al control presupuestario), la prórroga indefinida de la Ley de Emergencia Económica, y el uso indiscriminado de decretos de necesidad y urgencia, son ejemplos que apuntan en este sentido.

Ahora notamos, con decepción pero sin sorpresa, que en un momento en el que el país tiene la fortuna de haber superado instancias económicas, políticas y sociales muy difíciles; en donde se dan todas las condiciones necesarias para que se propongan políticas de Estado que trasciendan la coyuntura política; en donde el respeto y la consolidación de las instituciones debería ser una de las prioridades insoslayables de cualquier gobierno, el Poder Ejecutivo, en lugar de aprovechar esta oportunidad única de acrecentar la calidad institucional del país pretende en cambio ampliar su excesivo poder discrecional sobre el proceso presupuestario mediante la eternización de los denominados "superpoderes".

Hasta el momento, es facultad originaria del Congreso la definición última en tres grandes aspectos ligados al presupuesto: el primero de ellos es el monto total del presupuesto y del endeudamiento; el segundo son los gastos que impliquen incrementar los gastos corrientes en desmedro de los gastos de capital o de las aplicaciones financieras; y el tercero son los que impliquen un cambio en la distribución de las finalidades.

La modificación que auspicia el Poder Ejecutivo mediante el proyecto de ley en análisis se refiere a estas dos últimas atribuciones, las que a partir de ahora se propone sean ejercitadas en forma discrecional por el poder administrador sin intervención del Congreso. De este modo, la reforma propuesta del artículo 37 de la ley 24.156 transfiere, lisa y llanamente, una facultad del Poder Legislativo al señor jefe de Gabinete —no elegido por el pueblo—, cuando la facultad de "administrar" que confiere a este funcionario el inciso 1 del artículo 100 de la Constitución Nacional, no permite, bajo ninguna interpretación razonable, que sea provisto de facultades para "disponer" cambios y reasignaciones de partidas en el presupuesto.

De prosperar el proyecto de ley en cuestión, los fondos públicos ya no van a poder ser controlados debidamente por el Congreso. Si bien se mantendría el debate presupuestario, con la función de "control previo" que esto implica, en la práctica, esto implicaría sólo cumplir con una cuestión meramente formal: puesto que, con las facultades que el oficialismo pretende asignarle al jefe de Gabinete,

este funcionario podría decidir cambiarle el destino y el monto a las partidas presupuestadas, cayendo en letra muerta lo aprobado oportunamente por el Congreso de la Nación.

Se reitera y remarca, se le otorgarán facultades a alguien que no fue elegido por el voto popular.

Insistimos que estamos yendo en contra de lo que dispone el artículo 76 de la Constitución. De sancionarse este proyecto y transformarse en ley implicaría dejar de lado la Constitución y legislar de espaldas a la misma, algo que rechazamos enfáticamente desde nuestro bloque, por nuestras convicciones y porque interpretamos que los votos que nos han sentado en estas bancas lo han hecho para que actuemos en forma atinada y prudente, considerando las necesidades que emergen de un contexto dinámico, pero siempre dentro de los lineamientos constitucionales y alejados de cuestiones personales o mezquinas.

Enfatizamos que, de concederse al Poder Ejecutivo las facultades indicadas, el Congreso estaría renunciando a la fijación de la política legislativa en aspectos primordiales.

Se debe tener presente que esta facultad que hoy solicita el Poder Ejecutivo se encuentra ya vigente, dado que desde 1997 se ha autorizado al jefe de Gabinete a disponer reestructuraciones presupuestarias según se consideren necesarias, sin sujeción a las limitaciones previstas en el artículo 37 de la ley 24.156. La diferencia con el nuevo proyecto es que con la sanción de esta ley, la delegación de facultades pasaría a ser permanente, y no una autorización anual con cada uno de los presupuestos.

Además debemos decir que se pretende exceptuar al jefe de Gabinete de cumplir con el artículo 15 de la ley 25.917, de responsabilidad fiscal, que establece en su última parte que no se podrán aprobar modificaciones presupuestarias que impliquen incrementos en los gastos corrientes y en detrimento de los gastos de capital o de las aplicaciones financieras. De concretarse esa excepción estaríamos frente a un deterioro institucional adicional, puesto que nuevamente se estarían cambiando las reglas de juego para aquellas provincias que adhirieron a la ley.

Hay que agregar que la Nación incurriría en una grave contradicción, puesto que pretende eximirse de un comportamiento que, en cambio, sí se exige a las provincias.

Con respecto a la modificación que se propone para el artículo 15 de la ley 25.917, la consideramos una discriminación, además de una contradicción. La Ley de Responsabilidad Fiscal fue sancionada y promulgada en agosto de 2004, durante este gobierno. Por lo tanto, no se puede aducir que es anterior a la reforma constitucional.

Con la reforma propuesta se está creando una excepción a lo establecido en el artículo 15 de dicha

ley, al permitirle al jefe de Gabinete realizar modificaciones presupuestarias que impliquen incrementar los gastos corrientes en detrimento de los gastos de capital o de las aplicaciones financieras.

Tenemos la obligación de defender la República y para ello, entre otras cosas, no podemos permitir que el Congreso se convierta en la oficina de protocolización de los actos del jefe de Gabinete de Ministros.

Por todo lo expuesto, señor presidente, es que vamos a votar negativamente la modificación propuesta en el presente dictamen.

Miguel A. Giubergia. – Cinthya G. Hernández. – Silvia B. Lemos. – Mario R. Negri.

III

Dictamen de minoría

Honorable Cámara:

La Comisión de Presupuesto y Hacienda ha considerado el proyecto de ley en revisión por el cual se modifica el artículo 37 de la ley 24.156, de administración financiera y de los sistemas de control del sector público nacional; y, teniendo a la vista el proyecto del señor diputado Pinedo 5.434-D-05, sobre modificación de la misma norma, por las razones expuestas en el informe que se acompaña y las que dará el miembro informante, aconseja la aprobación del siguiente

PROYECTO DE LEY

El Senado y Cámara de Diputados...

Artículo 1º – Incorpórese como último párrafo del artículo 37 de la ley 24.156, de administración financiera y de los sistemas de control del sector público nacional, el siguiente:

Será facultad del Congreso de la Nación decidir sobre el destino de los montos de superávit fiscal sin asignación en el presupuesto general vigente, y sobre el destino de los excedentes de recaudación no previstos en la estimación de recursos tenida en cuenta al momento de la sanción del presupuesto general cuando la recaudación sea positiva en más de un 2% sobre lo oportunamente estimado.

Art. 2º – Comuníquese al Poder Ejecutivo.

Sala de las comisiones, 19 de julio de 2006.

Guillermo E. Alchouron. – Esteban J. Bullrich. – Roberto I. Lix Klett.

INFORME

Honorable Cámara:

Cada uno de los poderes del Estado tiene, sólo y exclusivamente, las funciones que le fueran atribui-

das por la Constitución Nacional. La Constitución ha distribuido de determinada manera esas funciones entre los distintos departamentos, a los efectos de concretar el principio de división de poderes, que es la columna principal de lo que se denomina sistema republicano de gobierno.

La Constitución dispone que corresponde al Congreso "fijar el presupuesto de gastos en base al programa general de gobierno y al plan de inversiones públicas" (artículo 75, inciso 8), mientras que corresponde al jefe de Gabinete "la administración general del país" (artículo 100, inciso 1) y "enviar al Congreso los proyectos de presupuesto nacional" (artículo 100, inciso 6).

No obstante lo categórico de estas disposiciones y la interpretación permanente del Poder Judicial y de los Congresos y Poderes Ejecutivos previos al presente, el proyecto del Poder Ejecutivo con media sanción del Senado pretende otorgarle al jefe de Gabinete facultades que el Congreso se había reservado especialmente en la Ley de Administración Financiera, concretamente la facultad de pasar a gastos corrientes partidas que fueran aprobadas para gastos de capital o para aplicaciones financieras (colocaciones financieras o deuda) y, además, la facultad de modificar las finalidades de gasto previstas en el presupuesto general. La modificación sugerida por el Poder Ejecutivo dejaría al Congreso solamente la facultad de establecer el monto total del gasto y del endeudamiento, para que el jefe de Gabinete haga con él lo que le plazca.

Si el "presupuesto" comprende "todos los recursos y gastos previstos para el ejercicio, los cuales mostrarán el resultado económico y financiero de las transacciones programadas para ese período, en sus cuentas, corrientes y de capital, así como la producción de bienes y servicios que generarán las acciones previstas" (artículo 12, ley 24.156) y si los presupuestos de gastos deben demostrar "el cumplimiento de las políticas, planes de acción y producción de bienes y servicios de los organismos" (artículo 14, ley 24.156), está claro que esos elementos son los que deben ser fijados por el Congreso de conformidad con el artículo 75, inciso 8, de la Constitución.

Si el jefe de Gabinete debe, por mandato constitucional, enviar al Congreso el proyecto de presupuesto nacional y el "programa general de gobierno", está claro que no puede determinar la totalidad de los componentes del gasto por mera voluntad.

Adicionalmente, el artículo 76 de la Constitución prohíbe expresamente la delegación de facultades legislativas en el Poder Ejecutivo, salvo en casos de emergencia, en relación a ciertas materias, por tiempo limitado y dentro de las condiciones de delegación. Sin embargo, aquí se pretende una delegación permanente, general y sin parámetros, lo que constituye un otorgamiento de poderes absolutos o superpoderes.

Consideramos que las facultades de disposición presupuestaria del Poder Ejecutivo ya son amplias, por lo que, en lugar de ampliarlas, sugerimos aprobar una ley que las limite en parte, obligando al Poder Ejecutivo a recabar autorización del Congreso para disponer de recursos que recaude en exceso de la previsión presupuestaria.

Esteban J. Bullrich.

IV

Dictamen de minoría

Honorable Cámara:

La Comisión de Presupuesto y Hacienda ha considerado el proyecto de ley en revisión del Honorable Senado sobre modificación del artículo 37 de la ley 24.156, de administración financiera y de los sistemas de control del sector público nacional, sobre los alcances y mecanismos para efectuar modificaciones a la ley de presupuesto, y por las razones que dará el miembro informante, aconsejan que sea desechado totalmente.

Sala de la comisión, 19 de julio de 2006.

Adrián Pérez.

INFORME

Honorable Cámara:

El abajo firmante viene a emitir su dictamen en minoría respecto del expediente 101-S.-06, en base a los siguientes argumentos.

El proyecto de ley de modificación del artículo 37 de la Ley de Administración Financiera y de los Sistemas de Control del Sector Público Nacional, sobre los alcances y mecanismos para efectuar modificaciones a la ley de presupuesto, prevé una delegación permanente y casi ilimitada de las facultades legislativas vinculadas con la distribución de las partidas del presupuesto nacional en favor del jefe de Gabinete de Ministros. Se trata de un proyecto escandalosamente inconstitucional. De sancionarse, dicha legislación violaría principios republicanos básicos, propios de un Estado de derecho respetuoso de la división de poderes y de los derechos individuales.

1. La importancia de la deliberación pública en el diseño y la sanción del presupuesto

En primer lugar, debe señalarse que la aprobación del presupuesto es una decisión de enorme relevancia para el país, pues en él se establecen las pautas del modelo social y económico adoptado por éste. En materia financiera resulta particularmente relevante la participación activa del Congreso Nacional, en cuanto es el poder dotado de mayor legitimidad democrática. En él se encuentran representados los intereses de los diferentes sectores de la sociedad.

En este sentido, la participación del órgano pluralista por excelencia es la mejor garantía contra los manejos discrecionales en cuestiones tan importantes como la asignación de recursos para cubrir los gastos existentes y para complementar las obligaciones contraídas por el Estado nacional. Por ello, se impone la necesidad de sujetar toda decisión financiera que regule la relación entre gastos y recursos al escrutinio y la discusión en el seno legislativo de los representantes del pueblo.

La atribución de sancionar el presupuesto general de gastos es central en nuestro sistema institucional y es una facultad privativa del Poder Legislativo. Esto es así por las siguientes razones:

—El Congreso de la Nación es el órgano con legitimación democrática directa en el que se encuentran representadas las voces de los diferentes sectores de la sociedad y, además, constituye el ámbito de participación de las provincias en las cuestiones nacionales. Este criterio ha sido receptado por la Constitución Nacional. En forma clara, ésta dispone, en su artículo 75, inciso 8, que corresponde al Congreso de la Nación fijar anualmente el presupuesto general de gastos y cálculo de recursos de la administración nacional sobre la base del programa general de gobierno y el plan de inversiones públicas. Por ello, como explicaremos a lo largo de este documento, toda decisión que no respete esta facultad privativa del Congreso Nacional resulta inconstitucional. La misma conclusión surge de la interpretación armónica de los artículos 99, 76 y 29 de la Carta Magna, que vedan la posibilidad de que el Poder Ejecutivo se arrogue atribuciones propias del Poder Legislativo.

—La participación activa de todos los representantes del pueblo ofrece mayores garantías de que la decisión final asigne recursos para cubrir gastos de una forma más imparcial.

—El presupuesto es una herramienta indispensable para satisfacer las obligaciones contraídas por el Estado y para efectivizar los derechos consagrados en favor de todos los habitantes de la Nación. Toda decisión que pueda afectar derechos de una forma fundamental debe emanar del Poder Legislativo.

—La sanción de la ley de presupuesto por parte del Congreso de la Nación garantiza el ejercicio del control público sobre los gastos de gobierno, propio de un sistema republicano como el nuestro —establecido en el artículo 1° de la Constitución Nacional—.

—Constituye la mejor forma de evitar una excesiva acumulación de facultades en uno de los poderes del Estado, con los riesgos que ello conlleva. La participación activa del Congreso Nacional es funcional a la reducción del sistema hiperpresidencialista existente.

—Constituye la mejor forma de garantizar el debido respeto a las minorías parlamentarias.

2. *Las facultades privativas del Congreso Nacional y las materias vedadas al Poder Ejecutivo*

Como regla general, debe entenderse que el dictado de normas de carácter legislativo por parte del Poder Ejecutivo se encuentra vedado constitucionalmente. La Carta Magna contiene diversas cláusulas en apoyo de esta afirmación:

—El artículo 99, inciso 3, dispone que el Poder Ejecutivo nacional no podrá, en ningún caso, bajo pena de nulidad absoluta e insanable, emitir disposiciones de carácter legislativo. Solamente cuando circunstancias excepcionales hicieran imposible seguir los trámites ordinarios previstos por la Constitución para la sanción de las leyes y no se tratase de normas que regulen materia penal, tributaria, electoral o del régimen de los partidos políticos el Poder Ejecutivo podrá dictar decretos de necesidad y urgencia, los que serán decididos en acuerdo general de ministros y deberán ser refrendados, juntamente con el jefe de Gabinete de Ministros.

—El artículo 76 de la Constitución Nacional prohíbe la delegación legislativa en el Poder Ejecutivo, salvo en aquellas materias determinadas de administración o de emergencia pública con plazo fijado para su ejercicio y dentro de las bases de la delegación que el Congreso establezca.

—El artículo 29 de la Constitución Nacional establece que “*el Congreso no puede conceder al Poder Ejecutivo nacional, ni las legislaturas provinciales a los gobernadores de provincia, facultades extraordinarias, ni la suma del poder público, ni otorgarles sumisiones o supremacías por los que la vida, el honor o la fortuna de los argentinos queden a merced del gobierno o persona alguna. Actos de esta naturaleza llevan consigo una nulidad insanable y sujetarán a los que los formulen, consientan o firmen a la responsabilidad y pena de los infames traidores a la Patria*” (el resaltado es nuestro).

De esta forma, pese a que existen ciertas excepciones que analizaremos a continuación, debe entenderse que el principio constitucional general consagra la prohibición por parte del Poder Ejecutivo nacional de emitir disposiciones de carácter legislativo. Los artículos citados establecen específicamente que no puede el Poder Ejecutivo erigirse en legislador ni puede el Parlamento delegar sus funciones inherentes. Esta regla de carácter general debe regir la correcta interpretación de las normas, e impone la necesidad de prestar una particular atención ante supuestos de delegación legislativa o invasión de funciones por parte del Ejecutivo, ya que estas situaciones se consideran a priori como “prohibidas”. Como se señaló en el caso “Delfino”, “...el Congreso no puede delegar en el Poder Ejecutivo o en otro departamento de la administración, ninguna de las atribuciones, o poderes que le han sido expresa o implícitamente conferidos. Es ése un principio uniformemente admitido como esencial

para el mantenimiento e integridad del sistema de gobierno adoptado por la Constitución y proclamado enfáticamente por éste en el artículo 29...¹

Así, únicamente frente a casos excepcionales le está permitido al Ejecutivo emitir disposiciones de carácter legislativo, bajo el estricto cumplimiento de los requisitos fijados en la propia Constitución.

El proyecto de ley de reforma de la Ley de Administración Financiera y la delegación legislativa

El proyecto de reforma que viene del Senado busca la delegación permanente de facultades legislativas de máxima relevancia en el jefe de Gabinete de Ministros del Poder Ejecutivo, de modo que pueda realizar las reestructuraciones presupuestarias, que se le antojaren. Esto constituye una franca violación a las disposiciones constitucionales reseñadas.

Como expondremos a continuación, el proyecto del oficialismo es inconstitucional, toda vez que violenta la letra y el espíritu de nuestra Ley Suprema. En este sentido, según el artículo 76 de la Constitución Nacional, antes referenciado, sólo podrán delegarse ciertas facultades legislativas al Poder Ejecutivo “en aquellas materias determinadas de administración o de emergencia pública con plazo fijado para su ejercicio y dentro de las bases de la delegación que el Congreso establezca”. Así, la delegación legislativa debe estar sujeta a los siguientes requisitos:

–Sólo pueden delegarse facultades al presidente de la Nación, no así a la administración pública en general.

–Se admite sólo en dos supuestos excepcionales²: materias determinadas de administración o de emergencia pública.

–El Congreso debe establecer las bases, es decir, fijar la política legislativa que deberá respetar el Poder Ejecutivo en su actividad normativa³.

–La ley delegante debe fijar un plazo para el ejercicio de la facultad legislativa delegada⁴.

–Posterior control por parte de la Comisión Bicameral Permanente⁵.

En el mismo sentido, se ha señalado que “el Congreso debe definir la materia de la delegación y suministrar un patrón o criterio claro para guiar al Ejecutivo, a la vez que debe preverse un tiempo limitado, pasado el cual las facultades concedidas puedan ser recuperadas por aquél”. “El primero de tales límites importa que no será admisible una simple delegación legislativa al Poder Ejecutivo, que no contenga las pautas para su accionar”⁶. A su vez, se ha dicho que “en un sistema representativo es función de los representantes del pueblo efectuar las decisiones difíciles que son necesarias para fijar las políticas públicas significativas. Cuando el Congreso delega sus poderes en forma global, con la sola limitación de un vago estándar de ‘interés público’, está abdicando su trabajo de realizar las decisiones difíciles sobre las políticas públicas”⁷.

De esta forma, es claro que la atribución de sancionar el presupuesto es una atribución privativa del Congreso de la Nación (según lo dispuesto expresamente por el artículo 75, inciso 8, de la Constitución Nacional y por el principio de legalidad del gasto público⁸), que sólo podría delegarse bajo un estricto cumplimiento de los requisitos enumerados precedentemente. Ninguno de los requisitos previstos se encuentra satisfecho en el caso del proyecto de reforma de la Ley de Administración Financiera y de los Sistemas de Control del Sector Público Nacional. Debe entenderse que dicho proyecto es inconstitucional, toda vez que:

a) La delegación directa de facultades legislativas a funcionarios de la administración pública, distintos del presidente de la Nación, está absolutamente vedada constitucionalmente. En este sentido, una delegación directa al jefe de Gabinete de Ministros –tal como la efectuada por el proyecto en análisis– no es permisible constitucionalmente.

b) No hay ninguno de los supuestos excepcionales que habilitan la delegación legislativa. Es a todas luces insuficiente aducir razones de conveniencia a los fines de dotar al jefe de Gabinete de Ministros de las competencias propias del Poder

⁶ Rosatti, Horacio D.; Barra, Rodolfo C.; García Lema, Alberto M.; Masnatta, Héctor; Paixao, Enrique; Quiroga Lavié, Humberto. *La reforma de la Constitución explicada por miembros de la Comisión de Redacción*, Editorial Rubinzal-Culzoni, Buenos Aires, 1994, páginas 398-404.

⁷ Schwartz, Bernard. *Administrative Law. A Casebook*, Little, Brown and Company, 1994, página 118.

⁸ Como señaló la Corte Suprema de la Nación, “es de la esencia misma del sistema económico constitucional que rige en la Nación y en todas las provincias que forman y que se halla consignado en las expresas disposiciones constitucionales, que el poder de disponer de los dineros públicos reside en el departamento legislativo del gobierno, aun cuando corresponda al Ejecutivo, por la naturaleza sus funciones, hacer efectiva las disposiciones de aquél”. (C. S. J. N., “Fallos” 148:81, caso “Dellepiane c/Provincia de Tucumán”).

¹ “Fallos”, 148:430.

² Santiago, Alfonso (h.): *La delegación legislativa en la reciente práctica institucional argentina*, publicado en “La Ley”, 27 de agosto de 2004, 18.

³ Idem.

⁴ Idem.

⁵ Complementariamente, señala el artículo 100 en su inciso 12: “Corresponde al jefe de Gabinete de Ministros refrendar los decretos que ejercen facultades delegadas, los que estarán sujetos al control de la Comisión Bicameral Permanente”.

Legislativo. En este sentido, Bidart Campos efectúa una serie de consideraciones sobre las excepciones contenidas en el artículo 76 actual: "Pese a las ambigüedades en el léxico del texto constitucional reformado [...] no es razonable suponer que la Constitución deja opción libre para usar de la delegación legislativa"⁹. Es claro que estas excepciones deben ser interpretadas restrictivamente, precisamente porque son excepciones y no la regla general. Si se reconociera que la "reestructuración presupuestaria" (materia delegada en el proyecto) es una cuestión de "administración" en los términos del artículo 76, perderían todo sentido las cláusulas constitucionales citadas ya que prácticamente "todo" el presupuesto puede configurar materia delegable, lo que se enfrenta a la idea de que nuestros constituyentes quisieron dejar en manos del Congreso —órgano plural por excelencia— la facultad privativa de sancionarlo. De la misma forma, dentro de una interpretación restrictiva de las excepciones a la prohibición por parte del Poder Ejecutivo de emitir disposiciones de carácter legislativo, no basta la mera existencia de una cuestión de "administración" para habilitar la delegación sino que debe justificarse con muy buenas razones que el jefe de Gabinete pueda enfrentar en mayor y mejor medida que el Legislativo ese tipo de cuestiones.

Menos discusión merece aún la idea de que pudiera existir una situación de "emergencia pública" permanente que habilitara la presente delegación, hecha *sine die*. Como sostiene Arzuaga, la "emergencia pública" es una situación fáctica excepcional que altera negativamente a la sociedad o a alguno de sus sectores, impidiendo la concreción del bien común al desestabilizarla institucional, económica o socialmente. De allí que la emergencia pública no es una materia, sino una circunstancia imprevisible o que siendo previsible es inevitable, de tal manera que ella podrá referirse a distintas materias¹⁰. Claramente, resulta imposible acreditar una situación de emergencia pública permanente para fundar la presente delegación legislativa. Delegación legislativa sólo puede haber en situaciones de emergencia, en consecuencia este proyecto es inconstitucional desde el vamos, pues busca que ella se haga sin emergencia y para siempre.

c) No se fijó ni la política legislativa que deberá respetar el Poder Ejecutivo en su actividad normativa, ni el plazo de duración de dicha actividad. Por el contrario, al tratarse de una delegación en ausencia de emergencia, el proyecto busca incluso que la

delegación sea permanente. No existen bases que deba respetar el jefe de Gabinete a la hora de ejercer las facultades delegadas.

Como sostiene García Lema "el Congreso debe definir la materia de la delegación y suministrar un patrón o criterio claro para guiar al organismo administrativo al cual se transfieren facultades. Dura un tiempo limitado, pasado el cual las facultades concedidas son recuperadas por el Congreso". "La idea que anima esta prohibición es que el Congreso no está habilitado para delegar en bloque en el presidente todas sus facultades legisferantes, porque ello está impedido por el artículo 29 de la Constitución, que sanciona tal acto con la nulidad insanable y condena a los que los formulen, consientan o firmen a la responsabilidad y pena de infames traidores a la patria. Como consecuencia de esa regla, la delegación legislativa tampoco puede importar la transferencia lisa, llana y definitiva de legislar sobre ciertos asuntos. Este segundo principio, establecido en la doctrina, ha sido ahora reconocido normativamente en el mencionado artículo 76..."¹¹

La colisión entre el proyecto del oficialismo y la Constitución Nacional es vergonzante.

d) La delegación prevista carece de motivación fáctica. En este sentido, tal como se sostuviera en el fallo "Verrochi, Ezio Daniel c/Poder Ejecutivo nacional, Administración Nacional de Aduanas"¹², cuando el Poder Ejecutivo asume funciones inherentes al Poder Legislativo debe acreditarse una suficiente motivación fáctica¹³ que permita evaluar la razonabilidad de este tipo de medidas. Si bien dicha doctrina se sentó a propósito del análisis de un decreto de necesidad y urgencia y la interpretación constitucional de las facultades consagradas en el artículo 99 inciso 3, es posible "traspolarla" a este caso dado que se discuten análogamente cuestiones relativas a los supuestos en los cuales el Poder Ejecutivo puede asumir funciones legislativas (artículo 76 de la Constitución Nacional). Así, tanto el Congreso como el Poder Ejecutivo deberían acreditar fehacientemente una suficiente motivación fáctica para habilitar la delegación legislativa y evaluar la razonabilidad de ésta. Es claro que en este caso no se ha cumplido dicho requisito, puesto que no se demostró que existan razones justificatorias de una resignación permanente de competencias del Poder Legislativo y su traslado hacia el Poder Ejecutivo en manifiesta contradicción con la manda constitucional.

⁹ Bidart Campos, Germán, *Derecho constitucional argentino*, t. VI, *La reforma constitucional de 1994*, editorial Ediar, Buenos Aires, páginas 342-343.

¹⁰ Salvadores de Arzuaga, Carlos I., *Formulaciones, proposiciones y anotaciones para interpretar la delegación legislativa*, "La Ley", 1997-A-977.

¹¹ García Lema, Alberto M.: *La delegación legislativa, La reforma de la Constitución*, Rubinzal-Culzoni, Santa Fe, 1994, páginas 400-402.

¹² "Fallos", 322:1726.

¹³ Considerando 10, voto de la mayoría, fallo "Verrochi", *op. cit.*

e) Finalmente, cabe destacar que con la reforma constitucional de 1994 se incorporó al inciso 8 del artículo 75, la obligación del Congreso de dictar el presupuesto de conformidad con el régimen de coparticipación federal de impuestos previsto en el tercer párrafo del inciso 2 del artículo 75. Claramente, si se consolida esta delegación legislativa planificada en el proyecto de ley de presupuesto 2005, el Poder Ejecutivo podría modificar las partidas asignadas por el Congreso sin tener en cuenta el límite aquí mencionado.

A modo de conclusión, debe destacarse lo señalado por estudios sobre transparencia presupuestaria que justamente criticaron este tipo de delegaciones. Así, "según el Índice Latinoamericano de Transparencia Presupuestaria 2003, la Argentina figura como uno de los países menos transparentes en esta materia. En este sentido, Poder Ciudadano cita uno de las conclusiones de este informe:

"En Argentina la intervención del Legislativo está formalmente prevista a posteriori, así que el Ejecutivo tiene discrecionalidad en este sentido, perjudicando así la transparencia en la asignación de recursos. [...] En estos últimos años, y con motivo de la crisis económica, se concedieron poderes especiales al Ejecutivo, haciendo que esa disposición no siempre se cumpla. En la práctica, el Poder Ejecutivo realiza más modificaciones de las que está autorizado a hacer por ley".

Asimismo, recuerda que, entre las recomendaciones efectuadas a nuestro país, se encuentra la de *"mayor cumplimiento a la ley de presupuesto por parte del Ejecutivo, reduciendo la delegación de facultades del Legislativo hacia el Ejecutivo"* (el resaltado es nuestro). Otra debilidad relevada del estudio es el fuerte nivel de discrecionalidad del Ejecutivo para realizar modificaciones a la ley aprobada por el Congreso Nacional y la escasa participación del Poder Legislativo en modificaciones sustanciales al presupuesto durante el ejercicio.¹⁴

Sobre la falacia de la necesidad del jefe de Gabinete de redistribuir partidas en casos de emergencia

En defensa del proyecto promovido por el oficialismo se ha dicho repetidamente que esta reforma a la Ley de Administración Financiera dará al jefe de Gabinete una herramienta necesaria para actuar ante casos de emergencia, puesto que permitirá la reasignación de partidas presupuestarias para hacer frente a situaciones graves e imprevistas, como el caso de las inundaciones de Santa Fe o de la emergencia energética, que lo exijan.

Se trata de un argumento falaz e inadmisibles. Las situaciones de emergencia están contempladas en

el artículo 39 de la Ley de Administración, que prevé que sean resueltas a través del dictado de decretos de necesidad y urgencia. Dicho artículo establece que "el Poder Ejecutivo nacional podrá disponer autorizaciones para gastar no incluidas en la ley de presupuesto general para atender el socorro inmediato por parte del gobierno en casos de epidemias, inundaciones, terremotos u otros de fuerza mayor. Estas autorizaciones deberán ser comunicadas al Congreso Nacional".

Es también claro que en casos de contingencias, el jefe de Gabinete puede utilizar los montos que están asignados para tales efectos en la Jurisdicción 91 -Obligaciones a cargo del Tesoro-, por lo que no es necesario contar con las facultades de reestructuración presupuestaria para hacer frente a las emergencias.

Y de igual modo, justamente para esas situaciones existen, como su nombre lo indica, los decretos de necesidad y urgencia. El gobierno los usa como ningún otro gobierno pero en circunstancias que no lo permiten y olvida, para solicitar más poder para el jefe de Gabinete, que justamente la razón de existencia de los decretos de necesidad y urgencia es la necesidad de atender las emergencias.

En consecuencia, vemos que ninguna reforma legislativa es necesaria para hacer frente a las emergencias. El argumento oficialista es una mentira que muestra que sus intereses, a través de la reforma que proyecta, son otros.

Sobre la cláusula del proyecto que impide incrementar partidas de gastos reservados y de inteligencia

El proyecto del oficialismo incluye una única cláusula limitativa de las proyectadas atribuciones de redistribución de partidas presupuestarias del jefe de Gabinete. Se vincula con su incapacidad para incrementar partidas relativas a gastos reservados o de inteligencia, y fue adicionada al proyecto original en la discusión en el Senado. Evidentemente, este agregado ha sido motivado en los pedidos del ARI, formulados en el recinto de esta Cámara para que se dé tratamiento en preferencia a distintos proyectos de ley, de nuestra autoría, dirigidos a reformar la Ley de Inteligencia Nacional para aumentar la transparencia de los gastos de inteligencia, a derogar leyes y decretos secretos y restringir el número de organismos que reciben fondos para gastos reservados y a dar publicidad a todas las leyes y los decretos secretos (proyectos 1.236-D.-05, 2.427-D.-05 y 2.428-D.-05 respectivamente).

Indudablemente, el contenido de esta única cláusula limitativa es correcto: el jefe de Gabinete no puede incrementar partidas presupuestarias de gastos reservados o de inteligencia. Pero también es evidente que esto debe ser previsto en una legislación autónoma, y que su inclusión en este proyec-

¹⁴ Índice Latinoamericano de Transparencia Presupuestaria. Una comparación de 10 países. Año 2003, Informe Argentina, página 16.

to de reforma de la Ley de Administración Financiera es engañosa.

Este tema debe ser tratado con autonomía; es imperioso que este Parlamento impida al gobierno el aumento y el manejo discrecional de los gastos reservados y de la legislación secreta.

Pero que quede claro que la inclusión de esta cláusula en este proyecto no mejora la intención oficialista en lo más mínimo.

3. La importancia del presupuesto, la división de poderes, y el efectivo respeto a los derechos de los habitantes

La garantía republicana de la división de poderes y los peligros de la concentración del poder

La Nación Argentina adoptó para su gobierno la forma republicana en virtud de lo dispuesto por el artículo 1º de la Constitución Nacional. Esta forma de gobierno, entre otras cuestiones, implica la necesidad de contar con una clara división de poderes. En este sentido, los diferentes poderes dividen funciones y se controlan mutuamente, constituyendo un verdadero sistema de frenos y contrapesos destinado a evitar la acumulación de poder y la consecuente violación de derechos y garantías individuales. Precisamente, uno de los objetivos principales de este sistema es dotar al diseño institucional de garantía contra la excesiva concentración de poder por parte de alguno de sus órganos. Como sostiene Gelli, "la finalidad perseguida no es otra que evitar el desborde del poder y el peligro para las libertades personales, que suscitaría la centralización en la toma de decisiones públicas. Por eso la concentración de poder es rechazada enérgicamente en el artículo 29 de la Constitución Nacional"¹⁵.

En este orden de ideas, siempre que se ponga en riesgo la concreta división de poderes diseñada constitucionalmente (tal como ocurre en el proyecto de ley de presupuesto 2005), se pone en riesgo el debido respeto a las garantías de los habitantes de la Nación. Como señaló la propia Corte Suprema, en relación a la interpretación de la división de poderes y la disposición constitucional del artículo 29, "la finalidad de la norma ha sido siempre impedir que, alegando motivos de urgencia y necesidad, el Poder Ejecutivo asuma facultades extraordinarias y la suma del poder público lo que inevitablemente trae aparejada la violación de los derechos fundamentales del hombre libre, que la propia Constitu-

ción Nacional garantiza"¹⁶. Asimismo, para Bidart Campos, "la división de poderes en nuestro derecho constitucional responde a la ideología de seguridad y control que organiza toda una estructura de contención del poder para proteger a los hombres en su libertad y sus derechos. Es importante reconocer que la estructura divisoria debe interpretarse en torno de la finalidad básica que persigue: evitar la concentración que degenera en tiranía (o totalitarismo) y resguardar la libertad de los individuos"¹⁷.

Por otra parte, es ingenuo no tener en cuenta que la concentración del poder, tal como este proyecto busca conquistar para el gobierno nacional, es lo óptimo para los grupos de poder económico. Para ellos siempre es preferible que las decisiones se tomen únicamente por el jefe de Gabinete y sin publicidad, en lugar de por cientos de legisladores de forma plural y alimentando el debate público. El debate público que la discusión parlamentaria favorece es siempre enemigo de la toma de decisiones impopulares que los grupos de poder económico suelen exigir al gobierno. Gracias al proyecto oficialista, será más fácil para estos grupos obtener medidas de gobierno contrarias a los intereses de la sociedad, evitando la publicidad propia de la dinámica parlamentaria y evitando también los disensos que más fácilmente pueden surgir en un órgano colectivo como el Parlamento, en contraste con el Poder Ejecutivo.

La situación a que se da lugar a través del proyecto oficialista es muy peligrosa, puesto que tamaña concentración de poder en el jefe de Gabinete lo hace, paradójicamente, más vulnerable a las presiones de los grupos de poder. Esto ha sido explicado magníficamente por Gargarella: "La Argentina, con una larga historia de inestabilidad institucional, la dinámica de concentración de poder en el Ejecutivo representa una terrible amenaza: el presidente comienza a constituirse en el 'motor inmóvil' del sistema, todas las demandas y expectativas se aglutinan en dicho cargo y sobre él recaen todas las más directas presiones de grupos económicos, militares, etcétera. En este sentido, puede decirse que el presidencialismo facilita la quiebra del orden institucional, ya que esta opción se puede lograr 'simplemente' removiendo al presidente, la figura casi excluyente del sistema".

El lobby, la coacción e incluso la compra de voluntad son más fáciles de ejercer respecto de un fun-

¹⁵ Gelli, María Angélica: *Constitución de la Nación Argentina, comentada y concordada*, editorial La Ley, Buenos Aires, año 2003, 2ª edición, página 19. En sentido similar ver: Justo López, Mario: *Manual de derecho político*, Buenos Aires, editorial Depalma, 1994, 2ª edición, página 391.

¹⁶ Considerando sexto del voto conjunto de los jueces Petracchi y Bacqué, en la denominada "causa 13" ("Fallos", 309:1969); en igual sentido dictaminó Fayt en el caso "Basilio Arturo Lami Dozo". "Fallos", 306:911, considerando séptimo.

¹⁷ Bidart Campos, Germán J.: *Tratado elemental de derecho constitucional argentino*, tomo II, página 16, editorial Ediar, Buenos Aires, 1986.

cionario que del colectivo de legisladores. También resultan más fáciles de ejercer cuando la sociedad no se entera de las medidas de gobierno gracias a la inacción parlamentaria que promueve un sistema donde es el jefe de Gabinete el que decide qué hacer con cada partida del presupuesto nacional. El sistema se debilita, puesto que los grupos de poder tienen más fácil su tarea de conseguir sus objetivos de espaldas a la sociedad, representada en el Parlamento.

De acuerdo a las consideraciones volcadas, debemos interpretar la concentración de poder que conlleva la posible sanción del proyecto de ley de reforma de la Ley de Administración Financiera, como una forma más de debilitar nuestro sistema republicano de gobierno, violando de esta forma uno de los contenidos más relevantes de la Constitución Nacional y las garantías de los habitantes de la Nación.

Presupuesto y la transparencia y control del gasto público

Como sostiene Ekmekdjian, el control público de los gastos y recursos de los dineros del Estado es fundamental para el sistema republicano¹⁸. En el mismo sentido, señala Bernard Schwartz, si "las elecciones respecto de las políticas públicas son retiradas del proceso político, también son retiradas del control popular. Permitir que los representantes del pueblo se saquen de encima la responsabilidad respecto de las decisiones en temas de políticas públicas en beneficio de los expertos administrativos, es permitirles votar a favor del paternalismo y en contra de la democracia"¹⁹.

La situación actual respecto de la transparencia en la asignación de recursos públicos dista de ser ideal. El Poder Ejecutivo históricamente ha tenido una amplia discrecionalidad respecto de la ejecución del presupuesto, y este proyecto no hace más que potenciarla y eternizarla. La posibilidad de que el jefe de Gabinete disponga por siempre de las partidas presupuestarias permite sustraer del control popular una de las funciones más importantes del Estado: la administración de sus recursos. Este proyecto continúa una línea de debilitamiento del órgano pluralista y deliberativo por excelencia —el Congreso Nacional—, con el consiguiente avasallamiento de la ciudadanía en general. Esta debilidad del Congreso en el proceso presupuestario limita su rol como ámbito de fomento de la transparencia presupuestaria. Al representar a los ciudadanos y a las provincias, los legisladores son un vínculo esencial entre la ciudadanía y el Estado en la asignación

de recursos. Sin embargo, mediante este proyecto, el Congreso Nacional no hace más que abdicar de sus funciones y trasladarlas hacia poderes unipersonales, que se manejan de espaldas a la sociedad y carentes de los beneficios de la deliberación pública.

4. Conclusiones

Por las razones enunciadas nos oponemos a la aprobación del proyecto de ley de reforma de la Ley de Administración Financiera. Este proyecto es a todas luces inconstitucional en cuanto delega indebida y permanentemente facultades propias del Poder Legislativo al Poder Ejecutivo, con la correlativa violación de numerosas cláusulas constitucionales (artículo 1º, artículo 76, artículo 75, incisos 8 y 2, artículo 29, entre otros).

Este proyecto responde a un proceso paulatino destinado a ampliar las funciones de las agencias ejecutivas en desmedro del Congreso Nacional, acentuando nuestro sistema hiperpresidencialista y reduciendo las oportunidades de diálogo y deliberación, con la consiguiente violación de garantías ciudadanas.

Por los motivos expuestos se solicita el rechazo del proyecto de ley de modificación del artículo 37 de la Ley de Administración Financiera y de los sistemas de control del sector público nacional, sobre los alcances y mecanismos para efectuar modificaciones a la ley de presupuesto, expediente 101-S.-06.

Adrián Pérez.

V

Dictamen de minoría

Honorable Cámara:

La Comisión de Presupuesto y Hacienda ha considerado el proyecto de ley en revisión del Honorable Senado sobre modificación del artículo 37 de la ley 24.156, de administración financiera y de los sistemas de control del sector público nacional, sobre los alcances y mecanismos para efectuar modificaciones a la ley de presupuesto, y por las razones que dará el miembro informante, aconseja la sanción siguiente:

PROYECTO DE LEY

El Senado y Cámara de Diputados...

Artículo 1º – Sustitúyese el artículo 37 de la ley 24.156, de administración financiera y de los sistemas de control del sector público nacional, por el siguiente:

Artículo 37: La reglamentación establecerá los alcances y mecanismos para efectuar las modificaciones a la ley de presupuesto general que resulten necesarios durante su ejecu-

¹⁸ Ekmekdjian, Miguel Angel: *Tratado de derecho constitucional*, tomo IV, editorial Depalma, Buenos Aires, página 467.

¹⁹ Schwartz, Bernard, *op. cit.*

ción. Quedarán reservadas al Congreso Nacional las decisiones que afecten el monto total del presupuesto y el monto del endeudamiento previsto, así como los cambios que impliquen incrementar los gastos corrientes en detrimento de los gastos de capital o de las aplicaciones financieras, y los que impliquen un cambio en la distribución de las finalidades. En tanto la recaudación real supere en más de un 2% el total de la recaudación proyectada, el Poder Ejecutivo remitirá al Parlamento una ampliación del presupuesto estableciendo el destino previsto para la mayor recaudación a efectos de que el Congreso Nacional pueda decidir sobre la asignación definitiva de los recursos públicos.

Sala de la comisión, 19 de julio de 2006.

Claudio Lozano.

INFORME

Honorable Cámara:

No es cierto que la República muere ante el denominado "proyecto de los superpoderes", agoniza hace tiempo por los 14 millones de pobres que tiene nuestro país. Es cierto que al eximir al Poder Ejecutivo del artículo 37 de la Ley de Administración Financiera y del artículo 15 de la Ley de Responsabilidad Fiscal, éste podrá modificar el destino de los recursos que el Parlamento establezca (ejemplo: podrá, si quiere, destinar recursos autorizados para salud hacia otros rubros, por ejemplo, educación; o podrá también transformar partidas salariales en aportes a una obra de infraestructura: podría incluso asumir gastos sin contrapartida de recursos). Es cierto también que el proyecto al implicar una delegación permanente de facultades sin objetivos precisos, plantea abiertamente una contradicción con el texto constitucional que no sólo delega en el Parlamento la potestad para decidir sobre el destino de los recursos públicos, sino que además le prohíbe al Congreso Nacional delegar sus facultades sin plazos y objetivos definidos.

Podrá decirse, que el Ejecutivo no ha hecho abuso de las facultades que se le delegaron en el 2004 y el 2005 y que los fondos administrados vía "superpoderes" no son significativos. Efectivamente, éste no ha sido el mecanismo central a la hora de administrar recursos sin control parlamentario.

La estrategia real fue otra. Consistió en presentar presupuestos "dibujados" con pautas de recaudación deliberadamente bajas y que luego en la realidad, terminaban siendo superadas. Se presupuestaba recaudación por \$100, luego se obtenían recursos por \$150, y la diferencia se administraba sin discusión. En términos estrictos, este mecanismo permitió administrar \$13.400 millones en el 2004, \$10.700 millones en el 2005 y casi 9.000 millones este

año. Prácticamente \$32.000 millones en tres años o, lo que es lo mismo, el 35% del presupuesto de la administración nacional. En todos los casos estos excedentes presupuestarios se administraron en base a decretos de necesidad y urgencia que se transformaron así en verdaderos instrumentos de creación de recursos que el Parlamento jamás autorizó para su gasto. Es interesante observar que el proyecto de superpoderes que el Ejecutivo ha puesto en discusión sigue reservándole al Parlamento la facultad de "fijar el monto total presupuestado". Casualmente, lo que vía DNU el Ejecutivo violentó en los últimos años. Por cierto, de mantenerse la situación como hasta ahora, o con un régimen donde los DNU adquieran legalidad si el Parlamento no los discute (es decir si la bancada mayoritaria decide no hacerlo), el Ejecutivo obtendría con los DNU y este proyecto el manejo absoluto de la administración presupuestaria.

Hacerse cargo en profundidad del debate político que este tema plantea implica considerar dos cuestiones:

a) Que el remanido tema de la transparencia institucional debe ser puesto en línea con lo "sustancial", es decir, con el destino de los recursos.

b) Que la posibilidad de que este proyecto no sólo exista sino que se apruebe, descansa en el profundo deterioro del sistema político institucional y en particular del Parlamento. Dicho con más claridad, "nadie cree que si el Parlamento debate la asignación de recursos públicos, esto mejore la situación". Este es el problema.

Respecto al primero de los puntos es indispensable aclarar que la mayor parte de los excedentes presupuestarios tuvieron por destino el pago de deuda pública en línea con el objetivo oficial de sostener su estrategia de desendeudamiento. Debe entenderse por lo tanto que el control parlamentario sirve en tanto y en cuanto hubiese permitido que evaluáramos si era conveniente elevar los pagos por deuda pública en un contexto donde el país tiene 7.500.000 pibes en situación de pobreza.

Probablemente hubiéramos podido coincidir que en tanto la "infantilización de la pobreza" pone en cuestión el futuro de la Argentina, "postergar deuda" para resolver el tema de la niñez hubiese sido una inversión más adecuada. Corresponde preguntarse por cierto cuántos de los que hoy se "desgarran las vestiduras" con este proyecto y lo minimizan ubicando el debate en términos electorales (se afirma que el gobierno con esto busca potenciar sus candidatos), estarían dispuestos a optar por los pibes de nuestro país poniéndole un límite a los acreedores.

Respecto al segundo punto, está claro que el deterioro institucional es tan profundo que nadie cree que el Parlamento y sus debates mejoren nada. Frente a esto es interesante destacar dos cuestiones. Por

un lado, que esta situación debilita la posibilidad de construir un sistema institucional capaz de resistir las presiones de los factores de poder que, una y otra vez, demandan recursos públicos en su favor. Que todo dependa de una sola firma, por más convicción y decisión que tal persona tenga, es sin duda un problema. Alguien podrá decir que el presidente actual es una "persona íntegra", otros podrán argumentar que, aún reconociendo esto, no se pudo impedir que en la primera licitación del nuevo régimen de promoción, una sola empresa se apropiara del 67% de los recursos públicos en juego. En este sentido, cuanto mayor institucionalidad haya (y no sólo de la existente sino de las tantas instituciones de participación popular que es necesario promover) más fácil será defender el interés del conjunto ("el interés público").

El otro elemento en relación a este punto es que esto no se resuelve conformando un "frente opositor" que frene el proyecto en nombre de una supuesta transparencia que una y otra vez fue mancillada por muchos de los que hoy cuestionan, pero ayer demandaron poderes iguales o mayores.

El único modo de resolver esta cuestión consiste en eludir el debate cerrado y abstracto basado en el dilema "oficialismo versus oposición", y proponer un compromiso social del Parlamento y el Ejecutivo con dos objetivos muy precisos:

1. Discutir una ampliación presupuestaria que incluya los excedentes de recaudación correspondientes al año 2006 (cerca de \$9.000 millones).

2. Establecer públicamente el destino de esos recursos.

En razón de estos objetivos es que solicitamos la aprobación del presente dictamen.

Claudio Lozano.

OBSERVACION

Buenos Aires, 31 de julio de 2006.

Al señor presidente de la Honorable Cámara de Diputados de la Nación, don Alberto A. Balestrini.

S/D.

De mi consideración:

Tengo el agrado de dirigirme a usted a efectos de formular observaciones al Orden del Día N° 667 que contiene los dictámenes de mayoría y minoría de la Comisión de Presupuesto y Hacienda referidos al expediente 101-S.-2006, sobre una modificación al artículo 37 de la ley 24.156 de administración financiera y de los sistemas de control del sector público nacional. Mi observación se refiere al dictamen de mayoría, por el cual se ha aconsejado la aprobación del proyecto de ley venido en revisión del Honorable Senado.

Con ese propósito, desde ya anticipo que recomiendo no aprobar el referido dictamen de mayoría y, por el contrario, rechazar el proyecto de ley venido en revisión.

Las siguientes observaciones las presento de acuerdo con lo previsto en el artículo 113 del reglamento de esta Cámara y con fundamento en tres objeciones esenciales referidas al proyecto, que es inconstitucional, innecesario y peligroso, según explico a continuación.

1. Inconstitucionalidad

El proyecto a consideración es inconstitucional debido a que es incompatible con la letra y el espíritu de diversos artículos de la Constitución Nacional.

En primer lugar, el proyecto es violatorio del artículo 75, inciso 8º, de la Constitución Nacional, que confiere al Congreso Nacional la atribución de fijar anualmente el presupuesto general de gastos y cálculo de recursos de la administración nacional.

La previsión no es caprichosa y constituye uno de los pilares esenciales del sistema democrático y republicano de gobierno. Es sabido, en efecto, que el presupuesto constituye y a la vez expresa el programa de gobierno proyectado por el Poder Ejecutivo y aprobado y sancionado por el Congreso. Mediante él se distribuyen los recursos y se los asigna a los gastos que deberán realizarse para concretar ese programa.

Por ser la expresión del plan de gobierno que el Poder Ejecutivo se propone desarrollar es que la Constitución Nacional ha previsto que el proyecto de presupuesto sea elaborado por el propio Poder Ejecutivo (artículo 100, inciso 6º, de la Constitución Nacional; artículos 24, 26 y concordantes de la ley 24.156). Pero tiene que ser considerado y aprobado por el órgano que concentra la más amplia y genuina representación popular, que es el Congreso (artículo 75, inciso 8º, ya citado). Se trata, además de una previsión expresa de nuestra Constitución Nacional, de un principio presupuestario adoptado uniformemente en las naciones en las que existe división de poderes y que tiene su origen en el *Bill of Rights* de 1688.

Si el proyecto aprobado por el Senado fuera también aprobado por esta Cámara, el jefe de Gabinete de Ministros podría modificar la totalidad del presupuesto y cambiar el destino de todas las partidas, o sea aprobar, a su solo arbitrio, un nuevo presupuesto totalmente distinto del aprobado por el Congreso. La única limitación consistiría en que ese nuevo presupuesto no exceda del total de gastos previamente aprobado por el Poder Legislativo, lo que constituye una previsión inútil si el objetivo es evitar los excesos y las desviaciones, porque, al menos en teoría, el jefe de Gabinete de Ministros podría eliminar totalmente las partidas destinadas a

educación o a salud o a cualquier otro propósito dispuesto por el Congreso.

En segundo lugar, el proyecto es violatorio del artículo 99, inciso 3º, de la Constitución Nacional que prohíbe, bajo pena de nulidad absoluta e insanable, que el Poder Ejecutivo emita disposiciones de carácter legislativo. Porque si un funcionario del Poder Ejecutivo, como es el jefe de Gabinete, queda investido de la potestad y competencia de aprobar un presupuesto diferente del sancionado por el Congreso, lo hará con claro menoscabo de la ya recordada atribución legislativa consagrada en el artículo 75, inciso 8º, de la Constitución Nacional. Dicho en otros términos, la facultad de aprobar el presupuesto general de la Nación pasará del Poder Legislativo al Poder Ejecutivo, o peor, a un funcionario de segundo rango dentro del Poder Ejecutivo.

En tercer lugar, la iniciativa es también violatoria del artículo 76 de la Constitución Nacional, que prohíbe la delegación legislativa en el Poder Ejecutivo, salvo en materias determinadas de administración o de emergencia pública, con plazo fijado para su ejercicio y dentro de las bases de la delegación que el Congreso establezca.

En el caso bajo análisis, la delegación (implícitamente admitida en el sexto párrafo del mensaje del Poder Ejecutivo) ni siquiera se realizaría a favor del titular del Poder Ejecutivo, que es el presidente de la Nación (artículo 87 de la Constitución Nacional), sino de otro funcionario distinto, no previsto en la única posibilidad contemplada por el citado artículo 76. Pero tampoco sería una delegación en materia determinada de administración o de emergencia pública, ni mucho menos tendría plazo fijado para su ejercicio o bases establecidas por el Congreso. Es decir que no existe ni una mínima posibilidad de considerar que la delegación encuadra en la previsión del artículo 76 de la Constitución Nacional, lo que la hace irremediabilmente inconstitucional.

Es importante no perder de vista el carácter permanente de la delegación que el proyecto pretende consagrar y la absoluta falta de bases o parámetros fijados por el Congreso para su posterior ejercicio. Esa característica permitirá que, en la práctica, el jefe de Gabinete pueda hacer lo que quiera y durante todo el tiempo que quiera en materia presupuestaria, lo que constituye un notorio exceso en desmedro del Poder Legislativo.

En cuarto lugar, el proyecto es también violatorio del artículo 100 de la Constitución Nacional, que ha determinado las atribuciones del jefe de Gabinete de Ministros. Esa norma, en efecto, sólo ha previsto que el jefe de Gabinete sea el encargado de enviar al Congreso el proyecto de presupuesto (inciso 6º) y de ejecutar la ley de presupuesto nacional (inciso 7º). Si debido a la aprobación del proyecto bajo análisis se ampliaran las atribuciones de este funcionario y se le permitiera ser él mismo quien apruebe el presupuesto (ya que a eso equivale la

atribución de modificarlo en su totalidad), se violaría la norma constitucional que fijó las facultades y potestades de este funcionario aparecido como novedad luego de la reforma constitucional de 1994.

Por último, pero no menos importante, el proyecto implicaría la violación del artículo 29 de la Constitución Nacional, que prohíbe al Congreso conceder al Ejecutivo nacional facultades extraordinarias, ni la suma del poder público, ni otorgarle sumisiones o supremacías por las que la vida, el honor o las fortunas de los argentinos queden a merced de gobierno o persona alguna.

Ninguna duda cabe de que la delegación que se propone es equivalente a la concesión de una facultad extraordinaria, a favor de un funcionario del Poder Ejecutivo y en desmedro o perjuicio del Congreso. Porque se transferiría la atribución de fijar el presupuesto general de la Nación, que indiscutiblemente tiene el Poder Legislativo, a un funcionario con atribuciones exclusivamente administrativas (artículo 100, inciso 1º, de la Constitución Nacional).

Por ello es importante recordar que el mismo artículo 29 de la Constitución Nacional dispone que los actos que pretendan conceder facultades extraordinarias al Poder Ejecutivo llevan consigo una nulidad insanable y sujetarán a los que los formulen, consientan o firmen, a la responsabilidad y pena de los infames traidores a la patria.

La suma de inconstitucionalidades insalvables que acumula el proyecto es suficientemente abultada como para imponer la necesidad y conveniencia de rechazarlo. Pero, además, a esas objeciones legales se le suma la absoluta falta de necesidad práctica de la iniciativa, según explicaré a continuación.

2. Falta de necesidad

La razón o fundamento fáctico que ha expresado el Poder Ejecutivo para justificar el proyecto de ley bajo análisis, es la necesidad de atender eventuales e hipotéticas situaciones de emergencia. Y se ha dado el ejemplo de catástrofes naturales o emergencias sanitarias.

Si ése es el verdadero propósito del proyecto, la Cámara de Diputados puede archivarlo con absoluta y total tranquilidad, dado que el Poder Ejecutivo cuenta, actualmente y sin necesidad de que se sancione norma alguna, con atribuciones suficientes para afrontar, al menos presupuestariamente, cualquier emergencia que la realidad suscite.

En primer lugar, el artículo 39 de la misma ley 24.156 prevé que "el Poder Ejecutivo nacional podrá disponer autorizaciones para gastar no incluidas en la ley de presupuesto general para atender el socorro inmediato por parte del gobierno en casos de epidemias, inundaciones, terremotos u otros de fuerza mayor. Estas autorizaciones deberán ser comunicadas al Congreso Nacional en el mismo acto que las disponga, acompañando los elementos de

juicio que permitan apreciar la imposibilidad de atender las situaciones que las motivaron dentro de las revisiones ordinarias o con saldos disponibles en rubros presupuestarios imputables. Las autorizaciones así dispuestas se incorporarán al presupuesto general”.

Por lo tanto, no hay peligro de que una emergencia no sea atendida por el Poder Ejecutivo debido a una falta de previsión presupuestaria, ya que, en ese caso, el mismo Poder Ejecutivo podrá emitir las autorizaciones que sean necesarias. Pero una cosa es que esa innovación la produzca el presidente de la Nación, en su condición de jefe supremo de la Nación (artículo 100 de la Constitución Nacional), debido a una situación de fuerza mayor, dando cuenta inmediata al Congreso y acompañando los elementos de juicio que permitan apreciar la razonabilidad de su decisión. Y otra cosa muy distinta es que la alteración presupuestaria la produzca un funcionario de segundo nivel, no elegido popularmente, como es el jefe de Gabinete, sin obligación de dar cuenta al Congreso ni mucho menos de justificar la decisión, como se propone en el proyecto bajo análisis.

En segundo lugar, el artículo 3º, inciso *d*), de la ley 23.548 de coparticipación federal, ha creado un fondo de aportes del Tesoro nacional a las provincias, que se integra con el 1 % del monto total recaudado por los gravámenes coparticipables. Ese fondo, que administra y asigna el ministro del Interior está destinado “a atender situaciones de emergencia y desequilibrios financieros de los gobiernos provinciales y será previsto presupuestariamente en jurisdicción del Ministerio del Interior” (artículo 5º, ley 23.548).

A ese mismo fondo se destina también el 2 % del producido del impuesto a las ganancias, de acuerdo con lo previsto en el artículo 104, inciso *c*), de la ley 20.628 (texto ordenado por decreto 649/97).

En la actualidad, el fondo cuenta con más de 3.000 millones de pesos disponibles por lo que bien pueden los argentinos estar tranquilos respecto a la disponibilidad de fondos para atender situaciones de emergencia.

A todo lo anterior hay que agregar, además, las partidas destinadas a atender emergencias que contempla el presupuesto vigente y que integran los recursos de los ministerios de Desarrollo Social y del Interior.

Queda perfectamente claro, en consecuencia, que el argumento referido a la necesidad de prever emergencias o situaciones de fuerza mayor es definitivamente falaz, ya que existen normas positivas y vigentes que proporcionan los instrumentos necesarios para hacer frente a esas posibles exigencias súbitas e imprevistas. Si el Poder Ejecutivo falla en la atención de alguna de esas situaciones no será por falta de previsiones normativas sino, en todo caso, por ineficiencia administrativa.

3. Peligro

Anticipé al comienzo que la iniciativa, además de inconstitucional e innecesaria, es también peligrosa, por lo que toca ahora agregar unas pocas consideraciones a ese respecto.

El proyecto carece de adecuado sustento normativo. Muy por el contrario, ha quedado en evidencia que es irremediablemente inconstitucional. Además es innecesario o prescindible, porque la situación que apunta a contemplar normativamente ya está contemplada y prevista en otras normas vigentes y con previsiones más adecuadas y ajustadas al propósito perseguido.

En esas condiciones, conceder a un funcionario de segundo nivel administrativo la potestad de modificar integralmente el presupuesto, o sea de reemplazar el presupuesto aprobado por el Congreso por otro sustancial y totalmente diferente, implica un riesgo demasiado severo que esta Cámara no debería admitir. Las promesas hechas públicas de un futuro uso prudente y razonable de tamaña atribución no son suficientes para aprobar la iniciativa. Porque si tan prudentes y razonables son las modificaciones presupuestarias, ninguna traba encontrarán en el Congreso para ser aprobadas de manera cabalmente respetuosa de las previsiones constitucionales y sin menoscabo de las atribuciones del Poder Legislativo.

Por otra parte, es de toda evidencia que transferir la facultad de aprobar el presupuesto del Congreso al jefe de Gabinete implica la violación de la división de poderes consagrada en la Constitución Nacional. Está muy claro en el texto constitucional que el presupuesto debe ser fijado y aprobado por el Poder Legislativo y que al Poder Ejecutivo le cabe proyectarlo, antes de la sanción, y ejecutarlo, luego de la sanción. Pero si todo ese complejo proceso quedara concentrado en un solo poder, habría desaparecido la división de poderes propia de la República y el presidente quedaría investido de algo muy parecido a la suma del poder público.

Tampoco resulta feliz la propuesta de exceptuar al jefe de Gabinete de Ministros de lo establecido en el artículo 15 de la ley 25.917. Esta ley es la que estableció el denominado Régimen Federal de Responsabilidad Fiscal, con el explícito propósito de “establecer reglas generales de comportamiento fiscal y dotar de una mayor transparencia a la gestión pública” (artículo 1º). Por lo tanto, la excepción que se pretende consagrar importa la pretensión de privar de transparencia a la gestión pública, lo que no parece constituir un propósito muy loable.

Y mucho menos loable resulta que el Congreso sancione normas sustanciales destinadas a hacer más eficiente y transparente la gestión presupuestaria, como son las leyes 24.156 y 25.917, y luego el mismo Congreso consagre excepciones que conviertan en letra muerta esas aspiraciones. Esta Cá-

mara, muy por el contrario debería ser el más firme y atento guardián del estricto respeto de esas normas, no sólo en defensa de sus propias atribuciones constitucionales sino también en cumplimiento del mandato recibido del pueblo de la Nación al que representamos (artículo 44 de la Constitución Nacional).

Dado que no existen razones fácticas o jurídicas que justifiquen la necesidad o conveniencia de aprobar tan riesgoso proyecto, que podría tener consecuencias verdaderamente imprevisibles, resulta imperioso que esta Cámara rechace la iniciativa. En consecuencia, por todo lo expuesto, más las razones que expondré oportunamente en el recinto, propicio el anticipado rechazo del dictamen de mayoría.

Saludo a usted muy atentamente.

Pablo G. Tonelli.

Sr. Presidente (Balestrini). — En consideración en general.

Tiene la palabra el señor miembro informante del dictamen de mayoría. La Presidencia aclara al señor diputado por Jujuy que dispone de veinte minutos, como máximo, para hacer uso de la palabra.

Sr. Snopce. — Vamos a hacer el esfuerzo de cumplir con el tiempo estipulado en el reglamento, cosa que espero haga también el resto de los señores diputados.

Señor presidente: seguramente no escapa a su conocimiento ni a su percepción, como tampoco a los demás señores diputados, que este es un tema que ha tenido mucha trascendencia pública y que ha ganado los medios. Ha tenido repercusiones, de las que hoy llamamos mediáticas, de significación.

Ello me obliga a hacer algo que no me gusta, pero no tengo otra solución: me veo compelido a explicar con claridad o por lo menos intentarlo— qué es lo que estamos por sancionar, qué es lo que estamos por modificar—en todo caso—y qué dice la legislación que pretendemos cambiar. Vamos a decir con toda claridad de qué se trata este tema.

El artículo 37 de la ley 24.156 tiene dos partes, a pesar de que consta de un solo párrafo. Una primera parte habla de los alcances y mecanismos por los cuales el Poder Ejecutivo nacional debe reservar al Congreso de la Nación determinadas cuestiones que hacen a las modificaciones a la ley de presupuesto general. La segunda parte dice que quedarán reservados al

Congreso de la Nación los cambios que impliquen incrementar los gastos corrientes en detrimento de los gastos de capital o de las aplicaciones financieras, y los que impliquen un cambio en la distribución de las finalidades.

Esta última parte del artículo 37, es decir, la habilitación por parte del Poder Ejecutivo del cambio de la finalidad de sus funciones y del pase de bienes de capital a erogaciones corrientes es lo que pretendemos cambiar en orden a flexibilizar el presupuesto público. Esto trae como consecuencia que necesariamente deba cambiarse el artículo 15 de la ley 25.917, llamada de responsabilidad fiscal, cuya última parte habla del mismo tema y casi en los mismos términos.

Vale la pena entonces hacer una introducción con las clasificaciones que contiene el presupuesto de la Nación. Veamos qué es esto de la finalidad y la función.

Aquí me veo precisado a hacer algo que tampoco me gusta, que es leer las clasificaciones que hay en la terminología presupuestaria, en la forma de exponer el presupuesto o de estructurarlo y armarlo, es decir, en qué están clasificados cada uno de los gastos y los posibles ingresos que se estiman durante un ejercicio.

Empezamos con las clasificaciones por jurisdicción, que pueden ser institucionales o administrativo-financieras por ejemplo, las obligaciones a cargo del Tesoro; seguimos con el clasificador por servicio; continuamos por las entidades y subentidades, entendiendo por entidades a los fines de la ley 24.156 a las organizaciones públicas con personería y patrimonio propios; seguimos con el clasificador por fuente de financiamiento; luego, con la clasificación del gasto por ubicación geográfica, que puede ser binacional, multiprovincial, biprovincial o de una jurisdicción provincial cualquiera; seguimos con la clasificación por unidad ejecutora; luego, con el carácter económico del gasto, que puede ser corriente o de capital; continuamos con el carácter institucional del gasto—administración central, organismos descentralizados, instituciones de la seguridad social—; seguimos con los planes, programas y proyectos concretos, e incluso subprogramas, donde el gasto también está clasificado; continuamos con las actividades; seguimos con las partidas principales, globales, específicas y parciales—ahí ya tenemos cinco cla-

sificadores más—; continuamos con la moneda, que como todos sabemos puede ser cualquier moneda del mundo, de manera que hay tantas clasificaciones como monedas existen en el mundo, si bien debemos reconocer que las más utilizadas son dos o tres; seguimos con las aplicaciones y terminamos con la finalidad y función. Esto último es lo único que hoy queremos autorizar a cambiar al Poder Ejecutivo. No está en juego ninguna de estas clasificaciones ni de estos elementos que acabamos de mencionar y que podríamos definir uno por uno, cosa que no vale la pena hacer porque cansaríamos a los señores diputados inútilmente.

¿Qué contiene nuestra terminología propia? De la misma manera que alguna vez el mundo se puso de acuerdo en decir que el metro era la “tantaava” parte del meridiano que pasa por tal lado y adoptó esto como unidad de medida de las distancias, medida en el plano, a pesar de que la “tantaava” parte del meridiano no es plana, es decir que fue una convención; en algún momento de la historia se sanciona la ley de contabilidad 13.925, promulgada el 14 de agosto de 1950, que contiene una serie de clasificadores por finalidad y función que no tiene casi nada que ver con los actuales, porque obedecen a otra concepción: a la de la distribución en función de cada una de las jurisdicciones. Como todos sabemos, jurisdicciones son cada uno de los grandes departamentos en que están distribuidos los poderes Ejecutivo, Legislativo y Judicial de la Nación.

Esa ley rige hasta la sanción de la ley 24.156, que por convención de los estudiosos decide en ese momento establecer un clasificador de finalidad y funciones que es el que hoy nos rige y que está dividido en cinco finalidades básicas: la administración, la defensa y la seguridad, los servicios sociales, los servicios económicos y la deuda pública. Cada una de ellas contiene una serie de subclasificadores. Esto es lo único que estamos por cambiar. Por favor, pongamos las cosas en su verdadera dimensión y naturaleza. Sólo hablaremos de esto y no de otras cuestiones como las que se han mencionado por allí. Sinceramente he escuchado decir cada cosa...

Por ejemplo, se ha dicho que esta iniciativa pone en peligro a la República. ¿Sabe, señor presidente, cuándo se puso en peligro la República? Cuando teníamos el cinco mil por ciento

de inflación anual medida en términos de depreciación de los bienes y servicios que pueden ser adquiridos y, respecto del tipo de cambio, el diez mil por ciento de inflación anual, cuando no había moneda en la Argentina.

Si me permite, señor presidente, voy a relatar una breve anécdota. Ocurrió en el salón Padilla del Ministerio de Economía, mientras corría el segundo lustro de la década del 80. En esa época los recursos coparticipables no se enviaban diariamente a las provincias sino a fin de cada mes, y dados los índices de inflación que acabó de mencionar ocurría que a cada provincia llegaba poco o nada.

En aquel salón se llevó a cabo una reunión de Estado, a la que asistieron su excelencia—así se llamaba a los ministros antes de la reforma de la Constitución de 1994—el señor ministro del Interior, su excelencia el señor ministro de Economía, y sus excelencias, quince gobernadores argentinos. Por allí había algunos mequetrefes, en medio de ellos, aunque sentados en la parte de atrás del salón, que éramos quienes manejábamos las economías provinciales.

Su excelencia el ministro del Interior nos señaló que debíamos tener en consideración la distribución de otro tipo de recursos, por ejemplo, los automóviles que se entregaban a las policías provinciales. Dio la casualidad de que la noche anterior yo había visto en Noticias Argentinas, ese noticiero donde aparecía un caballito que se paraba en dos patas—y en medio del relincho—, que en una ciudad mediterránea—que quiero mucho—muy importante de nuestra Argentina desfilaban mil automóviles ocupando cuerdas y cuerdas de la avenida Colón. Saqué la cuenta tomando en cuenta el producto bruto, la cantidad de habitantes y otros indicadores, y llegué a la conclusión de que a nuestra humilde tierra del Norte, de la que soy oriundo, le correspondían algo más de treinta autos, pero en realidad no habían llegado ni dos.

Recuerdo que en aquella reunión me paré, pedí la palabra—como lo hago acá—, e instado por un gobernador amigo—en este recinto también hay algunos amigos de él—pregunté al señor ministro si los habitantes de esa provincia habían actuado a la manera de Cristo en las Bodas de Caná o cuando multiplicó los panes y los peces, porque no entendía cómo la distribución era tan despareja y de dónde habían saca-

do los recursos, ya que en el presupuesto nacional éstos no figuraban. En razón de que estaba al lado de su excelencia el señor ministro de Economía, él me contestó que había resuelto modificar partidas del presupuesto; precisamente se trataba de aquellas relativas a finalidad y función, que no estaban autorizados a cambiar. En vez de usar el dinero en una cosa, lo usaban para comprar estos mil automóviles que habían ido a parar a esta hermosa provincia mediterránea.

De este tema debemos aprender una lección. Hablar de determinadas cosas cuando en rigor de verdad hemos hecho otras diferentes, adecuadas al momento, a las circunstancias de tiempo y de lugar, señalando con tremendismo que mediante la modificación de la finalidad o la función estamos alterando la Constitución de la República Argentina, es una locura. Discúlpeme esta digresión y este exceso verbal, señor presidente, pero no es posible que se pretenda trazar un paralelismo entre una y otra cosa, en particular existiendo todos estos clasificadores que mencioné, donde ninguno se toca. Un ejemplo podría ser pasar algunos recursos de Defensa y Seguridad a Servicios Sociales.

¿Acaso alguien dijo algo cuando en los últimos años se aumentaron en ocho ocasiones las jubilaciones utilizando este mecanismo? Tampoco se adujo una palabra cuando se incrementaron los haberes de los empleados públicos. Podría pasar largas horas enunciando ejemplos similares, en los cuales hemos implementado este mecanismo en bien de la República y frente a los cuales no hubo cuestionamientos.

En verdad, cuando se sancionó la ley 24.156 las condiciones eran diferentes en nuestro país. Poco tiempo atrás habíamos padecido la hiperinflación, no había recursos para invertir en obras públicas y se requería pedir créditos externos. Ningún organismo multilateral de crédito, ningún país ni ningún financista internacional prestaba un peso a la Argentina con destino a inversiones en bienes de capital porque los argentinos teníamos —¿debo decir “teníamos”, señor presidente?— la fama de que derivábamos a erogaciones corrientes los recursos que nos llegaban para inversiones. Ciertamente, por falta de fondos a veces era necesario derivar estos a gastos no vinculados con la capitalización del país.

Por esa razón, en las cláusulas de los preacuerdos o las cartas de intención ya venían insertas algunas especificaciones que mandaban limitar por medio de una ley la posibilidad de redireccionar los recursos destinados a bienes de capital hacia erogaciones corrientes. Un caso concreto es el del Programa Materno Infantil y Nutricional, muy exitoso en nuestro país, que tenía un esquema bien armado, con muy buenas tasas de interés. En la actualidad lleva otro nombre, está mejor diseñado, y carece de financiamiento del Banco Mundial porque está a cargo del propio erario. Pero cabe señalar que en la carta de intención de este programa había una sugerencia —podríamos llamarla así— para enmarcar la posibilidad de que el Poder Ejecutivo trasladara los recursos de las inversiones en bienes de capital a erogaciones corrientes.

Merced a cuestiones como esta y muchas otras que no mencionaré, pero que tienen un mismo sentido, en ese momento se propició la sanción del proyecto de ley por el que se modificó el artículo 37 de la ley 24.156.

Por otra parte, no podemos olvidar que aquí existía un verdadero desbarajuste. Además de la hiperinflación y del gobierno que nos tiraron por la cabeza, nos encontramos con que ni siquiera había una oficina de crédito público que controlara lo que cada una de las jurisdicciones y organismos de la administración hacía con los créditos internos y externos. Prácticamente cada uno estaba autorizado para hacer lo que quisiera. Insisto: era un monumental desbarajuste, como diría alguien de mi edad. Por supuesto, hoy los chicos utilizan otras expresiones que no utilizaré porque tienen una connotación inapropiada para este recinto.

Lo cierto es que se requería poner orden en esta situación, y la forma de hacerlo era modificando la segunda parte del artículo 37 de la ley de administración financiera.

Hoy las cosas son diferentes. La Argentina está financiando la mayor parte de sus inversiones en bienes de capital con recursos genuinos propios, porque este mismo Congreso, entre otras cosas, ha contribuido a ello en función, por ejemplo, de los planes y programas en materia de control de la evasión, más allá de que la parte más sustantiva se vincula, sin ninguna duda, con el crecimiento de la economía.

Hubo un cambio de situación ocurrido en el interregno que a todos resultó gozoso. En rigor de verdad, cada vez que escucho hablar del tema se enganchan en él o dicen que les parece bien que estemos creciendo; me congratulo de que así sea, porque no es correcto que se alegren cuando las cosas van mal. Lo cierto es que como las cosas van bien parecería que a veces hiciéramos como el chacal o la hiena: que cuando el león caza, hace el trabajo duro y pone las cosas en su lugar, los otros mordisquean por todas partes para dejarlo sin su porción, y esto no está bien.

Lo que se está haciendo hoy es colocar en cabeza de la opinión pública algo que no tiene nada que ver con la realidad. No estamos tocando la Constitución; no estamos tocando ninguna de todas las clasificaciones que acabo de mencionar; solamente estamos considerando un tema muy específico que exige la flexibilidad presupuestaria que el mundo moderno nos está mostrando como una necesidad imperiosa, en muchos casos, de cambiar la finalidad.

Podría relatar cuáles son estas disposiciones, pero recuerdo el compromiso asumido con usted, señor presidente, teniendo en cuenta el tiempo que me resta.

Sr. Presidente (Balestrini). – La Presidencia hace saber al señor diputado que le resta un minuto para que finalice el tiempo del que dispone para hacer uso de la palabra.

Sr. Snopek. – Lo sé, señor presidente; por eso decía que podría mencionar cada una de las disposiciones del señor jefe de Gabinete de Ministros que han sido aplaudidas por muchos señores diputados que hoy ocupan una banca en este recinto, en virtud de las cuales se han producido hechos y circunstancias que han cambiado.

Sr. Presidente (Balestrini). – El señor diputado Camaño le solicita una interrupción, ¿se la concede, señor diputado?

Sr. Snopek. – Teniendo en cuenta el poco tiempo que me resta preferiría terminar con mi exposición, señor presidente.

Sr. Presidente (Balestrini). – Continúa en el uso de la palabra el señor diputado por Jujuy.

Sr. Snopek. – Es necesario contextualizar adecuadamente la cuestión que estamos considerando. Debe hacerse, reitero, teniendo en

cuenta que nuestro país posee un sistema complejo en materia presupuestaria.

El Poder Ejecutivo nacional elabora sus planes, programas y proyectos y los envía al Poder Legislativo para que sean aprobados. La Constitución habla del presupuesto general de la administración; no se refiere al detalle del presupuesto con cada uno de sus clasificadores, etcétera, con una línea finita como la que aparece en algunas pólizas de las compañías de seguros. No dice semejante cosa, se refiere al presupuesto general de administración. Entonces, la cuestión significativa que resulta importante para la gente no radica en los clasificadores que aparecen en las planillas anexas del presupuesto y que ordenan el gasto de la manera que he relatado.

Esa aparente dicotomía, potenciada con la sanción de la ley 24.156, por las razones que acabo de exponer da pie para que hoy estemos hablando de cosas impropias que no se vinculan en absoluto con la realidad.

Jamás en la historia de la Argentina este Congreso ni ningún otro ha hecho uso de la potestad de cambiar la finalidad y la función del gasto en el presupuesto enviado por el Poder Ejecutivo. ¿Sabe lo único que ha cambiado, señor presidente? En muchos casos tal o cual obra pública que incorporó, quitó o agregó y, en otros, incorporó aspectos relacionados con las universidades argentinas; bienvenido sea. De allí a decir que peligra la República...

¿Saben cuándo peligra la República? Cuando no se sabe gobernar y se hacen estas cosas que acabamos de mencionar; es decir, cuando los chacales y las hienas mordisquean lo que el león ha cazado. (*Aplausos.*)

Sr. Presidente (Balestrini). – Tiene la palabra el señor diputado por Buenos Aires.

Sr. Camaño (E.O.). – Señor diputado Snopek: quédese tranquilo que no voy a defender a las hienas, a los chacales, a los leones ni a los burros, porque hoy se olvidó de los burros. (*Risas.*) El problema es que se le dice “burros” a aquellos que tienen poca memoria en la vida y, generalmente, los tratan muy mal por tener muy poca memoria. Le dicen “burros” a aquellos que indudablemente no saben nada o se olvidan las cosas.

Tengo aquí el resultado de la votación nominal realizada el 23 de marzo de 2001 y, si no me

equivoco, el señor miembro informante votó en forma negativa ese proyecto.

Sr. Presidente (Balestrini). — Tiene la palabra el señor diputado por Entre Ríos.

Sr. Godoy (J. C. L.). — Señor presidente: quiero hacer una pregunta al señor miembro informante de la mayoría para ver si es posible evacuar dos dudas que tengo en relación con la interpretación de la ley 24.156 y la modificación que se plantea con el artículo 37. ¿Puedo hacerle la pregunta, señor presidente?

Sr. Presidente (Balestrini). — ¿Diputado Snopek?

Sr. Snopek. — Aceptaré las preguntas al final.

Sr. Godoy (J. C. L.). — El problema es que, desde mi punto de vista, mi pregunta se vincula con la esencia del debate: no es una inquietud cualquiera. Tiene que ver con una aparente contradicción que, a mi criterio, existe entre el artículo 37 de la ley 24.156 y otro artículo.

Quiero saber qué interpretación le da el presidente de la comisión a ese artículo, porque el debate puede cambiar en función de ella.

Sr. Presidente (Balestrini). — La Presidencia entiende que, tratándose de un proyecto que específicamente tiene un solo artículo referido al tema en cuestión, en su momento, cuando se lo considere, se podrá hacer la consulta pertinente.

Tiene la palabra el señor diputado por Mendoza.

Sr. Iglesias. — Señor presidente: el miembro informante ha aclarado su punto de vista, y por ello creo que los demás también tenemos derecho a expresar el nuestro sobre los temas que estamos tratando.

La cuestión que estamos tratando hoy no es menor ni es nimia, como se pretendió hacer creer en el sentido de que se trata solamente de una transferencia de partidas. En definitiva, estamos hablando de atribuciones constitucionales, y de quien las tiene para aplicar estas modificaciones, más allá de que sean menores o mayores.

En este caso no son menores sino que a partir de ahora estamos hablando de la disponibilidad de miles de millones de pesos en forma permanente por parte del jefe de Gabinete de Ministros, haya emergencia de por medio o no.

Entonces, no es un tema menor sino que raya principios constitucionales y, cuanto menos, creo que deberían exponerse los distintos puntos de vista.

En definitiva, como hemos visto en la discusión en el Senado y en la que estamos llevando a cabo en esta Cámara, existe una tendencia por parte del oficialismo a minimizar lo que estamos hablando. A su vez, existe un maltrato hacia aquellos que no piensan de la misma manera o que han expresado situaciones realmente conflictivas o peligrosas para la República que, en definitiva, deberíamos tener en cuenta.

Básicamente, se han escuchado argumentos tendientes a afirmar que, si antes se hizo, ahora también se puede hacer. El señor miembro informante hizo referencia a situaciones del pasado en las cuales probablemente no lo sé porque no estuve en ese momento— se hayan transgredido leyes o rayado la Constitución.

Si alguien lo hizo antes y hoy cambió de posición, entiendo que este no puede ser el argumento para justificar lo que se está haciendo mal en este momento: está bien o está mal. Precisamente esto es lo que estamos discutiendo.

Noté que en el debate en el Senado se trataba de manera encarnizada a aquellos que habían tenido una opinión en su momento y ahora la cambiaron. Precisamente, quienes sostenían esta posición, en el pasado habían tenido una opinión distinta.

La verdad es que no podemos analizar los temas desde el punto de vista de que, si antes se procedió mal, hoy también se los puede considerar de la misma manera. Por lo tanto, lo que debemos hacer es tratar de corregirlo.

Pero además tenemos que ver las circunstancias en las cuales se está tratando hoy el tema. No es lo mismo sostener una medida, apartarse de lo que establece la ley o delegar las funciones del Congreso en un momento de emergencia que cuando no la hay. Entonces, no se puede hacer la comparación, porque sostener que hoy queremos hacer algo que no se debe hacer porque en el pasado se hizo y hubo condiciones excepcionales, es realmente estar muy mal ubicados. Además, la Constitución prevé los casos de excepcionalidad o emergencia, a los cuales nos referiremos enseguida, si es que el tiempo nos alcanza.

Por otro lado, el señor presidente de la Comisión de Presupuesto y Hacienda ha utilizado un argumento por el que pretendió minimizar la modificación que se propone, al decir que de los 139 artículos de la ley de administración financiera sólo se modifica uno. Para el común de la gente puede parecer que cambiar un solo artículo no es nada. Ciertamente utilizar un argumento tan pobre sólo puede buscar ocultar la realidad.

La modificación de cualquier artículo de una ley puede introducir variantes sustanciales en ella. Modificar el artículo primero de cualquier Constitución puede afectar su propia esencia. Por lo tanto, no se trata de si se modifican uno o cien artículos, sino del fondo de la cuestión que se quiere modificar.

También se ha dicho que se modifica el artículo 37 porque es anterior a la reforma constitucional de 1994, pero no se dice que también se modifica el artículo 15 de una ley que sancionamos el año pasado, la de responsabilidad fiscal. Nosotros sostuvimos que esta última ley iba a ser perjudicial para las provincias —como lo está siendo— porque atribuye grandes responsabilidades a las provincias y prácticamente ninguna a la Nación, y hoy además se quiere eliminar una de las grandes responsabilidades que tiene la Nación vinculada con la ejecución presupuestaria.

Toda iniciativa tiene sus antecedentes, y ésta viene de la mano de las modificaciones que se han hecho al presupuesto en años anteriores, fundadas en la existencia de la emergencia. Algunos casos fueron acompañados por los distintos bloques en virtud de que la emergencia obligaba a delegar ciertas funciones del Congreso. Más allá de que algunos sostienen que nunca deberían delegarse, la realidad fue que el estado de emergencia obligó a que se fuera haciendo esa delegación.

El presupuesto para el ejercicio 2006 —presupuesto preelectoral— que envió el Poder Ejecutivo el año pasado no contenía esa delegación de funciones que se había incluido en los años anteriores, pero después de las elecciones se solicitó introducir una modificación sosteniendo que todavía estábamos en emergencia, volviéndose así a aprobar la delegación de funciones que hasta el día de hoy tiene el jefe de Gabinete. Pero como hoy no se puede sostener

ese argumento se solicita la modificación definitiva de la ley.

La reforma de estos artículos no es una mera modificación administrativa, como quiere presentar el señor presidente de la Nación, quien dijo que necesita que no le aten las manos, que lo dejen trabajar y que lo acompañen. Dicho así parece un problema de caja chica, como si acaso no hubiera flexibilidades en el presupuesto a los efectos de su ejecución, las que evidentemente existen y se pueden utilizar hoy.

El tema de fondo es si la sanción de esta norma implica una reforma de la Constitución o una delegación de funciones. Me refiero a una “reforma de la Constitución” porque nuestra Carta Magna es absolutamente clara en cuanto a quién tiene la responsabilidad de modificar el presupuesto nacional. Este punto es la esencia de toda esta cuestión. Luego hablo de una “delegación de funciones” porque se ha esgrimido como argumento que al jefe de Gabinete de Ministros se le estaría reconociendo la posibilidad constitucional de modificar el presupuesto como quiere.

Esto no es correcto, ya que la Constitución Nacional establece claramente en el artículo 75, inciso 8, que es el Congreso de la Nación quien fija el presupuesto, y en el artículo 100, inciso 7, que es el Poder Ejecutivo —a través del jefe de Gabinete de Ministros— el encargado de ejecutarlo. Por lo tanto, creo que no debería haber ninguna discusión acerca de quién fija y quién ejecuta el presupuesto nacional.

De acuerdo con el diccionario, “fijar” significa: “Hincar, clavar, asegurar...”. También quiere decir: “Hacer fijo o estable algo.” Otra acepción es la siguiente: “Determinar, limitar...”. Precisamente, a ello es a lo que queda habilitado el Congreso cuando la Constitución le otorga la atribución de fijar el presupuesto nacional.

El Poder Ejecutivo debe ejecutar el presupuesto por intermedio del jefe de Gabinete de Ministros. El diccionario dice que “ejecutar” significa: “Poner por obra algo”. También quiere decir: “Desempeñar con arte y facilidad algo”. Es decir que el Poder Ejecutivo le está encomendando una tarea al jefe de Gabinete de Ministros y éste debe desempeñarla eficientemente. El diccionario expresa que “ejecutar” también quiere decir “ajusticiar”, a lo mejor, lo

que se está tratando de hacer es ajusticiar la Constitución Nacional.

Está claro que nos encontramos frente a una delegación de funciones que el Congreso Nacional no puede otorgar de ninguna manera. El artículo de la ley de administración financiera que se modificaría mediante este proyecto de ley establece que las decisiones que afecten el monto total del presupuesto quedan reservadas al Congreso de la Nación. Pero en realidad, esa misma modificación contiene una trampa porque el jefe de Gabinete de Ministros, al quedar habilitado para reformar aplicaciones financieras, podrá trasladarlas a gastos corrientes. Por lo tanto, de sancionarse esta iniciativa, sí estaría permitido modificar el monto total del presupuesto, cuando en verdad esa atribución le corresponde única y exclusivamente al Congreso tal como lo establece el artículo que se pretende modificar.

¿A quién corresponde realmente esa facultad? ¿Al Congreso de la Nación o al jefe de Gabinete de Ministros? En primer lugar debe quedar claro que el presupuesto nacional es un plan que el gobierno elabora año tras año de acuerdo con la cantidad de recursos disponibles. Hay un procedimiento perfectamente establecido que consiste en que el Poder Ejecutivo elabora el presupuesto y lo envía al Poder Legislativo para que éste le introduzca las modificaciones y limitaciones que considere convenientes y lo apruebe. Posteriormente, el Poder Ejecutivo es quien debe ejecutar ese presupuesto sancionado por el Congreso a través del jefe de Gabinete de Ministros.

No se trata de una ocurrencia; es un procedimiento alrededor del cual ha habido luchas permanentes a lo largo de la historia respecto del manejo de los fondos y de quién modifica ese plan de gobierno. En nuestro país, y seguramente en otras naciones del mundo, está perfectamente estipulado qué atribuciones corresponden a cada uno de los poderes del Estado. Está claro que la facultad de fijar y reformar el presupuesto nacional recae indelegablemente en el Congreso de la Nación y no en el jefe de Gabinete de Ministros. Por lo tanto, resulta evidente que esta atribución que se le pretende otorgar en forma permanente cuando no existe emergencia alguna no tiene sentido y no puede ser aceptada por este Congreso, ya que estaríamos infringiendo

la Constitución, si delegamos funciones indelegables que le son propias.

Adolfo Atchabahian, comentando las reglas clásicas del presupuesto, señala lo siguiente: "La regla de la generalidad puede enunciarse diciendo que el presupuesto debe ser único e incluir en él todos los gastos y recursos de la hacienda pública, sin compensación entre ellos y sin afectación particular de los segundos a los primeros. La regla de la universalidad del presupuesto, se refiere específicamente a la comprensión que ha de tener el presupuesto como plan preventivo financiero del Estado. Para que el presupuesto cumpla debidamente sus funciones de control preventivo de la actividad de naturaleza económica en la hacienda pública, no debe haber gastos y recursos susceptibles de ejecutarse separadamente de él, y que el Poder Ejecutivo pueda disponer sin autorización legislativa, y sin obligación de rendir cuenta de la inversión.

"Esta regla de la especificación de los egresos se opone a la inclusión de partidas globales en el presupuesto, esto es, de cantidades sin discriminación de conceptos."

Si el Poder Legislativo lo hace, en realidad resigna en el Poder Ejecutivo la facultad de fijar los gastos, pues esta determinación no ha de referirse sólo al monto máximo de las erogaciones sino también a los conceptos particulares en que se han de invertir los fondos del Tesoro de la Nación.

Señor presidente: en honor a la brevedad no voy a seguir leyendo, pero sinceramente quiero decir que en esta materia se ha sentado jurisprudencia acerca de cuáles son las facultades de cada uno. En ese sentido, Giuliani Fonrouge sostiene: "La función legislativa, en nuestro país, no se reduce a 'aprobar' o 'autorizar' lo que propone el Ejecutivo, pues es ejercitada en toda su plenitud. Las Cámaras no reciben un acto concluido o definitivo, sino un proyecto de presupuesto a considerar, como puede ocurrir con cualquier otra materia; el Ejecutivo participando en la acción de gobierno, sugiere o propone una ley, y el Legislativo la hace suya, la rechaza o la modifica, total o parcialmente, sin existir límites constitucionales a su libre albedrío. Se trata, pues, de una ley normal, no de un acto aprobatorio que pasa a integrar un acto administrativo, debiendo rechazarse el concepto de que es ley de 'aprobación' o de 'autorización'."

Estamos hablando del presupuesto, es decir, de la ley máxima, por lo que indudablemente no puede delegarse la responsabilidad que compete al Congreso como máximo representante del pueblo. Aquí, en ambas Cámaras, está representado el pueblo de la República. Por eso se otorga al Parlamento la potestad de poder definir respecto de este tipo de temas.

¿La reforma constitucional de 1994 modificó la forma de elaboración de las leyes, el poder que tiene el presidente o las atribuciones que tienen ambas Cámaras parlamentarias? Evidentemente no lo hizo.

Por lo tanto, la introducción de estas modificaciones en virtud de la aparición de la figura del jefe de Gabinete de Ministros en la Constitución de 1994 evidentemente no tiene nada que ver.

Señor presidente: Juan Bautista Alberdi creó un sistema presidencialista fuerte. Es más: sostenía que había que otorgar el mayor poder al presidente pero que debía quedar acotado a nuestra Carta Magna. Esta última era la que debía otorgárselo. Y nuestra Constitución confiere facultades al Presidente y a cada uno de los otros poderes a fin de que puedan desarrollar su función.

Esta atribución presidencial se fue hipertrofiando en el país hasta constituir un hiperpresidencialismo que, fundamentalmente, está dado a partir de la tradición caudillista que existió en la Argentina en los siglos pasados y que, evidentemente, aún hoy se hace carne.

Esto también está determinado en la delegación legislativa de funciones, en el dictado de los decretos de necesidad y urgencia, en la modificación parcial de las leyes, en el abandono del control por parte del Poder Legislativo y en la desestabilización del control constitucional que tiene el Poder Judicial.

En definitiva, todo eso ha ido intensificando ese poder fuerte hasta llegar a un hiperpresidencialismo. La Constitución de 1994 —nos guste o no— lo pretendió atenuar. Yo no participé del Pacto de Olivos, ni estuve de acuerdo con él. Tampoco fui convencional constituyente, pero esa fue la Constitución que se aprobó.

De la discusión de la institución del jefe de Gabinete surge claramente el intento de atenuación del poder presidencial, pero no la delegación por parte del Congreso de atribuciones que le son propias.

En la Convención Constituyente de 1994 se debatía si era útil o no la figura del jefe de Gabinete y si realmente se podía asimilar a la existente en un sistema parlamentario.

Evidentemente, hubo posiciones encontradas. Algunos sostuvieron que la institución era absurda, mientras que otros le asignaban una gran importancia, más allá de la evaluación que hoy podamos hacer sobre ello, lo que ahora no se encuentra en debate. Está claro que lo que se pretendía era atenuar el poder presidencial o eliminar el hiperpresidencialismo.

Con esta iniciativa estamos concretando una delegación legislativa inconstitucional. La delegación legislativa está prevista en la Constitución Nacional, pero sabiamente establece los motivos por los cuales se puede concretar.

Sería irracional pensar que en una época de hiperinflación tendrían que regir las mismas normas para la ejecución presupuestaria que las que deberían existir en momentos de normalidad, crecimiento y superávit.

De todos modos, resulta racional que haya un apartamiento de la rigurosidad constitucional en situaciones excepcionales. Precisamente la Carta Magna prevé esta situación en cuanto a dos materias, una de las cuales es la administrativa, donde no figura precisamente la ley de presupuesto, así como tampoco se encuentran la declaración del estado de sitio o la intervención de las provincias, lo que compete indudablemente al Congreso de la Nación.

La otra situación corresponde a la emergencia, que ya hemos mencionado. Aquí se pretendió efectuar una comparación con años anteriores, cuando hubo alta inflación o la generación de prácticamente catorce nuevas monedas. La totalidad del Estado —nacional, provincial y municipal— presentaba cuantiosos déficit y ni siquiera podía pagar los sueldos.

Ello no se puede comparar con la situación actual. Gracias a Dios hemos salido de la crisis y también estoy contento por ello, pero esto ha ocurrido gracias al esfuerzo de muchos de los que están aquí y de la mayoría de la gente, que hizo el esfuerzo para poder superar las graves circunstancias que hemos atravesado.

Como hoy no se dan las condiciones de emergencia, no se pueden aplicar las materias que prevé la Constitución para el apartamiento de su propia letra.

Aquí se quieren minimizar los peligros vinculados con la República, la Constitución y el fortalecimiento de las instituciones, que no están afectados solamente por una modificación que no presenta ningún tipo de racionalidad.

No sabemos muy bien para qué sirve esta iniciativa, salvo para manejar los cuantiosos dineros con los que hoy puede contar el Estado nacional. Además, avasalla la Constitución.

Asimismo, existen otros temas que se vienen acumulando y atropellan las bases de la República, como el uso indiscriminado de los decretos de necesidad y urgencia.

En función del tiempo que se me debe estar acabando...

Sr. Presidente (Balestrini). — Ya se ha terminado, señor diputado.

Sr. Iglesias. — Ya termino, señor presidente.

Por eso, no voy a leer la cantidad de decretos de necesidad y urgencia por los cuáles ya se han hecho modificaciones presupuestarias de gastos corrientes, de gastos de capital, de aplicaciones financieras, etcétera. En este sentido, ya se han hecho modificaciones por miles de millones de pesos a través de decisiones del jefe de Gabinete o de decretos de necesidad y urgencia.

Esto tiene importancia porque, además del manejo de los fondos, con los decretos de necesidad y urgencia el Poder Ejecutivo puede legislar como de hecho lo está haciendo, al margen de la Constitución, sin necesidad y sin urgencia.

La generación de dieciséis cargos específicos es algo que ya se discutió. Esto tiene que ver con la atribución que le hemos dado de fijar tributos y cargos en las tarifas, con los cuales se van a hacer obras que ni siquiera sabemos cuáles son.

Con respecto a los fondos fiduciarios, hay dieciséis fondos fiduciarios que entre 2003 y 2006 han crecido un 379 por ciento. Se trata de 9.833 millones de pesos que se mueven sin control, de los cuales 9.251 corresponden al Fondo de Desarrollo Provincial, que es uno de los manejos con el cual el Poder Ejecutivo nacional somete a las provincias a través del Programa de Financiamiento Ordenado a tener que negociar todos los años. En este sentido, este Congreso todavía no ha tenido la calidad de sancionar una

ley por la cual las provincias tengan la certeza, desde ahora y para los años que vienen, de no tener que negociar todos los años con el gobernante de turno para ver cómo les da una posibilidad de financiamiento para su deuda.

Con respecto al Consejo de la Magistratura, la modificación atribuye al Poder Ejecutivo la posibilidad de tener una mayoría que de alguna manera le permite manejar el nombramiento y la destitución de los jueces. Señor presidente: la no constitución, el vacío de dos miembros de la Corte impiden a esta última, según las palabras de uno de los miembros nombrados por este gobierno, el doctor Zaffaroni, tratar ciertos temas. Quiere decir que hay temas en los cuales el gobierno nacional tiene un resguardo en el sentido de que no van a poder ser tratados porque no se pueden tratar con conjueces.

No quiero abundar, dado el breve tiempo de que disponemos, pero esta es una discusión que se ha dado en la historia de los tiempos: siempre ha existido el monarca, el que ejerce el poder, el que ejecuta, quien ha tenido la posibilidad de manejar leyes y fondos y de imponer tributos. Durante años y años en todo el mundo las discusiones y guerras precisamente tuvieron que ver con el manejo de los fondos y con esta clase de atribuciones.

Para finalizar, señor presidente, voy a citar unas palabras pronunciadas por el Deán Funes en 1810: "La experiencia de todos los siglos y lugares tiene muy bien acreditado que puesto el poder soberano en manos de un solo hombre, tarde o temprano se transformará en despotismo. Una autoridad sin freno es capaz de corromper al hombre más virtuoso. Nadie que conozca la frágil naturaleza del hombre puede dudar de esta verdad."

Señor presidente: le estamos otorgando al Poder Ejecutivo poderes extraconstitucionales, con una concentración de poder como nunca habíamos conocido en la Argentina. *(Aplausos.)*

Sr. Presidente (Balestrini). — Tiene la palabra el señor diputado por la Capital.

Sr. Bullrich. — Señor presidente: el bloque del PRO ha presentado un dictamen de minoría por el cual no sólo no avalamos los superpoderes sino que le otorgamos más autoridad a este Congreso en el manejo de los recursos públicos.

Voy a leer el párrafo que sugerimos incluir al final del artículo 37. Dice así: "Será facultad del

Congreso de la Nación decidir sobre el destino de los montos de superávit fiscal sin asignación en el presupuesto general vigente, y sobre el destino de los excedentes de recaudación no previstos en la estimación de recursos, tenida en cuenta al momento de la sanción del presupuesto general cuando esa recaudación sea positiva en más de un 2 por ciento sobre lo oportunamente estimado.”

En el caso actual, hoy se ha informado a la población que la recaudación al 31 de julio supera en 5.730 millones de pesos lo presupuestado a la fecha y que esos fondos pueden ser manejados por el Poder Ejecutivo sin ningún tipo de injerencia del Congreso. Nosotros creemos que el manejo de esos fondos debe ser facultad del Congreso.

Veamos por qué creemos esto y qué pensamos de algunos de los argumentos —yo me referiré a dos— que el oficialismo ha utilizado para defender la propuesta del aumento de los superpoderes.

En primer lugar, consideramos la necesidad de administrar. Como necesitamos una administración eficiente, junto con los integrantes del interbloque decidí hacer un estudio sobre cuál ha sido la administración de los recursos públicos hasta el 30 de junio del corriente año. Se advierte una clara utilización de los fondos que en la mayoría de los casos ha demostrado desvíos importantes, sobre todo en el Ministerio de Planificación Federal, Inversión Pública y Servicios. Este ministerio aumentó su presupuesto en 1.545 millones de pesos. Si bien dicho incremento se observa en distintas partidas, me limitaré a señalar algunos programas específicos. Por ejemplo, el Programa de Gestión Ambiental de la Cuenca Matanza-Riachuelo tenía un presupuesto de 19,9 millones de pesos, habiéndose ejecutado a la fecha solamente el 3,73 por ciento. Todos conocemos los problemas que tiene esta cuenca; inclusive la Corte Suprema de Justicia de la Nación ha exigido que el Poder Ejecutivo tome medidas. Solamente se ejecuta el 3 por ciento del presupuesto, y existe en el mismo presupuesto una partida de 400 mil pesos para la provincia de Salta. A menos que el acuífero Guaraní haya aumentado su tamaño a niveles realmente increíbles no entendemos la necesidad de esa transferencia.

Por su parte, el Fondo de Desarrollo Integrador del Norte Grande —programa de desarro-

llo regional que de acuerdo con la descripción existente en la página de Internet del gobierno nacional está instalado para reducir las asimetrías del Norte— tiene un presupuesto de 270 millones de pesos y lleva ejecutados a la fecha cero pesos.

Parece que el Norte Argentino no tiene más problemas de integración, que no se han caído puentes ni se han comunicado ciudades.

La partida para la construcción de rutas, de 1.531 millones de pesos, registró un aumento del 21,7 por ciento. Pero esto no es lo llamativo; lo curioso es que ha habido un cambio de un grupo de provincias a otro. Las provincias que han reducido sus presupuestos fueron Corrientes, Chaco, Catamarca, Chubut, Entre Ríos, Formosa, Jujuy, Río Negro, Salta, San Juan, San Luis, Santa Fe, Santiago del Estero, Tucumán y Neuquén. Ese grupo de provincias ha reducido su presupuesto de construcción de rutas en 284 millones de pesos. La provincia de Santa Cruz lo ha aumentado en 247 millones de pesos, que seguramente serán para construir una gran autopista del fin de mundo.

El Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología tiene dos programas a los cuales me voy a referir. Uno es el de Infraestructura y Equipamiento, de 108 millones de pesos, del cual se ha ejecutado sólo el 27 por ciento al 30 de junio de este año.

Todos sabemos que hace falta equipamiento en las escuelas. El presupuesto está pero no se utiliza. Este es el tipo de administración que estamos teniendo.

Hay otro buen programa, de Innovación y Desarrollo de la Formación Tecnológica, con una asignación de 281 millones de pesos, que fue ejecutado en un 21,6 por ciento. Además, contamos con el préstamo 1.354 del Banco Interamericano de Desarrollo, destinado al mejoramiento de la calidad educativa, por un monto de 70 millones de pesos, que fue reducido en un 33 por ciento y ejecutado en cero pesos. Pareciera que no hace falta mejorar la calidad de la educación en la Argentina. Finalmente, en el ámbito del Ministerio de Economía existe un programa de fomento de las pymes por 135,5 millones de pesos, que sólo fue ejecutado en un 14 por ciento.

Con estos ejemplos, más que facilitar la administración lo que pretendemos es que se ad-

ministren mejor los recursos del Estado. Allí entra a jugar el segundo argumento utilizado, es decir, que todo esto se hizo antes, como señaló el señor diputado proopinante. Entonces, justificamos este error con errores ya cometidos.

Se trata de un comportamiento mediocre, que difiere de la actitud que nosotros pretendemos llevar adelante. No queremos una Argentina mediocre sino un país que se ponga de pie, y para ello, en vez de seguir repitiendo errores hace falta que miremos hacia atrás y utilicemos la historia para aprender y no para atacar. Digo esto porque se ha atacado a muchos por lo que han hecho en el pasado. Si de esto se trata, permítaseme dar un ejemplo. Me refiero a una persona que en los últimos diez años —y no en toda una vida— fue superintendente de Seguros durante el gobierno del presidente Menem, titular de la Fundación Duhalde Presidente, tesoroero de la campaña de Duhalde como candidato a presidente, legislador electo de la Ciudad de Buenos Aires por el Partido Acción por la República —acompañando en la lista a Domingo Cavallo—, y hoy es jefe de Gabinete.

No voy a usar la historia de alguien para atacarlo; tengo un ejercicio mucho más productivo para esta Cámara. Miremos hacia el futuro y analicemos si ésta será una buena ley. No lo será porque lo que está atacando es la representación de las minorías en este cuerpo, y ellas también gobiernan en la República. Por lo tanto, el argumento de que no dejamos gobernar justamente es a la inversa: no se quiere dejar gobernar a las minorías representadas en la Cámara. Estas minorías también quieren gobernar, y para hacerlo, la herramienta más importante que tienen es la determinación del presupuesto de ingresos y egresos de la República.

Los gastos están basados en ingresos que no son de un gobierno o de un Poder Ejecutivo sino de todos los argentinos. De allí, gracias a la inteligente construcción de la Constitución Nacional, todas las iniciativas relativas a la materia presupuestaria ingresan en primer término por la Cámara de Diputados, donde están representadas esas minorías.

Si vamos a mirar hacia el pasado, consideremos qué sucedió cuando las minorías fueron atacadas y cercenadas, primero mediante el fraude electoral, luego a través del encarcelamiento de líderes opositores simplemente por

pensar de manera diferente, y también mediante la proscripción de un partido político; ese menjunje que llevó a la violencia de los años 70 demostró que cuando se atacó a las minorías y su representación, la Argentina terminó peor de lo que estaba. Entonces, no repitamos errores. Miremos hacia adelante pero aprendamos del pasado.

Tres clases de diputados aprobarán este proyecto. Unos lo harán convencidos de que se trata de una buena iniciativa. A ellos nada tengo que decir salvo, humildemente, que están equivocados. La historia así lo demostrará. Otros legisladores votarán afirmativamente el proyecto por entender que de esa manera apoyan la gestión del presidente Kirchner. A ellos quiero decirles que no somos el Congreso del presidente Kirchner; somos el Congreso de los argentinos y para los argentinos, porque representamos a todos los ciudadanos. Somos el Parlamento de la Nación Argentina, que es una república con tres poderes y un solo gobierno. Finalmente, habrá diputados que votarán este proyecto con las narices tapadas, como otros lo hicieron en el pasado. A esos legisladores quiero decirles que el fétido hedor que saldrá de esta Cámara en caso de que el proyecto sea sancionado no se irá con la finalización de la sesión sino que quedará flotando en el recinto mientras la ley continúe vigente.

Parafraseando a don Arturo Frondizi, sé que hoy mis palabras pueden caer en el vacío en el seno de esta Cámara, pero tengo el convencimiento absoluto de que cuando en el futuro alguien las lea sabrá que las pronuncio con el solo objetivo de defender los intereses más altos de la República.

Asimismo tengo la convicción de que cuando la mayoría de la dirigencia política argentina sea realmente republicana, esta norma será derogada. Ese día podremos respirar con tranquilidad porque el hedor ya se habrá ido. (*Aplausos.*)

Sr. Presidente (Balestrini). — Tiene la palabra el señor diputado por Buenos Aires.

Sr. Pérez (A.). — Señor presidente: en nombre del bloque del ARI informaré el dictamen de minoría que hemos presentado, que desecha en su totalidad la propuesta del oficialismo de modificar la ley de administración financiera.

Resulta claro que la sanción de la ley 24.156 tuvo como objetivo central sentar las bases del

proceso presupuestario, que se inicia en el Ejecutivo, el poder que debe elaborar el plan económico, continúa en el Parlamento —el ámbito que la Constitución establece para fijar el presupuesto—, y sigue en el Ejecutivo, antes en cabeza del presidente y ahora en el jefe de Gabinete de Ministros, como el funcionario que debe ejecutarlo.

También es claro que según el artículo 75 de nuestra Constitución Nacional el Parlamento es el órgano que debe fijar el presupuesto. Esto es así porque el constituyente ha entendido que los recursos del pueblo deben ser fijados y asignados por sus representantes, y no “a grueso modo”, como afirma el señor diputado Snopek, sino con precisión.

El Legislativo es el encargado de esto porque de los tres poderes del Estado es el que indudablemente tiene mayor legitimidad democrática, pues en él están representados los distintos sectores políticos, sociales y geográficos. De acuerdo con el mandato constitucional, el Parlamento y no otro poder debe asignar los recursos públicos. En consecuencia, el Poder Ejecutivo, antes en cabeza del presidente y ahora del jefe de Gabinete de Ministros, debe ejecutar, o sea, cumplir con el mandato del Poder Legislativo sobre la asignación de los recursos públicos.

—Ocupa la Presidencia la señora Vicepresidenta 1^a de la Honorable Cámara, doña Patricia Vaca Narvaja.

Sr. Pérez (A.). — Pero ahora surge algo que resulta increíble y que quizá por vergüenza el señor diputado Snopek no lo ha mencionado. El jefe de Gabinete de Ministros y el oficialismo vienen a decirnos que hasta ahora se ha interpretado mal la Constitución de 1994, y que en realidad, dentro de la facultad de administración de la Jefatura de Gabinete de Ministros está implícita la posibilidad de reasignar partidas presupuestarias. Por eso han sostenido en el Senado de la Nación que la ley de administración financiera en vigencia es inconstitucional y no se adecua a la reforma de 1994. Vergonzoso. Es evidente que lo único que hizo la reforma de 1994 fue desagregar las funciones que antes estaban en cabeza del presidente, pasándolas a la Jefatura de Gabinete de Ministros. Pero en ningún caso el constituyente quiso mitigar el poder del Parlamento.

Con liviandad y minimizando la cuestión, el miembro informante de la mayoría afirma que tratan de flexibilizar un poco el presupuesto. Claro que lo flexibilizan; en realidad, lo que están tratando es que el jefe de Gabinete de Ministros maneje a discreción el presupuesto. ¿Qué otra cosa si no implica otorgarle la posibilidad de cambiar gastos corrientes por gastos de capital, gastos corrientes por obligaciones financieras y las finalidades de las partidas? Puede cambiar absolutamente todo el presupuesto.

El presupuesto debe ser un mandato legal y ahora lo convierten en una expresión de deseos que puede ser absolutamente vulnerada por un funcionario que tiene únicamente tareas administrativas. ¡Qué barbaridad! Todo lo que la Convención Constituyente quiso evitar lo están logrando con esta reforma al dejar en manos de una sola persona la asignación de todos los recursos públicos.

Con cierta liviandad se decía que se pueden cambiar gastos de defensa por servicios sociales; claro que se puede. Si quisieran cambiar gastos de educación para hacer obras públicas en Santa Cruz, ¿podrían hacerlo? Sí, podrían. Si quisieran sacar recursos a las provincias menos afines al proyecto del presidente para enviarlos a las jurisdicciones afines a dicho proyecto, ¿podrían hacerlo? Sí, podrían hacerlo con esta ley. Si quisieran tomar recursos de ciencia, tecnología y salud para mandarlos como subsidios a las empresas ferroviarias, como han hecho hasta ahora, ¿podrían hacerlo? Sí, podrían hacerlo. Podrían hacer esto y muchas cosas más, pero establecen un límite: no puede irse más allá del monto establecido en el presupuesto en materia de gastos y endeudamiento. Esto es algo realmente irrisorio.

Se olvidan de decir que por encima de ese monto el resto también es manejado por el presidente de la Nación y el jefe de Gabinete de Ministros; manejan todos los recursos del presupuesto como quieren, y los excedentes —que siempre han sido muchos desde que está este gobierno— los maneja el presidente vía decretos de necesidad y urgencia. Estamos hablando de 16 mil millones vía decretos de necesidad y urgencia en el año 2004 y de 10 mil millones en 2005. ¿Cuál es el rol del Parlamento en todo esto? Ninguno, porque a través de la reglamentación de los decretos de necesidad y urgencia

se convalida la decisión del presidente ante el silencio del Parlamento).

El presidente y el jefe de Gabinete manejan como quieren todos los recursos públicos. (*Aplausos.*) Esto es lo que vienen a proponer con esta norma. No hay un solo convencional constituyente que haya dicho que al jefe de Gabinete se le atribuyan funciones del Parlamento nacional. El objetivo de la reforma constitucional de 1994 fue precisamente atenuar el presidencialismo; por eso se quitaron funciones administrativas al presidente y se las trasladaron al jefe de Gabinete. En ninguna cláusula de la Constitución sancionada por la Convención Constituyente se intentó mitigar el poder del Parlamento; muy por el contrario, el Parlamento tiene funciones de contralor y por eso el jefe de Gabinete debería concurrir a este recinto a rendir cuentas sobre la evolución de la gestión de gobierno.

Varios constitucionalistas —entre ellos, Quiroga Lavie y Paixao— han mencionado esta cláusula refiriéndose al inciso 1° del artículo 100 de la Constitución Nacional que establece: “Ejercer la administración general del país”. Al respecto, Quiroga Lavie decía: “Esta cláusula es la que le asigna al jefe de Gabinete la jefatura de la administración general del país, como consecuencia de haberle retirado al presidente dicha potestad, que le estaba reconocida antes en el inciso 1° del artículo 86 de la Constitución Nacional”. Todos los constituyentes dijeron lo mismo: le quitaron la facultad al presidente para dársela al jefe de Gabinete.

¿Tuvo el presidente de la Nación alguna vez en la Argentina facultad para reasignar partidas? No tuvo. ¿Tiene el jefe de Gabinete por mandato constitucional la facultad de reasignar partidas? No tiene. Además, este Parlamento ha reconocido que esto es así desde 1994 hasta la fecha: el único que puede reasignar partidas es el Parlamento porque todos los años en el presupuesto han pedido que deleguemos facultades al jefe de Gabinete para que pueda reasignar partidas. Ahora dicen que no, que son facultades propias del jefe de Gabinete. Esto es lo que sostienen los discursos de Cristina Fernández de Kirchner y de Alberto Fernández en el Senado de la Nación.

Todos los presupuestos decían: “Facúltase al jefe de Gabinete de Ministros a disponer las reestructuraciones presupuestarias que conside-

re necesarias dentro del total aprobado en la presente ley”, algunas con sujeción y otras sin sujeción al artículo 37 de la ley de administración financiera, pero en todo caso se reconocía que era una delegación de facultades.

Estamos ante el atropello más grande porque, en realidad, es un robo de las atribuciones del Parlamento. Ahora nos dicen que se equivocaron durante todos estos años: no son facultades del Parlamento sino del jefe de Gabinete. Esto es lo que dijo Alberto Fernández.

Voy a dar lectura a una parte del discurso de la diputada Rosario Romero durante el debate del presupuesto 2005: “Del mismo modo que hoy hacemos esta delegación impropia, mañana, dentro de un mes, quince días o seis meses, la podemos revocar. Con toda tranquilidad este Congreso puede votar una delegación de facultades y explicar a la ciudadanía que se trata de una delegación absolutamente impropia, absolutamente controlada por el Congreso.” Antes era una delegación impropia. Ya no es más una delegación impropia. Ahora la interpretación es que se trata de una facultad del jefe de Gabinete de Ministros. Por eso el texto ya no dice “facúltase” sino “el jefe de Gabinete de Ministros puede”.

La senadora Fernández de Kirchner también se indignaba y horrorizaba ante la delegación de facultades. En 2000, cuando se trataba el presupuesto para el ejercicio 2001 había una cláusula —además de la cláusula madre, que siempre hacía esta megadelegación de facultades al jefe de Gabinete de Ministros para reestructurar partidas—, que habilitaba a reasignar partidas para pagar al concesionario Aeropuertos Argentina 2000. Ella decía: “Estamos ante el otorgamiento de una facultad a la Jefatura de Gabinete para que de acuerdo con su arbitrio...” —se indignaba— “...eventualmente reasigne partidas del presupuesto para pagar al concesionario Aeropuertos Argentina 2000”. A la senadora esta delegación antes le parecía mal, y ahora le delegan al jefe de Gabinete de Ministros la posibilidad de que haga lo que quiera con todos los recursos presupuestarios.

Ya lo vimos en la sesión pasada: hace algunos años la senadora se preocupaba por la República y por las facultades propias del Parlamento, y ahora sólo trabaja para consumir el unicato.

No me parece que esto sea lo peor, y lo digo sinceramente, porque entiendo que lo peor es lo que estamos haciendo hacia el futuro. Creo que es gravísimo. Me parece que esta facultad amplísima va en detrimento absoluto del esquema de división de poderes, y existe una voracidad insaciable de poder que se pone de manifiesto en este Parlamento sesión tras sesión. Pero tampoco quiero consentir que estas facultades han sido bien utilizadas hasta ahora porque, desde mi punto de vista, eso es mentira. Algunas discusiones tendríamos que haberlas dado aquí respecto de determinadas reasignaciones presupuestarias.

Voy a dar algunos ejemplos. En el año 2004 el jefe de Gabinete de Ministros decidió dar de baja 60 obras públicas por un monto de 440 millones de pesos. Mediante otra decisión administrativa decidió implementar 37 nuevas obras públicas por 284 millones de pesos. El 56,5 por ciento de este total estaba asignado a obras viales para la provincia de Santa Cruz. Claro: es fácil cuando esto lo decide una sola persona y el tema no pasa por el Parlamento.

En el año 2005 vino la decisión 482. No creo que el ministro Filmus haya estado de acuerdo con ella, pero se tomó. El documento de Filmus habla de la importancia de la creación de mayor cantidad de edificios y establecimientos educativos. Sin embargo, mediante la decisión 482 se disminuyó el gasto destinado a la construcción de escuelas por 16 millones de pesos —“más y mejores escuelas” para otorgar más y mejores subsidios para Ferrocarriles Metropolitanos. Parece que no era más y mejores escuelas sino menos escuelas y más subsidios.

Luego vino la decisión 415 mediante la cual se afectaron las obligaciones del Tesoro, las que por ley complementaria del presupuesto, jurisdicción 91, no pueden ser afectadas. No obstante se hizo y se decidió incrementar en 85 millones de pesos los subsidios a TBA, Metrovías y Ferrovías. ¡Son tan buenos prestadores de servicios que era necesario incentivarlos con algunos subsidios más!

Luego, por decisión 561 se otorgaron 90 millones más, nuevamente para empresas ferroviarias.

Es decir que lo que el Parlamento previó para subsidios en 60 millones se incrementó, por decisión de Alberto Fernández, a 245 millones. ¿Está bien? Para mí, no.

Por otro lado, en el año 2005 se incrementaron los ATN en 80 millones de pesos. Dicho así esto no significa mucho, por eso quiero explicarles cómo es la historia en la Argentina.

Los ATN son para atender situaciones financieras de emergencia económica de las provincias. Particularmente parece que las provincias se ven muy afectadas en los años electorales y mucho menos en los no electorales. En el año 2002 —año no electoral— los ATN fueron de 77 millones de pesos; en el año 2003 —año electoral—, 251 millones de pesos; en el año 2004 —año no electoral—, 56 millones de pesos, y en el año 2005 —año electoral—, 160 millones de pesos.

Además, había que dar la madre de todas las batallas y como la provincia de Buenos Aires siempre recibía aproximadamente el 10 por ciento del total de ATN, en el año 2005 recibió el 30 por ciento. En el año 2002 esa provincia recibió 8 millones; en el año 2003, 15 millones; en el año 2004, 9 millones, y aquí viene el año 2005 —madre de todas las batallas—, en que recibió 48 millones. A eso hay que agregar 60 millones de pesos en asistencia financiera, vía decisión ministerial del jefe de Gabinete número 503. Había que ayudarla, era la madre de todas las batallas.

Otro de los grandes beneficiarios fue el señor Hugo Moyano, por decisión administrativa 661, más conocida como “Ahí va la plata, Hugo. Firmado, Alberto”. (*Risas.*)

Mediante esa decisión se incrementaron 90 millones de pesos al REFOP, el fondo para el que Moyano siempre demanda incrementos por vía de decisiones administrativas. Después, al toque, vino la decisión 662, y se volvió a incrementar ese fondo en 50 millones de pesos. Así el REFOP, que nació en el año 2003 con 7 millones de pesos, se disparó en 2005 a 261 millones de pesos, es decir, tuvo un 3.400 por ciento de incremento, por decisión del jefe de Gabinete.

Algunos dirán que no fue solamente el jefe de Gabinete. Es cierto, hubo previamente un DNU del presidente de la Nación mediante el cual se modificó el reparto del SIT, “Sistema Integrado de Transportes”.

Podría seguir señalando las decisiones administrativas con las cuales estoy en desacuerdo, pero lo más grave es que hoy estamos otorgan-

do esta facultad a perpetuidad, con el planteo de que estamos ante un funcionario virtuoso, que creo que no es así. Es el mismo planteo que se utilizó cuando Cavallo pedía superpoderes: mayor eficiencia, funcionario virtuoso, facultades delegadas, superpoderes. Hoy es lo mismo: mayor eficiencia, funcionario virtuoso, superpoderes para Alberto Fernández.

La consecuencia siempre fue la misma: no sólo la degradación de la República sino terribles efectos en términos económicos, sociales y políticos.

Nos dicen que nos queda la facultad de controlar. Gracias, por ahora nos queda la facultad de controlar.

También nos queda la facultad de dictar los códigos de fondo, contraer empréstitos, aprobar tratados, fijar el presupuesto, disponer la intervención de las provincias. Por ahora Alberto Fernández no reclama esas facultades; es probable que lo haga dentro de poco tiempo entendiendo que están implícitas dentro de las facultades de administración del país. Todo es posible.

La verdad es que si realmente quisieran que el Congreso controle habrían comenzado por cambiar la integración de la Comisión Parlamentaria Mixta Revisora de Cuentas de la Administración, tal como lo venimos reclamando año tras año, porque lo último que hizo fue dar por aprobado, con un retraso de casi diez años, el presupuesto correspondiente al ejercicio 1997. Si realmente quisieran que el Poder Legislativo controle habrían reglamentado la ley 24.626, que establece la obligación de que el Poder Ejecutivo informe trimestralmente sobre la ejecución del presupuesto. Evidentemente, lo que no quieren es que haya controles.

Se ha dicho que esta norma tiene como objetivo atender cuestiones de emergencia. Este argumento debió ser retirado porque hay tantos instrumentos para atenderlas que era imposible sostenerlo. Las obligaciones del Tesoro están para atender emergencias; de la misma manera, el artículo 39 de la ley de administración financiera otorga facultades al jefe de Gabinete de Ministros para cuando existen aquellas situaciones. Por último, también para atender cuestiones de emergencia, el Poder Ejecutivo tiene la posibilidad de dictar decretos de necesidad y urgencia.

En consecuencia, no me resigno a señalar que estamos ante una terrible delegación de facultades. Aun cuando no sea presentada como tal, está claro que la tarea de fijar, asignar y reasignar el presupuesto es una facultad exclusiva y excluyente de este Parlamento. Aunque lo nieguen, hoy se pretende delegar facultades en el jefe de Gabinete de Ministros en abierta violación al artículo 76 de la Constitución Nacional, que establece que la delegación sólo puede producirse en situaciones de emergencia y sobre las bases que el Congreso fije.

Nada de eso existe en este caso. Lo único que existe es una atribución de poder desmedida y un otorgamiento de facultades extraordinarias al jefe de Gabinete de Ministros en clara violación al artículo 29 de la Constitución Nacional. Es evidente que estamos inmersos en un proceso de voracidad de poder del oficialismo cada vez mayor donde cuestiones excepcionales se convierten en regla. Los decretos de necesidad y urgencia, que deberían ser excepcionales, son la regla. Así se gobierna hoy en la Argentina: por decretos de necesidad y urgencia. De la misma manera la delegación de facultades en el jefe de Gabinete de Ministros, que debería ser un recurso excepcional para casos de emergencia, se convierte en una regla al ser presentada como una reglamentación de la facultad establecida en el artículo 100, inciso 1, de la Constitución Nacional.

El jefe de Gabinete de Ministros sostiene que estas previsiones constitucionales son obstáculos o formalismos burocráticos. Esas son las expresiones que utilizó cuando le preguntamos por qué no concurría al Congreso. Por supuesto que son obstáculos; justamente, la Constitución Nacional pone obstáculos para evitar la concentración y la voracidad de poder.

El doctor Alberto Fernández también dijo que no quería ser jefe de Gabinete de Ministros para estar un año escribiendo un libro de memorias sino que quería hacer lo que la Constitución manda. La verdad es que si el jefe de Gabinete de Ministros quisiera hacer lo que la Constitución manda debería comenzar por venir mensualmente al Parlamento para rendir su informe sobre el accionar del gobierno. Si quisiera hacer lo que la Constitución manda debería ejecutar el presupuesto tal como lo determina el Parlamento a través de la ley de presupuesto y

no pedir estas facultades extraordinarias. Si quisiera hacer lo que la Constitución manda debería informar cuatrimestralmente sobre la evolución de los fondos fiduciarios, esa caja negra que nadie sabe cómo se ejecuta. Está claro que no quiere hacer lo que la Constitución manda sino violarla en forma sistemática, tal como lo está haciendo.

Quiero finalizar mi exposición con la misma frase que cité semanas atrás porque me parece que vale la pena. Decía la señora senadora Cristina Fernández de Kirchner en el 2002: "No quiero dejar más mi vida, mi patrimonio y el del resto de los argentinos en manos de un funcionario que decida sobre estas cosas porque ya sabemos cómo es la historia. No voy a colocar en manos de un funcionario los intereses que nosotros tenemos que representar". Pienso igual que lo hacía la senadora; lástima que ahora ella haya cambiado tanto de criterio.

Hace no mucho tiempo estuve en Santa Cruz, una provincia con algunas características particulares. En primer lugar —esto hay que decirlo—, los Kirchner ganan con comodidad; pero además de ello, la provincia tiene otras características que quiero destacar.

Por ejemplo, ya no existe justicia. Los individuos no tienen la posibilidad de presentarse ante una justicia independiente e imparcial para reivindicar sus derechos o poner freno al Poder Ejecutivo. Hay una justicia "K", pero no justicia.

Tampoco hay una prensa libre que permita que la ciudadanía pueda ser informada objetivamente respecto de la acción de gobierno. No hay más prensa libre.

Y tampoco hay más un Parlamento como corazón de la provincia, es decir, una institución que debe ser fuerte, aportar racionalidad, sensatez, pluralismo ideológico y publicidad. Hay un Parlamento al estilo "K", pero no hay más Parlamento.

Pensé que semejante nivel de degradación institucional y democrática que se vivía en Santa Cruz jamás iba a poder trasladarse al plano nacional. Pensé que no iban a poder hacerlo. Tengo malas noticias para los argentinos, señora presidenta; ya lo hicieron. *(Aplausos.)*

Sra. Presidenta (Vaca Narvaja). — Tiene la palabra el señor diputado por la Capital.

Sr. Lozano. — Señora presidenta: en primer término, voy a fundar el dictamen de minoría

que presenté planteando una reflexión general y algunas argumentaciones puntuales.

En cuanto a la primera, creo que llegamos a este debate con muchas cosas que ya fueron dichas y con posibilidades de consumir un nuevo fracaso en términos del aporte que pueda efectuarse a la construcción de un diseño institucional que nos permita resolver los problemas que tenemos. Digo "fracaso" porque la verdad es que la discusión que hemos tenido en estos tiempos ha evidenciado a nivel público, de manera taxativa y con muy honrosas excepciones, lo que fue el teorema planteado por el célebre filósofo radical Raúl Baglini.

Ese teorema decía que quienes ayer, desde la oposición, repudiaban planteos como el que estamos teniendo, hoy, en el momento de ser oficialistas, los impulsan; y a la inversa, quienes oportunamente fueron oficialistas y los demandaron, cuando están en la oposición los cuestionan.

El hecho de evidenciar esta lógica como sistema institucional, indica que en realidad esto se encuentra en la base de una crisis institucional que difícilmente pueda ser resuelta por este camino. Y en rigor de verdad lo que no se acierta a demostrar es que la tan mentada mejora de la calidad institucional tiene que ver estrictamente con la discusión que debe mantenerse respecto de poder ser capaces de disponer de mejores posibilidades a la hora de asignar los recursos públicos.

En otras palabras, no se trata de un debate abstracto ni de una discusión institucional lejana respecto de la vida diaria, sino que se vincula estrictamente con el devenir cotidiano de buena parte de nuestra sociedad.

Cuando hablamos de la calidad institucional nos estamos refiriendo a la posibilidad de dotar al sistema de la capacidad suficiente para identificar adecuadamente las prioridades que tiene la sociedad y de tener el poder necesario para encarar las transformaciones que deben ser llevadas a cabo para resolver esos problemas.

En mi caso particular y desde la organización de la que participo considero que este sistema institucional que se propone —y que en realidad tiende a concentrar en el Poder Ejecutivo facultades y funciones de manera superlativa— constituye un esquema institucional que se viene aplicando y profundizando desde 1985, es

decir, a partir de la instauración del Plan Austral. Ha sido —y es bueno poner esto de manifiesto una y otra vez— el dispositivo y el esquema institucional que ha permitido poner en marcha en la Argentina procesos brutales de concentración de poder económico y de profundización de niveles de desigualdad social nunca vistos.

Por ende, a partir de esta definición discrepamos con el planteo gubernamental, que bajo la excusa de ganar en eficiencia de gestión, nos propone perpetuar un diseño institucional que es absolutamente incapaz de resolver los problemas de la Argentina.

Por el contrario, se trata de un dispositivo institucional que viene como anillo al dedo al funcionamiento de una sociedad excluyente, como el que hoy presenta la Argentina.

Entendemos que sólo se pueden revertir las brutales condiciones de concentración económica y de desigualdad social si somos capaces de generar instituciones que permitan una mayor —no una menor— participación de la sociedad y de sus sectores populares a la hora de decidir.

La tarea de resolver los problemas que hemos heredado no es de una persona, sino una labor colectiva y de conjunto. Por eso creemos que la solución no está en deteriorar el sistema institucional existente, sino en fortalecerlo, como ocurrió al inicio de este gobierno, cuando se produjo el debate parlamentario sobre la remoción de los miembros de la Corte Suprema de Justicia de la Nación.

Ese tipo de pasos estaban en la dirección correcta, pero ahora comienzan a involucionar con definiciones como las tomadas en relación con el Consejo de la Magistratura, los decretos de necesidad y urgencia y la iniciativa que estamos debatiendo.

Necesitamos estrategias que promuevan la participación, como el presupuesto participativo, los plebiscitos y consultas, los consejos económicos y sociales y una legislación que permita la organización de la comunidad en diferentes niveles, como sería el de los trabajadores. Estas son las responsabilidades institucionales que deben concretarse para garantizar una estrategia diferente en nuestro país.

El desafío de los Estados nacionales que presentan institucionalidad parlamentaria y demo-

crática en cuanto a afrontar los desafíos del mundo global —caracterizado por altos niveles de transnacionalización y concentración— consiste en resolver el desequilibrio derivado de que el poder económico vota todos los días, mientras que a la población se la llama para votar cada dos o cuatro años. Se trata de garantizar mayor participación de la sociedad a la hora de la decisión.

El miembro informante de la mayoría presentó valiosos aportes, pero también argumentos que son sumamente falaces. Se podrá señalar que existe un comportamiento económico favorable, que la macroeconomía funciona bien y que las tasas de desempleo y de pobreza disminuyen en relación con la época de crisis, pero estas afirmaciones resultan absolutamente falaces. ¿Quién puede dudar de que éste es un momento de recuperación de la actividad económica? ¿Quién puede dudar de que cuando hay un momento de recuperación de la actividad económica el desempleo tiende a bajar y la pobreza tiende a disminuir? ¿Quién puede dudar de que cuando uno se recompone luego de una crisis y se compara con lo que le ocurría durante esta última, siempre llega a la conclusión de que está mejor?

Eso es una especie de obviedad que hasta carece de sentido poner en discusión. Lo que está en debate no es si estamos en un momento de ascenso del ciclo económico. Lo que está en debate es qué tipo de relaciones sociales estamos cristalizando para configurar la sociedad que hoy tenemos en la Argentina.

Aquí hay algunas cosas que hay que decir con claridad. La primera de ellas es que en realidad el ascenso de la actividad económica a las tasas que hoy tenemos no es fruto de este gobierno sino que es previo a esta gestión, pues comienza a mediados de 2002. El segundo aspecto que hay que considerar es que la condición de origen de esta recuperación de la actividad económica fue llevar al límite la desigualdad social por el modo en que se administró la salida de la convertibilidad.

Pero lo que en realidad terminó plasmándose en la práctica es una nueva pauta de reparto de los beneficios del “hoy crecimiento”, que no se modificó un ápice. Por eso cuando uno toma el total de los ingresos populares en la Argentina, contemplando a los desocupados que reciben

planes, a los jubilados, a los trabajadores en blanco, a los trabajadores en negro, a los cuentapropistas y demás, y lo mide en relación con el producto bruto, observa que hoy representa apenas el 26 por ciento del total de la riqueza generada, cuando en el año 2001, antes de la crisis, representaba el 32 por ciento del total de la riqueza generada. Es decir que a tres años de crecimiento de las denominadas tasas chinas la distribución es 6 puntos inferior a la que se tenía en aquel momento.

Por eso lo que se está plasmando, más allá de que hay una recomposición con respecto a la crisis, es una sociedad más desigual. Y mi preocupación central en este debate es que el formato institucional que se está planteando con la aprobación de los DNU y con esta discusión es un formato institucional que no sirve para resolver este problema, porque es funcional a la existencia de este problema.

Digo esto porque yo también creo —y lo he dicho— que la República no muere por esto que se está haciendo aquí, sino que muere por otras cosas. Diría que más bien agoniza, desde hace tiempo, por los 14 millones de pobres que supo construir y por los 7,5 millones de pibes que hoy están en situación de pobreza. Estas son las cosas que hoy cuestionan la República en nuestro país.

Desde este lugar, pensando que ello se resuelve con más democracia y no con menos y profundizando la participación en la decisión y no restringiéndola, es que estoy en desacuerdo con lo que se está planteando aquí y con lo que se planteó hace dos semanas.

Esta es la reflexión general, el punto de partida, y en este marco hay otras varias cosas puntuales. La primera de ellas —que desarrolló muy bien el señor diputado Adrián Pérez— tiene que ver con el hecho concreto del nivel de inconstitucionalidad que tiene esto. En realidad, dije todo lo que dije antes porque si hubiera que modificar la Constitución para ganar en participación, sería un debate interesante para dar, pero lo cierto es que la estamos haciendo “bolsa” en función de restringir los procesos de participación en la Argentina. Y en este sentido está claro para la Constitución Nacional que quien fija el presupuesto es el Parlamento, quien define el destino de los recursos es el Parlamento, que el Poder Ejecutivo tiene que ejecutar y adminis-

trar lo que es fijado y que ciertamente este Parlamento tiene prohibido delegar facultades y mucho menos puede hacerlo como se plantea en esta norma, de manera permanente, sin objetivo ni plazo alguno.

La verdad es que el argumento oficial —que no van a hacer un uso abusivo de esto— es algo tonto, porque acá no estamos para legislar sobre este gobierno. Se supone que estamos para legislar sobre el diseño institucional después de este gobierno. No está en discusión lo que han hecho o dejen de hacer otros ni la opinión que sobre este punto pueda tener cada uno de nosotros.

La verdad es que —aun considerando ese argumento— al tomar el año 2005 uno puede observar el gasto total que se termina ejecutando *versus* el gasto original. En realidad, el Poder Ejecutivo gastó 15.399 millones de pesos más que lo que había presupuestado, pero de este monto solamente 4.600 millones de pesos fueron modificados por el señor Alberto Fernández a través de veintiocho decisiones administrativas en función de lo que se dio en llamar los superpoderes. Los otros 10.789 millones de pesos se agregaron en función de los decretos de necesidad y urgencia.

Al escuchar que efectivamente el uso de esta facultad es menor con respecto a otros manejos discrecionales de los recursos públicos y al observar la experiencia del año 2005 surgen tres cuestiones muy concretas. La primera es que la mayor parte de los recursos que se administran sin control parlamentario tiene que ver con el uso de los excedentes de recaudación por vía de decretos de necesidad y urgencia; la segunda, que lo que estamos discutiendo hoy tiene relación con lo que debatimos hace dos semanas —va todo junto: no son dos discusiones separadas—, y la tercera es que esto nos muestra con absoluta claridad que lo que dice el artículo 37 —que establece que queda en el Congreso la facultad de fijar el monto total del presupuesto—, cuya modificación se propone, es una mentira absoluta, y casualmente lo demuestra la experiencia concreta de los últimos tres años.

En el año 2004 hubo 13.100 millones de pesos por encima de lo presupuestado; en 2005 hubo recursos por encima de lo pautado por 10.778 millones de pesos, y en 2006 hay disponibles para final de año 9.000 millones de pesos

adicionales respecto de lo presupuestado. Acá vienen las argumentaciones que usó en su momento Lavagna y que ahora utilizan también, a pesar de las diferencias políticas, algunos de los que defienden los argumentos oficiales, como puede ser el caso del senador Capitanich. Nos dicen que esto es porque hacen estimaciones prudentes. ¡Bienvenidas sean las estimaciones prudentes! Pero a esta altura del año ya sabemos que tenemos 6.000 millones de pesos más y cómo vamos a terminar, y tendríamos que recibir la ampliación del presupuesto para discutir cuál es el destino de los recursos. Aquí no hay un problema de prudencia sino un problema de manejo de caja sin discusión alguna en función de un debate mínimamente democrático.

En realidad al Parlamento le queda —como se ha dicho en alguna de las discusiones— el control, y la verdad es que yo quisiera preguntarnos dónde queda ese control si en los últimos tres años hubo 34 mil millones de pesos que no pasaron por nuestra posibilidad de discusión. Estamos hablando de una cifra que representa aproximadamente el 40 por ciento de la administración nacional; no es una cifra menor.

Cuando el 3 de mayo le pregunté aquí al señor jefe de Gabinete —y traslado la pregunta a la señora presidenta, así como también al presidente de la Comisión de Presupuesto y Hacienda— sobre los contenidos de los decretos de necesidad y urgencia números 1.673 y 1.748, del 27 y 29 de diciembre de 2005, respectivamente, por los que se compromete deuda pública por 7.000 millones de pesos, dijo que en cinco días iba a responder; sin embargo, llevamos casi tres meses sin ningún tipo de contestación en relación con el contenido de tales decretos.

En realidad, creo conveniente volver al tema central que planteé al comienzo de mi exposición. El fracaso en la tarea de discutir este tema como corresponde, vinculándolo con la calidad institucional y la mejora en la asignación de los recursos públicos —fracaso que es la consecuencia de la vigencia del teorema que en su momento formulara el célebre filósofo radical Raúl Baglini—, genera que este Parlamento no pueda siquiera frenar el presente disparate; y no podemos hacerlo porque no hemos construido ni consenso social ni legitimidad en esta institución para que exista respaldo a fin de obtener esta decisión.

Hoy no podríamos decir que existe la convicción social de que si el Parlamento discute es posible mejorar la asignación de los recursos. Este es el punto que define la importancia de la crisis institucional. El gobierno, con el nivel de legitimidad que ha logrado, en vez de pretender resolver mediante el fortalecimiento de las instituciones resuelve por la vía de terminar de desmoronarlas. En todo caso, ésta es la clase de problemas sobre la que debemos debatir, y la única manera de resolver este punto consiste en ser capaces de dar un debate serio sobre el compromiso público que el Parlamento y el Poder Ejecutivo podríamos tomar respecto de la asignación de los recursos concretos de los que disponemos.

Todos sabemos que este año hay nueve mil millones de pesos en relación con los cuales el Parlamento no ha discutido; entonces, podríamos transformar esta sesión en un debate sobre el destino que deberían tener tales recursos públicos, o seguir con lo que se viene haciendo, es decir, que esta caja de recursos monstruosa en cuantía sea utilizada predominantemente para el pago de deuda pública por encima de lo necesario, en una estrategia de desendeudamiento, en vez de atender otras prioridades.

Además de aquellos decretos que cuestionara el señor diputado Adrián Pérez, hay decretos muy importantes como los mencionados por el señor diputado Snopek, en los que debemos buscar la trampita, porque las iniciativas presupuestarias han venido con dos criterios: por un lado, nos dicen que van a recaudar 100 pero en realidad recaudan 150, y por el otro, nos dicen que van a gastar 120 pero en realidad gastan 80. Subestiman recaudación y abultan gastos. Cuando a raíz de un decreto de necesidad y urgencia nos dijeron que iban a destinar 1.000 millones de pesos para los jubilados, la partida correspondiente tenía un excedente de 3.000 millones de pesos. Consecuentemente, esos 3.000 millones de pesos que quedaban en la partida de los jubilados —no se había previsto aumento alguno— fueron destinados al pago de deuda pública. El decreto, con su título, disfraza el verdadero objetivo que termina teniendo la asignación de los recursos.

A fines del año 2005 había casi 11.000 millones de pesos de mayor recaudación y 11.736 millones de pesos por compromisos de deuda

pagos, por encima de lo que había sido presupuestado. El grueso del destino de los recursos es el pago de la deuda pública. Hoy podríamos tomar el compromiso de discutir si efectivamente esos 9.000 millones de pesos que hoy están, en vez de tener por destino ese objetivo, atendiendo la situación de los siete millones y medio de pibes que están en la pobreza, lo cual configura un verdadero crimen que la Argentina está en condiciones de resolver.

En esa dirección presento un dictamen de minoría que, mediante la modificación del artículo 37 de la ley de administración financiera, habilita a establecer de manera taxativa que cuando exista excedente en la recaudación debe enviarse al Congreso un proyecto sobre la ampliación del presupuesto a efectos de discutir el destino que habrán de tener los recursos públicos. *(Aplausos.)*

Sra. Presidenta (Vaca Narvaja). – Tiene la palabra la señora diputada por Mendoza.

Sra. Fadel. – Señora presidenta: antes de iniciar mi exposición quiero recordar al diputado Iglesias –lamento que no esté presente en este momento– que cuando él era gobernador de Mendoza yo era presidenta del bloque de senadores justicialistas. Por ello, recuerdo que entre 1999 y 2001 le autorizamos modificaciones y reestructuraciones presupuestarias que él mismo requería en cada presupuesto.

Se ha insistido mucho en que el Congreso de la Nación pierde facultades y las delega en el Poder Ejecutivo. Cabe señalar que los treinta y dos incisos del artículo 75 de nuestra Carta Magna establecen todo lo que nos compete. Algunos de los verbos que marcan nuestras funciones son: hacer, disponer, ejercer, declarar, permitir, fijar, facultar, aprobar, legislar, admitir, establecer, proveer, reconocer, arreglar, dictar, reglamentar, acordar, contraer, imponer. Sin embargo, hay un verbo que se vincula con este debate y que no figura en ese artículo: administrar.

No es función del Congreso de la Nación administrar los asuntos de gobierno, sino tan solo proveer lo conducente a la prosperidad del país y al desarrollo humano. No corresponde a este poder la administración de las áreas; no sabemos de sus lógicas, sus motivaciones o sus urgencias. Nosotros sólo debemos entender sobre proveer a ellas: de lo necesario para poder

trabajar. Hasta ahí llegamos, mal que nos pese o que les pese a algunos.

En todo caso, si estamos interesados en algo más, deberemos hacer lo posible por ocupar otros cargos. Pero desde estas bancas hoy debemos tratar la modificación de la ley de administración financiera, que en modo alguno extiende un cheque en blanco a nadie. El proyecto de ley que propiciamos sancionar determina las atribuciones y competencias propias de cada uno de los poderes y considera la ley de presupuesto como lo que es: un programa de gobierno, que diseñado y planificado con anticipación no prevé contingencias o eventos que puedan exigir cambios. Por eso se llama “presupuesto”.

Resulta prácticamente absurdo que el Poder Ejecutivo deba esperar que nosotros autorizemos modificaciones presupuestarias y que se paralicen obras, programas, planes y acciones mientras debatimos cada uno de esos cambios. Como ejemplo puedo mencionar un proyecto de ley de mi autoría por el que se declara la emergencia social y económica en los departamentos de La Paz, Santa Rosa y Lavalle, en la provincia de Mendoza, que fue sancionado por este cuerpo en la sesión pasada, un año después de su presentación. Por supuesto, todavía falta la sanción del Senado. Mientras tanto, todas esas familias que están viviendo en emergencia están esperando la sanción de esta iniciativa.

No estamos haciendo ninguna concesión graciosa, caprichosa o indecorosa. Estamos haciendo un cambio de visión de la de aquellos que pensaron que la administración de gobierno era un dogma, aunque luego la realidad les mostró su propio infierno, y nos dio la razón a los que hoy pensamos que sin sacar los pies del plato la administración de los recursos bien puede presentar cambios de acuerdo con las circunstancias de gobierno que haya que enfrentar.

Aquí quiero hacer un paréntesis porque me interesaría que los señores diputados de la oposición, especialmente los radicales provenientes de la provincia de Mendoza, se enteren de las cosas que hace el Poder Ejecutivo con esta posibilidad de cambiar partidas. Por ejemplo, por resolución del 21 de julio del año 2004 que modificó el presupuesto general de la administración nacional, en el programa 26 de Desarrollo Urbano y Vivienda, jurisdicción 56, se aumentaron las transferencias a todas las

provincias del país por 23.786.000 pesos, de los cuales a Mendoza le correspondieron casi un millón de pesos más. En el programa 76 de Formulación y Ejecución de la Política Energética, jurisdicción 56, se aumentó el gasto en transferencia a todas las provincias en 8.900.000 pesos, de los cuales a Mendoza le tocaron casi 400.000 pesos más. En el programa 98 del Fondo Nacional de Incentivo Docente del Ministerio de Educación de la Nación se aumentaron transferencias a las provincias por 248.400.000 pesos más; a Mendoza le correspondieron 9.300.000 pesos. El programa 26 de la Seguridad Alimentaria del Ministerio de Desarrollo Social aumentó transferencias a las provincias por 51.822.000 pesos, de los cuales a Mendoza le correspondieron aproximadamente 2.075.000 pesos más. El programa 92 de Asistencia Financiera al Gasto Social Provincial aumentó transferencias a las provincias por 192.200.000 pesos; a Mendoza le tocaron 11.000.000 de pesos más. El programa 98 de Asistencia Financiera a Provincias aumentó el gasto de transferencias a las provincias en 14.800.000 pesos, de los cuales a Mendoza le correspondieron 2.200.000 pesos más.

¿Saben cuánto le significó esto a Mendoza? Según la resolución del 21 de julio de 2004 el monto fue de 25.889.000 pesos más de lo asignado en el presupuesto. Si consideramos una situación más reciente, según resolución del 31 de agosto del año 2005 en el presupuesto general del Ministerio de Planificación Federal, Inversión Pública y Servicios se modificaron obras viales para todas las provincias por 62.255.000 pesos; de esto le correspondieron a Mendoza 17.611.000 pesos para la doble vía Santa Rosa-General San Martín y 2.543.000 pesos para la ruta nacional número 40, límite con Chile. Esta resolución le otorgó a Mendoza 20.154.000 pesos más de lo que le correspondía por el presupuesto.

Entonces, a pesar de todo esto, ¿qué pido a los señores diputados de la oposición, fundamentalmente a los del radicalismo de la provincia de Mendoza? Que se den cuenta de cuánto más se benefició Mendoza con la posibilidad de hacer cambios de partidas.

Retomando el tema quisiera explicar qué es un superpoder; es algo que alude a una situación extraordinaria, que no tiene razón de ser.

La verdad es que esto no es lo que estamos tratando en este recinto en el día de hoy. Nuestra historia reciente de racionalidades absolutas nos demuestra que hubo superpoderes no sólo cuando se cambiaban las partidas, las finalidades y las funciones entre sí, sino también cuando nos llevaron al canje de la deuda más deshonroso del que se tenga memoria, a la proclamación voluntarista de un déficit cero que llevó al Estado nacional a no cumplir con ninguna de las obligaciones internas, a las reducciones salariales indiscriminadas, a la suba de impuestos distorsionados. Todo esto ocurrió con el argumento de la emergencia y ante un Congreso azorado y paralizado por la necesidad. Esos eran superpoderes.

Seguramente el cuestionamiento de la oposición viene de los propios resultados del gobierno nacional. Hay que tener en cuenta que este gobierno encabezado por el presidente Kirchner ha logrado en poco tiempo un crecimiento sostenido con disminución de la pobreza y la indigencia y que el índice de desocupación pasó del 23,3 por ciento en el año 2002 a casi un dígito en la actualidad. El salario mínimo vital y móvil pasará de 450 a 800 pesos en noviembre de este año. Se aumentaron los niveles de jubilación y una gran cantidad de argentinos podrá obtener ese beneficio en un futuro cercano. Se inició un proceso de desendeudamiento externo con una reestructuración sin precedentes de nuestra deuda, y la cancelación total y anticipada de la que se tenía con el Fondo Monetario Internacional.

Podría hablar de muchas otras cosas más que hizo este gobierno en áreas como educación, obra pública, salud, justicia, incremento del PBI, incremento de las exportaciones, derechos humanos, etcétera, pero el tiempo es tirano y tendríamos que hablar durante todo el día acerca de los logros que ha alcanzado nuestro gobierno.

He escuchado durante estas últimas semanas a diputados de diferentes bloques manifestar frente a los medios que el oficialismo quiere los superpoderes para poder robar el dinero de la gente, que el Congreso deja de controlar y delega sus facultades, que se altera la división de poderes, etcétera.

Desde que comenzó el tratamiento de este proyecto de ley en el Senado hemos tenido que tolerar injurias y hasta calumnias por parte de la

oposición. Nos llaman infames traidores a la Patria, pero los infames traidores a la Patria no somos los que reconstruimos lo que otros destruyeron. Quienes nos difaman y critican son los mismos que sumergieron a nuestro país en las dos crisis más nefastas que tuvo la Argentina desde el inicio de la democracia.

Infamia y traición a la Patria es llevar al país a una hiperinflación; infamia y traición a la Patria es escaparse en helicóptero llevándose la esperanza de millones de argentinos. Eso es infamia y traición a la Patria.

Esta oposición no tiene ninguna propuesta y solamente desconfía del oficialismo, tal vez porque su único pecado es haber demostrado que los cambios de visión no son sólo posibles sino que han sido positivos. Esta nueva visión cambió el país y lo quiere seguir haciendo, no por nosotros —no somos iluminados ni indispensables—, sino porque la sociedad lo pide y nosotros queremos cumplir con el mandato que nos ha dado de mejorar las condiciones de vida de este país y proveer los mecanismos que sean necesarios para ello.

No veo una postura por parte de la oposición que sea suficientemente válida como para no aprobar esta iniciativa, salvo la de seguir usufructuando con la confusión y seguir esperando que las viejas visiones sobre la administración del gobierno vuelvan con sus viejos protagonistas.

Lamento decir a los diputados de la oposición que la sociedad tiene buena memoria y que la lección está bien aprendida. Incluso aunque el pueblo no nos votara, el altar de la racionalidad absoluta no volverá a ser encendido. Muchos pobres han quedado en el camino y será tarea de muchos gobiernos volver a incluirlos y a equipararlos.

Sigamos construyendo y cumpliendo con la función que la Constitución nos confiere, y dejemos que cada poder haga aquello para lo que está facultado. (Aplausos)

Sra. Presidenta (Vaca Narvaja). — Tiene la palabra el señor diputado por Jujuy.

Sr. Giubergia. — Señora presidenta: en la Comisión de Presupuesto y Hacienda habíamos planteado una cuestión previa relativa al respeto al reglamento, porque entendíamos que este proyecto tendría que haber sido girado a la Comisión de Asuntos Constitucionales, conforme lo establece el artículo 62.

De todas maneras estamos en este recinto considerando este proyecto que no es, como se plantea, la simple reforma de un artículo. La modificación del artículo 37 de la ley de administración financiera tiene implicancias institucionales, así como en la ejecución, gestión y control del presupuesto.

Cuando analizamos este proyecto a la luz del inciso 8 del artículo 75 de la Constitución Nacional vemos claramente cómo se decide destruir con esta ley el ciclo presupuestario.

Ese ciclo tiene cuatro etapas. La primera es la elaboración del presupuesto por parte del Poder Ejecutivo. La segunda es su discusión en el Parlamento, donde se logran los consensos y disensos, donde el Poder Ejecutivo presenta su programa o proyecto de gobierno, el Congreso le da la autorización para obtener los recursos y determina cómo van a ser utilizados. La tercera etapa es la ejecución del presupuesto por parte del Poder Ejecutivo, y la cuarta etapa es, nuevamente, el contralor por parte del Poder Legislativo. En este último aspecto es donde debe tenerse sumamente en claro que no se puede evaluar *ex post* lo que se explicitó *ex ante* pero fue modificado totalmente a posteriori.

Cuando en el año 1215 se sancionó en Inglaterra la Carta Magna se decidió poner límite y control al rey. Uno de los temas fundamentales en esta materia es, justamente, ejercer el control sobre el gasto y sobre las acciones del gobierno.

Todos estos pasos que vemos viene dando el Poder Ejecutivo con la reforma de la ley del Consejo de la Magistratura, la ley de creación de la Unidad de Información Financiera, sumado a ello la posibilidad de aplicar cargos fijos y la recientemente sancionada reglamentación de los decretos de necesidad y urgencia, nos indican claramente que se está buscando tener una situación de concentración de poder sin ningún tipo de control.

Hace unos días leía en un medio periodístico lo siguiente: "El presidente cargó otra vez contra la oposición. 'No me quieren dejar gobernar.' El presidente Néstor Kirchner acusó ayer a la vieja dirigencia política que obstaculiza la administración y dijo que 'no me quieren dejar gobernar. Algunos legisladores me quieren extorsionar'".

Yo me pregunto qué es lo que se está haciendo aquí, qué es lo que se quiere extorsionar.

¿Exigir que se gobierne conforme a las reglas con los controles normales es extorsionar?

El día domingo leí azorado en un medio de mi provincia las declaraciones de un colega y co-terráneo. Decía el diputado Héctor Daza que “el pedido formulado por el presidente de la Nación de acompañar la re-relección de Eduardo Fellner no nos deja opción a nosotros”.

Reconoció que un paso proreformista “tiene sus costos y beneficios”, y que dentro de los beneficios se encuentra “la apertura del gobierno nacional hacia Unión por Jujuy, porque hoy funcionábamos muy vedados, justamente por esta confrontación provincial, y este acuerdo con el presidente nos habilita a disponer de programas e instrumentos nacionales, de espacios políticos que tiene la Nación en la provincia como para seguir fortaleciendo a nuestra dirigencia.

“Asimismo, consultado sobre cómo se trasladaría a la sociedad y a la dirigencia de base el acompañamiento a una gestión provincial que venían criticando, mi estimado colega respondió: ‘Es muy difícil todo eso.’ Pero sostuvo que uno de los mensajes será el haber conseguido que proyectos sociales en Tilquiza, Ocloyas, Coranzulli, Abra Pampa y Humahuaca, están aprobados por Nación...”

Esto he podido ratificarlo con fuerza cuando escuché hablar a la señora diputada Fadel acerca de todos los recursos que fueron destinados a la provincia de Mendoza.

Hoy se pretende otorgar superpoderes al jefe de Gabinete de Ministros para que financie programas e incluya o excluya fondos presupuestados por el Congreso de la Nación a su antojo, por el grado de amistad o de sometimiento que los gobernadores e intendentes tengan con el Poder Ejecutivo o por la actitud de algunos miembros de este Congreso.

Me pregunto cómo puede ser que el presidente de la Nación exprese que existe obstrucción cuando en su momento decidió la creación de LAFSA, una empresa de aviación única en el mundo que no posee aviones, a la que se destinaron subsidios y que continuó como todos sabemos.

Exigimos un control claro y concreto en todas estas cuestiones. Por eso sostenemos que esta modificación a la ley de administración financiera implica convertir a la ley de leyes en un mero límite de gastos. Debemos tener en claro que el presupuesto es denominado “ley

de leyes” porque es el que permite transformar en operativas todas las normas dictadas por el Congreso de la Nación. Entonces, si al jefe de Gabinete de Ministros se le otorga la posibilidad de modificar a su antojo aquellas normas, no existirá la menor posibilidad de ejercer control alguno por parte de los distintos estamentos del Estado.

El artículo 75, inciso 8, de la Constitución Nacional reformada en 1994 establece: “Fijar anualmente... el presupuesto general de gastos y cálculo de recursos de la administración nacional, en base al programa general de gobierno y al plan de inversiones públicas...”. Fijar anualmente el presupuesto no es lo mismo que tener la facultad de administrar que el artículo 100, inciso 1, de la Constitución Nacional otorga al jefe de Gabinete de Ministros. Es este Congreso el que debe fijar el presupuesto. Porque es en la discusión parlamentaria del presupuesto donde se logran los consensos y se fijan los disensos y donde el gobierno muestra cuál es su política, cuáles son los medios con los que va a contar y cuáles son los gastos que va a realizar con los recursos nacionales.

Cuando nosotros evaluamos esta posibilidad de dejar sin efecto en forma permanente el artículo 37 de la ley de administración financiera observamos que esto va a permitir al gobierno que todos aquellos temas que son irritativos para la sociedad, o que puedan generar algún costo político o ser conflictivos para este gobierno al que le gusta mirar encuestas, no figuren, lógicamente, en el presupuesto, porque los van a estar ejecutando a través de estas facultades que se pretenden otorgar al señor jefe de Gabinete de Ministros. Esto es lo que nosotros venimos a denunciar aquí, es decir, la imposibilidad de aceptar esto.

Hemos escuchado al señor jefe de Gabinete de Ministros efectuar un planteo en el Honorable Senado en el sentido de que era necesario contar con una elasticidad presupuestaria para la atención, por ejemplo, de catástrofes naturales. Cuando escuché esto me pregunté si no habían leído la ley de administración financiera o si no se la quería tener en cuenta o evaluar. Me planteé este interrogante porque el artículo 39 de dicha norma legal establece lo siguiente: “El Poder Ejecutivo Nacional podrá disponer autorizaciones para gastar no incluidas en la ley

de presupuesto general para atender el socorro inmediato por parte del gobierno en casos de epidemias, inundaciones, terremotos u otros de fuerza mayor ...". Al respecto, quiero expresar a la señora diputada Fadel, en función del planteo que ha efectuado, que ella y el señor jefe de Gabinete de Ministros tienen aquí la respuesta y el instrumento correspondientes.

Respecto de todas aquellas cosas que se han mencionado y por las que el Poder Ejecutivo podría incurrir en gastos, nosotros decimos que cuando se creó la empresa LAFSA no se requirió ninguna facultad extraordinaria. Hemos visto los resultados obtenidos.

Posteriormente, tomamos en consideración los fondos fiduciarios. En 2005 hubo 16 fondos de esas características, dos de los cuales se llevaron el 67,4 por ciento de los 3.645 millones de pesos de que disponíamos. Este Parlamento no dispone de los informes que se solicitaron al señor jefe de Gabinete de Ministros, que están incluidos en la ley de presupuesto y que trimestralmente deben ser remitidos a los señores diputados. Esta información no ha llegado a ningún legislador. Consecuentemente, no sabemos cómo se utilizan esos fondos; lo único que se informa es el monto y el gasto total, por lo que no existe la menor posibilidad de ejercer un contralor.

En relación con este tema debemos analizar dos fondos que se llevan el 67,4 por ciento de esta cifra total, que corresponden al Fondo de Desarrollo Provincial y al Fondo Fiduciario del Sistema de Infraestructura de Transporte. El primero está destinado al desarrollo provincial, pero ese dinero es utilizado para financiar a las provincias con recursos propios. Se trata de pingües negocios para la Nación, que se queda con más del 70 por ciento de la totalidad de los recursos mientras las provincias deben andar mendigando para obtener su propio dinero.

Cuando comenzamos a evaluar lo que ocurre con el Fondo Fiduciario del Sistema de Infraestructura de Transporte —respecto del cual no se ejerce ningún tipo de contralor— nos encontramos con que actualmente es el instrumento de subsidio operativo para las empresas de transporte de cargas y pasajeros, cuando en realidad esto fue creado para realizar rutas y obras ferroviarias. Sin embargo, también aquí el Congreso de la Nación no tiene posibilidad de evaluar absolutamente nada.

Así, por ejemplo, en el año 2005 la ley de presupuesto autoriza un crédito por formulación y ejecución de política de transporte automotor y ferroviario de 612 millones de pesos. Sin embargo, el crédito vigente a fin de dicho año llegó a 1.094 millones.

El SIT transfirió al sector 994 millones, mientras que en el mismo año el programa de fortalecimiento de la educación básica, polimodal y superior ejecutó dieciocho millones, siendo el crédito autorizado por el Parlamento de veinticinco millones.

Siguiendo con el análisis de este fondo, encontramos que en 2004 se subsidiaron las cargas patronales del convenio de camioneros por 44,5 millones de pesos, a partir de recursos del fondo fiduciario del SIT.

Se recordará que en 2005 el gremio de camioneros consiguió muy buenos aumentos para sus afiliados, los que parecían reflejar su capacidad de negociación y de productividad, pero no ha sido así.

Se requirió que la sociedad argentina le transfiriera 202 millones de pesos por medio del SIT, lo que implicó un aumento interanual del 354 por ciento. No ha existido ningún programa presupuestario que recibiera tamaño incremento.

Nosotros sólo planteamos estas situaciones y no queremos poner trabas al proceso que se está llevando adelante. Deseamos que se respeten las leyes y la Constitución. En definitiva, pretendemos que el Congreso no sólo deje de ser la oficina de protocolización del Poder Ejecutivo, sino que también no pase a ser la oficina de protocolización del matrimonio Kirchner.

Por eso decimos aquí con todas las letras que vamos a votar en contra del proyecto del Poder Ejecutivo. (*Aplausos.*)

Sra. Presidenta (Vaca Narvaja). — Tiene la palabra el señor diputado por Buenos Aires.

Sr. Atanasof. — Señora presidenta: quiero comenzar diciendo que en esta sesión estamos tratando la modificación del artículo 37 de la ley 24.156. Aunque parezca obvio, me parece importante remarcarlo, porque nos hemos convocado para modificar un artículo de una ley que tiene 137 artículos.

Lo estamos haciendo en el marco de una discusión pública en la que hemos escuchado alusiones al otorgamiento de superpoderes, a la de-

legación de facultades extraordinarias por parte del Poder Legislativo al Ejecutivo, a la aprobación de la suma del poder público, etcétera.

Entonces, creo que se ha generado en la opinión pública la impresión de que nos encontramos frente a un problema político, en donde se ha puesto en juego el funcionamiento de las instituciones republicanas y el ejercicio de la democracia en el país.

Incluso, se ha mencionado que de aprobarse este proyecto que hoy estamos considerando se quebrantaría la división de poderes consagrada en la Constitución Nacional.

Creo que lo que hoy estamos haciendo en este recinto es nada más y nada menos que lo que hemos hecho siempre y lo que vamos a seguir haciendo en el futuro en cumplimiento del mandato que tenemos como representantes del pueblo de la Nación, que es modificar el texto de una ley mediante los mecanismos que establecen la Constitución Nacional y el reglamento de esta Cámara de Diputados.

La ley de administración financiera es precisamente eso: una ley a la cual en los últimos días se la ha sacralizado, a tal punto que para algunos pareciera que lo que hoy vamos a tratar de hacer es reformar la propia Constitución Nacional, cuando en realidad —y me parece que esto debiera quedar muy claro— lo que hoy se pretende es precisamente adecuar las disposiciones de la ley 24.156 a efectos de que guarde coherencia con el texto de la Constitución reformada en 1994.

En aquel momento los argentinos participamos de un debate que se venía dando en toda Latinoamérica —al que se ha hecho mención aquí hace unos instantes—, en dirección a la posibilidad de debatir acerca de presidencialismo o parlamentarismo, y creo que todos hemos coincidido en que en ese debate quizás nos quedamos un poco a mitad de camino.

En realidad, creamos la figura del jefe de Gabinete de Ministros. Si bien algunos tenían otras intenciones, muchas de ellas no se pudieron plasmar en la Constitución, pero podríamos decir que quedó un camino abierto para seguir avanzando en ese proceso de perfeccionamiento de lo que se discutió en 1994.

—Ocupa la Presidencia el señor presidente de la Honorable Cámara, doctor Alberto Edgardo Balestrini.

Sr. Atanasof. — Le voy a pedir que me deje hacer un poco de historia, señor presidente, para que tengamos una mejor comprensión de este tema.

En el año 1992 fue sancionada la ley de administración financiera y de los servicios de control del sector público nacional. Esa norma sentó las bases del proceso presupuestario, otorgando exclusividad al Poder Ejecutivo, a través del Ministerio de Economía, para la elaboración del presupuesto nacional.

Sin ninguna duda, en 1992 esa ley era una herramienta indispensable, porque desde 1983 hasta 1991, si bien existían leyes de presupuesto, el marco caracterizado por la inestabilidad económica, fiscal y monetaria hacía imposible que el Estado nacional pudiera llevar a cabo una planificación financiera eficaz, así como también un sistema de control apropiado.

Luego llegamos al año 1994, cuando se incorpora al texto de la Constitución la figura del jefe de Gabinete de Ministros —regulada por los artículos 100 y 101—, con responsabilidad política ante el Congreso de la Nación, y me parece que éste es un tema importante para destacar. Entre las funciones que tiene el jefe de Gabinete figuran las de ejercer la administración general del país, enviar al Parlamento el proyecto de ley de presupuesto nacional, hacer recaudar las rentas de la Nación y, fundamentalmente, ejecutar la ley de presupuesto nacional. Y precisamente sobre esto último estamos discutiendo hoy en este recinto.

Pero, por otra parte, la ley de ministerios vigente también pone en cabeza del jefe de Gabinete de Ministros la tarea de intervenir en la elaboración y control de ejecución de la ley de presupuesto, así como también en los niveles del gasto y de los ingresos públicos, sin perjuicio —por supuesto— de la responsabilidad primaria del ministro o secretario del área y de la supervisión que el presidente de la Nación quiera tener sobre esta competencia.

En consecuencia, creo que en este caso corresponde hablar de facultades institucionales y no de facultades delegadas, porque la distribución de facultades entre el jefe de Gabinete de Ministros y el Congreso de la Nación en el proceso presupuestario se encuentra claramente determinada en el marco normativo vigente.

Las funciones principales del jefe de Gabinete de Ministros en materia presupuestaria son las siguientes: remitir al Congreso el proyecto de ley de presupuesto, disponer la distribución administrativa del presupuesto de gastos aprobado por el Poder Legislativo y supervisar el gasto asignado a cada jurisdicción. Por su parte, el Congreso de la Nación tiene la facultad de aprobar y fijar el presupuesto nacional y la de convalidar la ejecución realizada por el Poder Ejecutivo mediante la aprobación de la cuenta de inversión.

Con respecto a esto podemos citar muchos antecedentes nacionales —ya se ha hecho alguna referencia aquí y seguramente se seguirá debatiendo en el resto del día—, pero también hay numerosos antecedentes internacionales. Son muchos los países en los que los Poderes Ejecutivos tienen atribuciones para la reasignación de partidas. Voy a dar sólo algunos ejemplos: en Chile el Poder Ejecutivo tiene facultades en materia de trasposos, incrementos, reducciones y demás modificaciones presupuestarias; en Paraguay tiene todas las atribuciones que determina su ley de administración financiera, a excepción del artículo que establece que corresponde al Congreso la facultad y atribución relativa al aumento de sueldo de los funcionarios y a la designación de personal de la planta del sector público; en Perú existe el trasposo entre categorías programáticas; y en México rige la ley federal de presupuesto y responsabilidad hacendaria, que establece que el Poder Ejecutivo tiene facultades respecto de los créditos adicionales.

Muchos dirán que estoy hablando de países latinoamericanos y que algunos están en vías de desarrollo, pero recordemos que en Europa hay un país que en los últimos veinte años ha tenido un salto cualitativo notable desde el punto de vista de su recuperación económica, de la producción, del empleo y de la calidad institucional. Ese país es España y este año cumple precisamente veinte años de su incorporación a la Unión Europea. En España el Poder Ejecutivo también tiene facultades para poder hacer asignaciones en el presupuesto.

Habría muchísimos ejemplos más del derecho comparado para citar aquí, pero no me parece conveniente abundar en esa dirección.

Todo lo señalado hace que me oponga a esta imagen que se pretende imponer de que la Ar-

gentina es una democracia delegativa en la que el Poder Legislativo juega un rol menor en la toma de decisiones, actuando como un sello de goma que sólo se limita a validar las acciones del Poder Ejecutivo. Muy por el contrario: de acuerdo con la Constitución Nacional el Congreso tiene el rol exclusivo de aprobar y fijar el presupuesto nacional y a tal efecto cuenta con amplias facultades para modificar el proyecto de ley de presupuesto en cualquiera de las etapas de este proceso: puede hacerlo en el marco del debate de las comisiones o bien al momento de discutirse en este recinto. Y precisamente en este proceso la Cámara de Diputados de la Nación tiene un papel más importante, considerando que de acuerdo con la Constitución el proyecto de ley de presupuesto debe ingresar al Congreso por esta Cámara.

Es así que el Congreso tiene un rol esencial en el control del proceso presupuestario, correspondiéndole en forma exclusiva revisar y controlar las cuentas públicas una vez finalizado el año fiscal, con el fin de evaluar la manera en que el Poder Ejecutivo utilizó los recursos inicialmente aprobados en la ley de presupuesto. Para poder desarrollar esta función el Poder Legislativo cuenta con instrumentos que le permiten aprobar o rechazar la cuenta de inversión, como analizar el comportamiento de las variables que generaron el ahorro, la falta de ahorro, el déficit o el superávit fiscal, el financiamiento, el ahorro externo e interno y la utilización del superávit público. El Congreso de la Nación tiene herramientas y atribuciones para poder hacerlo.

Esta Cámara no pretende otorgar facultades extraordinarias al jefe de Gabinete de Ministros, sino que tiende a reglamentar las atribuciones que constitucionalmente a él le son asignadas, toda vez que el rol político establecido para el jefe de Gabinete aún no ha logrado su máxima funcionalidad. En este punto, creo que existe una coincidencia generalizada. Entonces, se requieren nuevas reglas que determinen claramente cuáles son sus competencias y atribuciones. A esto nos hallamos abocados en forma clara, en la dirección de mejorar esas reglas.

Así, se concede al señor jefe de Gabinete de Ministros la posibilidad de disponer las reestructuraciones presupuestarias que considere necesarias dentro del monto total aprobado en cada

ley de presupuesto, incluyéndose aquellas que involucran aplicaciones financieras. Quedan reservadas al Congreso Nacional las decisiones relativas al monto total del presupuesto y del endeudamiento previsto.

En síntesis, estamos adaptando la normativa vigente en materia de administración financiera al cambio constitucional introducido en 1994. Además, las atribuciones de que hoy disponemos respecto del jefe de Gabinete de Ministros no son nuevas, ya que todos las conocíamos. Aunque con algunas diferencias, en años anteriores el Parlamento aprobó facultades similares; aquello que hoy se menciona como una cuestión excepcional en realidad fue prácticamente normal en la vida del país en los últimos años.

En uso de sus atribuciones para reasignar partidas, el jefe de Gabinete de Ministros puede actuar en los siguientes tres casos. Tiene la facultad de transferir partidas correspondientes a erogaciones de capital o gastos corrientes. En términos prácticos, por ejemplo, esto significa que sumas destinadas en determinado momento para las fuerzas armadas, al no haberse dado cumplimiento, en el mes de agosto, del objetivo para el que fueron fijadas cuando se diseñó el presupuesto, puedan ser utilizadas para la adquisición de medicamentos, la construcción de viviendas u otra finalidad. En este caso, debemos destacar un hecho sobresaliente de este gobierno: el proceso de ejecución de la inversión pública se ha incrementado en tres mil trescientos millones de pesos respecto de los doce mil millones de pesos del período 2003-2006. Si no existieran estas facultades, ¿qué hacemos con esos tres mil o doce mil millones excedentes que están a disposición y que es necesario utilizar para otras partidas presupuestarias?

Por lo tanto, creo que la posibilidad de transferir erogaciones de capital a gastos corrientes es una herramienta extraordinaria e importante para la gestión.

La segunda facultad que se propicia otorgar al jefe de Gabinete de Ministros consiste en transferir las partidas presupuestarias respecto de sus finalidades. Una jurisdicción tiene distintas finalidades, casi todas de administración general, servicios sociales y económicos y hasta de la deuda. Por ejemplo, el Ministerio de Defensa tiene como finalidades educación, salud y

también, por supuesto, defensa y seguridad. Por eso ocurre que en la ejecución del presupuesto hoy un titular de jurisdicción no puede modificar las finalidades. Debe recurrir a la Jefatura de Gabinete de Ministros, la que a partir de esta reforma, por la vía de una decisión administrativa, podrá permitir al jefe de la jurisdicción reasignar partidas entre distintas finalidades, lo que provocará una aceleración del proceso de toma de decisiones.

En tercer lugar, se pueden transferir las partidas presupuestarias correspondientes a aplicaciones financieras. Por ejemplo, el presupuesto se aprueba sobre la base de un determinado tipo de cambio, que en el transcurso del año puede sufrir alguna modificación que acarree un ahorro; al que por supuesto hay que asignar un destino. De no operarse de este modo serían partidas presupuestarias que no podrían reasignarse.

Desde 1997, en sucesivos contextos económicos desfavorables, cuyo momento más grave puede considerarse la crisis desatada a fines de 2001, el Poder Ejecutivo ha fortalecido y ampliado sus facultades en relación con el presupuesto sobre la base de la necesidad de introducir mayor flexibilidad ante situaciones de crisis.

En este punto considero menester mencionar lo que como jefe de Gabinete de Ministros tuve que afrontar en el contexto de la emergencia en la que se encontraba el país en aquel momento, particularmente en el sector público nacional. Era imprescindible contar con la flexibilidad necesaria para adecuar el presupuesto a una situación cambiante.

En virtud de esa flexibilidad firmé muchas decisiones administrativas, algunas de las cuales recuerdo con mucha más fuerza. Por ejemplo, junto con el entonces ministro Lavagna firmamos una mediante la cual se modificó la distribución del presupuesto de la administración con el fin de dar continuidad a las acciones encarradas por el Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social en relación con la ejecución del Programa Jefes de Hogar, incrementando los créditos vigentes en él. Así, en ese momento provocamos una ampliación de esa red de contención social que, con defectos y virtudes, innegablemente fue reconocida a posteriori como la más importante que se desarrolló en el mundo. Eso se pudo llevar a cabo por medio de

una decisión administrativa que firmamos el ministro Lavagna y yo, que circunstancialmente era jefe de Gabinete de Ministros.

La sanción de esta iniciativa otorgará mayores herramientas no a este Poder Ejecutivo o al presidente Kirchner, sino a todos los gobiernos que lo sucedan. Ello les permitirá enfrentar las demandas coyunturales, contar con mayor flexibilidad para reaccionar ante los problemas que permanentemente se presentan en la ejecución presupuestaria y adoptar decisiones con respecto al gasto público y a los excedentes, dotándolos de mayor capacidad de reacción ante las demandas sociales más inmediatas.

Por otra parte, creo que los legisladores deberíamos plantearnos la necesidad de que el Congreso fortalezca su rol en el proceso presupuestario permitiendo desarrollar adecuadamente las tareas de debate, control y valuación del presupuesto. Este es el rol que nos ha asignado la Constitución Nacional a los parlamentarios.

Por todas estas consideraciones, algunas más que después solicitaré insertar en el Diario de Sesiones y las que seguramente acercará nuestro presidente de bloque, considero que es absolutamente necesario brindar esta herramienta al Poder Ejecutivo nacional para lograr la optimización en la ejecución presupuestaria sin afectar en lo más mínimo las facultades de control del Poder Legislativo. Por las razones expuestas, nuestro bloque va a acompañar con su voto esta iniciativa. (*Aplausos.*)

Sr. Presidente (Balestrini). — Tiene la palabra el señor diputado por Buenos Aires.

Sr. Sarghini. — Señor presidente: aclaro que comparto mi tiempo con el señor diputado Lusquiños.

El bloque Justicialista Nacional se opone a este proyecto porque otorga superpoderes y porque ellos son inconstitucionales.

La Constitución Nacional es muy clara en la definición de los roles y de las funciones que tiene cada poder en el proceso del presupuesto, y lo es desde su existencia; no fue la ley de administración financiera la que otorgó funciones a cada uno de los poderes. Ni siquiera la reforma constitucional de 1994 modificó las funciones que tiene cada uno de los poderes; en todo caso, desconcentró algunas que ya tenía el Poder Ejecutivo y que estaban en manos del presidente.

En este proceso de elaboración, aprobación, ejecución y control del presupuesto está claramente establecido en la Constitución Nacional qué debe hacer cada uno de los poderes. El Poder Ejecutivo elabora; es más, por estas horas seguramente los técnicos del gobierno nacional estarán preparando el presupuesto para el año próximo. El Poder Legislativo aprueba el presupuesto, el Poder Ejecutivo ejecuta y, *ex post*, el Parlamento controla cuando aprueba las cuentas de inversión.

¿Qué significa elaboración, aprobación y ejecución del presupuesto? El presupuesto debe elaborarse, tal cual lo establece la Constitución, en función del programa de gobierno y del plan de inversión. Por lo tanto, ese presupuesto establece, según lo que se pueda recaudar, cuánto se autoriza a gastar y en qué; precisamente en qué se autoriza a gastar está determinando cuál es el plan de gobierno y cuál el programa de inversión.

Acorde con ese programa de gobierno y ese plan de inversión el Congreso luego aprueba el presupuesto de la Nación. Asimismo, según la ley de presupuesto de la Nación que contiene cuánto y en qué gastar, el Poder Ejecutivo debe administrar y ejecutar. Claro que debe administrar, pero ello no significa modificar el presupuesto que ha aprobado el Congreso de la Nación; implica administrar el presupuesto que establece cuánto y en qué gastar según el plan de gobierno y el programa de inversión elaborados.

Esta secuencia está muy clara. Será el Congreso quien aprobará o rechazará la forma en que se ha ejecutado el presupuesto cuando trate las cuentas de inversión.

Administrar no implica modificar el plan de gobierno que prevé el presupuesto establecido en cuánto y cómo gastar. Por lo tanto, si están claras las funciones que cada uno de los poderes tiene, cuando una ley como ésta pretende dar al jefe de Gabinete aquello que la Constitución le da al Congreso, lo convierte en un superpoder, y lo vuelve absoluta y totalmente inconstitucional.

He escuchado muchos argumentos respecto de la necesidad de esta ley de administración financiera. Debo decirlo con dolor: son argumentos falsos. No es cierto que para administrar se necesite esta flexibilidad, porque la flexibilidad existe y está dada precisamente —como

marca la propia Constitución— por las normas que reglamentan la forma de ejecutar el presupuesto. En su momento fue la ley permanente de presupuesto, que fue quedando de lado por la aparición de la ley de administración financiera, y esta ley da todas las flexibilidades para que se pueda administrar el presupuesto.

Cada uno de los ejemplos que aquí he escuchado se puede concretar sin superpoderes. Ellos me han traído a la memoria un muy buen ejemplo de un compañero que fue jefe de Gabinete cuando yo fui secretario de Hacienda. Me siento orgulloso de aquella decisión administrativa que se pudo instrumentar sin superpoderes. Esos poderes los tiene el jefe de Gabinete sin que esta ley exista, porque se los da la ley de administración financiera a través de su artículo 30, que detalla todo lo que se puede hacer con el presupuesto general.

Esto generalmente se hace con la decisión administrativa número uno: luego de haberse aprobado el presupuesto general, tal cual lo definía un diputado preopinante— por eso se llama general—, hay toda una desagregación posterior de dicho presupuesto general que se elabora con la decisión administrativa uno del jefe de Gabinete, que establece que, por supuesto, con decisiones administrativas posteriores, puede modificarlo a medida que los cambios en el contexto que puedan ocurrir a lo largo del ejercicio así lo exijan. Solamente existe una restricción, que está prevista en la Constitución, y se refiere precisamente a determinadas modificaciones que no puede hacer el Poder Ejecutivo.

Por lo tanto, no es cierto que sin esta ley no se pueda administrar o gobernar. Afirmar que sin esta ley no se puede gobernar o administrar es decir que no se pueden administrar los recursos públicos con las reglas de juego de la democracia y de la República, que están claramente establecidas en la Constitución Nacional, y no están estipuladas en la ley de administración financiera.

Tampoco es cierto que siempre hubo superpoderes. Digo más: de los últimos cinco años, en tres no hubo y en dos sí. En 2002 no hubo superpoderes.

Cuando se habla de la delegación que tiene el jefe de Gabinete en la ley de presupuesto, se dice “con sujeción a lo que establece el artículo 37 de la ley de administración financiera”.

Mucho respeto tengo por el señor diputado que está aquí presente, que no pertenece a mi bloque, quien elaboró en el medio de una crisis el presupuesto para el ejercicio 2002 sin incluir superpoderes, y pudo ejecutarlo en los momentos más profundos de la crisis de finales de 2001.

Por las circunstancias de la vida, como secretario de Hacienda, tuve que terminar de ejecutar el presupuesto 2002, y lo hice a lo largo de todo el año sin contar con facultades extraordinarias. Luego confeccionamos el presupuesto 2003, que tampoco tuvo ningún superpoder. Es más, el propio artículo correspondiente a la delegación de funciones del jefe de Gabinete establecía la sujeción a lo que señalaba el artículo 37 de la ley de administración financiera. Llegué hasta el mes de mayo, y este gobierno, sin superpoderes, pudo administrar ese presupuesto durante el tiempo que restaba del año 2003.

Por lo tanto, en los años 2002 y 2003 no hubo superpoderes, y tampoco los hay en el 2006. Creo que el gobierno está administrando el presupuesto, a su leal saber y entender, en función de la asignación de prioridades que ha hecho en él sin necesidad de ningún superpoder.

Por lo tanto, no es cierto que siempre hubo superpoderes y que son necesarios para administrar. Tampoco es cierto que todas las provincias y municipios los tengan: si los tuvieran, no serían un buen ejemplo, aunque seguramente hay más de una provincia que no hay que tomar como ejemplo de modelo institucional.

¿Saben por qué no es cierto? Porque esta misma ley no sólo está derogando el artículo 37 de la ley de administración financiera sino también el artículo 15 de la ley de responsabilidad fiscal, pero sólo para el nivel nacional de gobierno, manteniendo la restricción para las provincias.

Precisamente esa restricción impide a las provincias aumentar los gastos corrientes en detrimento de los gastos de capital y de las aplicaciones financieras. A esa ley ha adherido la mayoría de las provincias, salvo honrosas excepciones, porque más de veinte provincias han adherido al programa de financiamiento ordenado y están sujetas a esa restricción. ¿Cómo se puede decir entonces que tienen este mismo poder?

Por si esto fuera poco, nos estamos olvidando—respecto de los tiempos en que hubo dele-

gaciones o no, y de las provincias que las tuvieron o no— de que esas delegaciones fueron por tiempo determinado. Podemos discutir respecto de cada vez que ha habido superpoderes si estuvo dada la condición objetiva determinada por la emergencia y por lo tanto si la delegación era correcta, pero claramente se enmarcaban en esas dos restricciones que establece la Constitución, es decir que fueran por tiempo determinado y por razones de excepcionalidad basadas en la emergencia.

En ningún lado existe un ejemplo de delegación permanente. Por eso no se puede descalificar a quienes se oponen a este proyecto recordando la historia anterior, porque una delegación permanente de facultades no ha existido nunca. Es imposible comparar porque no ha ocurrido nunca en la historia de la Nación ni en las provincias. Por lo tanto, este también es un argumento falso, porque la Constitución dice con claridad qué debe hacer el Poder Ejecutivo y bajo qué circunstancias de excepcionalidad se pueden delegar estas facultades.

Además, hay otro artículo de la Constitución que dice con toda claridad qué estamos cometiendo si delegamos lo que la Constitución no nos autoriza a delegar.

Por lo tanto, estamos convencidos de la inconstitucionalidad de este proyecto que otorga superpoderes al jefe de Gabinete.

Vemos con preocupación que a veces hasta pareciera que se ofende a nuestra inteligencia cuando se usan algunos argumentos para explicar por qué se presentan estos proyectos. Pero habiendo escuchado todos y cada uno de los argumentos aquí expresados, así como los volcados en el debate en la Comisión de Presupuesto, lo que no nos queda claro es para qué se quiere aprobar este proyecto si realmente los instrumentos de administración están perfectamente establecidos en cada una de las leyes sancionadas de acuerdo con la división de los poderes y las funciones que establece la Constitución respecto del presupuesto. A veces pareciera que el para qué es para llevar la ofrenda.

Aunque sea, aquellos que piensan que este proyecto no es inconstitucional y que los argumentos no son falsos sino válidos, deberían ser prolijos a la hora de legislar. Si modificamos el artículo 37 en la sección que hace referencia a

la ejecución del presupuesto, que fija lo que debe hacer el Poder Ejecutivo, debería también modificarse el artículo 30, que dice qué puede hacer el Poder Ejecutivo. Precisamente, esa norma establece que en nombre de las atribuciones que le da la Constitución Nacional el Poder Ejecutivo puede dictar la decisión administrativa. Entonces, por una cuestión de prolijidad, tendríamos que ver que cuando se modifica el artículo 37 y se exime al gobierno nacional de las previsiones del artículo 15 de la Ley de Responsabilidad Fiscal, no sólo estamos eximiéndolo de la prohibición de aumentar gastos corrientes en detrimento de los de capital y de aplicaciones financieras sino también de otras restricciones que ese artículo fija al gobierno nacional.

Es más, quienes elaboraron el proyecto se han olvidado de que existe la ley 25.152, de administración de recursos públicos, la que debería ser revisada si la norma que consideramos no fuera inconstitucional y adquiriera plena vigencia, porque se daría de patadas con muchísimos artículos de aquella ley, que es complementaria de la Ley de Administración Financiera.

Es cierto que esa ley fue anterior a la reforma de la Constitución, pero ésta no modificó las atribuciones de cada uno de los poderes a la hora de presupuestar. Además, la ley de responsabilidad es posterior y el gobierno impulsó la ley de administración de recursos públicos.

Me queda entonces la pregunta del para qué. Decía Scalabrini Ortiz que en estas cosas de la economía todo es muy sencillo; entonces, cuando uno no entiende, pregunta, y si después de preguntar sigue sin entender es porque lo están queriendo engañar. Como todavía no he entendido el “para qué”, dejaré planteada la pregunta para ver si en el debate posterior puede ser aclarada. Si no lo es, lamentablemente, tendré que llegar a la conclusión de que nos están queriendo engañar, y si nos engañan a nosotros estarán engañando a nuestros representados. *(Aplausos.)*

Sr. Presidente (Balestrini). — Tiene la palabra el señor diputado por San Luis.

Sr. Lusquiños. — Señor presidente: como el señor diputado Sarghini habló antes que yo, me siento liberado de tener que bucear en este nuevo proyecto y aprovecharé para manifestarme respecto de otras cuestiones.

Quiero referirme a la hipocresía en la política. ¿Cómo podemos definirla? Quizás el ejemplo más gráfico y a la vez más patético sea la Organización de las Naciones Unidas, hoy convertida en un club de burócratas ineficientes que en lugar de ser los guardianes de la paz son los custodios de la guerra, la violencia y la muerte. Al decir esto no pienso sólo en el Líbano, en Israel y en la Franja de Gaza sino también en Zambia, Chad, Bosnia, Kosovo, Irak, Afganistán y tantos otros países.

Si hablamos del ámbito local, la hipocresía en la política se manifiesta de muchas formas. El doble discurso es una de ellas y realmente, señor presidente, debo decir que esta sesión es asombrosa.

Me permitiré leer algunos párrafos de un discurso pronunciado cuando se trató la pomposamente denominada “ley de competitividad”, ese mamarracho, esa atrocidad que este Honorable Congreso de la Nación deberá llevar como mochila de plomo a lo largo de la historia.

Este discurso es realmente muy interesante. Quien lo pronunció, al referirse a las operaciones de crédito público para justificar el otorgamiento de facultades especiales, decía: “La cuestión es tan grave que fue una de las causas por las que Alemania, a la que después de perder la Primera Guerra Mundial se le impuso una cláusula igual en el Tratado de Versalles durante la República de Weimar, precipitara la Segunda Guerra Mundial. Pero no hay un solo antecedente de resignación voluntaria de una nación como el que se pretende con esta norma. Si la Nación necesita un crédito garantizado, que sea el Congreso el que resuelva qué hacer y no un banquero disfrazado de funcionario.”

Otra parte del discurso dice lo siguiente: “En síntesis, hay urgencia en rescatar y sostener la esperanza de un pueblo que está mal. Sin embargo, esta urgencia no autoriza ni necesita el quebrantamiento de los principios orgánicos de la República; y, mucho menos, si esta transgresión emana de los poderes del Estado, porque no puede haber panaceas elaboradas al margen de las instituciones.”

Más adelante leemos: “Sólo lo que se construye sobre piedra es verdaderamente sólido, y la piedra fundamental del sistema institucional argentino es la Constitución Nacional, que nada ni nadie puede violar. Nosotros juramos hacerla cumplir y la estamos cumpliendo.

“Si dejáramos que se viole y que avance esta iniciativa con la delegación de estas facultades extraordinarias, llegaríamos a permitir la muerte del Estado institucional de derecho.”

En otra parte del discurso, quien lo pronunció sostiene: “Sin entrar a enumerar los latos conceptos del mensaje del Poder Ejecutivo, el menú de grandes facultades, imprecisas e indeterminadas, excede largamente lo dispuesto en el artículo 76 de la Constitución Nacional. Aunque ficticiamente se lo pretenda ocultar, se trata de las facultades extraordinarias que el artículo 29 de la Carta Magna prohíbe otorgar. Como ya se dijo en este recinto: ‘Ahora vienen por la República’”.

En aquella época yo era un novel diputado y sentí una gran admiración al escuchar estas palabras. El discurso pertenece al diputado nacional Díaz Bancalari, quien creo que hoy sostiene otra posición.

No sólo el señor diputado Díaz Bancalari se pronunció por el “no” ante ese mamarracho de facultades especiales que se dieron al tándem De la Rúa-Cavallo.

También hubo otros. Por ejemplo, el señor diputado Atanasof, quien recién acaba de pronunciar su discurso justificando este otorgamiento de facultades especiales, fue jefe de Gabinete de Ministros y, además, pudo gobernar, pudo administrar y gerenció al Estado en un momento de gran crisis. La historia decidirá si lo hizo bien o mal, pero es evidente que aún sobrevivimos. Es decir que algo hizo.

También votaron en contra los actuales senadores Cristina Fernández de Kirchner y Nicolás Fernández, así como también los señores diputados Lamberto, Urtubey y Snopek. Este último es el miembro informante de este proyecto.

Estos son los legisladores que oportunamente votaron por la negativa, que con el paso del tiempo modificaron su posición y que hoy lo hacen por la afirmativa.

Pero también debo decir con absoluta sorpresa que aquí, en este mismo recinto, están quienes oportunamente impulsaron el otorgamiento de facultades especiales atroces al tándem De la Rúa-Cavallo y que hoy abrazan al Congreso Nacional. Entre ellos podemos mencionar a las señoras diputadas Stolbizer y Leyba de Martí y a los señores diputados Giubergia y Negri.

En este menú del “sí” y del “no”, o del “no” y del “sí”, también están los coherentes. Hay coherentes del “sí” “sí”. Por ejemplo, el actual senador Pichetto en aquella oportunidad votó por el “sí” y ahora también lo está haciendo.

Estos son hallazgos de la historia política argentina. Pero el pueblo nos observa. En aquel momento yo también era diputado nacional y voté por el “no”. Ahora voy a hacer lo mismo.

El ex diputado Baglini, que fue mencionado en este recinto, lo único que hizo, en realidad, fue teorizar acerca de la esquizofrenia en la política. Inventó la geometría del doble discurso y el teorema que lleva su nombre, que más o menos dice que el legislador vota en forma directamente proporcional al lugar que ocupa en esta Cámara, es decir, según se encuentre ubicado cerca o lejos del oficialismo. En el primer caso, votará a favor del oficialismo y en el segundo, en contra sin importar lo que piense. Eso se llama hipocresía, esquizofrenia, doble discurso.

En aquel momento se planteó la Ley de Competitividad, que era una especie de *Elogio de la locura* redactada por Erasmo de Rotterdam. En esa oportunidad se sostuvo que así como Luis XIV había dicho “el Estado soy yo”, el tándem Cavallo-De la Rúa decía “la competitividad somos nosotros”. En realidad, ahora me pregunto qué estamos diciendo, pero algo se está diciendo, aunque honestamente no lo entiendo mucho.

De todos modos, la historia de la política argentina continuó. Esa ley, aunque muchos la minimicen, representó el comienzo del gran desbarranque institucional y jurídico, porque resulta muy difícil armar a Tarzán con misiles, sobre todo si no es Tarzán.

Entonces, el 20 de diciembre de ese mismo año el entonces diputado Soria presentó en esta Honorable Cámara —también se lo hizo en el Senado; la doctora Cristina Fernández de Kirchner ya era senadora— un proyecto que establecía la derogación de las facultades especiales otorgadas al tándem De la Rúa-Cavallo. Me estoy refiriendo a la ley 25.414, sancionada por este Parlamento.

Mediante esta norma legal el Congreso derogó las facultades especiales que provocaron el desbarranque y la caída al precipicio de la República Argentina. Cabe recordar que la ex-

clusa utilizada para justificar el otorgamiento de esas facultades era, precisamente, evitar el desbarranque.

Este Parlamento se puso los pantalones largos y derogó esa atrocidad.

El doctor Adolfo Rodríguez Saá ocupó la Presidencia de la Nación cuando yo era jefe de Gabinete y secretario general; el diputado Alvarez era secretario de Seguridad, y el diputado Poggi también ejercía una secretaría de Estado.

En una reunión de gabinete se planteó si se promulgaba la ley que derogaba las facultades especiales. En ese momento el presidente Rodríguez Saá señaló algo que me quedó muy grabado: cuanto más emergencia haya, más fortalecimiento de las instituciones democráticas se requiere. Cuanta más necesidad y urgencia exista, más poder debe otorgarse al Congreso. Si no, pasa a ser un circo.

Este proyecto de ley se divide en dos partes. La primera consiste en el otorgamiento de poder de lapicera, lo que no es necesario y constituye un absurdo. La segunda parte incluye una disposición que se minimiza: la excepción al artículo 15 de la Ley de Responsabilidad Fiscal, que permitiría pasar gastos de capital a gastos corrientes.

En otro ejemplo que muestra la esquizofrenia de la política, la ministra de Economía, Felisa Miceli, se reunió hace quince días con los ministros de Economía de las provincias argentinas para monitorear el cumplimiento de la Ley de Responsabilidad Fiscal. Entonces, pienso que alguien está loco, aunque podría ser yo.

San Luis, por ejemplo, no ha adherido a la Ley de Responsabilidad Fiscal, porque tiene una norma del mismo tipo aprobada en la década del 90, la que es infinitamente más exigente que la de la Nación y las de otras provincias.

Ha establecido un corsé por el cual no se puede superar el 50 por ciento de gastos corrientes y el 50 por ciento de gastos en inversión de capital; inclusive, establece sanciones penales a los funcionarios que no cumplan con esa indicación. Aquí, en cambio, hablando en francés, estamos quitando el corsé y armando un *laissez faire*. Ojalá nos vaya bien.

Con muchísimo dolor y pena quiero señalar que el doctor Kirchner es un gran dirigente nacional. Ha cambiado el perfil de su provincia y

la ha convertido en un distrito importante, cuando no lo era. Creo que todos los santacruceños se lo deben agradecer.

Ahora ocupa la más alta magistratura del Estado con muchísimos aciertos y errores. Como creemos que los errores son más, estamos de este lado. Esta iniciativa no enaltece al presidente de la Nación ni al jefe de Gabinete, porque no la necesita y no se entiende el para qué.

Entonces, a partir de la sanción de esta norma se va a generar un manto de sospecha sobre todos los actos de gobierno y de administración del presupuesto. Probablemente ello sea injusto, pero la sola existencia de esta herramienta va a generar esa situación.

Creo que el presidente Kirchner obra de buena fe. Ninguno de los presentes lo puede poner en duda. No necesita de una herramienta de este tipo, ya que el jefe de Gabinete puede modificar las partidas presupuestarias sin necesidad de esta norma.

Esta Cámara no es una cueva llena de kryptonita para voltear los superpoderes de nadie. Siempre que la República Argentina necesitó de una ley, el Parlamento acompañó, sea cual fuera el gobierno y según las circunstancias políticas que lo merecieron. Siempre las Cámaras acompañaron a la necesidad, a la urgencia y a la crisis del país. Por lo tanto, quiero dejar planteado mi dolor ante este proyecto, que creo que durante los próximos veinte años va a marcar la política argentina porque será muy difícil de derogar. (*Aplausos.*)

Sr. Presidente (Balestrini). — Tiene la palabra el señor diputado por la Capital.

Sr. Macri. — Señor presidente: quienes me conocen saben que suelo hablar poco, porque creo que hablando poco se le da valor a la palabra.

La palabra debe ser una de las cosas más importantes que nos da la democracia, porque todos podemos hablar, opinar; y si coincidimos, está bien, y si disentimos, también está bien. Lo que está mal es enojarnos, agravarnos o agredirnos por pensar distinto.

Quise hablar en este debate porque el proyecto en consideración tiene que ver centralmente con la calidad democrática que vamos a tener en los próximos años. Y esto va mal. Además, el debate de hoy está mal planteado o mal titulado, porque hablar de superpoderes es ver

la cara de la moneda de unos pocos: la del gobierno. Debería llamarse el debate de las superdebilidades. De esta forma si estariamos hablando del pueblo que nombró a sus representantes en el Congreso pero éstos deciden delegar sus responsabilidades en el Poder Ejecutivo, con lo cual se hacen superdébiles.

En el pasado, nuestros prohombres pensaron la Constitución Nacional para un país que creciese con equilibrio de poderes, pero ahora queremos concentrar todos los poderes. En definitiva, creo que tendríamos que hablar de la debilidad de toda la democracia.

Por eso, cuando dentro de unas horas muchos diputados voten afirmativamente este proyecto del oficialismo, algunos de ellos tendrán un pico y otros una pala en la mano, invisibles pero reales, con los cuales van a cavar aún más profundamente la fosa de la institucionalidad argentina. Y esto no es gratis, señor presidente. Esto es peligroso, cuanto menos, porque cuando uno concentra excesivo poder en una única persona, uno necesita que este individuo sea un iluminado y que jamás se equivoque, porque nosotros no lo vamos a poder ayudar, ya que no vamos a tener los resortes para impedir que los costos de esa equivocación los pague el pueblo argentino.

Quiero leerles una frase pronunciada por nuestro presidente con motivo de su reciente viaje a Venezuela. Dijo lo siguiente: "Les digo a los pueblos del mundo que acá he podido compartir una democracia plena, que lucha por la justicia abierta, que lucha por la igualdad y que se integra al resto de los pueblos de América Latina". Esto fue lo que dijo el presidente Kirchner en Venezuela en referencia al gobierno del señor Chávez.

Personalmente, creo que el gobierno de Chávez no cumple con ninguno de los parámetros que nos enseñaron en la escuela acerca de lo que era un gobierno democrático. Si no, basta revisar lo que pasó en Venezuela en los últimos tres años. Es un gobierno que ha establecido alianzas con Cuba e Irán, y Chávez ha visitado varias veces a Khadafi y a Saddam Hussein, que son líderes de países que no tienen ni pinta de democráticos. Chávez ha interferido en procesos electorales de otros países. Contra Chávez hay denuncias de la SIP porque se ha dedicado a concentrar poder. En un comunicado, la SIP

ha dicho que numerosos periodistas de ese país andino han sufrido agresiones mientras cumplían sus labores y que el gobierno venezolano ha detenido, encarcelado, perseguido y amenazado a otros.

También hay una denuncia del Comité Coordinador Global de Organizaciones de Libertad de Prensa del pasado 4 de junio, que dice: "El régimen venezolano ha aumentado en forma peligrosa las presiones económicas y las amenazas contra los medios privados. Ha aumentado la militarización de la sociedad, fomentando que muchos de los temas planteados por la oposición se resuelvan con violencia. Ha creado escuadrones armados al amparo del poder político. Ha desarrollado una extensa red de subsidios sociales y ha generado una enorme dependencia de gran parte del pueblo venezolano a estas dádivas estatales. En las últimas elecciones legislativas la oposición llamó a la abstención porque no estaban dadas las garantías electorales, y el 70 por ciento de los venezolanos no votó".

Por supuesto, lo único que trajeron todos esos desajustes a Venezuela fue más pobreza. A pesar del precio histórico récord del petróleo y lo que significa para ese país el precio de ese recurso económico, ha aumentado diez puntos la pobreza medida por el INDEC de Venezuela en el mismo período.

Este tipo de experiencias no es nuevo, ni para nuestro país ni para la historia. Este intermedio entre democracia y dictadura, que llaman "democraduras", ya lo hemos experimentado. Lo que hay que preguntarse acá es si el modelo del gobierno de Venezuela es el modelo que elogia nuestro presidente y el que quiere para nuestro país.

Lo que yo puedo decir es que PRO no quiere ese modelo, y está construyendo una alternativa para que el año que viene los argentinos tengan una propuesta dentro de la Constitución para un desarrollo con equidad y equilibrio de poderes.

Esto no lo digo yo. La historia señala que estos modelos de concentración de poder en unos pocos han fracasado; hay muchos ejemplos. Citemos uno reciente y cercano como el de Perú, con Fujimori, un hombre que llegó por las urnas al poder, pero con votos justos. Abusó de los decretos de necesidad y urgencia, avasalló la Justicia y el poder del Congreso hasta cerrarlo

y después autoconvocó unas elecciones en las que se presentó como candidato único, y terminó mal él y, por supuesto, mal el Perú.

Muchos saben que hace poco tuve la oportunidad de viajar con mi hijo a la primera semana del mundial. Hablando con él justamente de estas cosas, acerca de por qué los ciudadanos no nos damos cuenta a tiempo de que no hay que permitir esta excesiva concentración del poder, me contó un experimento de biología que consistía en hervir agua y tirar un sapo adentro. En ese primer paso el sapo intentaba salir desesperadamente y muchas veces lo lograba. El segundo operativo consistía en poner el sapo en agua fría y se la comenzaba a hervir. Si no lo sacábamos el pobre sapo se moría sin darse cuenta de cómo había aumentado la temperatura.

Obviamente, lo que podemos concluir es que tanto los sapos como los ciudadanos reaccionan ante fenómenos bruscos, ante las revoluciones intempestivas y no ante las revoluciones a fuego lento.

Ante esto quiero preguntar si estamos yendo hacia una "democradura", si ese es el camino que queremos recorrer. Cuando observo todo lo que ha sucedido en los últimos tres años en la Argentina en forma espaciada y casi maquiavélicamente, me surgen una cantidad de dudas.

Me permitiré pasar lista a alguna de las cosas que han sucedido. Primero se boicoteó a empresas privadas enviando piqueteros para amedrentar; luego se utilizaron los impuestos de las exportaciones para extorsionar empresas en lugar de constituirlos en instrumentos de genuina recaudación; se establecieron precios máximos; se crearon nuevos impuestos que aparecieron en las boletas de luz y gas llamados cargos específicos —el Congreso no sabe cuál será su uso—; se nombró como funcionarios a piqueteros que tomaron comisarías, pero se castigó a los piqueteros opositores; se ofrecieron fondos ATN a los pueblos de los diputados que votaron a favor de medidas comprometidas; no se cumplió con la Constitución al no nombrar a los dos miembros faltantes de la Corte; se prohibió exportar carne dejando a 15 mil personas sin trabajo y afectando a más de 200 mil productores; se reformó el Consejo de la Magistratura —ya sabemos lo que eso significa—; se acusó a la prensa y a periodistas con nombre propio para

tratar de callarlos. Y se dictaron 201 DNU en tres años, lo que da un promedio de 5,6 por mes, por arriba de los 4,5 bochornosos que tuvo el gobierno de Menem.

Ahora vamos por más. Y la verdad es que al escuchar a los señores diputados Bullrich, Pérez, Lozano y Sarghini, no se entiende por qué vamos por más. Porque la flexibilidad que han tenido con la sobrerrecaudación, con los DNU y los ATN no merecería este vaciamiento de autoridad y responsabilidad del Congreso.

Y éste no es un problema de Fernández; sería tan grave la situación si se trataba de Gómez, González o Jiménez. Es un problema vinculado con el rol que tiene cada uno y el equilibrio que necesita la Argentina. Nuestro país necesita crecer con equilibrio de poderes y libertades. Sin embargo, no estamos perdidos porque estamos trabajando para construir una alternativa que logre restablecer ese equilibrio.

Para terminar, quiero compartir con ustedes una frase que me gustaría que nuestro presidente compartiera con su amigo Chávez. Dice así: "Huid del país donde uno solo ejerza todos los poderes; ese es un país de esclavos". Valga la paradoja, esta frase es de Simón Bolívar.

La verdad es que yo no pienso hacerle caso a Simón Bolívar; no pienso huir de este país. Voy a luchar por él, para que tenga progreso, igualdad de oportunidades para todos y para que los ciudadanos no sean ni sapos, como este señor, ni esclavos. (*Aplausos.*)

Sr. Presidente (Balestrini). — Tiene la palabra el señor diputado por Santa Fe.

Sr. Binner. — Señor presidente: hace pocas semanas debatimos alrededor de los decretos de necesidad y urgencia, y establecimos una comparación y, a la vez, un paralelismo con esta reforma de la Ley de Administración Financiera. Indudablemente, ambas cuestiones reconocen un problema común: se avanza sobre el Estado de derecho, que está basado en la democracia, el pluralismo, y por supuesto, el respeto de la Constitución y las leyes.

En su artículo 75, inciso 8, la Constitución determina que el Congreso fija el presupuesto de acuerdo con un plan de gobierno. Por su parte, la ley 24.156 de administración financiera establece cómo debe conformarse el presupuesto. Precisamente a partir de la reforma constitucional de 1994 se impone al jefe de Gabinete

de Ministros la obligación de enviar el proyecto de presupuesto al Congreso de la Nación.

En la sesión pasada, en realidad nosotros entendíamos que había mucha más discrecionalidad en el manejo de los decretos de necesidad y urgencia, por cuanto ya se había prefijado que la infravaloración de la inflación y el nivel de crecimiento económico otorgaban un incremento del ingreso del 10 al 12 por ciento, que habría de estar por fuera del presupuesto aprobado. Esto es lo que verdaderamente ha ocurrido.

Nuestro presupuesto estableció la posibilidad de no incluir este año la modificación anual, respecto de los alcances de la Ley de Administración Financiera. Si contábamos con tales alcances en 2005, y ese año observamos que los cambios de finalidad fueron del 0,6 por ciento, al igual que la modificación de gastos de capital en gastos corrientes, y que la aplicación de las obligaciones del Tesoro a otros gastos fue del 1,2 por ciento. Vale decir que en el año 2005 existió una desviación de aproximadamente el 2,5 por ciento en relación con las modificaciones no permitidas por la ley 24.156 aplicada a rajatabla.

Esta situación, que vivimos con mucha alegría pues significaba un avance democrático del Congreso, de no incorporar esa libre disponibilidad al presupuesto nacional, en lugar de plantearse como algo anual, hoy se presenta como un hecho definitivo que significa en verdad una modificación a la ley 24.156.

Somos conscientes de que el derecho tiene límites porque es fundamental tener en cuenta las situaciones de hecho. Una visión realista debe aceptar que, como todos los sistemas de leyes, la democracia tiene un talón de Aquiles: los hechos, que en determinadas circunstancias son más fuertes que las normas.

Durante los ocho años de gestión en el municipio de Rosario hemos observado en plenitud la ordenanza de contabilidad devenida de la Ley Orgánica de las Municipalidades, y hemos estado bajo el permanente control absolutamente mayoritario del Partido Justicialista y del Tribunal de Cuentas. Cabe señalar que, como rara avis, los miembros de ese tribunal no son designados por el Ejecutivo sino por medio de un concurso libre a cargo de un jurado en el que el Ejecutivo sólo nombra un integrante.

De manera que desde ese punto de vista siempre nos hemos sentido muy controlados, y por

suerte, porque parafraseando a quien fuera tres veces presidente de los argentinos, el hombre es bueno, pero si se lo controla es mejor. Siempre hemos aceptado el control como algo fundamental en el ejercicio de la democracia.

También hubo una excepción: diciembre de 2001. En función de un plan de gobierno en diciembre de 2001 esperábamos un ingreso presupuestario de 24 millones de pesos/dólares, e ingresaron 12,5; en enero siguiente ingresaron 12,5; en febrero 13 y en marzo 13,5 millones, con una obligación salarial de 16 millones.

Afortunadamente el Concejo Deliberante nos acompañó y hubo una redistribución de los ingresos totalmente discrecional en función de estos hechos que a veces cambian las defensas del Estado de derecho. Con poco dinero privilegiábamos los sueldos de los trabajadores por sobre los pagos a los acreedores y decidimos detener la construcción de un nuevo hospital para seguir comprando medicamentos.

Esa fue una decisión muy clara en un momento sumamente grave del país en el que el no reconocimiento de esta situación llevó a la cesación de pagos a veintinueve municipios, entre ellos, para citar a los más populosos, Mar del Plata, Bariloche y San Miguel de Tucumán. Pero quiero decirles que esa excepción es la que debemos usar para confirmar la validez de la regla, y utilizarla fundamentalmente como un hecho que sostenga la democracia.

La independencia de los poderes que permite que cada uno de ellos realice las tareas que le corresponde nos posibilita avanzar en este Estado de derecho que debe ser habitual.

Después de catorce años de existencia de la Ley de Administración Financiera es necesario modificarla en función de esta nueva realidad que estamos viviendo con estabilidad, crecimiento económico y gran demanda de igualdad social. Obviamente resulta indispensable plasmar todo esto en una nueva norma. Por lo tanto, debería ser un compromiso de este Honorable Congreso de la Nación la elaboración de esta ley que permita una integración entre los deberes y los derechos, con el convencimiento de que hay que aplicar este principio fundamental de la flexibilidad presupuestaria. Negar esto implica negar que vivimos en un país como la Argentina, integrante de América Latina. No vivimos en Suecia, Canadá o Suiza; vivimos en

la Argentina. Entonces, tener esta flexibilidad presupuestaria debe ser también un derecho del Poder Ejecutivo para poder gobernar determinadas situaciones; pero hay que establecer límites, pautas y situaciones, y todo ello debe ser plasmado —reitero— en una nueva ley de administración financiera.

El Parlamento debe tener participación en las situaciones de emergencia. Por eso creemos que hay que establecer pautas claras al Poder Ejecutivo, pero también respecto del fortalecimiento de la democracia y de las instituciones. Como decía Bobbio, la democracia puede vivir si en la sociedad existe un arraigado hábito democrático, y tenemos que fundar cada vez más ese arraigado hábito democrático con ejemplos de arriba hacia abajo. El ejemplo de dignidad, el ejemplo de transparencia, deben darse de arriba hacia abajo. No podemos echar la culpa a la gente que menos tiene; nosotros, los que tenemos mayor responsabilidad, debemos elaborar las mejores leyes para ayudar al mejoramiento de esta democracia representativa y no delegativa, respetando los principios básicos de los derechos de todos los habitantes de la República Argentina.

Por las razones expuestas, no vamos a acompañar este proyecto. Sin embargo, propiciaremos una nueva ley de administración financiera que después de catorce años interprete lo que está ocurriendo hoy en nuestro país.

Sr. Presidente (Balestrini). — Tiene la palabra el señor diputado por Córdoba.

Sr. Delich. — Señor presidente: los diputados del Frente Nuevo hemos analizado, discutido y estudiado, al igual que en otras oportunidades, el alcance y las consecuencias de esta reforma del artículo 37 de la Ley de Administración Financiera.

Con esto estoy diciendo que, simultáneamente, también estamos preocupados no tanto por la reforma del artículo sino por lo que en los tribunales los magistrados llaman el *strepitus fori*, es decir, el ruido por momentos infernal y la definición de que aquí, en esta sesión, se está jugando nada más y nada menos que el destino de la democracia argentina.

Permítame, señor presidente, hacer una lectura rápida para ilustrar mi posición. Observen lo que se ha dicho: “El vicio de la ilegalidad sobre poner a los mandamientos de la ley los de-

signios personales de los funcionarios es un vicio tan difundido en nuestra vida pública que poco falta para que se lo reconozca como un derecho de cualquiera... poniendo en peligro la República”.

Otra frase: “Es evidente el carácter totalitario del gobierno que mostró constantemente más inclinación a lo que es típico de los regímenes dictatoriales, especialmente del estilo clásico sudamericano del restaurador más o menos populachero, que a las formas y procedimientos de los gobiernos limitados en sus poderes”.

Otra frase: “Aquí hay un dictador y, en consecuencia, su gobierno es una dictadura”.

Otra: “La tendencia dictatorial no se manifiesta sólo en la absorción de todos los poderes. Se mete en el bolsillo la Constitución”.

Más: “Esto es la barbarie política.”

Finalmente, una última frase: “Se trata de fascismo. Es un gobierno fascista”.

Señor presidente: esto no se ha escrito a propósito del gobierno del doctor Kirchner sino que lo que he leído se escribió a partir de marzo de 1930, sobre don Hipólito Yrigoyen. Con esas palabras y con ese razonamiento se construía el golpe de Estado, que el 6 de septiembre iba a derrocar al presidente Yrigoyen.

Estoy tratando de señalar que las palabras no son inocentes, que no se puede decir cualquier cosa de cualquiera, ni de este gobierno ni de ningún otro, ni de los adversarios de este gobierno.

La calidad de la democracia comienza por reconocer la identidad de todos los actores. Comienza por asumir que somos parte de un juego limpio y honesto en el cual discrepamos, asentimos y nos comprometemos.

Voy a hacer otra pequeña lectura para seguir ilustrando mi punto de partida: ‘La Constitución contiene un artículo terrible que ha permanecido intacto desde 1853. Es el artículo 29, que dice: ‘El Congreso no puede conceder al Ejecutivo Nacional ni las Legislaturas provinciales a los gobernadores de provincias, facultades extraordinarias ni la suma del poder público ni otorgarles sumisiones o supremacías por los que la vida, el honor o la fortuna de los argentinos queden a merced del gobierno o persona alguna’. Actos de esta naturaleza llevan consigo una nulidad insanable, y sujetarán a los que los for-

mulen, consientan o firmen, a la responsabilidad y pena de los infames traidores a la patria.

”Entre 1829 y 1851 la Legislatura de la Provincia de Buenos Aires otorgó reiteradamente a Juan Manuel de Rosas estas facultades extraordinarias, aclarando además que la suma del poder público duraría todo el tiempo que a juicio del gobierno electo fuese necesario”. Aquí termina la cita literal.

¿Cuándo se escribió este texto? No importa quién lo escribió, no importa dónde se publicó, porque no es mi intención hacer personalizaciones.

¿Cuándo alguien escribió esto para impedir nada más y nada menos que el delito de traición a la patria? Ustedes dirán, como también diría yo, que seguramente se escribió luego del golpe contra el doctor Illia, porque el único presidente que tuvo la suma del poder público en este país en el siglo XX fue el general Juan Carlos Onganía. Les recuerdo que en ese golpe, a diferencia de los demás, las fuerzas armadas después de derrocar a Illia le entregaron prácticamente a Onganía la suma del poder público, porque se comprometieron a no deliberar ni interferir en su gobierno.

Sin embargo, señores diputados y amigos, esto no se escribió contra Onganía. Nosotros, que en esa oportunidad fuimos echados de la universidad, podríamos haberlo escrito, pero dijimos otras cosas.

Esto se escribió hace dos o tres semanas, en un diario importante, por un periodista importante, que me dice a mí, como a todos los que estamos sentados acá, que si votamos esta modificación del artículo 37 somos infames traidores a la patria. Esto lo dice y lo escribe —no quiero personalizar— uno de los ideólogos del golpe de 1966, cuando efectivamente se dio la suma del poder público. Y ahora nos dice a nosotros: “Ustedes, sinvergüenzas, por votar la modificación de ese artículo, ese miserable artículo 37, ustedes dan la suma del poder público”. ¡Pero háganme el favor! ¡De qué estamos hablando!

Quien está hablando aquí acerca de lo que es la democracia en la Argentina es uno de los que sufrió la dictadura y luchó no sólo contra una sino contra dos. Finalmente terminamos derrotando a las dos, lo que es un gran placer y orgullo para nosotros. ¡Y nos vienen a enseñar aho-

ra dónde está la delegación del poder! Sería espléndido que estuviera aquí mi amigo y colega Guillermo O'Donnell, que acuñó la expresión "democracia delegativa", porque les diría "¿de qué me estás hablando, hermano?".

¿Saben de dónde viene esta democracia, lo que hubo que hacer para que fuera posible? Nunca este país va a terminar de reconocer el mérito de Raúl Alfonsín, que en primer lugar dispuso el juicio a las juntas militares. Ahí empezó la democracia, y eso todavía no ha terminado de ser reconocido.

La construcción de la democracia no pasa por esta invectiva ni por amenazarnos con que vamos a ser declarados traidores a la patria. Por eso la mayoría de este bloque, por varias razones y porque no vamos a ser chantajeados por cualquiera, va a votar a favor de la modificación del artículo 37. Y voy a explicar enseguida por qué.

Creo que la reforma puede ser mejor, pero de todas maneras no da para que este debate se convierta en lo que se está escuchando.

Aquí se hizo una clasificación respecto de los diputados desde el punto de vista de si son constitucionalistas, juristas o economistas. Yo quiero expresarme como lo que fui, un rector de la universidad que debió gestionarla en situaciones extremadamente difíciles. En este sentido, ¿cuál es la experiencia de un rector, qué es lo que puede hacer con su presupuesto? Ahora veo el tema desde esta Cámara de Diputados, que vota el presupuesto de la universidad en forma discriminada, y así, a la Universidad de Córdoba le corresponden 100 millones de pesos. ¿Qué puede hacer el rector con ese presupuesto? El 90 por ciento, como ocurre en la administración pública nacional, es para pagar sueldos y no se puede hacer gran cosa. Pero el rector sabe que además tiene que lograr recursos propios.

La Universidad de Buenos Aires vende servicios por aproximadamente 200 millones de pesos. En la Universidad Nacional de Córdoba encontramos otros mecanismos.

Lo primero que un rector o un administrador aprende es que no se puede gestionar ateniéndose al presupuesto. Para entender cómo funciona en verdad un presupuesto, supongamos que alguien dice a otra persona: "Gastá toda la plata y que no quede ni un centavo, porque si no

vos un mal administrador". Si no tenés el dinero, no podés hacer otra cosa. Entonces, lo primero que se hace es inventar una fundación, una cooperativa o algún mecanismo extrapresupuestario, porque desde el interior del presupuesto es imposible resolver los problemas.

El rector de una universidad tiene más poderes que el jefe de Gabinete de Ministros, porque en el marco de la autarquía puede modificar las partidas. Si se me permite, daré un ejemplo relacionado con algo que ocurrió el año pasado. Mi sucesor, quien ha tenido bastante más suerte que yo porque en estos tiempos hay mayor cantidad de dinero, tuvo un superávit de diez millones de pesos entre noviembre y diciembre del año 2005.

¿Qué podría haber hecho el rector con esos recursos? Muchas cosas: montar un laboratorio, crear una nueva facultad, etcétera. Pero lo que hizo fue repartir el dinero entre docentes y no docentes, lo cual está perfectamente permitido. El rector modifica las partidas y nadie piensa que con ello está violando la legalidad y la autarquía universitaria. Por el contrario, lo primero que se piensa es que necesita gestionar.

El problema de la República y de la democracia en la Argentina radica en conciliar los principios republicanos, los principios democráticos y la eficacia de la gestión. Desde hace tiempo vengo sosteniendo que la crisis del sistema educativo no es una crisis de valores, es una crisis de gestión, porque no estamos preparados para gestionar un sistema educativo con diez millones de alumnos, dos millones de docentes y dos millones de universitarios.

Sin embargo, el acento se pone en la República. Se habla de los peligros de la República cuando, en realidad, en doscientos años de historia independiente y doscientos cincuenta años de Constitución la República nunca estuvo en peligro. Lo que sí estuvo en peligro, y se extinguió y subordinó, fue la democracia.

Estamos para construir una república que debe comenzar por recuperar su soberanía, porque eso sí se perdió durante la década del 90. También debemos fortalecer la democracia, objetivo que fundamentalmente se logra con mayor equidad social y más educación. La forma de alcanzar estas metas no consiste en atar las manos de quien administra; y no me importa

quién es el jefe de Gabinete de Ministros ni quién será el primero en utilizar estas facultades.

Hace una década, o tal vez más, tuve la lección que se merecen todos los intelectuales. Cuando se firmó el Pacto de Olivos mi primera reacción fue enviar una carta al doctor Alfonsín para decirle que no estaba de acuerdo con ello y tampoco con la reforma de la Constitución, ya que sólo servían para la reelección de Menem. En aquel momento el doctor Alfonsín, desde su enorme experiencia y también su sabiduría, manifestó que ello no era totalmente así, y que si bien aquella reforma servía para la reelección de Menem, él esperaba que la nueva Constitución durara cien años y que los institutos en ella incorporados fueran la base para la construcción de otro país.

Fui convencional constituyente cuando se elaboró aquel pacto tan demonizado. Cuando votamos la propuesta de que la propiedad del subsuelo pasara a ser de las provincias, dije lo siguiente: "Sólo por esto, solo para venir a votar esto, valía la pena esta reforma de la Constitución". Porque si esto se hubiera incluido en 1853 no hubiéramos tenido la macrocefalia de Buenos Aires que hoy tenemos, al tiempo que otras provincias tendrían tanta riqueza como la que después tuvo Buenos Aires.

Con el tema que estamos considerando pasa exactamente lo mismo: no estamos votando para este momento, para el actual presidente de la Nación o para quien ahora es el jefe de Gabinete de Ministros, sino para que esta herramienta que es el presupuesto sirva para gestionar adecuadamente y fortalecer la democracia y la República que nos merecemos. (*Aplausos.*)

Sr. Presidente (Balestrini). — Tiene la palabra el señor diputado por la Capital.

Sr. Tinnirello. — Señor presidente: a lo largo del debate y a partir de algunas intervenciones de los señores diputados que me precedieron en el uso de la palabra empecé a pensar por dónde debía comenzar mi exposición, porque si bien tenía una idea al respecto, ésta, paulatinamente, se fue modificando. Entonces recordé que en la sesión anterior, en la que se sancionó la ley que reglamenta el dictado de los decretos de necesidad y urgencia, una señora diputada dirigió su mirada hacia mi banca y dijo: "Hasta la izquierda vota en contra y no apoya el proceso de transformación que estamos llevando ade-

lante". Quiero aclarar que no he obtenido esta cita de la versión taquigráfica de esa sesión, sino a partir del recuerdo que tengo de esas expresiones.

— Ocupa la Presidencia la señora vicepresidente 1ª de la Honorable Cámara, doña Patricia Vaca Narvaja.

Sr. Tinnirello. — En realidad, durante estos días que pasaron pensé si de alguna manera el reclamo que hacía esa señora diputada era correcto o no. Porque también sé que cuando voto en contra de muchas medidas del gobierno lo hago junto con sectores que ideológicamente están en las antípodas de mis convicciones.

Reafirmé mi postura crítica, salvo algunas excepciones, respecto de los proyectos que presenta el Poder Ejecutivo porque, sustancialmente, creo que esa famosa transformación que se está planteando desde el bloque oficialista y desde el gobierno nacional no se ha registrado.

Entonces comencé a revisar algunos datos, aunque no muchos. A fin de no aburrir a los señores diputados, me voy a referir solamente a algunos de ellos.

Cuando empecé a revisar ciertos datos me encontré con que en los últimos cinco años —incluyendo, por supuesto, los que lleva el gobierno del presidente Kirchner— se triplicaron los asentamientos en el Gran Buenos Aires y prácticamente se duplicó la cantidad de habitantes que viven en esas condiciones de precariedad. Estoy hablando de aproximadamente 1.200.000 habitantes que en su mayoría son corridos desde las provincias por la miseria y el hambre imperantes en ellas. Evidentemente, el hambre y la miseria persisten.

Revisando otros datos pude observar que hay 7.700.000 personas que en la Argentina de hoy, en la Argentina de la transformación "K", viven con 2,75 pesos por día. Estamos hablando de casi ocho millones de habitantes. Estos son datos oficiales suministrados por el INDEC.

Pero seguí avanzando y me encontré con que, de acuerdo con una medición realizada también por el INDEC, la brecha entre el 10 por ciento de la población que ostenta un mayor nivel de riqueza y el 10 por ciento que registra el mayor grado de pobreza también se incrementó, siendo hoy 36 veces y medio superior.

Estos datos comenzaron a ser tomados en 1973 o 1974 y esa brecha nunca se había ampliado de la manera en que hoy lo hizo, a partir de las políticas económicas llevadas adelante por el gobierno de Kirchner.

Entonces empiezo a preguntarme si debo apoyar este proceso de transformación, cuando los datos objetivos de la realidad muestran que todavía no hemos llegado a los índices de poder adquisitivo de 1998, que fue una época detestable. Fue la década del menemismo, que nos llevó a una situación de entrega y de precariedad desde todos los ángulos posibles: económico, social y de soberanía nacional.

Todavía ni siquiera hemos llegado al nivel de 1998, pero pienso que en aquel momento también gobernaba el Partido Justicialista, pues Menem ganó en la interna a Cafiero. Lo votaron a Menem para que llevara adelante su proyecto de revolución productiva y de salarizado con que se presentó en la campaña electoral.

Hoy también vuelve a gobernar el Partido Justicialista, pero con otro discurso, más *aggiornado* a la época. Sin embargo, el problema de fondo se sigue manteniendo. ¿Por qué se sigue ampliando la brecha entre el 10 por ciento más rico de la población y el 10 por ciento más pobre?

Se debe a que lo sustancial del desarrollo de la economía del menemismo todavía sigue vigente. Esa época se apoyó en la privatización de las empresas del Estado, en la entrega de nuestros recursos energéticos y del petróleo, y en los negociados financieros que se apoyaban en la banca internacional.

Me pregunto por qué el gobierno de Kirchner no toma en cuenta el reclamo de una cantidad muy importante de organizaciones y la fuerte campaña del millón de firmas por la nacionalización del petróleo. ¿Por qué no está la energía del país en manos de la población? ¿Por qué no se nacionaliza? No se lo hace porque en 1992 hizo campaña y *lobby* para la privatización de YPF.

Los proyectos mineros que se están desarrollando en forma creciente se llevan alrededor de 1.200 o 1.300 millones de dólares por año. Estas cosas explican, por ejemplo, el aumento de la pobreza en Catamarca y el incremento de la brecha entre los más pobres y los más ricos.

Cuando se recorre el interior se observa que la educación, a pesar de la Ley de Financiamiento Educativo, está solventada por las empresas multinacionales. Se depende de ellas porque el Estado no realiza ningún aporte.

Entonces, yendo al problema más global, me planteo si es correcto o no votar en contra, y pienso que sí. Ahora también entiendo el reclamo, porque me encuentro con el diputado que nos explicó lo de las escuelas y los experimentos biológicos con el sapito.

Realizó esa explicación porque nos dejó el sapito o la ranita. Pretende ser presidente de la Nación, pero nos dejó el sapito para que nos vigile. ¿Será el sapito del experimento, que desaparecerá corriendo desesperadamente cuando empiece a prenderse la llama?

El sapito sabe, igual que todos nosotros, que ese candidato a presidente y su grupo familiar se enriquecieron en la época de la dictadura y hoy nos habla —dejándonos, por supuesto, el sapito— de democracia.

Quiero decir a aquellos diputados del oficialismo que en muchos momentos han reclamado y se han expresado desde el lugar de haber enfrentado a la dictadura y haber sido víctimas de ella, que me solidarizo plenamente con esa actividad y esa lucha. Pero no todos lo han hecho. Algunos han sido cómplices de la dictadura por más que hoy se pongan como víctimas, y los tienen ustedes en su bloque. No los tenemos nosotros; en realidad, mi bloque lo integro yo solo, pero si alguna vez somos dos o más, espero no tenerlos. (*Risas.*)

Entonces, me pregunto por qué seguir acompañando esto a pesar de que en muchas oportunidades hay algunos candidatos a presidente votando en el mismo lugar, o haciendo campaña con López Murphy, otro notable al que desgraciadamente, desde algún lugar también del centro izquierda, se lo ha planteado como un posible elemento de acuerdo por el famoso contrato moral.

Recordemos que López Murphy se desempeñó como ministro durante quince días en el gobierno de de la Rúa, de modo que tampoco es un improvisado. Ahora transpira la camisa, tiene olor a pueblo, sale a caminar por los barrios y habla de justicia social, cuando luego de esos quince días de desempeñarse como ministro de Economía tuvo que escapar del cargo.

Sin embargo, esos quince días le alcanzaron para hacer algunos anuncios. Por ejemplo, el 16 de marzo de 2001 anunció que las universidades del Estado contarían con 361 millones de pesos menos ese año y que se les recortarían otros 541 millones en 2002, además de anunciar que se iban a transferir a las provincias 550 millones de pesos que correspondían al pago del último aumento docente.

Ahora transpira la camisa, sale por los barrios, habla de justicia social, de educación y de derechos; pero cuando fue parte de la política económica del gobierno de la Rúa se tuvo que ir porque el pueblo, los estudiantes y los docentes salieron a la calle a protestar, entre otras cosas, por lo aberrante de su propuesta en el terreno económico.

Ahora seguramente será parte de un acuerdo electoral con el famoso candidato a presidente que nos dejó el sapito. Y ese que nos deja el sapito, además de mirarnos a nosotros mira a los cartoneros, que llegan a ser miles en la Ciudad de Buenos Aires, respecto de los cuales declaró alguna vez —lamentablemente no lo tengo documentado porque no esperaba hacer esta intervención— que eran ladrones que pululaban por las noches en la Ciudad de Buenos Aires robándonos la basura.

La verdad es que me quiero detener un poco en este tema porque no quiero estar votando con una persona que dice esas cosas. Pido disculpas a los señores diputados por dedicarle tiempo a esta cuestión, pero ocurre que me quiero diferenciar de esa persona...

Sra. Presidenta (Vaca Narvaja). — La Presidencia recuerda al señor diputado que está por cumplirse su tiempo.

Sr. Tinnirello. — Ya terminó, señora presidenta.

Hacer ese tipo de declaraciones implica no tener absolutamente ninguna sensibilidad social. Es no entender que el que va a revolver la basura tiene su dignidad arrollada por las políticas económicas que nos vienen imponiendo desde los más altos estratos del poder internacional, de los cuales muchos de los que están aquí presentes y han gobernado en su momento han sido cómplices.

Con esto quiero decir que cuando me puse a pensar en eso era coherente. Era coherente dudar ante el reclamo, y creo que es coherente

seguir votando en contra, porque lo que cambia en este caso no es el representante de izquierda en el Parlamento sino los que cambian de idea según cómo se ubiquen en el poder: si lo tienen y gobiernan, votan los superpoderes; si no lo tienen, enfrentan esos superpoderes; y cuando lo logran tener, vuelven a votar los superpoderes.

Lo que están tratando de hacer el bloque mayoritario y el gobierno de Kirchner es solucionar el problema definitivamente: muchachos, superpoderes para todos. No hagan bromas; para todos y permanentes: cuando gobierne yo, cuando gobierne Cristina, cuando vuelva a gobernar yo, porque es su idea, aunque seguramente no la podrá cumplir, y cuando gobiernen ustedes, los radicales, o el ARI. Todos van a tener superpoderes.

Esto surge de la Constitución de 1994, que adopta la figura de jefe de Gabinete y supuestamente intenta —porque el discurso siempre es el mismo— quitarle poder al Ejecutivo para distribuirlo de otra manera. Pero lo que en realidad se hace es poner una nueva instancia institucional que aleje mucho más al pueblo de las decisiones. El pueblo no puede tomar decisiones; las toma el Parlamento, que dice ser su representante.

Sin embargo, vale la pena ver algunas encuestas hechas por el propio gobierno, o por lo menos por encuestadores históricos del peronismo. En una nota de Julio Blanc, que trabaja para el gobierno, se indica que el 66 por ciento apoya las críticas al proyecto de reglamentación de los decretos de necesidad y urgencia y el 75 por ciento critica y no acepta los superpoderes.

Sra. Presidenta (Vaca Narvaja). — Se ha agotado el tiempo del que disponía, señor diputado.

Sr. Tinnirello. — Dos minutos más, señora presidenta.

Entonces, ¿cuál es la representación? ¿A quién le preguntaron? No le preguntaron a nadie. Con un sapito o con una K tenemos el mismo problema.

El año pasado aumentaron los subsidios a los ferrocarriles. En el presupuesto se estableció que los ferrocarriles y los subtes iban a recibir 60.200.000 pesos en concepto de subsidios. Sin embargo, recibieron —porque se los otorgó el jefe de Gabinete de Ministros— 452.800.000

pesos, es decir, un 752 por ciento más en concepto de subsidios. Esto equivale a 1.200.000 pesos por día para empresas privatizadas, para el negocio de las empresas privadas; y se privatizaron con la excusa de que el ferrocarril arrojaba una pérdida —que yo considero inversión— de un millón de pesos por día. Recordemos que cuando era estatal el ferrocarril llegaba a cada pueblito y a cada rincón de la Argentina. Si analizamos mapas comparativos veremos que en aquella época había una telaraña de redes ferroviarias que cubría todo el país.

Sra. Presidenta (Vaca Narvaja). — Ya ha hablado en exceso de su tiempo, señor diputado; gracias por su intervención.

Sr. Tinnirello. — Informo que voy a votar en contra del proyecto.

Sra. Presidenta (Vaca Narvaja). — Tiene la palabra el señor diputado por Entre Ríos.

Sr. Godoy (J.C.L.) — Señora presidenta: quiero hacer una aclaración que se vincula con lo que han dicho los señores diputados Lusquiños y Fadel en cuanto al rol del legislador y la teoría de la inclinación de los legisladores. Sinceramente, no comparto ni una cosa ni la otra; en cuanto a la teoría por un lado, o acerca de que nuestro rol tiene que ser muy pasivo.

Rechacé más de una vez ser diputado nacional porque es muy difícil venir a este lugar a cambiar el país, a cambiar la vida, que es el sueño que tenemos todos los que entramos alguna vez en la política.

No puedo creer que cuando uno viene a sentarse a este recinto vaya a votar en contra de algo porque es idea de otra bancada. Me cuesta creerlo. Por el contrario, quien es representante del pueblo tiene que venir con toda la inteligencia y el conocimiento modesto que pueda poseer a expresar su pensamiento y a defender su idea, no a estar en contra del oficialismo de turno.

Sinceramente vengo con pesimismo porque a mi juicio, a diferencia de otros criterios, entiendo que estamos cambiando la Constitución Nacional, y me duele una enormidad la manera en que se lo hace. Luego me referiré al debate llevado a cabo en la Comisión de Presupuesto y Hacienda, para demostrar con palabras pronunciadas por otras personas que se pretende modificar o reglamentar la Constitución Nacional. Confieso a la Cámara, repito, que vengo con pesimismo.

Leyendo la discusión de la Convención Constituyente de 1994 tomé una frase de Auyero —parafraseando a Gramsci— que me parece magnífica. Dijo que ese debate —que sabía que se perdía— lo hacíamos desde el pesimismo de la inteligencia y el optimismo de la voluntad. Desde la inteligencia sabemos que vamos a perder, no porque no tengamos razón sino porque una cuestión cuantitativa así lo establece. Sin embargo, no podemos perder la voluntad de seguir peleando por la construcción de una república en la que haya igualdad y no se transgredan las normas; sobre todo las contenidas en la Constitución Nacional.

Voy a dar lectura de un párrafo de la Declaración de los Derechos del Hombre; me refiero a derechos humanos, respecto de cuya defensa nos hemos jactado en este último año. Se trata de un tema que no sólo nosotros sino también el presidente de la República ha instalado en el país. El punto 16 de esa declaración, dice: “Toda sociedad en la cual la garantía de los derechos no esté asegurada, ni determinada la separación de poderes, carece de Constitución”.

Sé que algunos dirán, con la mitad de la biblioteca, que eso no es así; a mi juicio sí lo es. No está bien determinada la división de poderes, y sobre ello advierte la Declaración de los Derechos del Hombre hace más de doscientos años.

Por otro lado, el punto 14 de la misma declaración señala: “Los ciudadanos tienen el derecho de comprobar por sí mismos o por medio de sus representantes la necesidad de la contribución pública, de consentirla libremente, seguir su aplicación y determinar la cualidad, la cuota, el sistema de cobro y su duración”. Ese es el mandato que viene de la historia, pero a veces su visión parece jocosa en razón de todo lo que se ha dicho en estos tiempos.

Hace un momento se hablaba acerca del Parlamento y de lo que debemos hacer, y recordé cómo surge en el mundo. Precisamente el Parlamento nació para quitar poderes al monarca y para que el pueblo, a través de sus representantes, fije los recursos y controle en qué se gastan. En consecuencia, el Parlamento no es una creación divina, no surge de una situación circunstancial; en todo caso, se trata de la evolución del mundo que permite esta construcción republicana que nosotros pretendemos.

Es cierto lo que manifestó el señor diputado Atanasof en el sentido de que este problema no es solamente de Kirchner. Como dijo Balbín, esto queda para los tiempos, queda para siempre. El mismo señor diputado aludió, por otro lado, a lo que hacen los países de América Latina.

Quiero decir a todos que soy un "sudaca" —como nos dicen fuera de la Argentina—, un hombre de la América del Sur, un latinoamericano puro que pelea por el Mercosur o por los países unidos del Sur, y quiero recordar algo que dijo el presidente de la República en el Salón Blanco de la Casa Rosada. Criticando a un propietario de medios que también es parlamentario expresó que parecía "el Berlusconi del subdesarrollo". No comparto la referencia de Kirchner al legislador, y por eso avalé con mi voto que la cuestión de privilegio pertinente pasara a la comisión que corresponde. Sí coincido con el presidente en el concepto de subdesarrollo; no muchos son capaces de decirlo.

En esta Argentina se confunde mucho progreso, crecimiento, desarrollo, y no todo es lo mismo. A veces se sostiene que este país crece, pero no vemos que se distribuya. Y lo fundamental para que exista desarrollo es que haya distribución, de modo que cuando ésta es inexistente, casi por definición hay subdesarrollo.

Coincido con el presidente de la Nación, pero el problema es para qué queremos esta herramienta si no rompemos con el subdesarrollo.

Para dar rigor científico a este debate, y a pesar de algunas cosas que escuché hace unos instantes, leeré un párrafo de Joan Prats que toma del BID: "Según análisis econométricos y sociales, más de la mitad de las diferencias en los niveles de ingresos entre los países desarrollados y los latinoamericanos se encuentran asociadas a las deficiencias en las instituciones de estos últimos. La falta de respeto por la ley, la corrupción, y la ineficacia de los gobiernos para proveer los servicios públicos esenciales..." —días atrás Fidel Castro decía que si había voluntad política podía haber educación y salud rápidamente, y de esos servicios estamos hablando— "...son problemas que padecen los países latinoamericanos, incluso más que otras regiones del mundo en desarrollo. La asociación entre calidad de las instituciones y desarrollo económico humano y social es específicamente estrecha".

Yo asocio país desarrollado con alta calidad institucional y país no desarrollado con baja calidad institucional. En mi opinión esto es así, y trataré de demostrarlo brevemente por medio de tres elementos. Algo se mencionó recién respecto de la brecha de la desigualdad.

Obra en mi poder un trabajo de Artemio López, de la consultora Equis, asesor de la Presidencia de la Nación, que abarca desde el año 1974 hasta el primer trimestre de 2006, en el que se observa cómo se va agrandando la brecha de la desigualdad.

Uno se pregunta para qué queremos los poderes si no procedemos a la distribución de la riqueza como corresponde. Seguimos esperando que la riqueza que se obtiene se derrame entre todos, cuando en definitiva sólo hubo crecimiento para los que más tienen, produciéndose el círculo vicioso de la pobreza, según Kuznet.

En 1974, cuando gobernaban el general Perón y María Estela Martínez de Perón, la diferencia entre el decil más rico y el más pobre era de 12,3 veces. Eso era cuando queríamos hacer la revolución, y después, en 1976 vino precisamente la contrarrevolución.

En 1989, en el peor momento de la hiperinflación que ya se mencionó en este debate, la diferencia entre el decil más rico y el más pobre era de 23,1 veces.

En el menemismo de 1992 esa diferencia era de 14,4 veces; en el peor momento de Menem de 24,6 veces, y en el año 2000, cuando de la Rúa era presidente, de 24,8 veces.

Entiendo que el jefe de Gabinete de Ministros, creo que sin querer, quizá por alguna mala información, se equivocó al referirse a Duhalde y sostener que cuando se hicieron cargo del poder esa diferencia era de 24 veces. En verdad esa cifra era de 24,7 en mayo de 2003, y en este momento es de 37 veces, porque desde entonces constantemente ha ido aumentando. Se ha ido replicando la perversidad del sistema capitalista en el que quien más tiene más gana y el que menos tiene más se empobrece. Y, lo que es peor, aumenta la intensidad de la pobreza porque para un Programa Jefes de Hogar la canasta básica es cada vez más alta. Entonces, ¿para esto queremos los superpoderes y transgredir la Constitución Nacional?

Cito a la provincia de Santa Fe, que siempre ha sido gobernada por el mismo signo. Según

los últimos datos del INDEC, la ciudad de Santa Fe presenta la mayor diferencia en el país, junto con Mar del Plata, entre el decil más rico y el decil más pobre. Es decir que no estamos haciendo las cosas bien en ninguna parte.

Quiero plantear un último ejemplo de lo que significa calidad institucional; cuando hablamos de pobreza hablamos de calidad institucional. El pobre no tiene salud, educación, ni podrá ir nunca a la universidad y tener un trabajo calificado.

Hablemos del régimen de coparticipación federal. Si hay una manda constitucional es precisamente la que establece que a partir de 1994 debe existir un régimen de coparticipación, igual que la manda que había con los decretos de necesidad y urgencia. En ambos casos hubo una disposición que decía que debía elaborarse una ley para reglamentar esta situación. La última ley de coparticipación, a pesar de las críticas que escuché aquí, se hizo en 1988. En plena crisis del sistema republicano y democrático se elaboró una ley de coparticipación, pero de allí en adelante se abandonó todo.

Cabe aclarar que la recaudación tributaria del año 2005 fue de ciento dos mil millones de pesos; la Nación tomó sesenta y cinco mil millones de pesos y las provincias el 33 por ciento, lo que significa que la mayor parte fue a la Nación.

Quiero agregar algo relacionado con la Convención Constituyente que nunca había leído. Así como el señor diputado Cigogna se preguntaba en una reunión de la Comisión de Presupuesto y Hacienda donde está establecido que para recurrir a la constitucionalidad o no de algo hay que ir a la Justicia o al Poder Judicial, yo pregunto, ¿dónde dice que hay que reglamentar los poderes del jefe de Gabinete como se lo está haciendo con la modificación del artículo 37? Luego de haber leído lo que dijeron los constituyentes en 1994, en ninguna parte aparece lo que se está planteando aquí.

Si la Presidencia me lo permite, quiero aludir a una parte de la versión taquigráfica de la reunión de la Comisión de Presupuesto y Hacienda en la cual el presidente de la Comisión de Asuntos Constitucionales señaló algo que realmente me sorprendió de manera extrema y que nunca hubiera imaginado. Hablando de la Convención Constituyente dijo, por ejemplo, que no terminó bien en muchos aspectos —algo si-

milar escuché hoy aquí— y que dejó abierto el camino a muchísimas situaciones.

Al respecto señaló que hoy estamos rediscutiendo la función del jefe de Gabinete porque no estamos de acuerdo en cómo terminó. También rediscutimos el tema de los decretos de necesidad y urgencia porque tampoco se resolvió y se pateó el tema para que fuera resuelto por el Congreso de la Nación. El presidente de la Comisión de Asuntos Constitucionales señaló taxativamente que como no gustó lo que había pasado en 1994 se pretende resolver ahora.

El señor diputado Mediza y la señora diputada Carmona expresaron que con esta ley se reglamentan las atribuciones del jefe de Gabinete. Es decir, estamos reglamentando lo que dice la Constitución en forma terminante; esto es un invento.

Voy a concluir mi exposición con lo expresado precisamente por el señor diputado Cigogna en relación con el tema de la delegación de facultades. En los considerandos del proyecto de ley se habla de delegación de facultades. Quiero que este tema quede claro, porque son precisamente los fundamentos de la iniciativa enviada por el Poder Ejecutivo al Congreso. En este sentido, quiero plantear dos cuestiones: un principio de legalidad y otro de constitucionalidad. Para los ciudadanos —establece esta interpretación— todo lo que no está expresamente prohibido está permitido; pero para el gobernante, para el que está en el poder, todo lo que no está expresamente permitido está prohibido.

Entonces, está permitido todo lo que establece la Constitución más lo que vamos a permitir ahora, que antes estaba prohibido. Esto es lo que realmente nos rebela y nos obliga a formular este planteo.

De esta manera, señora presidenta, quiero decir que va a desaparecer del diccionario de la Real Academia Española, por lo menos para nuestro país, el término “malversación”, que se utiliza en los casos en que uno cambia de partida sin permiso, lo que constituye un ilícito.

A partir de esta norma, en donde se puede hacer cualquier cambio de partida desde cualquier ámbito para cualquier finalidad, esto está permitido, y lo hace una persona por sobre un gobierno. Por lo tanto, esto significa que aquí no se van a malversar nunca más los fondos públicos, porque todo está permitido. Nunca habrá

un enjuiciamiento por una mala administración, y si se hace, será a la postre, como pasa ahora, ya que nunca se revisa la cuenta general del ejercicio. (*Aplausos.*)

Sra. Presidenta (Vaca Narvaja). — Tiene la palabra la señora diputada por Santa Fe.

Sra. Alarcón. — Señora presidenta: voy a justificar mi voto negativo basándome en lo que anteriormente señalé en este mismo recinto, cuando pertenecía a la bancada oficialista. En ese momento, lo hice convencida por las mismas razones que voy a dar ahora.

Recuerdo que un alto funcionario del Ejecutivo nacional me encontró en un pasillo de este Congreso a los pocos días de aquella sesión, y me preguntó por qué había votado en contra del Ejecutivo. Le contesté lo mismo que voy a decir ahora: porque quiero ayudar al presidente de esta Nación, porque quiero ayudar al jefe de Gabinete y a este Congreso, y porque soy responsable ante el pueblo que me eligió.

Por eso, convencida de que además estamos violando una norma constitucional, creo que estamos incumpliendo con el mandato que nos ha dado nuestro pueblo, y aunque no esté escrito — como se dijo aquí — en ninguna norma legal que esto puede significar traición a la patria — con lo que no coincido —, estimo que, más allá de los escritos, debemos ser responsables de nuestros actos y asumirmos como verdaderos argentinos y patriotas en las responsabilidades que tenemos como legisladores nacionales.

Voy a justificar también mi voto en el día de hoy poniendo como ejemplo a la provincia que represento, Santa Fe, y lo que significa entregar estos superpoderes o el presupuesto nacional en manos de un solo funcionario del Ejecutivo.

Para ello voy a recordar que en estos días un diputado de la bancada oficialista de mi provincia declaró en un medio lo siguiente: "Propiciamos esta reforma porque establece un criterio de gestión ágil y eficiente que rige sin ningún cuestionamiento en casi todas las administraciones de menor jerarquía, como las provinciales y municipales."

Quiero desdoblar esta declaración. La primera parte no le hace favor a este gobierno ni al presidente, porque pone de manifiesto que este gobierno no es ágil ni eficiente. Además, creo que no podemos recostarnos en decir que algunos municipios o provincias han delegado sus

poderes en sus legislaturas o en sus concejos deliberantes.

Creo que en esta Argentina no podemos seguir con el mismo discurso de que porque alguien lo hizo o porque alguien en un determinado tiempo usó estas facultades, se justifica lo que nosotros vamos a hacer hoy, que es mucho más grave porque es por tiempo indefinido.

La provincia de Santa Fe otorga al Estado nacional, sólo por el impuesto a las exportaciones, más de tres mil millones de pesos por año. ¿Para qué los entrega si después nuestros intendentes, y a veces nuestro propio gobernador, tienen que mendigarle al Estado nacional la terminación o iniciación de alguna obra pública que hace mucho tiempo estamos esperando?

Sé que algún legislador de la bancada oficialista de mi provincia podrá hablar luego de mi discurso y tal vez enumerar, como lo han hecho otros legisladores, la cantidad de promesas y licitaciones de obras enmarcadas dentro del presupuesto que serán destinadas a la provincia. Pero quiero decir claramente que cuando uno tiene posibilidades de manejar la información está en mejores condiciones que los habitantes y ciudadanos comunes de un pueblo de provincia, a los cuales creo que va a ser muy difícil empezar a explicarles promesas incumplidas.

Concretamente, hablo del caso de mi provincia que aporta lo que ya he dicho solamente por un impuesto, que es el derecho a las exportaciones, ya que es una provincia altamente productiva, donde se han desviado fondos votados en este recinto dentro del presupuesto nacional. Me refiero a lo ocurrido con obras como la iniciación del puente Reconquista-Goya; el mejoramiento de la ruta 168 que atraviesa el Mercosur y nos une a la provincia de Entre Ríos, y de las rutas 33 y 34 que mueven los ochenta millones de toneladas que exporta el país, y la concreción de la autopista Rosario-Córdoba.

Quiero responder a los ciudadanos de mi provincia con verdades y no con promesas, porque yo he votado esas obras en el presupuesto nacional y se ha cambiado la imputación presupuestaria para la finalización o la iniciación de aquellas obras, que todos los legisladores de mi provincia discutimos a último momento, cuando se lee la letra chica del presupuesto nacional.

Me parece que éstas son las cosas que tenemos que decir en este recinto para hablar con la

verdad. También tenemos que discutir sobre una ley de coparticipación federal largamente esperada, que nos la debemos en el país para una distribución equitativa de los recursos. Podemos decir que sin una buena ley de coparticipación federal, intendentes y gobernadores son rehenes del Poder Ejecutivo nacional. Esto lo sabemos y lo vemos a diario.

Quiero pedir autorización al señor diputado Godoy para hacerme eco de un pensamiento que expresó y me quedó grabado: ¿para qué queremos esta herramienta si no vamos a sacar al país de la pobreza, si no vamos a salir del subdesarrollo? Creo que ésta es la cuestión de fondo. ¿Dónde está la estrategia programática del jefe de Gabinete —a lo mejor existe y no la conozco— para hacer un uso indiscriminado de los fondos del presupuesto nacional? Si existe esa estrategia programática para comenzar a aplicar el desarrollo al crecimiento sostenido que, es cierto, experimenta nuestra economía, le pediría al presidente de la bancada oficialista que me haga llegar información al respecto, porque me servirá mucho para responder a los miles de ciudadanos no sólo de mi provincia sino de todo el país que aún esperan una respuesta. Me refiero a los índices de la ciudad de Santa Fe —donde vivo— que mencionó el señor diputado Godoy y que no voy a reiterar para no continuar hablando de los índices de toda la provincia y del resto del país.

Hechas estas consideraciones, adelanto que votaré en contra de este proyecto de ley para ser coincidente con los principios que siempre he defendido en este recinto. (*Aplausos.*)

Sra. Presidenta (Vaca Narvaja). — Tiene la palabra el señor diputado por Santa Fe.

Sr. Lamberto. — Señora presidenta: en realidad, no pensaba hacer uso de la palabra debido a que el mecanismo de sanción de las leyes y la mayoría que el oficialismo tiene en el Senado harán que esta norma sea sancionada de una u otra forma. Sin embargo, creo que vale la pena realizar algunos comentarios porque después se leen los Diarios de Sesiones, y así como un niño pregunta a su padre qué hizo en la guerra, algunos podrán preguntarnos qué hicimos a lo largo de nuestra vida. Es muy difícil encontrar algún argentino que en determinado momento no haya tenido que tomar decisiones complicadas.

Mi mayor motivación para hablar es que hoy he recibido miles de *mails* como producto de una campaña que afirma que en caso de apoyar este proyecto podremos ser acusados de infames traidores a la patria, según lo establece el artículo 29 de nuestra Constitución. Creo que esto merece una aclaración, porque si se piensa que tomar decisiones parlamentarias puede hacernos pasibles de ser acusados de infames traidores a la patria, ello indica que no se ha entendido correctamente de qué estamos hablando.

Estamos tratando la reforma de una ley aprobada por este Congreso. Por lo tanto, no tienen nada que ver la Constitución ni la violación de alguna facultad o derecho. Creo que estamos ante un problema de criterios.

Sería bueno que los señores diputados lean la ley de administración financiera, porque si lo hicieran se darían cuenta de que ha venido a ordenar un sistema presupuestario que en la Argentina era bastante viejo. Incluso esa ley debería ser modificada nuevamente, porque el mundo avanza y hay muchos aspectos que habría que cambiar.

En su momento, la sanción de la ley de administración financiera constituyó un avance importantísimo en el ordenamiento de las cuentas públicas en un país donde no había ningún tipo de orden. Por ejemplo, no contaba con un presupuesto. Aclaro que no estoy pasando facturas a otros partidos, ya que en aquel entonces, con una inflación que rompía el termómetro, era imposible elaborar un presupuesto.

¿Saben los señores diputados cómo se resolvió la cuestión en aquel entonces? Dando facultades al secretario de Hacienda para que ejecutara las partidas a medida que creciera el gasto. No había otra forma de hacerlo y efectivamente fue así, es decir, se estableció un techo puntual, concreto, y a ninguno se le ocurrió decir que Brodersohn era un infame traidor a la patria porque aumentaba las partidas del presupuesto.

Este es un tema instrumental. ¿Qué dice la Constitución? Que el Congreso debe aprobar el presupuesto y aprobar o rechazar la cuenta de inversión. Asimismo, el Parlamento tiene la posibilidad de considerar el proyecto de ley de presupuesto en la comisión respectiva y en el recinto. El mismo tratamiento se prevé respecto de la cuenta de inversión.

¿Qué forma de presupuesto establece nuestra Carta Magna? Ninguna. En más: desde la presidencia de Bernardino Rivadavia hasta el presente hubo distintas formas de presupuesto. Basta ver los Diarios de Sesiones correspondientes a la década del 20 para comprobar que el presupuesto en ese entonces tenía cuatro partidas. Era bastante más entendible que ahora. Y no es que en esa época el titular del área de Hacienda tuviera limitaciones. Por el contrario, acomodaba las partidas de acuerdo con su leal saber y entender, y a nadie se le ocurrió decir que quien hacía eso era un infame traidor a la patria.

El actual presupuesto establece nomencladores, partidas, jurisdicciones y clasificadores que son de uso generalizado en el mundo. Ahora bien, ¿en el mundo todos los tratamientos del presupuesto son iguales? No. El señor diputado Macri se refirió a todas las maldades que tiene el presidente de Venezuela, Hugo Chávez. ¿Pero saben que Chávez tiene un presupuesto que no puede ser corregido por el presidente y que cada propuesta de modificación debe ser enviada al Congreso? Por supuesto, cuando una iniciativa en el sentido de modificar el presupuesto de ese país es enviada al Parlamento, en la Cámara respectiva es considerada y aprobada por 160 votos a cero. Es decir que no tiene ningún problema en modificar el presupuesto.

En rigor de verdad esto tiene que ver con los ciclos económicos y con las realidades que vive la Argentina. Como bien dijo el señor diputado Sarghini, cuando yo era secretario de Hacienda no envié estas modificaciones al Congreso. Es más: en el presupuesto incluí un artículo que establecía que aquel funcionario que gastara por encima de la partida que tenía asignada iba a tener que afrontar ese gasto pagándolo de su bolsillo. ¿Por qué? Porque no podíamos gastar un peso, ya que no lo teníamos y había que cerrar todas las compuertas posibles. Incluso este tipo de limitaciones impedían las presiones que normalmente existen cuando hay escasez.

Hoy estamos en una etapa de un ciclo económico totalmente distinto. Pero cuidado: la Argentina no salió del infierno y de los problemas que habitualmente tiene un país que salió del *default*, que carece de crédito y que posee un sistema estructurado de tal modo que no tiene una caja única. En otras palabras, todos los meses

tenemos superávit fiscal, es decir, una gran recaudación, pero ella no es del Tesoro sino que pertenece parcialmente a la AFIP, a la ANSES, al INTA y a cada sector que tiene una recaudación propia. Y cuando hay que pagar cuentas —éstas existen y llegan, máxime cuando hay dificultades en materia de crédito—, ¿qué hace normalmente el Estado? Le pide prestado al otro. Y a veces tiene el dinero, pero no la partida. Consecuentemente, ello requiere una modificación de esta última.

Viendo que esto iba a ocurrir me adelanté y en el mes de marzo presenté un proyecto —lamentablemente en cierta forma soy un diputado kelper, porque no me dan bola y nunca tratan las iniciativas que planteo— que establecía la modificación del artículo 37 de la ley de administración financiera. En ese sentido proponía una cosa: que una comisión del Congreso analizara las modificaciones, como ocurre en muchos países del mundo. De esta forma el Parlamento iba a tener intervención y el Poder Ejecutivo iba a tener la facultad de modificar partidas.

Lo cierto es que este proyecto que, de hecho, se va a convertir en ley, no va a cambiar la vida de nadie, no va a constituir un drama y tampoco va a implicar la caída de las instituciones. No va a pasar absolutamente nada de eso. El año pasado, cuando se votó el artículo 11 de la ley de presupuesto, sostuve que una norma legal no podía ser suspendida sino que debía ser modificada. Y esto es lo que estamos haciendo ahora. Este es un criterio opinable; puede haber otros mejores o peores.

¿Qué va a hacer el jefe de Gabinete de Ministros con esta ley? ¿Va a salir a tirar dinero por la ventana? Son tantos los gastos fijos que prevé un presupuesto que las limitaciones que tiene un funcionario son enormes. Todos los meses hay que pagar sueldos, intereses y jubilaciones, estén o no las partidas correspondientes. Del mismo modo, todos los meses hay que transferir plata a las provincias, estén o no las partidas pertinentes.

Si sumamos todos estos conceptos vamos a estar llegando prácticamente al 90 por ciento del presupuesto. Quedaría un 10 por ciento restante.

Pero además el Estado tiene que funcionar: hay que pagar los gastos de la nafta de los vehículos, de teléfono, de Internet, de comida, etcétera.

Se trata de cosas que no pueden suprimirse. Entonces, ¿qué le queda por asignar? Estamos hablando de un 6 por ciento sobre un 5 por ciento posible. Aunque le otorguemos todas las facultades, tampoco puede cambiar demasiado. Entonces, creo que hay que desdramatizar esta iniciativa y, fundamentalmente, comunicar a la gente que no estamos violando la Constitución. Este es un tema tan opinable como todas las cuestiones presupuestarias.

En cada país existe una diversidad de realidades, y se construye en función de cada realidad. Yo casi nunca hablo con el presidente, pero miro las cuentas y le reconozco su criterio absolutamente racional en el manejo de la economía.

Diría que se comporta casi como un almacenero, que junta un peso y analiza cómo lo va a erogar, pero nunca gasta lo que no tiene. Entonces, este tipo de decisiones son muy difíciles de plantear sin un horizonte previsible, que no existe en la situación actual de la Argentina.

Por ejemplo, nosotros contamos con financiamiento para este año y el próximo, pero no sabemos si luego se abrirán los mercados del mundo o seguiremos teniendo que vivir con lo nuestro.

Esto implica un alto grado de incertidumbre. Algunos dicen que no habría que pagarle más a nadie, pero hay que tener cuidado con ello, porque la mitad de la deuda ya es interna. Entonces, ¿se propone dejar de pagar a los jubilados o a quienes están aquí adentro? Se trata de deudas de cumplimiento obligatorio.

En todo caso, los diputados deberíamos preocuparnos por otras cosas, y no por las cuestiones pequeñas. Por ejemplo, podríamos preocuparnos sobre cómo se hace el presupuesto...

Sra. Presidenta (Vaca Narvaja). — Su tiempo ha finalizado, señor diputado.

Sr. Lamberto. — Necesito un minuto más.

Sra. Presidenta (Vaca Narvaja). — Sólo un minuto porque estamos cumpliendo con las normas de tiempo establecidas.

Sr. Lamberto. — Decía que sería importante que los diputados pudieran seguir qué hace el gobierno con el presupuesto, en vez de quejarse cuando se produce alguna modificación sin poder observar cómo se mueven las partidas.

Para finalizar, señalo que sólo estamos corrigiendo una ley, y no violamos la Constitución.

Se trata de una herramienta para la coyuntura y probablemente, si alguna vez el ciclo económico se revierte; algún funcionario del Poder Ejecutivo vendrá a solicitar que le aten las manos para que no pueda mover las partidas. (Aplausos.)

Sra. Presidenta (Vaca Narvaja). — Tiene la palabra la señora diputada por Córdoba.

Sra. Leyba de Martí. — Señora presidenta: hoy hemos escuchado muchos discursos, y seguiremos haciéndolo.

Muchos han tratado de explicar lo inexplicable. Quiero recordar a Montesquieu, quien en *El Espíritu de las Leyes* hablaba de la importancia de la división de los poderes: el Poder Ejecutivo, el Legislativo y el Judicial. Su argumento era que la división de los poderes constituye el fundamento de la libertad.

En 1789, durante la Revolución Francesa —que también citó el diputado Godoy—, en la *Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano* se decía que en toda sociedad en la cual la garantía de los derechos no está asegurada ni la separación de los poderes determinada, no existe la Constitución.

Hoy se han ensayado muchos discursos que explican que este proyecto no vulnera nuestra Constitución. No hay fundamentos posibles que permitan sostener esa posición. Hoy quiero referirme a dos frases que utilizó la senadora Kirchner en la Cámara alta cuando se trataba este proyecto.

Ella es al mismo tiempo la primera dama del país. Quizá por ello confunda los roles, y en vez de defender lo que antes sostenía con vehemencia, que es la institución de la cual forma parte —el Congreso—, hoy argumenta que quienes se oponen a consagrar la emergencia institucional para siempre, en realidad lo que buscan es no dejarlos gobernar.

—Ocupa la Presidencia el señor presidente de la Comisión de Asuntos Constitucionales, doctor Juan Manuel Urtubey.

Sra. Leyba de Martí. — En su discurso la senadora decía acerca de los superpoderes que “el presidente no los usaría nunca para perjudicar al pueblo”. Me quiero detener unos segundos a analizar la falacia de esta afirmación. Decir que el presidente no usaría nunca los superpoderes para perjudicar al pueblo es

una afirmación que lleva implícita que si alguien así lo quisiera, sí podría utilizarlos para perjudicar al pueblo.

¿Qué es una ley y qué es esta institución sino la expresión de la voluntad colectiva para poner límites al accionar de los gobernantes en el ejercicio del poder? Lo que ella afirma y reconoce es lo que nosotros denunciábamos: la falta de límites en el ejercicio del poder, que nos aleja inexcusablemente del concepto básico de la República. ¿Puede haber una frase más elocuente para mostrar la confusión o la concepción que el oficialismo tiene de lo que debe ser una democracia y una República? El poder hegemónico violenta la democracia.

“Miente, miente, miente, que algo quedará”, decía la senadora. Esta es otra frase importante. Pero quiero aclarar que también se miente con el silencio: por ejemplo, cuando no se explica la falta de control de los fondos fiduciarios o cuando no se dice que a través de los DNU se amplió en un 20 por ciento el presupuesto. Total, las noticias se dispersan pronto y la gente se olvida.

Señor presidente, señores legisladores: hablando de los que mienten, quiero hacer referencia a las versiones periodísticas sobre algunas expresiones del señor diputado preopinante del oficialismo, quien parece sentir placer al descalificar al radicalismo. A ese señor diputado que dijo que muchas veces durante nuestros gobiernos no había presupuesto le quiero refrescar la memoria y decirle que por lo menos durante nuestros gobiernos no se enajenó el patrimonio de los argentinos como cuando él presidía la Comisión de Presupuesto y Hacienda de esta Cámara durante el gobierno de Menem, al cual hoy todos abyectan y pareciera que nadie conoció. Sin embargo, todavía veo en estas bancas muchas caras que formaron parte de ese gobierno.

“Miente, miente, miente, que algo quedará”, decía la senadora. ¡Qué realidad que es esta, señor presidente!

Al igual que el presidente de la Nación, el bloque de la mayoría se ha tomado la costumbre de descalificar constantemente al gobierno de la Alianza. Sobre todo se esmeran en echarle la culpa al radicalismo. Realmente tienen memoria selectiva. Se olvidan de que gobernaba una alianza, integrada por muchos de los que

hoy son funcionarios de este gobierno, lo que quizás explicaría que saben comprar bien o acallar las voces disidentes. Pero también saben que no todos estamos a la venta y por eso nos atacan.

El presidente también ha tomado una peligrosa costumbre, que es descalificar a los sectores que disienten con su pensamiento o con su accionar, calificándolos de corporaciones. Corporaciones son los sectores del agro cuando reclaman por las retenciones; corporaciones son los sectores de la carne o el sector lácteo cuando plantean sus reclamos; corporaciones fueron los colegios de abogados cuando se opusieron a la reforma del Consejo de la Magistratura; corporaciones somos los partidos políticos cuando planteamos una seria y sana oposición frente a distintas acciones de gobierno.

También son corporaciones los medios de difusión o de comunicación cuando son críticos frente a la gestión de gobierno. Corporación será también la Academia Nacional de Ciencias Sociales de Buenos Aires que rechaza por institucionales los decretos de necesidad y urgencia y los superpoderes. Miente, miente, miente; algo quedará.

Este paso que dará hoy esta Cámara constituye una concentración más de poder que crea una peligrosa dependencia para coaccionar a los que osen pensar en disidencia con el poder central, por ejemplo, los gobiernos provinciales, que ante la falta de una ley de coparticipación —de lo que hoy también se ha hablado— dependen del humor del presidente para recibir lo que les corresponde y así afrontar sus responsabilidades en tiempo y forma.

A ello debemos sumarle la exigencia de observar la ley de responsabilidad fiscal que limita el gasto y el endeudamiento a las provincias. Hoy a través de la aprobación de esta ley estamos eximiendo al Poder Ejecutivo central de la observancia de dicha ley.

Frente a esto el gobierno nacional utiliza una vez más el refrán de haz lo que yo digo, pero no lo que yo hago. Miente, miente, miente; algo quedará.

Quiero recordar a algunos amigos que con las distintas metodologías coercitivas que usa el señor presidente, no sólo pretende concentrar el poder económico sino también el poder político, tratando afanosamente de sumar a gober-

nadores y a intendentes de otros partidos políticos para engrosar las filas de sus súbditos a través de la promesa de un paraíso perdido. Pero cuidado, porque esta es una acción por la que la historia los demandará.

He escuchado al miembro informante del Partido Nuevo, que ha sido un tráfuga de la Unión Cívica Radical, y realmente me asombra su poder discursivo, a punto tal de cambiar su pensamiento de cuando era convencional constituyente. Uno no sale de su asombro cuando escucha los distintos discursos.

Seguramente hay una razón: el intendente Juez, en Córdoba, recauda sólo lo necesario para pagar los sueldos. Por eso necesita del auxilio de la Nación y por eso levanta la mano consecutivamente frente a los distintos proyectos que envía el Poder Ejecutivo nacional. Ese tipo de conductas condicionan los reproches que podrían hacerse frente a discursos que hoy hemos escuchado. Realmente quedamos asombrados y atónitos frente a la debilidad de memoria que tienen algunas personas.

Por último, quisiera rescatar las palabras del diputado Díaz Roig en la última sesión de esta Cámara cuando rindió un homenaje al general Perón. Hizo reflexiones importantes a las que en gran parte adhiero. Recordó las palabras de Perón cuando cambió de postura y dijo que para un argentino no hay nada mejor que otro argentino.

Los años le hicieron ver a Perón los errores cometidos y trató de enmendarlos y dar una lección a los seguidores de su movimiento. Si hoy viviera, sinceramente creo que se sentiría frustrado y dolido porque no fue escuchado.

Cuando cambió la frase de que para un peronista no hay nada mejor que otro peronista por aquella de que para un argentino no hay nada mejor que otro argentino, hizo una demostración de grandeza, sobre todo porque provenía de alguien que alguna vez en su vida dijo: "Por cada uno de nosotros caían cinco de ellos".

Señor presidente: ésa fue una actitud de grandeza digna de rescatar —lo digo con profundo respeto—, y es una lástima que haya caído en saco roto. Pareciera que en la realidad que vivimos, para un kirchnerista no hay nada mejor que otro kirchnerista.

Con profundo dolor por el futuro de este Congreso, que respeto y venero, y con el agradeci-

miento a la vida y a mi partido porque me dieron la posibilidad de acceder a una banca que honro y honraré, veo que la promesa de calidad institucional fue sólo un discurso, ya que la dura realidad nos muestra no sólo el avasallamiento de una institución baluarte de la democracia, sino también el comienzo de su extinción. El poder hegemónico violenta la democracia. (*Aplausos*.)

Sr. Presidente (Urtubey). — Tiene la palabra el señor diputado por San Juan.

Sr. Baigorri. — Señor presidente: el proyecto mediante el que se pretende modificar el artículo 37 de la ley de administración financiera y eximir al jefe de Gabinete del cumplimiento de la ley de responsabilidad fiscal no es una iniciativa más. Cualquier argumento esgrimido para justificar y defender este proyecto, se da de bruce con alguno de los preceptos constitucionales.

Se ha dicho que de alguna manera esta iniciativa es necesaria para cambiar la ley de administración financiera que data de 1992 y adecuarla a la reforma constitucional. También se ha señalado que el Congreso no tiene una función administrativa, que no es un coadministrador. Por otro lado, se han analizado las atribuciones del Parlamento considerando exclusivamente lo dispuesto en el inciso 8 del artículo 75 de la Constitución, en el sentido de que corresponde al Congreso fijar el presupuesto. Ello, como si nuestra tarea fuera sólo establecerlo en la etapa de sanción, y luego, controlar su ejecución.

En realidad, considero que el proyecto en debate pretende otorgar al jefe de Gabinete la facultad de disponer la reestructuración de partidas presupuestarias sin la intervención del Congreso de la Nación —tal como se establece en el propio texto—, pero ello no se compadece con el espíritu de la Constitución.

La figura del jefe de Gabinete de Ministros fue incorporada en la reforma constitucional de 1994. El inciso 7 del artículo 100, relativo a las atribuciones del jefe de Gabinete, dice expresamente que a él corresponde hacer recaudar las rentas de la Nación y ejecutar la ley de presupuesto nacional. Fijese, señor presidente, que no dice "ejecutar el presupuesto nacional" sino "ejecutar la ley de presupuesto nacional". Esto, que pareciera una sutileza, en realidad no lo es, pues la Constitución justamente quiso remarcar en forma sabia el imperio de la ley.

Todo lo relacionado con el presupuesto debe surgir del Congreso, cuya principal facultad es legislar; el Parlamento se pronuncia mediante leyes. En consecuencia, si nosotros delegamos en el jefe de Gabinete, a través de normas infralegales, la facultad de modificar partidas, y asignar el superávit que se desprende del presupuesto o los incrementos en la recaudación, en definitiva estamos alterando el orden de prelación de las normas, lo cual no es menor.

Desde Kelsen, y en nuestra Constitución —en su artículo 31—, se establece un orden de prelación de las normas. En la cúspide de la pirámide se ubican la Constitución y los tratados internacionales sobre derechos humanos; en segundo término, los demás tratados internacionales, y en tercer lugar, las leyes nacionales que sanciona el Congreso en consecuencia de la Constitución y de los tratados. El resto está constituido por normas infralegales.

Por lo tanto, si permitimos la modificación de la ley de presupuesto mediante normas de menor jerarquía que las leyes, estaremos alterando no sólo ese orden jerárquico que establece la propia Construcción sino también su propio espíritu.

En virtud de que el Congreso de la Nación es el único que tiene la facultad de legislar y modificar la ley de presupuesto, concluimos que la reforma del artículo 37 de la ley 24.156 implica incurrir en una delegación legislativa. Estamos delegando una facultad del Congreso de la Nación en el Poder Ejecutivo.

En rigor se trata de una delegación mal hecha, porque el artículo 76 de nuestra Carta Magna prohíbe la delegación legislativa en el Poder Ejecutivo. Como excepción establece que se puede delegar en caso de emergencia pública, por un tiempo determinado y dentro de las bases de la delegación que el Congreso establezca.

En el caso que nos ocupa no sólo no existe la emergencia sino que tampoco se prevé un tiempo determinado, lo cual es muy grave pues estamos realizando una delegación casi *sine die*, y no establecemos bases de delegación. En consecuencia, este proyecto es totalmente contrario a las previsiones del artículo 76 de nuestra Carta Magna, por lo cual estamos legislando una norma que nace inconstitucional.

Quienes voten por la afirmativa el proyecto en consideración estarán efectuando una dele-

gación consciente de las facultades legislativas. Por no tener un plazo determinado y por la gravedad de la delegación, que indudablemente constituye una lesión artera sobre todo el espectro de nuestra Constitución, es un serio atentado contra el principio de división de poderes.

Como es sabido, el principio de la división de poderes es una de las características esenciales del sistema republicano de gobierno. El artículo 1º de nuestra Constitución Nacional establece que la Nación Argentina adopta para su gobierno la forma representativa republicana federal, más allá de que el federalismo es una forma de Estado.

Esta afectación a la división de poderes, y por añadidura a la república, es muy grave porque sin una real división de poderes no existe república. Por eso estamos frente a una tercera lesión a los preceptos constitucionales.

Sr. Presidente (Urtubey). — Solicito al señor diputado por San Juan que redondee su exposición pues ha vencido su término.

Sr. Baigorri. — El presupuesto nacional no es otra cosa que la previsión de recursos y la asignación de gastos, y como es obvio, los recursos con que cuenta el Estado son del pueblo de la Nación Argentina, que aporta sus impuestos. Por ende, es lógico que la Constitución Nacional delegue en el Congreso la facultad de decidir todo lo vinculado con el presupuesto, pues es el pueblo el que debe decidir qué se hace con sus recursos.

El proyecto en consideración quita participación al pueblo porque impide la participación del Congreso de la Nación en las modificaciones presupuestarias y en todas aquellas cuestiones referidas a la asignación de nuevos recursos.

Por último, cabe recordar que el otorgamiento de facultades extraordinarias está expresamente prohibido por la Constitución Nacional.

En mi opinión esta ley no sirve, no ayuda al presidente de la Nación. Se pueden hacer bien las cosas dando intervención al Congreso de la Nación.

Se ha señalado que hasta el momento se ha sido muy prudente en el uso de los recursos y que se ha actuado de modo razonable, pero, ¿por qué hacer las cosas mal si podemos hacerlas bien? ¿Quién podría pensar que el Congreso de la Nación no estaría de acuerdo con una asignación de recursos destinada a fines loables, para

beneficio de las provincias, los jubilados, el asistencialismo o las obras públicas?

Todos los presentes cuando asumimos juramos cumplir y hacer cumplir la Constitución Nacional, y a nuestros representados lo que estamos haciendo ahora no les gusta, pues recién se mencionó una estadística según la cual el 75 por ciento de la gente está en contra de esta delegación de facultades. Tampoco quisiera que ninguno de nosotros tuviera que ser pasible de la sanción dispuesta por el artículo 29, que establece que quienes de algún modo faciliten la concesión de facultades extraordinarias al presidente van a ser considerados infames traidores a la patria.

Por estas razones, haciéndome eco de las palabras de los demás integrantes de este interbloque, adelanto que vamos a votar en contra de esta iniciativa. (*Aplausos.*)

Sr. Presidente (Urtubey). — Tiene la palabra el señor diputado por Buenos Aires.

Sr. Tonelli. — Señor presidente: en primer lugar, debo señalar que es llamativo que este proyecto de ley no haya sido girado a la Comisión de Asuntos Constitucionales. Prueba de ello es el debate que estamos teniendo desde las cinco de la tarde; esencial y fundamentalmente estamos discutiendo si este proyecto es compatible o no con la Constitución Nacional. De modo que debería haber pasado por la Comisión de Asuntos Constitucionales.

Como yo no integro la Comisión de Presupuesto y Hacienda, la única a la que fue girada esta iniciativa, presenté una observación que lamentablemente no haya sido impresa como corresponde a fin de que pudiéramos contar con ella en las bancas al igual que el dictamen de mayoría y los de minoría¹. De modo tal que voy a reproducir sintéticamente las objeciones hechas al proyecto en esa observación.

Concretamente, dichas observaciones se reducen a tres objeciones esenciales al proyecto de ley que estamos considerando. Estimo que el proyecto es inconstitucional, innecesario y peligroso.

Es inconstitucional, como ya se ha dicho a lo largo del debate, porque es incompatible con va-

rios artículos de la Constitución Nacional, violando diversas disposiciones que repasaré brevemente. En primer lugar, el inciso 8 del artículo 75 atribuye a este Congreso la facultad de fijar y aprobar el presupuesto nacional para que luego el Poder Ejecutivo lo ejecute. La previsión que contiene este inciso no sólo es categórica al respecto sino que también es la consagración de un principio esencial en todos aquellos países o repúblicas donde existe la división de poderes. Es un principio esencial en la división de poderes que sea el Congreso, donde está la más amplia y genuina representación popular, quien fije y apruebe el presupuesto, y luego el Poder Ejecutivo lo ejecute. Esto es así y tiene estado normativo desde el conocido *bill of rights* de 1688. Son varios siglos de experiencia en la materia.

Este proyecto también viola el inciso 3 del artículo 99 de la Constitución Nacional, que prohíbe al Poder Ejecutivo dictar normas de contenido legislativo o arrogarse las atribuciones del Congreso. A partir de la aprobación de este proyecto el jefe de Gabinete podrá cambiar integralmente el presupuesto. Esto implica que con la única limitación de respetar el monto total del gasto aprobado por el Congreso el jefe de Gabinete podrá cambiar integral y totalmente las partidas previstas en el presupuesto, lo cual significa en la práctica, lisa y llanamente, la aprobación de un nuevo presupuesto. Por lo tanto, importa la atribución de una facultad legislativa al Poder Ejecutivo que la Constitución no le ha dado, y mucho menos al jefe de Gabinete.

También viola esta iniciativa el artículo 76 de la Constitución Nacional, que prohíbe la delegación legislativa en el Poder Ejecutivo, salvo en materias determinadas de administración —está muy lejos de ser el caso—, o de emergencia pública —que ni siquiera se ha invocado—, con plazo fijado para su ejercicio y dentro de las bases de la delegación que el Congreso establezca.

En este caso no sólo no hay emergencia sino que tampoco estamos ante una cuestión determinada de administración pública, ni tampoco hay plazos y bases y ni siquiera es al Poder Ejecutivo al que se le delega la atribución sino al jefe de Gabinete de Ministros, que es un funcionario de segundo orden que no es elegido popularmente, como sucede en el caso del titular del Poder Ejecutivo. Por lo tanto, el jefe de Gabinete

¹ Al efectuar el señor diputado tal manifestación, el Suplemento (I) al Orden del Día N° 667 se hallaba en proceso de impresión.

te de Ministros no inviste la misma representación que el titular del Poder Ejecutivo.

En este sentido, es importante no perder de vista el carácter permanente de la delegación que se está confiriendo al jefe de Gabinete de Ministros.

El proyecto también implica la violación, o la modificación —que es lo mismo que violarlo porque el Congreso no puede modificar la Constitución— del artículo 100 de la Carta Magna, que establece las atribuciones del jefe de Gabinete de Ministros, quien, recuerdo, ha sido previsto en la Constitución al solo efecto de administrar, no de legislar ni de nada que se le parezca.

En ese sentido, el inciso 6 del artículo 100 atribuye al jefe de Gabinete de Ministros sólo la competencia, la facultad o la atribución para enviar el presupuesto al Congreso.

El siguiente inciso, el 7, atribuye la facultad de ejecutar la ley de presupuesto, como ha sido recordado por el diputado que me precedió en el uso de la palabra.

De modo que también en este caso encontramos una nueva violación de la Constitución, porque, por vía legal, estaríamos ampliando, sin tener competencia para ello, las atribuciones del jefe de Gabinete de Ministros.

Además de inconstitucional, esta iniciativa es innecesaria, porque el artículo 39 de la misma Ley de Administración Financiera que estamos reformando faculta al titular del Poder Ejecutivo a modificar el presupuesto dictando DNU, dando cuenta al Congreso de la modificación y explicándole las circunstancias justificantes de esa decisión.

Por lo tanto, el Poder Ejecutivo ya tiene la atribución, pero la tiene su titular que es el jefe del Estado, y no el jefe de Gabinete de Ministros, quien ni siquiera va a tener que dictar un decreto de necesidad y urgencia, tal como se lo autoriza al Poder Ejecutivo, que además tiene que ser decidido en acuerdo general de los ministros. Ahora lo va a poder hacer el jefe de Gabinete de Ministros por sí solo, sin necesidad de ningún acuerdo en el gabinete.

Pero también es innecesaria esta iniciativa porque la Ley de Coparticipación Federal ha establecido un fondo para atender emergencias, que es el de los aportes al Tesoro nacional, que se integra con el uno por ciento de lo recaudado por todos los impuestos coparticipables más el

dos por ciento de todo lo que se recauda en concepto de impuesto a las ganancias.

Ese fondo que administra el Ministerio del Interior dispone de cuantiosos recursos que, al día de hoy, ascienden a más de tres mil millones de pesos, y están previstos para emergencias. De manera que no hay ninguna justificación para sancionar este proyecto de ley.

Para no extenderme demasiado en el uso de la palabra, finalmente me voy a referir a un argumento que se ha expuesto no sólo aquí en el debate sino también en los días previos, en la discusión pública que se ha suscitado. En el intento de justificar la sanción de este proyecto de ley, se argumenta que poderes similares a los que estaríamos confiriendo al jefe de Gabinete de Ministros han existido en anteriores presupuestos y administraciones. Este argumento es inaceptable.

Si tenemos que resignarnos a no superar los yerros del pasado, entonces tendremos que resignarnos a no superar la pobreza, el atraso, la falta de trabajo y el subdesarrollo. Tenemos que superar los yerros del pasado.

El hecho de que estas atribuciones hayan existido en otras administraciones, gobiernos o leyes no nos condiciona; todo lo contrario. Nos obliga a esforzarnos más por superar estas equivocaciones y mejorar.

Este gobierno ha sido respetuoso en cumplir las normas referidas al presupuesto porque lo ha enviado al Congreso siempre en tiempo y forma, y ha puesto especial énfasis en cuidar el déficit fiscal. De modo que es una verdadera lástima que se desaproveche esta oportunidad de ser aún más rigurosos en la ejecución y control del presupuesto, y nos obligue a conceder esta atribución al jefe de Gabinete de Ministros, que es inconstitucional e innecesaria, y no va a traer más que problemas y atraso en el futuro. *(Aplausos.)*

Sr. Presidente (Urtubey). — Tiene la palabra la señora diputada por Córdoba.

Sra. Morandini. — Señor presidente: como se ha visto, integro un pequeño bloque que en su composición está configurado por personas de procedencia, prácticas y visiones que no siempre son comunes pero están amparadas bajo el mutuo respeto. Sin embargo, esto que se puede ver como una rareza política y que se puede interpretar dramáticamente como la frag-

mentación de nuestra sociedad, también puede verse como una riqueza: la pluralidad de voces y colores que han ido surgiendo en nuestra sociedad en la medida en que nuestro país se ha ido soltando del chaleco de fuerza con el que el autoritarismo maniató la dinámica natural que da la libertad.

La sociedad argentina es hoy mucho más compleja y conflictiva que lo que ha sido en su pasado reciente. De modo que me pregunto y les pregunto, señores diputados, ¿por qué la democracia habría de ser tranquila, sin conflictos, si la sociedad que le da origen es plural, llena de tensiones, inmadura y contradictoria?

La democracia es orgánica y la democratización es un proceso en el que estamos involucrados todos. Hecha esta salvedad es que debo decir que hablo a título personal, convencida también de que expreso a una franja importante de nuestra sociedad que se define como independiente. Pero ser independiente no significa ser díscolo e irresponsable, sino creer que se puede cambiar la tradicional lógica de la vieja confrontación partidaria por la superación del valor institucional.

Desde el primer día en que me he sentado en esta banca me he preguntado cuál debe ser el tono de mi voz, si la función del intelectual, como dice el teórico italiano Gianfranco Pasquino, consiste en interpelar al poder político, contradecirlo si es el caso. Hoy, que tengo el honor de integrar lo que debería ser la expresión más elevada de la democracia, me sigo preguntando cuál debe ser el tono de mi voz para seguir expresándome con honestidad para construir, sin agravios, sin descalificaciones, sin perder identidad, pero sobre todo sin resignar la convicción profunda de que no puede haber efectiva democracia sin un contrapoder crítico, y es a este Congreso a quien le corresponde cumplir con ese papel de contralor.

Por eso me pregunto y les pregunto, señores legisladores: ¿en nombre de qué valor supremo vamos a resignar el rol institucional que le cabe a este Congreso? ¿Cómo delegar las facultades que definen a esta institución sin correr el riesgo de su mutilación?

A veces tengo la sensación de que todos los que aquí estamos en representación del pueblo de la Nación entregamos un lazo para que después nos enlacen. No hablo de este gobierno, el

que sin duda restauró la esperanza y restituyó vínculos de confianza. Se trata de poner los ojos en el futuro y saber que sin instituciones sólidas no hay democracia que se precie, porque, como advierten algunos teóricos, podemos tener Estado de derecho pero no siempre tenemos democracia, porque a veces los Estados de derecho no amparan la democracia. El Estado de derecho remite a la ley y la democracia remite a la igualdad.

Pero la democracia, señores legisladores, no es sólo una cuestión de procedimientos sino también una cuestión de resultados, y los nuestros, tenemos que admitirlo, han sido calamitosos. Estamos muy lejos todavía de ser todos iguales ante la ley.

Desde que me senté en esta banca escucho con enorme atención todo lo que aquí se dice. He aprendido en este Parlamento, de todos los señores legisladores, mucho más de lo que he vivido como cronista aquí y allá en el mundo.

Pero debo ser honesta. Veo con enorme pereplexidad cómo seguimos amenazándonos con nuestro pasado y cómo se invalida el debate con el mutuo fracaso. He visto cómo se evocan ante el calendario las fechas trágicas y gloriosas de nuestra historia sin que podamos traerlas al presente como enseñanza.

Tengo muy fresco el recuerdo de la sesión pasada, cuando mis coterráneos evocaron fechas muy caras para Córdoba: la reforma del 18 y el golpe contra don Arturo Illia, sin que podamos distinguir en esa trágica continuidad histórica entre los jóvenes reformadores del 18, muchos de ellos convertidos en comandos civiles en los 50 y en padres de los montoneros de los 70.

He traído este ejemplo porque creo que es reciente; y la historia, que no admite fragmentación, nos involucra a todos sin culparnos porque todos tenemos responsabilidad en el fracaso. Tampoco se ha advertido en este recinto que hemos avanzado sobre ese pasado, ya que a nadie se le ocurriría hoy resolver los problemas golpeando las puertas de los cuarteles, como se hizo ayer.

Resulta muy fácil reconocer la debacle económica y la emergencia que siempre justificaron la excepcionalidad, pero cuesta reconocer la debacle institucional, aquella que estuvo a la vuelta de la esquina cuando se rompió

peligrosamente la relación entre la ciudadanía y quienes la representan.

Es cierto, como se dijo en el transcurso del debate, que se usó y se abusó de la delegación de facultades. Es cierto también que a lo largo de todo el proceso democrático se extorsionó a la sociedad diciéndole: "Es el caos o nosotros". Si los abusos y chantajes no hubieran desembocado en la brutal crisis del año 2001, tal vez podríamos aceptar los argumentos de aquella justificación.

Si pudiéramos evitar la desconfianza y dejásemos de ver segundas intenciones en las conductas de los otros, bajaríamos el dramatismo del debate para reconocer que, en realidad, lo que hoy está en discusión es la vieja tensión entre el pragmatismo de los que gestionan, al que las sucesivas crisis redujeron la política, y el postergado ideal democrático.

Las urgencias económicas se nos impusieron como necesidad, mientras que la calidad democrática apareció como un artículo suntuoso. Ahora, tras décadas de crisis y urgencias, me temo que ha llegado el momento de construir una normalidad democrática que nos trascienda. Parafraseando a Rousseau, podré sentirme ciudadana de un Estado libre y miembro de un poder soberano. Por débil que sea mi voz en este recinto, el derecho de emitir mi voto en nombre de tantos me impone la obligación de ilustrarme sobre ellos.

Feliz me consideraré toda vez que en este recinto pueda meditar sobre las diferentes formas de gobierno. Para quien fue víctima de la prepotencia y la ilegalidad, no existe fuera de la democracia un sistema de gobierno que garantice la libertad y la justicia. Es un ideal por el que debemos seguir peleando y que encontrará igual pasión entre quienes creen que deben tener las manos libres para garantizar esa libertad y esa justicia, y quienes creemos que lo que nos trascenderá son precisamente las instituciones.

La legitimidad de un poder político no se debe definir por la conveniencia sino por la necesidad, y temo que los argentinos, escarmentados por el pasado reciente, ya comienzan a percibir la necesidad de instaurar una auténtica cultura democrática.

Por las razones expuestas vivo mi voto, que se leerá como negativo, como un voto a favor

de la democracia y no como un voto más a favor de la Constitución.

Como siempre las frases de otros recurren en nuestro auxilio, cuando venía a este recinto encontré de casualidad una frase de Carlos Pellegrini: "A una gran presidencia le corresponde un gran Congreso". (*Aplausos.*)

Sr. Presidente (Urtubey). – Tiene la palabra el señor diputado por Salta.

Sr. Lovaglio Saravia. – Señor presidente: como ya otros miembros de mi bloque y de otras bancadas se han referido a los aspectos técnicos del proyecto de ley en tratamiento, quisiera efectuar algunas consideraciones desde el punto de vista político y, sobre todo, ateniéndome a lo que ha expresado el señor diputado Delich respecto del ruido que generó esta iniciativa. Me refiero al ruido agrandado que se produjo en los medios y en la oposición, y especialmente a eso de que si uno está ubicado en un determinado lado va a ser tildado de infame traidor a la patria. La verdad es que eso me pone sumamente nervioso.

Esto comenzó en chamusquina —con esto no estoy mencionando un cierto lugar sino que estoy empleando una palabra que tiene un determinado significado—, pero sorpresivamente adquirió un tremendismo desproporcionado con terribles presagios y un réquiem para la República, que se iba a considerar perdida y fulminada por el proyecto de modificación de la Ley de Administración Financiera que otorga ciertas facultades al jefe de Gabinete de Ministros.

Pero el tema no terminó aquí. Algunos periodistas, haciéndose eco también algunos opositores, estallaron con títulos apocalípticos para referirse al asedio oficial a la prensa, generando al mismo tiempo una profusión de notas sobre la inseguridad imperante en la Argentina. Claro, amordazada la prensa y homologada la inseguridad generalizada en el país, la cosa pintaba para grave o, como diría un criollo, "pa' grave".

Y más grave era aún en la apreciación del pendolista de ocasión, al que por ejemplo le parecía que esto era más grave que la derogación por medio de un bando de la Constitución de 1949, la aplicación de la pena de muerte a nuestros compatriotas en 1956 y, en una época más reciente, la existencia de gobiernos dictatoriales en nuestro país que terminaron en el mal

llamado proceso de reorganización nacional. Respecto de este último, quiero señalar que además de haber perpetrado secuestros y crímenes de periodistas, dictó, el 24 de marzo de 1976, el comunicado número 19, por el que se establecía la censura a la prensa y se imponían penas a quienes violaran esa norma.

Para la Nación esto ya forma parte del pasado. Ahora lo que cuenta son los superpoderes y el asedio a la prensa, que pone en trance de desaparición a la República. Antes no había nada para reclamar. Ahora la República agoniza. Aquí se ha incurrido en un verdadero y peligroso desatino con toda esta terminología que se ha utilizado en la prensa y en la oposición. A mi juicio, el hecho de plantear la desaparición del país como consecuencia del proyecto que estamos considerando constituye una aberrante oposición.

Voy a dar lectura de una cita de un comprovinciano mío, el doctor Manuel Pecci: "Que no se entienda esto como respaldo al proyecto. Pero la estridencia de la protesta desentona cuando antes no se advirtió jamás sobre el peligro para la República que entrañaba la delegación de facultades a Cavallo o las delegaciones primarias y secundarias, acompañadas de la 'deslegalización' de regímenes para las privatizaciones y la enajenación del patrimonio nacional.

"La verdad hay que buscarla en el debate, sin atajos. Y si hay que oponerse a la delegación de atribuciones habrá que hacerlo con fundamentos serios, despojados de camufladas intenciones, porque suena a rara nostalgia eso de repartir descalificaciones del espectro político-institucional a diestra y siniestra: al gobierno por supuestas desviaciones hegemónicas, y a la oposición por difusa y claudicante; queda en pie solamente la prensa, como única defensora de nuestro pueblo".

Por razones de tiempo no voy a seguir abundando en esta cuestión, por lo que solicito autorización para insertar mi discurso. (*Aplausos.*)

Sr. Presidente (Urtubey). — Tiene la palabra el señor diputado por Buenos Aires.

Sr. Azcoiti. — Señor presidente: creo que ya se ha analizado exhaustivamente desde el punto de vista técnico la inconstitucionalidad que para nosotros presenta este proyecto.

En consecuencia, me limitaré a hacer un análisis del contexto político en el que se sanciona-

rá esta iniciativa. En febrero hemos considerado la reforma a la ley sobre el Consejo de la Magistratura; en aquel momento dijimos que apuntaba a quitar independencia al Poder Judicial.

Al poco tiempo, el Congreso aprueba la denominada "ley de cargos fijos", en virtud de la cual el Poder Ejecutivo puede aumentar arbitrariamente las tarifas en materia de energía eléctrica y gas. También señalábamos que considerábamos inconstitucional el proyecto.

En la última sesión se debatió exhaustivamente y se aprobó el proyecto de la senadora Fernández de Kirchner, por el que se reglamentan los decretos de necesidad y urgencia sin respetar la Constitución, según nuestro punto de vista.

Hoy seguramente será sancionado este proyecto que modifica el artículo 37 de la Ley de Administración Financiera, que en forma resumida podría decir: señor ministro, disponga usted como quiera del presupuesto nacional y olvídense de la Constitución Nacional, particularmente del artículo 76 y del inciso 3 del artículo 99.

Además, el Poder Ejecutivo, al amparo de una subestimación presupuestaria de los ingresos previstos, dispone de una masa que, según nuestro colega Lozano en algún trabajo que ha circulado por todos los miembros de la Cámara, rondaría los 32.000 millones de pesos en tres años.

Este es el contexto que nos preocupa. No se trata de una medida aislada, aunque también la hemos denunciado por inconstitucional. Además, cada uno de los proyectos de ley enviados al Congreso fue girado con una orden rígida: no se puede cambiar una coma. Incluso, este proyecto debería haber sido girado a la Comisión de Asuntos Constitucionales para su tratamiento.

Todas estas iniciativas presentan un denominador común: afectan el sistema republicano. Antes de que se sientan ofendidos los hombres y mujeres del oficialismo quiero aclarar que no soy de los que piensan que este gobierno es fascista.

No comparto en absoluto esa posición, pero señalo que debemos estar alertas, porque hay avances peligrosos del Poder Ejecutivo sobre principios básicos del sistema republicano, como la división de poderes.

Además, existen antecedentes que nos preocupan. Hizo alguna referencia el señor diputado Pérez del ARI: luego de la gestión del actual presidente Kirchner como gobernador, Santa Cruz no es un dechado de virtudes desde el punto de vista republicano.

Todas estas normas a las cuales hice mención se dieron en un marco similar: el de la descalificación del que piensa distinto, sea de la oposición parlamentaria, de los sectores académicos o de cualquier otro ámbito desde el que se realiza algún tipo de crítica. A esto hay que agregar la descalificación a los medios de prensa que han criticado estas medidas, críticas que se pueden hacer con todo el derecho del mundo.

Quiero advertir también que a quien le vamos a dar estos denominados "superpoderes" es el funcionario de quien dependen los medios de difusión del Estado que han dejado sin sus programas a dos periodistas democráticos, plurales y absolutamente respetables, como son Pepe Eliashchev, quien se ha quedado sin su programa de Radio Nacional, y Víctor Hugo Morales, quien se quedó sin su programa de Canal 7. Por lo tanto, sobre esto también advertimos.

Todo eso lleva a una degradación institucional. Se puede argumentar —y tiene razón el oficialismo cuando lo dice— que Cavallo tuvo superpoderes. Es cierto; los tuvo cuando fue ministro de Menem y los tuvo cuando fue ministro de la Rúa, durante el gobierno de la Alianza. Pero de ninguna manera eso justifica que hoy se deban otorgar estos superpoderes, que además son infinitamente mayores que los que Cavallo tuvo en su momento.

Nosotros queremos marcar una luz roja —o, aunque sea, una luz amarilla— para advertir que vamos por un camino peligroso, ya que estamos afectando principios republicanos que no son una mera formalidad. En el diario "La Nación" del 22 de julio la periodista Beatriz Sarlo escribió un artículo en el que define al presidente de la Nación como un setentista cultural y un pragmático de los noventa en la política de todos los días, y dice que si algo puede llegar a ser peligroso es una conjunción de los años setenta y noventa, que tuvieron como denominador común el desprecio a la calidad institucional.

Sr. Presidente (Urtubey). — La Presidencia solicita al señor diputado que vaya redon-

deando su exposición, dado que ha concluido su tiempo.

Sr. Azcoiti. — De acuerdo, señor presidente.

Agrega Beatriz Sarlo en su artículo: "La mezcla puede volverse peligrosa: desprecio setentista por las instituciones republicanas, afirmación de la política plebiscitaria, que conduce a una ciudadanía adormecida entre cada una de las elecciones, y manejos imperfectos de los recursos públicos para sojuzgar a todo aquel que tenga responsabilidades de gobierno provincial o municipal".

Beatriz Sarlo continúa diciendo: "Todos los presidentes argentinos tuvieron que convencer a algunos gobernadores repartiendo recursos. Kirchner le ha dado a esto un nivel de cruda desnudez: baja comunidad ideológica con jefes provinciales impresentables según los estándares que proclamaba hasta poco antes de las elecciones la pareja presidencial y alto control por medio de las finanzas". Y agrega: "Es probable que, como Menem, transforme una vez más el peronismo, y si la economía sigue en caja, gobierne con larga vida y segura sucesión un país donde la mayoría de los ciudadanos lo acepta porque hasta el momento lo que Kirchner ataca no le resulta visiblemente valioso".

Dije al principio que no considero que éste sea un gobierno fascista, pero hago una advertencia para que encendamos una luz de alarma. Las experiencias de los setenta y de los noventa nos demuestran que a la corta o a la larga el desprecio por las formas institucionales se paga.

Fue con la más brutal y feroz represión y terrorismo de Estado la primera de las veces, y con la más brutal transferencia de ingresos y empobrecimiento de nuestro pueblo la otra.

Por eso nuestro llamado de atención, porque a la corta o a la larga la falta de respeto a las normas institucionales se paga, y se paga muy caro. (*Aplausos.*)

Sr. Presidente (Urtubey). — Tiene la palabra el señor diputado por la Capital.

Sr. Martini. — Señor presidente: son muchos los que piensan, probablemente con razón, que este debate y todos los discursos que estamos pronunciando prácticamente no tienen efecto porque la votación está resuelta, y que digamos lo que digamos el proyecto sostenido por la mayoría —de la misma manera que el que propuso la reglamentación de los decretos de necesidad

y urgencia hace quince días— inevitablemente se transformará en ley.

Sin perjuicio de esta realidad, quisiera volcar algunas pocas precisiones en los escasos minutos de que dispongo. En primer lugar, quiero dejar constancia de que, a diferencia de cuando presentamos nuestro proyecto alternativo al del oficialismo para reglamentar los decretos de necesidad y urgencia, en esta ocasión no tenemos ningún proyecto para organizar superpoderes o reformar el artículo 37. Reconocemos nuestra falta y admitimos que el interbloque Federal PRO no tiene ningún proyecto alternativo para destruir la división de poderes en la Argentina.

En segundo término, quiero manifestar que existen dos ideas: el bloque mayoritario quiere conversar alrededor de la reforma del artículo 37 de la ley de administración financiera, y los que se oponen hablan de superpoderes. En realidad creo que el problema es bastante más simple que este juego de palabras.

Lo que va a ocurrir, concretamente, es lo siguiente: el Congreso va a conceder a favor del jefe de Gabinete de Ministros poderes discrecionales, ilimitados y permanentes para asignar y reasignar las partidas del presupuesto nacional.

Lo que acabo de decir no es un juicio de valor; no se trata de que la mitad de la biblioteca está a favor y la mitad en contra, sino de un hecho que coincide con la realidad, y la mayoría de esta Cámara sabe mejor que yo que la realidad sigue siendo todavía la única verdad.

En cuanto a la cuestión acerca de si se trata de superpoderes, quiero expresar que si esto que acabo de definir y que es la realidad no es un superpoder, deberíamos crear un argentinismo que se llame superpoder. Es un término no aceptado ni contemplado en el diccionario de nuestra lengua, pero podríamos crear un argentinismo y se me ocurrió que podríamos transmitir a la Real Academia Española que superpoderes es lo contrario de ejercer en grado sumo el dominio de ideas, cosas o personas. Sería bastante original, pero ya hemos creado hipótesis de trabajo muy interesantes con respecto a la expresión plural, otro argentinismo que debería ser aceptado por la Real Academia como el momento en que la expresión de todos coincide.

Pareciera que el problema de fondo se refiriese al nombre real de la ley que estamos dis-

cutiendo, por la que se modifica el artículo 37 de la ley de administración financiera, es decir, el tema de los superpoderes. Las leyes tienen nombre, y arbitrariamente se me ocurrió que ésta podría ser denominada, con mayúsculas, “el fin de las negociaciones”.

La negociación es el alma de la política y consiste en la articulación de distintos intereses en pugna. En general, mirarnos con recelo la palabra “intereses”, pues pareciera referirse a algo non sancto; en la Argentina hemos desarrollado la idea de que los intereses no son compatibles con las buenas prácticas. En realidad, el mundo de los intereses es fascinante, pues contempla una amplia gama de acepciones. Así, los intereses pueden ser altruistas, miserables, honrados, honestos, caritativos, filiales, románticos, patrióticos, artísticos, económicos, políticos, sociales.

La realidad, que sigue siendo la única verdad, indica que a partir de ahora el Congreso y el Poder Ejecutivo no tendrán intereses en común, porque entregaremos a éste toda nuestra capacidad de negociación. No me refiero a la oposición, a nosotros, que en los últimos tres años hemos tenido muy poca o ninguna capacidad de negociación probablemente porque constituimos un número muy escaso de diputados. Quienes nunca más tendrán capacidad de negociación con el Poder Ejecutivo son los señores diputados del bloque de la mayoría y sus aliados más directos.

Hoy se formuló una pregunta que no tuvo respuesta: ¿para qué se hace esto? Creo que se hace para que se acaben las negociaciones. Es algo así como si el bloque de la mayoría y cada uno de sus integrantes —utilizaré un concepto lúdico—, de pronto se quedaran jugados y sin fichas. A partir de ahora no hay más que negociar por parte de este Congreso con el Poder Ejecutivo, porque en cualquier parte del mundo, y por lo tanto, también en la Argentina, nadie negocia con quien nada puede ofrecer a cambio. (*Aplausos*.)

Sr. Presidente (Urtubey). — Tiene la palabra el señor diputado por San Luis.

Sr. Poggi. — Señor presidente: la posición de nuestro bloque ya fue manifestada por el señor diputado Sarghini y otros legisladores de mi bancada que lo sucedieron en el uso de la palabra. Abonando esa postura quisiera formular algún comentario respecto de dos temas que necesi-

riamente serán una consecuencia colateral y no-
civa si se sanciona el proyecto de ley en debate. Básicamente quisiera reflexionar en torno
del federalismo, por un lado, y del control legislativo en el manejo de las finanzas públicas por
el otro.

Con respecto al federalismo —a nuestro juicio,
vapuleado, debilitado, casi sin fuerzas—, mediante la sanción de esta ley quedará mucho
más débil. Todos sabemos que el país demanda una nueva ley federal de coparticipación de impuestos.
La propia Constitución reformada en 1994 hace explícita la necesidad de una nueva ley de reparto de los recursos
fiscales entre la Nación, la Ciudad Autónoma de Buenos Aires y el conjunto de las provincias argentinas.
Llevamos más de diez años de mora en el cumplimiento de dicha exigencia constitucional, y cada año
que transcurre pagamos más caro el incumplimiento.

La Constitución es muy sabia en este tema de la coparticipación, sobre el que debemos legislar.
Es necesario sancionar una nueva ley de distribución de recursos fiscales que tenga relación directa con las competencias y los servicios de cada nivel de gobierno, que responda a bases objetivas, que sea solidaria y equitativa, que aspire a un grado de desarrollo equilibrado en todo el territorio nacional y que garantice la automaticidad en la transferencia de los fondos.

Es muy clara la letra de la Constitución Nacional en lo referido al reparto de fondos, y en verdad esta mora, este déficit, este incumplimiento legislativo, es el verdadero problema que hoy padece el financiamiento de los servicios básicos que debe prestar el Estado. ¡Oh casualidad! Los servicios de la educación, la salud y la seguridad públicas están bajo la exclusiva responsabilidad del conjunto de las provincias argentinas y, en parte, de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

Con claridad la Constitución reformada en 1994 advierte que los recursos fiscales de nuestro país, que son muchos, están pésimamente distribuidos en los diferentes niveles de gobierno. Esto tiene mucho que ver con la norma que hoy se pretende sancionar.

Si cometemos el error de conferir al jefe de Gabinete de Ministros la posibilidad de alterar integralmente la ley de presupuesto, ¿qué volun-

dad política tendrá el gobierno nacional de turno o, en su caso, su representación legislativa, de impulsar la consideración de una nueva ley de coparticipación federal? Obviamente ninguna, porque ello implicaría para el Estado nacional resignar algo de sus recursos, ya que no se corresponden con sus competencias, transferirlos automáticamente a las provincias y ceder discrecionalidad en su manejo.

Esta iniciativa tiene un sentido contrario, pues potencia hasta su máxima expresión la discrecionalidad. Sólo con una firma se podrá someter a las provincias, los municipios y los demás poderes del Estado, ya sea por no asignarles fondos o por otorgárselos en exceso. Todo es igual: se decide con una sola firma de acuerdo con la conveniencia del momento.

De este modo cada vez nos alejamos más de la posibilidad de sancionar una nueva ley de coparticipación federal, y lo que es más grave aún, de solucionar definitivamente el financiamiento de la educación, la salud y la seguridad públicas.

Podemos sancionar cientos de leyes de financiamiento, como la de financiamiento educativo —seguramente se pretenderá sancionar las leyes de financiamiento de la salud y la seguridad públicas—, pero si no invertimos la matriz de la distribución de fondos, nada de ello se resolverá en nuestro país. Basta observar los serios problemas financieros que tienen o tendrán las provincias en el corto plazo, salvo honrosas excepciones —por suerte represento a una de esas honrosas excepciones y puedo hablar con libertad en este tema—, y el desfile de gobernadores en la Casa Rosada, gestionando fondos adicionales, refinanciando los vencimientos que —¡oh casualidad!— mayoritariamente tienen con el Estado nacional, claudicando ideas y posturas en defensa de su jurisdicción local, es decir, mendigando recursos que son propios de las provincias.

Sr. Presidente (Urtubey). — La Presidencia solicita al señor diputado que redondee su exposición.

Sr. Poggi. — Pocos días atrás el ministro de Economía, Otero, de la provincia de Buenos Aires, manifestó en el diario “Clarín” que el problema estructural en la distribución de ingresos que perjudica a Buenos Aires y a las restantes provincias colisiona con la posibilidad de diseñar

políticas autónomas. Si lo dice el ministro de Economía de la provincia más importante del país, las demás no están mejor sino peor. Esto se subsana con una nueva ley de coparticipación federal y va de punta con la ley que hoy vamos a sancionar, que potencia la discrecionalidad.

Discrecionalidad es lo que explicaba hoy la señora diputada Fadél, de la provincia de Mendoza. Esta provincia consiguió recursos por encima del presupuesto que aprobó este Congreso por decisiones administrativas o decretos de necesidad y urgencia. Bienvenido sea; fabulosa la gestión que ella hizo, y felicito a los mendocinos que son vecinos míos; pero a San Luis no llegó ni lo que estaba previsto en el presupuesto, siguió por la ruta 7 a Mendoza. Eso es discrecionalidad, y esta ley va a ir de punta con la discrecionalidad.

En relación con el control, fijar el presupuesto nacional significa efectuar un control preventivo por este Congreso que marca el límite o autorización para gastar al Poder Ejecutivo. ¿De qué sirve ahora, si el 1º de enero el jefe de Gabinete podrá cambiarlo íntegramente? ¿De qué sirve el control posterior que hoy hacemos con gran ineficiencia? Estamos aprobando las cuentas de inversión de hace diez años. Imagínense: dentro de diez años —si sancionamos esta ley— estaremos detectando lo que reasignó el jefe de Gabinete. ¿De qué nos servirá en ese momento y a esa altura de los acontecimientos?

En síntesis, me sumo al voto negativo de mi bloque. Creo que tenemos que legislar bien para el futuro. Pasar facturas a quien otorgó más o menos superpoderes implica alejarnos del tema de fondo. Espero que seamos sensatos a la hora de votar. *(Aplausos.)*

Sr. Presidente (Uruguay). — Tiene la palabra el señor diputado por la Capital.

Sr. García Méndez. — Señor presidente: voy a ser muy breve por tres motivos. El primero, porque no tengo alternativa; el segundo, porque ya la posición de mi bloque ha sido suficientemente aclarada por el señor diputado Adrián Pérez, y el tercero, porque el miembro informante de la mayoría ha allanado el camino para evitar áridas discusiones de carácter técnico o económico, porque todo problema económico tratado ideológicamente se vuelve político.

En esta breve intervención me pregunto cómo abordar el tema con cierta eficacia. ¿Qué en-

tiendo por esto? Provocar alguna atención de parte de los interlocutores que están convencidos exactamente de lo contrario de lo que uno está planteando.

Abordar este asunto con cierta eficacia me parece que exige escapar de algunos razonamientos reiterados que, a pesar de ser válidos, se han vuelto lugares comunes. Ya no tiene demasiado sentido continuar hablando del deterioro de las instituciones, de la discrecionalidad y de la acumulación de poder, porque muchas veces la denuncia de una conducta que se repite incesante e impunemente acaba volviéndose contra el denunciante.

La distribución discrecional de los recursos, aunque no lo reconozcamos, se ha vuelto la variable decisiva para entender el funcionamiento real del sistema político argentino desde hace mucho tiempo, y este gobierno sólo la ha exacerbado; este año festejamos los diez años de mora de la ley de coparticipación federal.

Este proyecto que hoy estamos discutiendo es uno de los más "in" que he visto, por institucional, insensato, incomprensible y aparentemente inútil. Es inútil sólo aparentemente, porque este aspecto tiene que ver únicamente con sus fines declarados. El señor diputado Lozano ha dejado claro que los mecanismos de disposición discrecional del presupuesto son otros y no necesariamente los que aparecen en este proyecto. Uno se pregunta para quién es este aumento de la discrecionalidad, y probablemente no sea para nosotros, señor presidente. Probablemente, otros, de la propia tropa, sean los destinatarios principales de la discrecionalidad que plantea este proyecto.

Tal vez esta iniciativa implique una de las últimas etapas de algo que comenzó siendo necesario y razonable. Me refiero a la reconstrucción de la autoridad presidencial, pero dicha reconstrucción, tan necesaria y razonable, se transformó en autoritarismo.

¿Cuál es la diferencia entre autoridad y autoritarismo? Que el autoritarismo no es otra cosa que la autoridad despojada de razones. Basta ver la pobreza de los argumentos del Poder Ejecutivo cuando envió este proyecto al Senado para darse cuenta del autoritarismo que rodea a esta iniciativa.

Quiero terminar mi exposición señalando dos puntos. En primer lugar, siempre se empieza a

caer desde el punto más alto al que se ha llegado. El segundo aspecto tiene que ver con los porqués de este proyecto.

Me gustaría cerrar mi intervención con una anécdota muy interesante publicada en un libro magnífico de Stephen Zweig, sobre la vida de Joseph Fouché, quien fuera durante veinticinco años ministro del Interior y jefe de Policía de Napoleón.

Al comienzo del gobierno de Napoleón, cuando todavía el poder estaba lejos de ser consolidado, Tayllerand, que era el ministro de Relaciones Exteriores, mandó a aprehender a un ciudadano. Fue subvalorada la importancia de dicho ciudadano y, en un exceso, fue asesinado. La reacción que se despertó no estaba dentro de los cálculos y Napoleón, enfurecido, llamó a una reunión de gabinete donde insultó a Tayllerand y lo acusó de criminal por el hecho que había cometido.

Mientras Napoleón acusaba a Tayllerand, Fouché, enemigo íntimo de este último, se reía socarronamente, hasta que en un momento Napoleón le preguntó por qué se estaba riendo. Fouché contestó que no se estaba riendo, pero pensaba que lo que había hecho Tayllerand era mucho peor que un crimen. Napoleón le preguntó nuevamente: "¿Y qué es peor que un crimen?", a lo que Fouché respondió: "Un error político, señor." (*Aplausos.*)

Sr. Presidente (Urtubey). Tiene la palabra el señor diputado por San Juan.

Sr. Godoy (R.E.). — Señor presidente: hay dos cuestiones que nos sorprenden hoy en este debate que se lleva a cabo en el recinto.

En primer lugar, no podemos dejar pasar por alto que hoy tenemos que dar la bienvenida a un diputado de la Capital que aspira ser presidente de la Nación. Le queremos dar la bienvenida a la Argentina porque no compartimos para nada la descripción que él hizo de nuestro país, que tiene superávit y que ha bajado a un dígito su tasa de desempleo. Quienes vivimos en el interior vemos cómo está creciendo el país, porque se construyen puentes, caminos, escuelas y hospitales.

Le damos la bienvenida a esta Argentina y también al Congreso, porque éstos son los dirigentes que se rasgan las vestiduras en los medios diciendo que no va a haber control por parte del Poder Legislativo y que vamos a delegar

esta facultad. La verdad es que un dirigente -un diputado- que permanece ausente denota un profundo desprecio hacia el Parlamento.

No quiero dejar pasar esta cuestión, señor presidente. Desde el punto de vista técnico aquí se ha abundado en buenos argumentos por parte del miembro informante y de algunos diputados que pertenecen a nuestro bloque.

La discusión de fondo subyace en este recinto y también en los medios: cuál es el sistema político, cuál es la democracia a la que aspiramos, cuál es la concepción de la República que tenemos.

Advertimos que la oposición ha ido estructurando un discurso con el que quiere instalar en la opinión pública que marchamos hacia un régimen autoritario y que se está eclipsando la República; y avanza aún más caracterizando y denostando la personalidad del señor presidente. Esta no es una cuestión casual ni caprichosa; es una forma de práctica política que implica una concepción de la democracia y del sistema político donde se restringe la dimensión republicana exclusivamente al Congreso e impide que se extienda a la vida social. Esto es, por su manera de vincularse y relacionarse con la sociedad, que les impide estructurar una propuesta política que sea vista como una alternativa legitimadora por, al menos, algunos sectores de la sociedad.

Entonces, lo que hay que desnudar acá es cuál es el concepto que nosotros tenemos del sistema político, cuál es la dimensión democrática y republicana que tenemos. Esta es la discusión, porque parece que la oposición instala de manera exclusiva y excluyente que esta presunta delegación de las facultades del Parlamento al Poder Ejecutivo es un rasgo que por peso propio determina la existencia o no de la República, ocultando que hay otros factores y elementos que determinan la conformación de aquélla.

Aquí nadie dice que la comunidad tiene controles sociales que aparecen como poderes autónomos y que permiten examinar y sancionar cuando se cometen actos irregulares en el ejercicio de la administración pública. No han dicho que el Poder Legislativo va a seguir manteniendo sus funciones y facultades, es decir, las de legislar y controlar, pero de ninguna manera cogestionar o cogobernar. El Congreso sigue

manteniendo la facultad que establece la Constitución de fijar el presupuesto anual de cálculo de recursos y gastos y la inversión pública, y la de aceptar o desear la cuenta de inversión. Estos son controles que mantiene intactos.

Además, está el control interno de la Sindicatura, así como el control externo de la Auditoría, que depende de este Congreso y está presidida por la oposición.

También está el control jurisdiccional, el de la Justicia. Este es un aspecto muy importante; porque a partir de este gobierno la Justicia ha comenzado a cambiar y renovarse. Hemos terminado con la mayoría automática corrupta y complaciente con los Poderes Ejecutivos.

Entonces, están todos los controles. Estos son los rasgos que conforman una República. También tenemos la democracia política donde la gente puede expresarse y votar. Seguramente, si la sociedad no comparte la modificación de este artículo 37, votará en contra el día de mañana.

La independencia de los poderes, de la que tanto se habla, no se agota exclusivamente en esta discusión; las relaciones democráticas no se agotan con la división de poderes. Tenemos que pensar que la República está conformada por ciudadanos, gente de carne y hueso, y podemos decir que en este gobierno estamos profundizando su participación. Tenemos una democracia participativa: ¿O, acaso no están discutiendo hoy los empleadores y empleados un mejor salario y mejores condiciones de trabajo? ¿Acaso no estamos discutiendo cómo distribuir mejor el ingreso y cómo tener una mejor educación en la Argentina?

Asimismo, tenemos un rasgo fundamental en la República: la confianza pública. Estábamos acostumbrados a que quien estaba en campaña hacía promesas y luego al llegar al gobierno, dejaba de lado sus convicciones para hacer lo que le daba la gana. Hoy, el presidente de la Nación ha recuperado la confianza y ha hecho posible que quienes hacemos política podamos transitar por la calle sin ningún problema. (Aplausos.) Además, cumple el programa de gobierno, que no es otro que el que refleja el presupuesto, que se ha empeñado en llevar adelante.

La herramienta que ahora solicitamos es esencial, porque servirá para reestructurar partidas. No será como se hizo en el pasado con

los llamados superpoderes, para autorizar modificaciones en las leyes de obras sociales o de jubilaciones y para emitir bonos. En este caso se trata simplemente de definir las funciones del jefe de Gabinete de Ministros: llevar adelante la administración general del país, recaudar la renta y ejecutar el presupuesto, mientras que al Parlamento le corresponde controlar y legislar.

Respecto de estos superpoderes, tal como lo ha planteado la oposición, existe una concepción abstracta de la República y de la calidad institucional. Sancionaremos este proyecto porque consideramos que es una herramienta necesaria; esto lo saben todos los gobernadores, sin distinción de signo político, porque la utilizan en sus provincias para resolver los problemas que cotidianamente plantea la sociedad. Es una herramienta que no se maneja de manera discrecional, ya que desde que está el actual gobierno menos del 2 por ciento de los recursos han sido redistribuidos para afrontar situaciones graves. Por ejemplo, la catástrofe de Santa Fe, la reparación de un puente en alguna provincia y el problema energético coyuntural; nuestro país crece y demanda más energía, pero como no se efectuaron inversiones, fue necesario disponer de recursos para que continúe creciendo.

—Ocupa la Presidencia la señora vicepresidenta 1ª de la Honorable Cámara, doña Patricia Vaca Narvaja.

Sr. Godoy (R.E.). — Finalmente, quiero comentar que tiempo atrás nos visitó en San Juan un ex presidente que dijo que ésta era una tragedia para la República, queriendo de esa manera llevarnos a la polarización que antiguamente existió en la sociedad argentina. Parecía que era la República o la barbarie. Nosotros lo convocamos a trabajar por los problemas que preocupan a la gente, para ver de qué manera conciliamos el crecimiento con mayor equidad y mejor distribución del ingreso, y qué sistema educativo queremos para los años que vienen. Esa será la mejor manera de conciliar la República y mejorar la calidad institucional. (Aplausos.)

Sra. Presidenta (Vaca Narvaja). — Tiene la palabra la señora diputada por Santa Fe.

Sra. Tate. — Señora presidenta: pese a los denodados esfuerzos de los diputados del blo-

que oficialista por sostener las bondades de la reforma de la ley 24.156 de administración financiera, estoy absolutamente convencida de que tal modificación es un eslabón más en la cadena de decisiones automutiladoras que están conduciendo al suicidio institucional del Congreso de la Nación.

Hace apenas dos semanas delegamos en el Poder Ejecutivo facultades legislativas que son de nuestra única y exclusiva potestad. Hoy venimos a resignar nuestra capacidad de determinar las prioridades del gasto público por medio del presupuesto nacional. Me pregunto cuál será el próximo paso con una mayoría oficialista que se somete a los humores y a los deseos presidenciales con un seguimiento acrílico. A nuestro juicio, ninguno de los argumentos esgrimidos por el Poder Ejecutivo justifican la mutilación de nuestra facultad de administrar los recursos contemplados en el presupuesto nacional.

Hace algunas semanas la señora senadora Fernández de Kirchner intentó defender este proyecto de ley de superpoderes, así como también la iniciativa referida a la reglamentación del dictado de los decretos de necesidad y urgencia. Para ello argumentó que el presidente de la Nación nunca los usaría, como otros gobiernos, para perjudicar al pueblo. No tengo por qué dudar de la palabra de la señora senadora Fernández de Kirchner, aunque puedo entender a quienes tengan dudas.

Pero al margen de que existan o no dudas sobre esta apreciación, no se trata de juzgar, en el marco de un sistema republicano de gobierno, la intencionalidad subyacente en las medidas adoptadas por el titular del Poder Ejecutivo, de su perversidad o de su benevolencia, de su egoísmo o de su magnanimidad. Por el contrario, se trata de acotar los márgenes de discrecionalidad en el ejercicio del poder. A eso apunta la tradición democrática. Y eso es lo que recogió el constitucionalismo moderno desde sus orígenes hasta la actualidad.

No tengo la menor duda de que la aprobación de proyectos como el que estamos considerando supone una regresión histórica. El Congreso, como el ámbito más plural de representación ciudadana, elabora el presupuesto, autoriza su ejecución y, a la vez, controla su cumplimiento. Este es un proceso en virtud del cual

se va construyendo progresivamente la idea de ciudadanía fiscal.

Este proceso, que es seguido por todos los países institucionalmente maduros, nos demuestra clara y sencillamente que, el ciudadano que paga impuestos tiene el derecho de controlar, a través de sus representantes, el destino que se da a su dinero, al tiempo que el gobierno tiene el deber de responder a dicha demanda. Si el gobierno no da respuestas al ciudadano que paga impuestos, se rompe el circuito de la ciudadanía fiscal.

Señora presidenta: quiero solicitar la inserción de mi discurso en el Diario de Sesiones y, al mismo tiempo, efectuar una advertencia. Hay más de doscientos mil santacruceños que todavía se preguntan acerca del destino de los quinientos millones de dólares de esa provincia. A partir de la sanción del proyecto de ley que estamos considerando habrá treinta y ocho millones de argentinos que se van a preguntar cuál fue el destino de los recursos recaudados a partir de los impuestos que pagan los ciudadanos. (*Aplausos.*)

Sra. Presidenta (Vaca Narvaja). — Tiene la palabra el señor diputado por Buenos Aires.

Sr. Burzaco. — Señora presidenta: todos hemos escuchado alguna vez la famosa frase pronunciada por lord Acton ante el Parlamento británico cuando defendía a la democracia frente al avance de la realeza sobre aquél: “El poder corrompe; el poder absoluto corrompe absolutamente”.

Creo que hoy no hace falta seguir abundando en justificaciones tendientes a explicar la inconstitucionalidad de este proyecto de ley. A mi juicio, los señores diputados preopinantes han sido sumamente claros y contundentes al respecto. No obstante, deseo aportar algunas reflexiones políticas que me parece que son muy apropiadas en relación con el tema que nos ocupa.

Hace algunos días estuve leyendo el libro *Psicopatología y Política*, del doctor Harold Lasswell. En su obra este autor define numerosos ejemplos de regímenes autoritarios y la forma en que los gobernantes acceden al poder absoluto. Y a partir de esa lectura recogí una frase que me llamó mucho la atención y que es la siguiente: “Cuando un político al gobernar convierte la búsqueda y convalidación del poder en objetivo supremo de su existencia, su mente sólo

buscará la imposición de su voluntad y valores procurando aniquilar a quienes se opongan a ello. Nada le bastará para sentirse seguro. La visión amigo-enemigo cohesionará su entorno de adulones, buscando la dádiva y antagonizando a la sociedad. En un juego de espejos terminará confundiendo la voluntad popular con la propia”.

Quiero creer que el presidente de la Nación no pretende el poder absoluto. A mis treinta y cinco años de edad tengo la esperanza y la confianza de que nuestro presidente no quiere llevarnos a un gobierno autoritario.

Sin embargo, este proyecto de ley no es un hecho aislado. Es una forma de concebir la política, que ha quedado demostrada no sólo en el actual gobierno sino también cuando el presidente fue gobernador de la provincia de Santa Cruz.

Me voy a remitir a algunos ejemplos. Siendo gobernador removió de su cargo al entonces procurador general, Eduardo Sosa, sin la celebración de un *jury* de enjuiciamiento, como lo establece la Constitución provincial de Santa Cruz, y por encima de la Constitución Nacional, que consagra la inamovilidad de los magistrados. A pesar de la determinación de la Corte Suprema de reponer en dos oportunidades al magistrado, el entonces gobernador desacató dicho mandato.

También sabemos que modificó la Constitución para buscar la reelección permanente. Asimismo, modificó la composición del Tribunal Superior a placer.

A nivel nacional también existieron otros ejemplos de poco respeto a la República y a la división de poderes, como la reforma del Consejo de la Magistratura; el récord de decretos de necesidad y urgencia; la confrontación permanente con otras instituciones de la República, con la oposición, con los medios de comunicación, con el campo, con la Iglesia y con los países vecinos; el hecho de no completar el número de miembros de la Corte Suprema de Justicia de la Nación, impidiendo su funcionamiento normal; y el abuso de la utilización de las facultades delegadas en muchas ocasiones.

Quiero creer que ésta no es una tendencia autoritaria, pero a veces me siento un iluso. Esta tendencia a unificar el poder en un solo hombre da lugar a lo que los politólogos denominan “democraduras” o “democracias iliberales”.

Se trata de democracias que sólo mantienen la formalidad del voto, pero van perdiendo todos los otros atributos vinculados con ellas. Se viola la división de poderes y con el tiempo se restringe la libertad de prensa y de expresión.

Se va generando una imposibilidad creciente de ejercer el rol opositor por parte de los partidos políticos. Se generan reformas que tienden a eternizar a las mismas autoridades en el poder. Se trata de elementos que van dejando sólo la cáscara de la democracia, sin contenido real.

Justamente, la división de poderes de la democracia fue creada para garantizar que ningún hombre—ni el más iluminado, brillante o inteligente— ejerza el poder absoluto.

Nadie puede abusar del poder y perder la perspectiva del bien común, a riesgo de confundir sus intereses políticos, privados o personales con los de la Nación o el pueblo.

Nosotros, los legisladores, tenemos muchas facultades; entre ellas, la de velar y controlar que se respeten la Constitución, el Parlamento y las bases que los sustentan.

Me opongo a la convalidación de los superpoderes, que atentan contra nuestra Carta Magna y nuestro Estado de derecho. (*Aplausos.*)

Sra. Presidenta (Vaca Narvaja). — Tiene la palabra la señora diputada por Buenos Aires.

Sra. Cassese. — Señora presidenta: remitiéndome ya a la versión taquigráfica del día de la fecha, cada uno de los argumentos del miembro informante y del oficialismo en esta sesión y en la del Senado de la Nación fueron rebatidos conveniente y ampliamente por el presidente de mi bloque.

Sin embargo, entiendo que hay algunos conceptos que hay que reafirmar. Siguiendo el espíritu de los convencionales constituyentes de 1853 y de 1994, nosotros creemos que este proyecto de ley es inconstitucional, y vamos a reforzar este concepto.

Cuando la Constitución Nacional se refiere a las atribuciones, comienza por enumerar las del Congreso, como eje republicano fundamental, como la representación legítima del pueblo de la Nación Argentina. En el inciso 2 del artículo 75 empieza a dar algunas pautas del espíritu contrario al que inspira esta norma, diciendo por ejemplo que no habrá transferencia de competencias, servicios o funciones sin la respectiva

re asignación de recursos aprobada por una ley del Congreso, y que cualquier acto del jefe de Gabinete sobre transferencia de funciones o de competencias implicará entonces una ley del Congreso. Luego el artículo continúa enumerando todas las restantes atribuciones del Congreso de la Nación.

El capítulo referido a las atribuciones termina con el artículo 76, largamente comentado, que prohíbe expresamente la delegación legislativa y le pone plazo y expectativas de reglamentaciones futuras. Habilita más retracciones por parte del Congreso de la Nación. Nos prohíbe a nosotros delegar facultades.

Luego la Constitución se introduce en el capítulo referido a la formación y sanción de las leyes, dando una participación acotada al Poder Ejecutivo. El artículo 81, por las idas y vueltas de los proyectos de ley, establece que cuando se producen adiciones o correcciones las mayorías requeridas para la sanción de las leyes deben ser cada vez más calificadas, y esto también va en el camino de la consolidación. Y ni qué hablar cuando en el artículo 82 se prohíbe la sanción ficta.

Cuando ingresamos en el capítulo de la Constitución referido a las atribuciones del Poder Ejecutivo, el artículo 99 no espera una enumeración de aquéllas sino que antes de decirle lo que puede hacer le dice al Poder Ejecutivo lo que no puede hacer. Esto se puede apreciar en el inciso 3 del artículo 99, que le prohíbe bajo pena de nulidad absoluta emitir disposiciones de carácter legislativo, tema que debatimos en la sesión anterior.

Ya llegando al capítulo referido al jefe de Gabinete de Ministros —este empleado jerárquico del Poder Ejecutivo al que le van a dar, no habiendo sido votado por nadie, casi más atribuciones que al presidente de la Nación— en el artículo 100 se enumeran un montón de funciones.

Todos los señores diputados preopinantes ya hablaron claramente de la diferencia entre administrar y determinar. Pero sería importante que el jefe de Gabinete de Ministros, este empleado del Poder Ejecutivo jerarquizado por la Constitución, se dedicara a cumplir con las funciones que la Constitución le manda.

En el ejercicio permanente de leer y estudiar nuestra Constitución, vemos que en el inciso 5 del artículo 100 aparece una función que, a pe-

sar de que el Poder Ejecutivo se vanaglorie permanentemente, no cumplen ni el presidente de la Nación ni el jefe de Gabinete de Ministros. Este inciso dice lo siguiente: "Coordinar, preparar y convocar las reuniones de gabinete de ministros, presidiéndolas en el caso de ausencia del presidente." Esto parece una chanza, una burla, cuando este gobierno se vanagloria de no hacer reuniones de gabinete. No es una atribución del presidente; es una manda constitucional que nadie cumple, tampoco el jefe de Gabinete, que tiene bastante para hacer, pero quiere hacer todo lo demás, lo que le corresponde al Congreso también.

Volviendo a la Constitución de 1994, y a un argumento que fuera utilizado como excusa, paradójicamente en este recinto, el señor diputado Lamberto —a quien respeto mucho— dijo que estamos reformando un artículo de una ley —lo cual es algo parecido a lo que se dijo en el Senado—, una ley que se votó en este Congreso y que no tiene nada que ver con la Constitución.

Pero resulta que el miembro informante en el Senado y algunos legisladores en este recinto, hablaron todo el tiempo de reglamentar la reforma constitucional. Hay que ponerse de acuerdo para ser serios, sobre todo en una ley de este calibre que tanto ofende a la intelectualidad y a las instituciones.

Este orden que la Constitución da a las atribuciones del Congreso primero y a las del Poder Ejecutivo después, poniendo las limitaciones claras en un caso y en otro, absolutamente en concordancia de objetivos; no es una casualidad; es la causalidad, con la causa y el efecto que el constituyente quiere producir, es decir, la ausencia absoluta de la posibilidad de delegar facultades.

De la misma manera que en relación con los decretos de necesidad y urgencia me refería al ex convencional y juez de la Corte, el doctor Zaffaroni, me voy a referir a otro convencional constituyente también juez de la Corte Suprema, que es el doctor Maqueda.

El doctor Maqueda fue uno de los convencionales que defendió el Núcleo de Coincidencias Básicas. Ocupándose de uno de los puntos del núcleo, al llegar al tema en cuestión señaló: "En sexto lugar me voy a referir a la legislación delegada. Hoy no existe ningún tipo de límite

para que el Congreso de la Nación delegue facultades sobre el presidente de la Nación”.

Eso decía el juez Maqueda en su sana intención de quitarle la fuerza presidencialista que traía la Constitución desde 1853 y que él mismo había expuesto con anterioridad.

Sra. Presidenta (Vaca Narvaja). – Le ruego que redondee su exposición, señora diputada, porque se ha acabado el tiempo del que disponía.

Sra. Cassese. – Termina el juez Maqueda diciendo lo siguiente: “Desde ahora en adelante también va a haber límite de materia y de procedimiento...” —nada se está haciendo hoy— “...y un marco determinado en el cual el Parlamento no va a poder delegar sus facultades de legislación en todo tiempo y lugar”.

Este para qué no tuvo respuesta porque, como se dijo en el Senado: miente, miente que algo va a quedar. Aquí se dijeron muchas falacias, todas revertidas por cada uno de los informantes de los bloques proopinantes.

Y es cierto que a esta ley no la quiere nadie. El gobierno también se maneja por encuestas y todo el mundo sabe muy bien la caída que se produjo en la imagen de la pareja presidencial a partir de la discusión de este tema.

La gente no quiere esto, porque sospecha de las delegaciones; sospecha de esta angurria de poder en una sola mano. Ya lo dijo la sociedad a través de cadenas de *e-mails* y mediante expresiones de las entidades intermedias, de la misma forma que la Asociación Empresaria Argentina se lo dijo al presidente del bloque oficialista.

Para que entiendan aquellos que son legos en la materia, esta ley dice que el jefe de Gabinete de Ministros, a quien nadie votó, podrá durante este período manejar a su libre antojo y albedrío ochenta y dos mil millones de pesos y las decenas de miles de millones de pesos que en los años próximos provengan de retenciones, del impuesto al cheque, de la plata de los jubilados que se usó para pagar al FMI, etcétera. Esto es lo que la sociedad intuye y sabe.

Para finalizar, quiero señalar que los números de la macroeconomía —de los que estamos orgullosos y respecto de los cuales nos sentimos parte fundacional— no son suficientes. Cuando la calidad institucional se pierde como hoy ocurrirá en este Congreso de la Nación tam-

bién se atenta contra la estabilidad social. Fruto de ello son los números que hemos escuchado en este recinto respecto de que hoy en día la brecha entre ricos y pobres es una de las más altas de la historia. (*Aplausos*.)

Sra. Presidenta (Vaca Narvaja). – Tiene la palabra el señor diputado por la Capital.

Sr. Galvalisi. – Señora presidenta: sin perjuicio de que solicitaré la inserción de mi discurso —cuyo contenido es de carácter técnico— en el Diario de Sesiones, deseo formular algunas consideraciones.

Hemos escuchado arduamente muchos principios, tanto en materia constitucional como de valores republicanos, así como también planteos técnicos. La cuestión técnica es netamente clara. El artículo 37 de la ley de administración financiera determina en su primera parte que la reglamentación establecerá los alcances y mecanismos para efectuar la distribución del presupuesto, pero la segunda parte reserva facultades al Congreso. En consecuencia, eso es responsabilidad del Parlamento, y por principio administrativo la responsabilidad no se delega sino que se asigna.

No cabe entender por qué se está tratando de modificar un artículo siendo que el jefe de Gabinete ya dispone hoy de plenas atribuciones. Así lo determina el artículo 11 de la ley de presupuesto de 2006, que ha permitido al jefe de Gabinete otorgar autorización a cualquier funcionario del Poder Ejecutivo. De esta manera, advertimos la existencia de decretos, decisiones administrativas y resoluciones ministeriales mediante los cuales se establecen modificaciones presupuestarias; pero la cuestión es más grave.

Estudiando el tema, y analizando los debates que tuvimos en el recinto, en la sesión del 22 de agosto de 2001 el entonces diputado Pichetto señaló: “La semana pasada se acordó que en el día de hoy íbamos a tratar la derogación del citado decreto a fin de recuperar las atribuciones propias del Parlamento debido al uso discrecional que hizo el señor ministro Bastos modificando la política energética de una ley que realmente fue una de las mejores leyes de privatización que sancionó este Congreso Nacional”.

A su vez, como senador, en el debate que en el Senado se llevara a cabo, dio cuenta de que

necesitábamos la modificación de la ley porque el jefe de Gabinete no podía, en casos de emergencia, traspasar los fondos de una a otra parte del Estado. Si el señor senador Pichetto hubiese leído el artículo 39 de la ley, habría advertido que el problema quedaba totalmente subsanado.

Por otro lado, me asombró el discurso de la senadora Cristina Fernández de Kirchner al aludir a Juan Bautista Alberdi. Lo hizo en relación con la prensa diciendo que ésta es un poder, y cuando es libre, es un poder que se gobierna a sí mismo. Esto no tiene sentido, porque no estamos juzgando a la prensa sino analizando una cuestión de delegación de facultades.

Sin embargo, como citara la senadora, no quiero dejar de referirme a Juan Bautista Alberdi, quien en uno de sus artículos señaló: "Sin duda, las Constituciones que regularon después la conducta de la República calificaron de crimen legislativo la actitud de dar poderes extraordinarios y omnímodos a sus gobernantes".

Cuando uno analiza la secuencia de lo que hoy estamos debatiendo encuentra una falacia y un doble discurso. Por ejemplo, quiero leer las siguientes expresiones: "Estamos frente a una grave falta de legitimidad política, que se quiere subsanar mediante la sanción de cualquier ley del Congreso, sin importar lo que diga esa norma. (...) Podemos comparar la delegación de facultades con lo que pasó hace ciento ochenta años en nuestro país. Es cierto que es mucho más difícil definir el concepto de participación, libertad, democracia y república comparándolo con su ideal. Este es el problema que hoy tenemos. (...) Algún diputado citó una frase de Yourcenar, en *Memorias de Adriano*: 'Y me empecé a sentir Dios'. Ese es el problema central de la Argentina. Si cada uno no asume la responsabilidad que tiene, no vamos a poder salir de esta situación". Esto lo expresó el entonces y actual diputado Urtubey en la sesión del 25 de marzo de 2001.

Para cerrar quiero leer unos conceptos que creo pueden ayudar, y que yo por lo menos hice propios: "Sin entrar a enumerar los conceptos del mensaje del Poder Ejecutivo, el menú de grandes facultades, imprecisas e indeterminadas, excede largamente lo dispuesto en el artículo 76 de la Constitución Nacional. Aunque ficticiamente se lo pretenda ocultar,

se trata de las facultades extraordinarias que el artículo 29 de la Carta Magna prohíbe otorgar. Como ya se dijo en este recinto: 'Ahora vienen por la República'". Estas palabras fueron expresadas por el diputado Díaz Bancalari en la misma sesión que antes cité.

Creo que la cuestión de fondo es que no podemos borrar con el codo lo que escribimos con la mano, sea la derecha o la izquierda, y que en un Estado como el que hoy tenemos, con solvencia y crecimiento económico—el diputado Godoy por San Juan decía que las cosas han mejorado desde el punto de vista económico y financiero—, no tiene razón de ser dejar nuestras facultades en manos de una persona que hoy puede ser honrada o no, ni podemos tampoco delegarlas *in eternum* para el día de mañana.

Para concluir deseo señalar un doble discurso. Lo único que he escuchado hasta ahora es que van a sacar recursos de obras públicas para enviarlos al Plan Remediar o que el excedente de la deuda se va a destinar a servicios sociales. Sin embargo, nadie me garantiza que el jefe de Gabinete no haga lo contrario. (*Aplausos.*)

Sra. Presidenta (Vaca Narvaja). — Tiene la palabra la señora diputada por Mendoza.

Sra. Lemos. — Señora presidenta: solicito autorización para insertar mi discurso en el Diario de Sesiones y sólo expresaré unos breves conceptos.

Al analizar el proyecto de ley en consideración pensé que estaba ante la reforma de una ley, pero a medida que iba profundizando el estudio encontré elementos para pensar que en realidad esto parece más la modificación de la Constitución Nacional que la de un artículo de la ley de administración financiera.

Esta iniciativa altera seriamente lo prescrito por el artículo 1° de nuestra Carta Magna, que establece la forma de gobierno. Afirmó esto porque creo que de las tres formas de gobierno que dispone nuestra Constitución Nacional vulnera seriamente a la representativa y a la republicana. Por eso considero que este proyecto abre una discusión —quizá en algún momento debamos encararla— respecto de la forma de gobierno. Sin embargo estimo que no deberíamos habilitar ese debate por la vía de la reforma de un artículo de la ley de administración financiera.

En rigor esta iniciativa vulnera el principio de representación, que sostiene que no hay imposición sin representación, y tal principio es el que da vida al presupuesto, que en mi opinión luego de la Constitución Nacional es la ley más importante de la República. Además, nuestra Carta Magna establece con claridad que es el Congreso el que fija el presupuesto.

Respecto del alcance de fijar el presupuesto podemos analizar que dicen la doctrina y la legislación comparada, y cuál es la opinión de las instituciones más importantes de la comunidad. Brevemente señalaré que todos los autores que pude consultar desde las ciencias de las finanzas y el derecho coinciden en el concepto de establecer como una atribución plena del Congreso y a éste le asignan lo cuantitativo y lo cualitativo.

En relación con la legislación comparada encontré un estudio hecho por Humberto Petrei en el que compara países latinoamericanos y los que denomina industrializados. Cuando se refiere a los países latinoamericanos incluye obviamente a la Argentina y cita a Brasil, Chile, Colombia, México y Venezuela. En todos los casos es el Congreso el que tiene la facultad de formular el presupuesto con los alcances de la Constitución, y de modificarlo. Sólo Brasil recientemente con una ley de responsabilidad fiscal ha atenuado esta facultad, pero la limita vía esta ley.

Cuando se refiere a los países industrializados habla de Estados Unidos, Canadá, Reino Unido, Suecia, Australia, Nueva Zelanda y España. En todos estos casos, con excepción de Nueva Zelanda —la que limita la facultad que tiene el Poder Ejecutivo a un cinco por ciento— se da una gran participación al Parlamento. La doctrina y la legislación comparada tienen este esquema de plenas facultades del Congreso, para fijar y modificar.

Finalmente las opiniones de otras instituciones como el Colegio Público de Abogados, la Asociación de Abogados de Buenos Aires, la Asociación de Profesores de Contabilidad Pública y la Asociación de Presupuesto Público se han expedido sobre la inconveniencia del proyecto que el Poder Ejecutivo trae hoy para convertir en ley.

En conclusión, no queda otra cosa que rechazarlo porque es claramente inconstitucional,

violatorio de las formas de gobierno, tiene una baja calidad institucional y atenta contra la calidad institucional de la República.

Voy a terminar con una cita del libro *La delegación legislativa* de Gregorio Badeni, al que se refirieron varios miembros del oficialismo en la Comisión de Presupuesto y Hacienda, de la que formo parte, cuando se trató el tema.

Badeni dice expresamente: “No hay República sin división de poderes.

“No se entiende bien que se establezca la división de poderes, como lo hace la Constitución Nacional en el artículo 1º y luego facultar a los órganos constituidos para dejarla sin efecto.

“Alterar o anular la técnica de la división de los poderes concebida para la salvaguarda de la libertad y dignidad de las personas, que configura el único contenido teleológico de los sistemas políticos democráticos constitucionales, contiene un riesgo que...” —como dijo Cicerón— “...demuestra que en todo sistema político está presente el germen de su destrucción, cuando el comportamiento de gobernante y gobernados se apartan de las reglas instrumentadas para su funcionamiento.” (*Aplausos.*)

Sra. Presidenta (Vaca Narvaja). — Tiene la palabra la señora diputada por Capital.

Sra. Ginzburg. — Señora presidenta: la Constitución Nacional dispone que el Poder Ejecutivo propone y el Poder Legislativo aprueba; esto lo determina el inciso 8 del artículo 75.

El jefe de Gabinete de Ministros y los ministros del Poder Ejecutivo ejecutan, según lo determina el inciso 7 del artículo 100 de nuestra Carta Magna, y el Poder Legislativo controla, de acuerdo con lo establecido en el artículo 85.

Por su parte, el inciso 2 del artículo 75 establece: “No habrá transferencia de competencias, servicios o funciones sin la respectiva reasignación de recursos, aprobada por ley del Congreso...”. Entonces, queda claro que lo que se está intentando aprobar es absolutamente violatorio de la Constitución Nacional e impone una supremacía a favor del Poder Ejecutivo en contra del Congreso.

Como si esto no fuera suficientemente claro, el artículo 29 de la Constitución Nacional da la última palabra al expresar: “El Congreso no puede conceder al Ejecutivo nacional... facultades extraordinarias, ni la suma del poder público, ni

otorgarles sumisiones, o supremacías...". Más adelante agrega: "Actos de esta naturaleza llevan consigo una nulidad insanable y sujetarán a los que los formulen, consientan o firmen a la responsabilidad y pena de los infames traidores a la patria".

Por su parte el artículo 260 del Código Penal, ley 11.179, reza: "Será reprimido con inhabilitación especial de un mes a tres años, el funcionario público que diere a los ciudadanos o efectos que administrare una aplicación diferente de aquélla a que estuvieren destinados. Si de ello resultare daño o entorpecimiento del servicio a que estuvieren destinados, se impondrá además al culpable, multa del veinte al cincuenta por ciento de la cantidad distraída".

Resulta indudable que lo que el jefe de Gabinete de Ministros pretende es que se lo exima de poder ser imputado en un delito. No sé qué hará en el futuro, pero hoy esto queda a la vista. No hace falta remontarnos a lo que pasó hace cinco, diez o veinte años. Esta es una ley de principios del siglo pasado, que surge de la Constitución histórica. De modo que por más interpretación rebuscada que hagamos, esto es muy claro y se ha hecho para asegurar el resguardo de los fondos públicos y su destino a través de una ley del Congreso.

Ahora se viene a sostener —hemos leído el discurso del jefe de Gabinete de Ministros en la Cámara de Senadores— que se busca mayor institucionalidad y transparencia. Creo que se está institucionalizando la discrecionalidad, porque por más errores que se hayan cometido en el pasado no es justificativo para que ahora la establezcamos definitivamente.

Como dijo el presidente de otro bloque, esta discrecionalidad que va a tener el jefe de Gabinete de Ministros no la va a tener ningún jefe de gobierno de ninguna provincia.

Es curiosa la forma que tiene este gobierno de entender la institucionalización. De sus interpretaciones a veces se sacan, a mi entender, conclusiones descabelladas. Todas son trabas de la oposición, y aquí casi se nos ha llegado a calificar de hienas.

El Poder Ejecutivo puede pretender tener el veto continuo de los jueces a través de la modificación del Consejo de la Magistratura. Puede hacer un simulacro de la transparencia en la designación de los miembros de la Corte Supre-

ma —no otra cosa fue la implementación del decreto 222/03—. Asimismo, puede crear impuestos arbitrarios —como fueron estos famosos cargos fijos que establecimos—, intentar gobernar mediante DNU y ahora también tener estos superpoderes, que quieren hacernos ver como que no son tales. Pero sucede que la culpa de todo la tiene la oposición, porque no somos comprensivos.

Aquí he escuchado algunas definiciones. Ahora me enteré, de pronto, que la República es otra cosa que lo que aprendí siempre, y no tiene que ver con la división de poderes. Tiene que ver con la participación ciudadana y con el hecho de que la Argentina pudo estar al borde del abismo por tener cinco mil puntos de riesgo país, ¿pero qué tiene que ver esto? Eso puede llevar a la desaparición de un país, pero la República es la división de poderes. Este no es un concepto abstracto, tal como se ha sostenido aquí. Esto no es casual, porque es la forma de manejarse que tiene este gobierno.

Como decía el diputado Dellepiane, en el día de ayer el diputado Depetri dijo por radio —lo escuché— que como la oposición no tiene una idea, está planeando una conspiración en relación con la seguridad. Parece ser que nosotros encargamos asesinatos, pagamos violadores o comandamos bandas de delincuentes. Esto lo ha dicho ayer el diputado Depetri.

Ahora tenemos otro sainete con el jefe de Gabinete de Ministros, quien fue al Senado a reclamar sus derechos como jefe de Gabinete de Ministros. El sostiene que no quiere cogerse con el Congreso, pero el jefe de Gabinete de Ministros tiene una confusión acerca de lo que es administrar. Cuando se resuelve la inversión de los fondos hablamos de disponer y no de administrar, y cabe aclarar que el único que está facultado para esa tarea es el Congreso.

Lo que tiene que hacer el jefe de Gabinete de Ministros es ejecutar, y eso es administrar, pero él sostiene que no quiere escribir un diario íntimo —como hizo hasta ahora— y, por supuesto, ofende, como es su costumbre.

Quisiera saber, ya que nos estamos remontando al pasado, lo siguiente: ¿el jefe de Gabinete de Ministros es el mismo que era el presidente de la juventud del Partido Nacionalista Constitucional, de extrema derecha, y que des-

pués pasó por todos los espectros políticos, estando ahora en un arco que se dice progresista, y que yo califico de progresismo farsante o populismo?

¿Es el mismo jefe de Gabinete que ahora nos dice despectivamente “la derecha” a quienes estuvimos muy a la izquierda de él? Realmente es incomprensible.

Ante cada cosa que se quiere explicar o decir, está el agravio permanente. Esto es lo que tenemos que estar soportando. Esta es la forma de este gobierno.

En el tema de las papeleras no nos fue bien. No se pudo convencer ni siquiera al juez de Venezuela—proyecto que se dice popular y nacional—, que votó a favor de las multinacionales que nos estarían envenenando. Entonces, ¿quién tiene la culpa? También la oposición, que parece ser que está en el bando contrario.

Ahora el canciller Taiana nos hace interpretaciones de derecho constitucional. Lo que aprendí de mis maestros de Derecho Constitucional como Linares Quintana, González Calderón y Sánchez Viamonte, entre otros, fue borrado de un plumazo. Ahora, cortar caminos es un derecho de expresión.

Sra. Presidenta (Vaca Narvaja). — ¿Puede ir redondeando su discurso, señora diputada?

Sra. Ginzburg. — Sí, señora presidenta.

Mañana, usurpar propiedades o golpear a otros también será un derecho de expresión. Vamos a preguntar al canciller Taiana para que nos haga las interpretaciones.

El jefe de Gabinete también interpreta las Constituciones provinciales a su antojo, porque todas tienen restricciones.

Tendría que ver lo que dicen las Constituciones de Chile, Colombia y Brasil. En las de Chile y Colombia están reservadas al Congreso las reasignaciones presupuestarias que impliquen modificaciones entre gastos corrientes y de capital, y en la de Brasil las modificaciones deben ser hechas en el marco de las restricciones establecidas en la ley de responsabilidad fiscal.

Entonces, es necesario saber quién es este señor a quien nadie votó. El general Perón decía “todos los hombres son buenos, pero si se los controla, mejor”. Este señor jefe de Gabinete vino acá y le replicó a una diputada que él había evolucionado, pero yo no sé hasta dónde

puedo confiar en alguien a quien nadie votó y tiene una evolución tan ubicua. Es demasiado voluble para mi gusto.

—Varios señores diputados hablan a la vez.

Sra. Presidenta (Vaca Narvaja). — La Presidencia ruega a los señores diputados que no dialoguen.

Sra. Ginzburg. — Por ello, y aun sabiendo el resultado de esta votación, tenemos la obligación de expresarnos, no para que nos escuche el oficialismo, porque el jefe de Gabinete vino aquí nada más que a imponer el proyecto, sino que esta obligación es la de alertar a la comunidad acerca de que lo que se está discutiendo hoy no es una entelequia política sobre qué facultades tiene el Poder Ejecutivo para gobernar o no. Lo que se está discutiendo es quién tiene el derecho de decidir en qué se invierten los fondos que cada uno de los habitantes aporta al presupuesto nacional. (*Aplausos*.)

Sra. Presidenta (Vaca Narvaja). — Tiene la palabra el señor diputado por Tucumán.

Sr. Lix Klett. — Señora presidenta: intentaré ser lo más breve posible en un tema donde mucho se ha dicho y se dirá y están en juego no sólo aspectos jurídicos e institucionales sino también cuestiones de filosofía política profunda que se vinculan con la arquitectura misma del régimen de gobierno que a través del proyecto se pretende diseñar.

El proyecto sometido a consideración de la Cámara—y para describirlo me permito emplear palabras que utilizara el senador Capitanich en la reunión de la Comisión de Presupuesto y Hacienda que presidió el 5 de julio— implica la posibilidad de hacer tres tipos de modificaciones a la ley de presupuesto. En primer lugar, transferir recursos pertenecientes a erogaciones de capital a erogaciones corrientes. Técnicamente significa que 100 pesos asignables para la construcción de viviendas se pueden destinar a la adquisición de medicamentos en caso de una emergencia sanitaria determinada.

En segundo término, permite utilizar recursos de aplicación financiera, recursos por debajo de la línea destinados a partidas vinculadas con la amortización de deuda para invertir y destinarlos, por encima de la línea, a vivienda y eventualmente medicamentos.

En tercer lugar, otorga la factibilidad de modificar la finalidad de la partida presupuestaria pertinente, lo cual implica que 100 pesos destinados a la construcción de viviendas en la jurisdicción del Ministerio de Planificación Federal puedan ser asignados a la jurisdicción del Ministerio de Salud a efectos de que sean volcados a la adquisición de medicamentos.

Para demostrar sobre qué estamos debatiendo, utilizaré las palabras del senador Capitanich pero mudando los ejemplos, ya que los ejemplos son la piedra de toque de toda teoría.

El proyecto brinda la posibilidad de hacer tres tipos de modificaciones a la ley de presupuesto.

La primera consiste en transferir a erogaciones corrientes recursos pertenecientes a erogaciones de capital. Técnicamente, esto significa que cien pesos asignables a la construcción de viviendas en determinada jurisdicción provincial podrían destinarse no a la adquisición de medicamentos en una situación de emergencia sino a gastos protocolares o a políticas vinculadas al clientelismo electoral.

La segunda apunta a utilizar recursos de aplicación financiera destinados a una partida vinculada con amortización de deuda para invertir no en viviendas o en adquisición de medicamentos —como pretendiera justificar el representante del oficialismo— sino en asistencialismo electoralista. A esto debemos agregar que la utilización para otros fines de los recursos destinados a una partida vinculada con amortización de deuda implica aumentar el nivel de endeudamiento público.

La tercera se vincula con la factibilidad de modificar la finalidad de la partida presupuestaria pertinente. Esto significa que cien pesos que estaban destinados a la construcción de viviendas en la jurisdicción del Ministerio de Planificación Federal, Inversión Pública y Servicios podrían ser asignables a la jurisdicción del Ministerio del Interior a efectos de ser volcados a la contratación de personal burocrático.

No digo que todo esto vaya a hacerse a partir de la sanción de este proyecto. No estamos haciendo acepción de personas ni poniendo en tela de juicio la prudencia con la que el actual jefe de Gabinete de Ministros vaya a hacer uso de las facultades que se le pretenden otorgar. Simplemente digo que todo esto podría hacerlo otro jefe de Gabinete de Ministros en el futuro,

bajo otra administración e incluso de un signo político diferente. Estoy hablando del futuro institucional de la República, porque los hombres pasan pero las instituciones quedan. Esto es, en parte, lo que está en juego.

Cuando el Senado romano abdicó gran parte de sus facultades para dar inicio a lo que históricamente se conoció luego como la época imperial, lo hizo en favor de un gobernante de la sabiduría y prudencia de Augusto. En aquel momento, probablemente los senadores no fueron conscientes de que con esa medida estaban hiriendo de muerte a la República romana. Recordemos que el Senado romano continuó funcionando durante prácticamente toda la época imperial pero con sus funciones reducidas a roles puramente protocolares como los que hoy invisten buena parte de las monarquías europeas.

Con esto pretendo señalar que en este debate no es apropiado dar como argumento el diseño formal del Estado, porque formalmente la República romana continuó subsistiendo como un cadáver embalsamado mucho tiempo después de su muerte real.

Tampoco resulta válido pretender justificar o descalificar leyes poniéndoles nombre y apellido o personalizar un debate que debería ser objetivo de cara al futuro, ya que los poderes conferidos a Augusto fueron utilizados más tarde por Nerón, Calígula y otros tiranos incompetentes que terminaron dilapidando la grandeza de Roma.

Sra. Presidenta (Vaca Narvaja). — La Presidencia solicita al señor diputado que vaya redondeando su exposición.

Sr. Lix Klett. — El debate da para mucho, señora presidenta, pero estamos tratando de reducirlo al máximo posible.

Sra. Presidenta (Vaca Narvaja). — Los oradores han tratado de ceñirse a los tiempos, señor diputado.

Sr. Lix Klett. — Considero que éste es un ámbito para hablar y debatir, señora presidenta, pero trataré de redondear mi exposición.

En el transcurso de esta sesión, algunos diputados pidieron desdramatizar el debate y que no se diera como argumento que se está hiriendo de muerte a la República. Yo no tendría problema en desdramatizarlo porque, después de todo, pasaron los tiranos y finalmente también

el propio Imperio Romano. Y hoy florece en suelo italiano una bella república con diseño constitucional moderno.

Aquí se están delegando facultades del Congreso en abierta violación de lo dispuesto por el artículo 76 de la Constitución Nacional. Esa abdicación reviste un carácter permanente y por ello no es válido argumentar a través de lo que éste u otros señores diputados pudieron haber dicho cuando se trataron delegaciones de emergencia habilitadas por ese texto de nuestra Carta Magna.

No voy a desdecirme de nada de lo que expresé en anteriores debates porque siempre he actuado con sentido de responsabilidad para con mis deberes institucionales. Mantengo todo lo que dije. Pero debo reconocer —y lamentablemente recién lo sabré cuando haya de rendir cuentas ante el Eterno que preside el universo— que incluso cabe la posibilidad de que me haya equivocado.

Viene a mi memoria una cita de Terencio: *Homo sum, humani nihil a me alienum puto*, es decir, “hombre soy y nada de lo humano puedo considerarlo extraño a mí”.

Por ello estas palabras están dirigidas a todos aquellos que han experimentado la condición humana en toda su entrañable dimensión, con la totalidad de sus miserias y grandezas. En modo alguno podrían entenderlas quienes todavía no hubieran alcanzado esa humanidad tan entrañable, aquellos que nunca se hubieran equivocado, quienes nunca hubiesen conocido la miseria del pecado, e incluso, por ello mismo, nunca pudieron experimentar en sus espíritus la gracia de la redención. (*Aplausos.*)

Sra. Presidenta (Vaca Narvaja). — Tiene la palabra el señor diputado por Tucumán.

Sr. Vargas Aignasse. — Señora presidenta: en virtud de la cantidad de señores diputados que aún deben hacer uso de la palabra y de las horas de debate ya transcurridas, voy a solicitar la inserción de mi discurso en el Diario de Sesiones. (*Aplausos.*)

Sra. Presidenta (Vaca Narvaja). — Tiene la palabra el señor diputado por Santa Cruz.

Sr. Acuña Kunz. — Señora presidenta: al igual que en la sesión anterior, hoy concurrimos a este recinto a certificar, a mi juicio, la defunción del sistema republicano de gobierno. No voy a hablar aquí de cuestiones técnicas, sino que sólo

me voy a referir al principio general establecido en el inciso 8 del artículo 75 de la Constitución Nacional: corresponde al Congreso fijar anualmente el presupuesto general de gastos y cálculo de recursos de la Administración Nacional en base al programa general de gobierno y al plan de inversiones públicas.

Pero hoy venimos a modificar nuestra Carta Magna mediante una ley, convirtiendo una vez más la excepción en regla.

Por medio del proyecto de ley que estamos considerando el jefe de Gabinete de Ministros se transformará en el amo y señor de los fondos públicos de todos los argentinos, con el agravante de que se pretende otorgar el ejercicio de estas facultades por tiempo indefinido.

Los santacruceños ya sabemos cómo el kirchnerismo ha convertido, en otras ocasiones, la excepción en regla. Desde 1991 tenemos una ley de emergencia económica y social que permitió al Frente para la Victoria legislar a través de decretos. Y también desde ese año los santacruceños sabemos perfectamente qué es la suma del poder público. Por eso no nos sorprende esta movida para hacer en la Nación lo mismo que en Santa Cruz.

Quiero decir que esta es la forma en que ellos, en aquella época y ahora, gobiernan, contando con una abrumadora mayoría. Gobiernan por decreto, no quieren debate. Para ellos eso es una pérdida de tiempo. Sólo ellos saben, sólo ellos pueden, sólo el señor presidente y la senadora, sólo Néstor y Cristina.

En esta Honorable Cámara se encuentra presente un diputado nacional que dijo que la Legislatura de mi provincia era la cueva de las manos porque allí los diputados sólo estaban para levantar las manos y no les estaba permitido discutir absolutamente nada. Esto fue después de aquella memorable sesión en la que se aprobó el presupuesto nacional y el tema del mínimo no imponible.

Ese señor diputado también dijo que la Cámara de Diputados de mi provincia no era más que una escribanía que certificaba los actos del Poder Ejecutivo de Santa Cruz.

Esta es la aspiración que para esta Cámara de Diputados de la Nación tiene nuestro presidente. Al respecto, algún periodista ya dijo que este cuerpo era una máquina de levantar manos.

Por eso digo que esta hegemonía de poderes se acentúa día a día cuando gobernadores e intendentes radicales o justicialistas, otrora oponentes del kirchnerismo, ahora se enrolan en sus filas como furgón de cola en función de lograr algunos beneficios económicos para sus terruños. Es una demostración lamentable de que el dinero ha vencido a la política. Traigo una vieja frase del ideario popular, cambiando algunas palabras: billettera mata ideal.

Sr. Kunkel. — ¡Acuérdese de la Baneico!

Sr. Acuña Kunz. — Esto es lo que pasa y pasará a nivel nacional. Es lo mismo que ocurrió en Santa Cruz. Día a día estamos viendo cómo en Balcarce 50 cooptan y obligan sin tapujos a todos aquellos opositores que tienen puestos ejecutivos —gobernadores o intendentes— a formar parte del Frente para la Victoria.

Con el paso del tiempo, el deterioro institucional será grave, porque el poder económico del Poder Ejecutivo nacional será tan grande que ya no importará quién gane las elecciones en las provincias y en los municipios.

La dependencia económica hacia el poder central será tan importante que quienes resulten electos no tendrán margen alguno para gestionar sus propias administraciones, y deberán sumarse a la mano del amo para continuar en sus funciones.

Con el mayor de los respetos quiero decir que venimos del interior para dar seriedad y responsabilidad a nuestros mandatos. Yo, como médico de pueblo, estoy llegando al convencimiento de que algo debe haber en el agua que se bebe o en el aire que se respira en la Capital Federal, lo que genera algún tipo de mutación en los políticos que se mudan a estos pagos.

Seguramente esto le debe haber ocurrido a la senadora Kirchner. Lo lamentable es que estas mutaciones las termina pagando primero la República, y luego el pueblo.

Hubo una diputada por Santa Cruz que intentó poner límites al poder de turno. Desde la soledad trató de frenar la embestida del oficialismo contra el Congreso de la Nación. Hubo una diputada por Santa Cruz que inició una cruzada contra el autoritarismo oficialista. Hubo una diputada por Santa Cruz que no se dejó amedrentar cuando le imputaron que no dejó gobernar.

Sin embargo, esa diputada por Santa Cruz presentó un proyecto para la reglamentación

de los decretos de necesidad y urgencia totalmente contrario al que finalmente sancionó el oficialismo.

Quiero reivindicar hoy en la Honorable Cámara de Diputados a aquella diputada por Santa Cruz, que con *glamour* de oposición progresista luchó contra los excesos del poder como una buena republicana y como una heredera de la mística setentista, aquella mística revolucionaria que se atrevió a cuestionar al mismo Juan Domingo Perón.

También quiero decir que estoy en desacuerdo con la actual senadora por la provincia de Buenos Aires, coautora del proyecto de superpoderes que hoy estamos tratando. Quiero preguntarle si sus ideales los dejó detrás de la puerta del despacho al que ingresó cuando fue electa como senadora por la provincia de Buenos Aires o detrás de la puerta que abandonó cuando dejó la diputación por Santa Cruz.

Esta senadora ayer los llamaba superpoderes, y hoy los denomina herramientas administrativas operativas. Extrañamente, el pensamiento de la senadora Kirchner y su esposo repiten la misma letra del ideólogo de la década del noventa, llamado Roberto Dromi.

¿Los ideales son inversamente proporcionales a la cercanía del poder o en el ejercicio del poder nos mostramos realmente como somos? ¿Existe una ética cuando se está en el poder y otra cuando se es oposición?

El otro día cuando miraba por televisión el monólogo de dos horas y media de la esposa del presidente, me daba la impresión de que a la actual senadora por la provincia de Buenos Aires la guía el mismo principio que cuando va al *shopping*: la compulsión.

Mis palabras y mi voto nada podrán frente a la muralla de acero que ha construido el oficialismo, pero sirven a pesar de todo para demostrar que en este sistema hay ciudadanos y diputados de la Unión Cívica Radical que no traicionarán ni sus mandatos ni sus ideas, y en medio del desierto levantaremos la vieja bandera de nuestra patria y la República. Aunque estemos en soledad siempre estaremos de cara frente al pueblo, con la Constitución en una mano y con la otra aferrando la fe de Dios para decirle “no, no y no” a este proyecto que a mi juicio y al de nuestro bloque es absolutamente inconstitucional. (*Aplausos.*)

Sra. Presidenta (Vaca Narvaja). — Tiene la palabra la señora diputada por la Capital.

Sra. Bertol. — Señora presidenta: en primer lugar, voy a solicitar autorización para insertar mi discurso, en el que hago un desarrollo sobre lo que creo que es el rol de la mayoría y de la minoría. Me parece que ese rol tiene que ver con la función de control y que la mayoría está integrada por legisladores que también deben controlar. Entiendo que ambas —mayoría y minoría— deben cooperar y complementarse en la función de control. Y desde este lugar, señora presidenta, creo que nos debemos colocar en la defensa de la Constitución y de la República.

Dicho esto, me gustaría contestarle al señor diputado Ruperto Eduardo Godoy —pero sin ironía, es decir, no como se expresó él—, quien dio la bienvenida a este recinto a un diputado de la Ciudad de Buenos Aires al que no nombró pero cualquiera se puede dar cuenta, con un poco de imaginación, que se estaba refiriendo a quien en las últimas elecciones encabezó la lista de la Ciudad de Buenos Aires y obtuvo el 36 por ciento de los votos del electorado porteño, quien además es un hombre altamente presidenciable, por lo cual no necesitamos la bienvenida del señor diputado por San Juan; si bien no dejamos de agradecerse la, la verdad es que no la necesitamos.

Por otro lado, desde hace dos semanas no puedo dejar de llevar conmigo una nota que escribiera un comunicador increíble como es Jorge Guinzburg. En esa nota cuenta que cuando llegó de Alemania escuchó muy sorprendido que en este país alguien muy cercano al gobierno hablaba de que las críticas son propias de quienes carecen de ideas y en este sentido se ponía a reflexionar sobre cómo alguien tan cercano al gobierno decía esta frase cuando el propio presidente, desde hace mucho tiempo, no hacía otra cosa más que criticar.

Si me permite, señora presidenta, voy a leer textualmente lo que dice la nota. Jorge Guinzburg expresa lo siguiente: “Lo que me llama la atención es que alguien cercano al presidente desprecie a los que critican cuando a lo largo de estos tres años y pico su jefe, Néstor Kirchner, criticó con vehemencia, en distintos momentos de su mandato y por distintos medios, a los piqueteros, a la oposición, a Italia por trabar la

renegociación de la deuda externa, a Aguas Argentinas, a las empresas privatizadas, a las petroleras...” y continúa la lista.

Luego continúa diciendo, siempre desde el humor: “Después repasé de dónde provenían los reproches a esta iniciativa del gobierno...” —refiriéndose a los superpoderes— “...de disponer discrecionalmente de fondos a poco tiempo de llegar a un año electoral y después de señalar en repetidas oportunidades que estábamos saliendo de la crisis. De todos los sectores —la izquierda, la derecha, sin olvidar el centro...” y yo agrego CIPPEC, Poder Ciudadano y numerosas organizaciones de la sociedad civil “...todos los que no pertenecen al oficialismo expresaron su oposición. Entonces, recordé a mi papá diciéndome ‘si alguien te dice que estás borracho, no le hagas caso; si te lo dice otro más, prestale atención, pero si ya te lo dice un tercero, no pierdas tiempo y andá a dormir hasta que se te pase la mona’”.

Finalmente, recurriendo de alguna manera a un ejemplo que dio uno de mis compañeros, lo parafraseo y digo: “Si tiene ojos de sapo, patas de sapo y lengua de sapo, es un sapo”. Y esta noche, señora presidenta, en este recinto somos muchos los que no vamos a aceptar este sapo. *(Aplausos.)*

Sra. Presidenta (Vaca Narvaja). — Tiene la palabra el señor diputado por Buenos Aires.

Sr. Alchouron. — Señora presidenta: hemos tenido la oportunidad de escuchar opiniones sumamente profundas por parte de aquellos diputados que han manifestado su rechazo a este proyecto enviado por el Poder Ejecutivo y que ya cuenta con sanción del Senado.

En realidad, creo que los comentarios y los discursos que se han pronunciado desde el interbloque Propuesta Federal son suficientemente amplios y profundos y no cabe agregar mucho más. Por ello, voy a pedir autorización para insertar el discurso que tenía preparado; entiendo que no va a agregar más a aquellas opiniones que se han sustentado sobre la base de la clara y manifiesta inconstitucionalidad del proyecto de ley que estamos examinando.

Sin entrar a ampliar sobre los artículos de la Constitución que están en juego —esto ya ha sido suficientemente expuesto y representan mi opinión final— solamente quiero hacer una última aclaración.

El diputado Lix Klett habló de la delegación de facultades al Poder Ejecutivo que se había votado en 2001. Quiero señalar que yo también la voté, y lo hice en el absoluto convencimiento de que se daban las circunstancias para manifestarme de esa manera.

La diferencia fundamental radica en que en este momento estamos hablando de delegar facultades en forma permanente, es decir sin ningún tipo de limitación en el tiempo, y eso es lo que me parece más grave de esta disposición que sin lugar a dudas se va a sancionar.

Cabe pensar en la posibilidad de delegación ante una situación realmente crítica, tal como la existente en el país en el 2001, y por un plazo concretamente fijado, que en esa ocasión era de un año. En este caso estamos haciendo una delegación en circunstancias que no son para nada críticas, y además lo hacemos *sine die*.

Muchos de los diputados preopinantes se han expresado sobre este tema, que considero como el más grave del proyecto, porque se trata de un mecanismo que en un futuro puede deparar una enorme cantidad de irregularidades e importantes problemas para la economía y para la gente que vive en este país. (*Aplausos*.)

Sra. Presidenta (Vaca Narvaña). – Tiene la palabra el señor diputado por Córdoba.

Sr. Cantero Gutiérrez. – Señora presidenta: teniendo en cuenta lo avanzado de la hora voy a solicitar la inserción de mi alocución, pero permítame antes hacer una síntesis y dar algunas precisiones.

A veces con admiración y otras con asombro asistimos a la alocución de colegas que desde la ontología o desde una discusión epistemológica, a partir de un tratado de derecho o de una montaña de silogismos, presentan una cantidad de argumentos con los que hacen una prospección del futuro de nuestro país, muchas veces apocalíptico.

Solamente quiero hacer algunas reflexiones surgidas de las enseñanzas que deja el haber gestionado la cosa pública en los últimos tiempos. Mis expresiones provendrán del empirismo de haber actuado en la función pública antes de que se tuviera el marco normativo de la ley que hoy pretendemos modificar en uno de sus artículos. Era un período de inflación o hiperinflación, siempre supuesta, sin presupuesto, cuando el Congreso solamente convalidaba lo hecho.

¿Cómo funcionábamos en ese tiempo? Desde las instituciones íbamos al Tribunal de Cuentas, ubicado en uno de los últimos pisos del Ministerio del Economía, para conocer la imputación del gasto; después se hacía la licitación y luego debíamos volver para ver si la Tesorería en algún momento otorgaba el cheque para poder pagar. Unas veces lo hacía a los siete días y otras, a los setenta, en épocas de inflación, sin presupuesto aprobado. Aseguro que en ese entonces hacíamos tantos cambios como fuese necesario en la gestión de la cosa pública, muchos más que los que estamos haciendo ahora; y eso, en el marco de la absoluta legalidad, para que pudieran funcionar las instituciones.

A partir de la sanción de la ley 24.156 que hoy venimos a modificar comienza un período que nos permite tener presupuesto y responsabilidad en la gestión de la cosa pública. Quiero señalar que en aquellos momentos quedó muy en claro que muchas veces en función de la variación ambiental, social o económica se requería la modificación de partidas. Y en este caso también hablo desde una universidad nacional, con autarquía, modificando partidas y posibilitando así el funcionamiento de las instituciones.

En el país hemos tenido otras experiencias, que quisiera resaltar. Por un lado, me referiré a lo ocurrido en años anteriores y a la cantidad de modificaciones que tuvimos que hacer cuando estábamos gestionando la cosa pública para que el país no se nos escapara de las manos. ¿Qué cantidad de modificaciones tuvimos a nivel nacional en esos años?

Desde el Poder Ejecutivo el presupuesto se cambió doscientas veintitrés veces en 1999; ciento treinta y dos, en el año 2000; doscientas nueve, en 2001; ciento ochenta y ocho, en 2002; ciento ochenta y cuatro, en 2003; ciento sesenta y ocho, en 2004; noventa y tres, en 2005, y treinta y seis, en 2006.

Ha habido un cambio. Con este gobierno, cada vez estamos haciendo menos modificaciones en el presupuesto, pero existe una gran diferencia. Antes tales modificaciones se hacían para intentar sacar al país del abandono y de la terrible situación social en que se encontraba; ahora, simplemente el presupuesto se ha cambiado porque hay superávit y estamos asignan-

do recursos en un proceso de desarrollo. Quiero traer algunas otras experiencias.

Aquí se ha hablado acerca del presupuesto participativo. Durante más de cuatro años hemos gestionado presupuestos participativos. No sé cuántos colegas lo habrán hecho, pero les aseguro que cuando se lleva adelante un presupuesto participativo por programas y resultados que resuelvan los problemas, la cantidad de modificaciones que hay que hacer en razón de la actual estructura de contabilidad son muy grandes.

Quiero citar un ejemplo actual. El país ha quedado desmantelado en muchas áreas del Estado en su capacidad de formular proyectos de inversión y desarrollo de grandes obras, pero hoy podemos llevarlas a cabo. Muchas de esas licitaciones debemos encararlas con un indicativo global de la obra y una precisión específica que realiza la empresa cuando la obra es adjudicada. Hoy, cuando estamos por terminar esas obras debemos hacer reajustes que a veces son mucho más grandes que los previstos; entonces, es necesario hacer modificaciones.

Finalmente, no quiero pasar por alto dos expresiones vertidas en este recinto. A nadie haré imputaciones por el desmantelamiento del Estado, pero aquí se ha señalado que en los años setenta hubo un menajurje. A mi juicio, no existió ese menajurje del que habló algún señor diputado. Lo que hubo en 1976 fue el inicio de la destrucción del Estado. Tampoco puedo dejar pasar que se nos esté imputando que con una pala y un pico enterraremos la institucionalidad de la Argentina. Se la enterró por los grandes grupos financieros, socios del poder de turno que estatizaron sus deudas privadas. Los grandes grupos financieros que se disfrazan para evadir impuestos y llevar adelante diferentes procesos económicos de contrabando, están enterrando la economía del país. Nosotros estamos decididos a levantarla.

Para concluir quiero expresar con todo respeto que la bancada de la Unión Cívica Radical tiene una enorme incoherencia entre lo que plantea en este recinto y lo que hace donde gobierna. Los invito a que observen en la ciudad de Río Cuarto, donde son gobierno, cómo han formulado y están llevando adelante el presupuesto de la ciudad. El artículo 5° de ese presupuesto tiene muchísimas más modificaciones y

atribuciones que las que hoy se están introduciendo con esta enmienda al artículo 37 de la ley 24.156.

Apoyamos esta iniciativa con el absoluto convencimiento de que es necesario para nuestro gobierno seguir adelante en la gestión de la cosa pública a fin de continuar transformando la República Argentina, posibilitando la recuperación de la democracia, la institucionalidad, la paz social y el desarrollo. Estamos modificando el artículo de una ley y no la Constitución Nacional. Adoptamos esta actitud con el convencimiento de que estamos ayudando a nuestro gobierno y a todos los que lo sigan para que puedan llevar adelante la gestión de la cosa pública, manteniendo todos los controles de legalidad y legitimidad del Honorable Congreso de la Nación.

Por supuesto entiendo que tenemos un desafío pendiente: dotar de un instrumento legal que incorpore todos los adelantos metodológicos y tecnológicos para que prontamente en la Argentina en todos los niveles podamos tener presupuestos participativos por programas, por resultados, con topes de gastos y con una discrecionalidad acotada para llevar adelante la gestión de la cosa pública. Así podremos fortalecer el Congreso de la Nación para llevar adelante el contralor necesario.

Desde el empirismo de haber hecho, estamos convencidos de que esta norma que hoy propiciamos sancionar permitirá seguir llevando adelante el desarrollo de nuestro país. (*Aplausos.*)

Sra. Presidenta (Vaca Narvaja). — Tiene la palabra el señor diputado por Mendoza.

Sr. De Marchi. — Señora presidenta: a lo largo de esta extensa sesión hemos escuchado una enorme cantidad de argumentos acerca del daño que estos avances casi prepotentes del Poder Ejecutivo producen a la República. Se mencionó la falta de nombramiento de los jueces de la Corte, la reforma del número de integrantes del Consejo de la Magistratura y la reglamentación de los DNU, en virtud de que muy poco tiempo atrás en una tristemente célebre sesión se aprobó una nueva concesión al Poder Ejecutivo.

También se habló del esquema de cooptación de dirigentes de la oposición que el presidente suele utilizar. El caso de la provincia que representa, Mendoza, constituye quizá uno de los

ejemplos más patéticos. Nuestro propio gobernador cumple el tristísimo papel de adúlón de la Corte, resignando inclusive hasta los principios del propio partido que lo llevó al gobierno.

¿Vamos a hablar además de los rasgos monárquicos que este gobierno demuestra cuando el presidente afirma que el próximo será “pingüino” o “pingüina”, despreciando incluso su propio partido? Ya ni siquiera usa la típica frase: “Será quien el partido motione llegado el momento”.

¿Vamos a hablar de libertad de expresión o de prensa? ¿Vamos a hablar de política internacional, con sus socios Castro y Chávez, hombres que desprecian la República y la democracia? ¿Vamos a hablar de los ATN, que se han transformado en una especie de premio al mejor compañero? ¿Vamos a hablar de cargos específicos, que en este caso se han transformado quizá en el premio a la mejor provincia?

No sabemos quién elige el premio, pero indudablemente Santa Cruz va ganando por goleada.

Lo de hoy, entre tantas cosas, no es más que una gran perla negra en el pesado collar que cuelga del cuello de la República —que cada vez se torna más pesado— que quizás en algún momento corra el riesgo de caerse.

Podría fundamentar en detalle cada una de estas perlas, pero ya todos se han expresado detenidamente al respecto. Brevemente voy a concluir manifestando mi estado de ánimo; es decir, cómo me siento hoy como diputado respecto de lo que nos está pasando a todos los legisladores de los partidos que integramos este Congreso, como representantes de nuestro pueblo.

Este país se hizo entre oriollos e inmigrantes que con trabajo, buena fe, verdad y sobre todo coherencia imaginaron una patria donde se pudiera crecer en libertad y en paz. Contrario a ese espíritu de verdad y de coherencia, que destacaba recién, advierto con claridad —hay que remarcarlo— que quienes hasta hace muy poco tiempo pensaban de una forma hoy no sólo votan de manera contraria sino que además fundamentan su posición, como si todos fuéramos tontos o ingenuos. Creo que no hace falta que los nombremos porque sabemos quiénes son.

Esta norma no le sirve a la República ni a la institución presidencial; sólo le sirve a Néstor Kirchner “a secas” para ufanarse del poder acumulado a costa no sólo de la República como

sistema sino también de la dignidad de aquellos diputados y senadores, incluida Cristina “a secas”, que hace poco tiempo pensaban distinto y hoy compiten para ver quien es más creativo en el arte de darse vuelta sin que se note o, mejor dicho, en el arte de darse vuelta aunque se note.

Los países grandes no se construyen con hipocresías y advenedizos adulones del presidente de turno; se construyen con buena fe y coherencia, aunque con ellas se vaya la vida. *(Aplausos.)*

Sra. Presidenta (Vaca Narvaja). — Tiene la palabra el señor diputado por el Neuquén.

Sr. Brillo. — Señora presidenta: no me voy a remitir ni encapsular a la reforma del artículo 37 de la Ley de Administración Financiera sino a un tema central y que constituye una actitud constante en este nuevo Congreso desde el 10 de diciembre del año pasado.

El Poder Ejecutivo nacional está empecinado en legitimar en el Congreso, a través de su mayoría, avances sobre la Constitución Nacional. Al respecto, puedo mencionar varios ejemplos: la ley de presupuesto basada en retenciones que son inconstitucionales y en el régimen actual de coparticipación que tiene falencias desde el punto de vista del cumplimiento de una norma constitucional; las prórrogas de los impuestos y de la ley de emergencia económica, con gravámenes distorsivos que tienen componentes inconstitucionales; el Consejo de la Magistratura que vulnera preceptos de la Constitución, y la sanción ficta en la renegociación de los contratos de las concesiones privatizadas.

—Ocupa la Presidencia el señor presidente de la Honorable Cámara, doctor Alberto Edgardo Balestrini.

Sr. Brillo. — En razón de esto ya hay recursos de inconstitucionalidad ante la Justicia, pero el pasado 20 de julio se dio un paso enorme en la degradación del Congreso, alimentada por el Poder Ejecutivo, y en el debilitamiento del sistema republicano al aprobarse la ley que reglamenta los DNU, con lo que se consigue dar lugar a que el Poder Ejecutivo legisle, y el Poder Legislativo, con su silencio, convalide las leyes, cosa que está prohibida por la Constitución.

Esta modificación de la Ley de Administración Financiera 24.156 se respalda en una nue-

va y sistemática violación de la Constitución Nacional.

El interbloqueo Propuesta Federal siempre ha sido constructivo en el tratamiento de los proyectos. Hemos apoyado y aprobado aquellos que convienen a los argentinos y hemos estado en contra de los que no, pero la vocación no siempre tiene que venir de los sectores minoritarios sino, fundamentalmente, de la mayoría.

En estos temas estamos lejos de consensuar proyectos que nos contengan a todos. Estamos lejos de construir poder en la Argentina delegándolo en los demás.

Este Congreso está en condiciones de tratar todos y cada uno de los temas puntuales que traiga el oficialismo, pero seguimos creando marcos para la discrecionalidad, y estos superpoderes son un marco para la discrecionalidad.

Tomé nota de muchas de las afectaciones a la Constitución Nacional y he detectado que con los superpoderes se vulneran cinco artículos.

Se viola el artículo 29, que prohíbe al Congreso conceder al Ejecutivo facultades extraordinarias y la suma del poder público.

Se viola el artículo 75, que confiere al Congreso Nacional la atribución de fijar anualmente el presupuesto general de gastos y cálculo de recursos.

Se viola el artículo 76, que prohíbe la delegación legislativa en el Poder Ejecutivo.

Se viola el artículo 99, que prohíbe bajo pena de nulidad absoluta e inanable que el Poder Ejecutivo emita disposiciones de carácter legislativo.

Se viola el artículo 100, que ha determinado las atribuciones del jefe de Gabinete de Ministros.

Son cinco las violaciones a la Constitución Nacional, y en este recinto yo he jurado respetar nuestra Carta Magna, y por eso voy a votar en contra del dictamen de la mayoría. *(Aplausos.)*

Sr. Presidente (Balestrani). Tiene la palabra el señor diputado por Jujuy.

Sr. Nieva. Señor presidente: nuestro reglamento nos limita el tiempo del que disponemos para hacer uso de la palabra. Por lo tanto, no vamos a tener posibilidad de desarrollar todos los argumentos que tenemos en relación con

este proyecto. Sería muy importante que los amigos justicialistas no se cansen de escucharnos, pero estas son las reglas del juego.

Vamos a insertar buena parte de nuestra exposición en el Diario de Sesiones, no sin antes expresar algunos conceptos.

La bancada justicialista seguramente hoy va a festejar la sanción de una ley que en forma expectante está esperando el Poder Ejecutivo. Se sentirán satisfechos por el deber cumplido. Muchos creerán que han hecho lo correcto.

Debemos señalar que lo que los diputados oficialistas van a hacer esta noche no va a estar, cuando puedan mirar desde una cierta perspectiva, entre aquellos hechos de los que más adelante podrán sentirse orgullosos. De la misma manera, muchos legisladores justicialistas que votaron en este mismo recinto en la década del 90 las grandes privatizaciones, como las de YPF y otras escandalosas, hoy se miran con actitud crítica desde esta perspectiva de tiempo. Creo que hay muchos que no se sienten demasiado orgullosos de aquellas votaciones en esta Cámara, que se aplaudieron como seguramente se festejará la sanción de este proyecto esta madrugada.

Esta ley no va a estar entre los temas de los que podrán sentirse orgullosos en su carrera política y legislativa, porque aquí se está hablando de la facultad sine qua non de un Parlamento.

En el mundo no se concibe un Parlamento sin la posibilidad de sancionar la ley de leyes, tal como se la denomina en cualquier libro que se pueda leer sobre presupuesto.

La facultad por excelencia del Parlamento es la de sancionar esa ley de leyes. Lo que estamos haciendo esta noche al sancionar esta iniciativa es despojar a esa ley del atributo más importante que puede tener una norma, que es la certeza. Le vamos a quitar a la ley de presupuesto certeza y previsibilidad.

El artículo 75, inciso 8, de nuestra Constitución Nacional da al Parlamento la facultad de sancionar el presupuesto general de gastos y cálculo de recursos con arreglo y sobre la base del programa general de gobierno y el plan de inversiones públicas. Todos sabemos que el proyecto de presupuesto es elaborado por el Poder Ejecutivo. Como algún diputado dijo esta noche, seguramente en estos momentos se debe estar trabajando en las oficinas del gobierno

nacional preparando el proyecto de presupuesto para el 2007 que deberá discutir el Congreso.

Pero fíjense la paradoja: esta Cámara de Diputados aprobará —y luego el Senado confirmará— un presupuesto que se hace sobre la base de un proyecto elaborado y enviado por el Poder Ejecutivo, pero que después puede ser cambiado a su antojo por el señor jefe de Gabinete.

Eso está mal, porque la ley tiene una función de certeza, que implica que ciudadanos y funcionarios saben a qué atenerse con esa ley. Si no sujetamos a ese gobierno o a cualquier gobierno a las restricciones establecidas por el artículo 37 de la ley de administración financiera, la discusión que demos en este Parlamento de manera pública, abierta y transparente, coqueteando ideas, receptando las inquietudes, reclamos y necesidades de los diversos sectores, auscultando a través de la tarea legislativa de cada diputado las necesidades de las provincias en materia de obras, puentes, rutas, quedará borrada de un plumazo por decisiones administrativas.

Esas decisiones administrativas sacan recursos de una partida sin respetar si son gastos corrientes o de capital ni la finalidad a la cual estaban destinados, y tal vez si ello se hiciera mediante una discusión pública, como ocurre en el Parlamento, donde no se pueden ocultar las cosas, eso no pasaría.

¿Acaso sería justificable o estaría dispuesto este Parlamento a votar subsidios como los que se han mencionado aquí, otorgados a través de decisiones administrativas, que fueron recibidos por el sindicato de camioneros, que en el año 2005 ha pasado a recibir más de 200 millones de pesos, mientras hay otras dependencias de la administración a las que no les sobran recursos?

Cada vez que tratamos el proyecto de presupuesto escuchamos a los representantes del área de ciencia y tecnología solicitar más recursos. Lo mismo sucede con programas específicos relacionados con la salud, el combate contra el mal de Chagas, el INTA, las universidades nacionales, funciones del Estado que se ven restringidas en sus posibilidades de accionar por la falta de recursos. Sin embargo, el señor jefe de Gabinete saca y pone fondos de un plumazo.

Este Congreso, y creo que por responsabilidad nuestra, está perdiendo sus potestades en

el proceso de formación del presupuesto; en primer lugar, porque cuando se discute se estiman recursos en menos. La estimación de ingresos es siempre inferior a la que finalmente se recauda. En el año 2005 se recaudaron 10.000 millones de pesos más que los previstos, y en el año 2004, 16.000 más.

Esto refuta aquella defensa que ha hecho la bancada oficialista del Senado y de esta Cámara en el sentido de que en realidad no es mucha la plata que estamos autorizando reasignar, porque hay muchos gastos fijos, como el pago de sueldos y jubilaciones, con lo cual sólo restan 15.000 millones de pesos, es decir, un 15 por ciento del presupuesto. El señor diputado Lamberto disminuyó esa cifra al 7 u 8 por ciento.

Eso no es tan así. De acuerdo con nuestras estimaciones, el jefe de Gabinete de Ministros podría distribuir más de 40.000 millones de pesos a su antojo, sin respetar la discusión pública y transparente que se da en el Congreso. A esto debemos agregar los fondos fiduciarios, que ascienden a más de 5.000 millones de pesos y son distribuidos *a piacere* como quieran el secretario de Transporte, el ministro De Vido y el jefe de Gabinete de Ministros.

Esto está mal, señor presidente. No es así como funcionan las repúblicas democráticas. Con este tipo de medidas aumenta excesivamente la discrecionalidad, la cual no se condice con el manejo transparente que requieren las cuentas públicas en una sociedad democrática y republicana.

Un autor que escribió mucho sobre corrupción diseñó la siguiente fórmula: corrupción es igual a discrecionalidad más monopolio menos transparencia. Lamentablemente, estos elementos están presentes en esta nueva teología del poder, en este trípode sobre el que está asentada esta administración: decretos de necesidad y urgencia sin restricciones y una ley —sancionada hace pocas semanas— que no terminará con ese abuso, la facultad absolutamente inconstitucional que ahora se pretende otorgar al jefe de Gabinete de Ministros para modificar a su antojo el presupuesto nacional y el manejo ilimitado de fondos fiduciarios que escapa del control de este Congreso. Sólo hay alguna mirada sobre el flujo de fondos, pero tampoco podemos verificar el cumplimiento de las finalidades para las que han sido creados.

Por las razones expuestas, y lamentando no poder expresar todo lo que queremos, ratificamos nuestro “no” rotundo a esta norma institucional. (*Aplausos.*)

Sr. Presidente (Balestrini). – Tiene la palabra la señora diputada por el Neuquén.

Sra. Comelli. – Señor presidente: en el transcurso de esta larga sesión he pensado varias cosas. Por ejemplo, me he preguntado cuántas comisiones trabajan en el Bicentenario y todavía reflexionamos acerca de qué sistema político vivimos, qué es la República, etcétera. Por eso me surgieron algunas dudas, ya que varios legisladores han sido profesores míos en la facultad, en algunos seminarios, y nada de lo que han dicho a lo largo de esta sesión se asemeja a lo que sostenían en aquel entonces, pese a que no ha pasado tanto tiempo.

Sin embargo, aparentemente era una cuestión de tiempo. Esto comenzó mucho antes de la modificación de la ley del Consejo de la Magistratura; luego siguió con la ley por la que se reglamentan los decretos de necesidad y urgencia y prosigue ahora con esta odiosa costumbre de concentrar el poder a expensas del Congreso mediante la sanción de una ley de “superpoderes”. El nombre está bien puesto; no está en la Constitución y en el diccionario no lo sé, pero es correcto porque lo que nos están diciendo con este proyecto es que habrá un funcionario con amplios privilegios.

El jefe de Gabinete de Ministros será el único funcionario con una dispensa, ya que el artículo 1º propuesto dice: “A tales fines, exceptúase al jefe de Gabinete de Ministros de lo establecido en el artículo 15 de la ley 25.517”. Es decir que la ley de responsabilidad fiscal regirá para todos excepto para ese funcionario.

Algunos diputados han esgrimido que los gobiernos locales tienen las mismas atribuciones. Este argumento cae por su propio peso, ya que esta ley –responsabilidad fiscal– regirá para todos los gobiernos provinciales pero no para este funcionario. Por si quedara alguna duda, si en algún presupuesto o el de mi provincia –para citar un ejemplo– hubiera alguna facultad de este tipo, ésta se encuentra en el marco de los límites de la ley de administración financiera con acuerdo de ministros y notificación al Poder Legislativo, que debería tratarla. Así lo establece el artículo 15 de la ley 2.141.

Porque ligeramente se dice, acá no se hace más que lo que siempre se hizo en todos lados. Y por eso quiero solicitar la inserción de mi discurso en el Diario de Sesiones. Pero al mismo tiempo expresar cuáles es mi postura porque quiero releerla y que en el futuro me la relea –a lo mejor no tengo los años suficientes de experiencia en el Poder Ejecutivo y tampoco en el Poder Legislativo– para poder ratificarla tanto en el ámbito de esta Honorable Cámara como en el de la Legislatura de mi provincia. Señalo esto porque en el haber no van a poder encontrar contradicciones. Y me quiero encargar de que así sea porque he visto tantas contradicciones de tantos señores diputados que en alguna oportunidad dijeron una cosa y hoy sostienen otra, que realmente siento miedo.

Me quedan algunas dudas, señor presidente. Entre ellas, me gustaría saber qué van a hacer las comisiones de Presupuesto y Hacienda de ambas Cámaras del Congreso. Asimismo me gustaría saber qué vamos a hacer con algunas figuras como las que mencionó una señora diputada del Interbloque, me refiero a las figuras de malversación de fondos y de administración fraudulenta previstas en los artículos 260 y 173 del Código Penal, respectivamente.

Por medio de esta delegación de facultades que se pretende realizar, seguramente a este funcionario privilegiado tampoco le va a caber nunca la posibilidad, si fuera necesario, de la aplicación de alguna de estas figuras penales.

Hace casi tres años que estoy en esta Honorable Cámara. Con el ánimo de procurar entender, con voluntad, me pregunto lo siguiente: ¿qué es lo que tanto acucia al Poder Ejecutivo como para demandar esta estandarización en un marco que pretende que sea permanente y que resulta, por lo menos, peligroso? Y lo digo “con voluntad” porque el año pasado acompañamos la sanción de la ley de presupuesto porque en ella no estaban incluidos los superpoderes y porque creímos en la palabra del presidente de la Nación. Lógicamente, me olvidé de que el año 2005 era electoral y, en consecuencia, había que aparecer como una persona democrática. No obstante, creo que la voluntad quedó puesta de manifiesto y brindamos nuestro apoyo.

Por otra parte, se habla de que tenemos una Argentina con menos del 10 por ciento de desocupación, con un crecimiento económico del 7.

por ciento anual —esto no es lo mismo que desarrollo económico—, con un índice de inflación controlado, con la autoridad del Estado plenamente vigente y con una situación de bonanza económica. En consecuencia, ¿cuál es la razón para seguir solicitando poderes que son típicos de una situación de emergencia, cuando el Congreso funciona y cuando el gobierno tiene en él una mayoría que, si hoy tiene que votar por blanco y mañana por negro, lo va a hacer dejando de lado todas las convicciones, aún las que algunos señores diputados hubieran podido brindar en sus cátedras? Señalo esto respecto de aquellos señores legisladores que son profesionales del derecho. Cada uno sabrá lo que dijo o no y tendrá su conciencia.

Pero me pregunto, ¿por qué todo esto? Lo hago porque la verdad es que no hay razón, ni siquiera en esta pretendida flexibilización que se dice que sería necesaria para manejar las situaciones de emergencia. Lo cierto es que a partir de los pobres argumentos esgrimidos en términos políticos y de la carencia total de razones jurídicamente fundadas, me queda todavía la pregunta sin contestar: ¿por qué? (*Aplausos.*)

Sr. Presidente (Balestrini). — Tiene la palabra el señor diputado por Tucumán.

Sr. Jerez. — Señor presidente: en virtud de lo avanzado de la hora y de los argumentos que se han vertido en este debate, solicito la inserción de mi discurso en el Diario de Sesiones. No obstante, voy a exponer el aspecto medular de mi posición.

El proyecto de ley que estamos considerando deroga de hecho, de un modo absolutamente incoherente y a contrapelo de lo que es el sistema legal argentino, la normativa prevista en el Código Penal. A partir de hoy el jefe de Gabinete de Ministros estará exento de que se lo persiga penalmente por la comisión de los ilícitos previstos en el artículo 7º, título X, del Código Penal. Precisamente allí se contempla la sanción de aquellos ilícitos cometidos contra los poderes públicos y el orden constitucional. Me refiero, puntualmente, a la malversación de caudales públicos.

Señor presidente: lamentablemente, la dirigencia política, de un tiempo a esta parte, ha utilizado un eufemismo para describir algunas conductas mediante un lenguaje apropiado para la ocasión, lo que de un modo directo o entendible

para el común de la gente resultaría, en algunos casos, una grosería; en otros, una verdadera obscenidad.

El proyecto que estamos considerando indica que el jefe de Gabinete de Ministros, una sola persona, podrá realizar modificaciones presupuestarias que impliquen cambios en la distribución de los egresos, o incrementos en los gastos corrientes en detrimento de los gastos de capital o de las aplicaciones financieras.

Se utiliza un eufemismo que sirve para describir la conducta de una persona que, en otros momentos de nuestra historia hubiera ido presa por hacer eso. Descrito así, ello constituye una verdadera obscenidad.

El jefe de Gabinete de Ministros podrá manejar discrecionalmente sumas millonarias con absoluta arbitrariedad y sin que lo controle nadie. Además, sabemos que la discrecionalidad y la arbitrariedad son íntimas amigas de la corrupción.

Por las razones expuestas y las que figuran en el discurso cuya inserción solicito, fundamento el voto por la negativa. (*Aplausos.*)

Sr. Presidente (Balestrini). — Tiene la palabra el señor diputado por la Capital.

Sr. Vanossi. — Señor presidente: después de esta maratónica sesión y a esta altura del debate me temo que no voy a estar muy lúcido, y menos aún lucido, para poder aportar novedades en este tema.

Pero hay que repechar y tratar de señalar muy telegráficamente algunas coordenadas que plantea el problema del artículo 37 que hoy está en debate.

No vamos a emplear los vocablos usuales. Es costumbre de mandones pedir superpoderes o la suma del poder, pero como estamos en una república, no puede haberlos, pues dejaríamos de ser una república.

Por lo tanto, hay que buscar qué figura se asemeja a lo que pretende la iniciativa. En la Constitución, lo único que puede tener analogía con esta norma es el estado de sitio, que está previsto por razones políticas en las hipótesis de una conmoción interior o de un ataque exterior. Por supuesto que no es permanente ni eterno. Además, puede ser reglamentado y está sujeto a diversos controles, entre ellos el judicial.

Aquí se trata de una suerte de estado de sitio económico y social de carácter permanente; es

decir, *sine die*. Esta es una grave anomalía, porque todo estado de sitio implica un potenciamiento de las facultades del Poder Ejecutivo y, correlativamente, un decaimiento de ciertas garantías, que en este caso serían básicamente las de orden económico y social.

De modo que con este acto no estamos sólo demoliendo el sentido y alcance de la que siempre se ha llamado la ley de leyes, sino que, peor aún, estamos declarando el estado de sitio económico en forma permanente y a perpetuidad.

¡Pavada de monstruo! Viene a colación la leyenda del aprendiz de brujo, que crea al monstruo pensando que le permitirá dominar todo, pero el monstruo termina devorándose al propio brujo. A esto sólo faltaría agregar la música del compositor francés Paul Dukas.

Otra coordenada que se puede mencionar consiste en que este tipo de leyes especiales pueden tener justificación cuando ha estallado una crisis, pero no cuando está terminando.

¿Se va a quebrar la regla de que después de la tormenta sale el sol? Nos preguntamos si se pretende instalar una pseudo alma que anuncia otra vez la tempestad.

Por eso, aunque la contradicción sea evidente, es obvio que se sostiene que la crisis fue superada, pero se solicitan más poderes cuando ella ya no existe.

Así una emergencia desplaza a otra, y se configura una suerte de espectáculo surrealista; pero una cosa es la excepcionalidad; otra, la habitualidad y, peor aún, otra muy distinta, la perpetuidad.

Otra coordenada —la tercera— es que el jefe de Gabinete no es el Poder Ejecutivo. Si ya es de muy dudosa constitucionalidad una delegación de este tipo a un órgano primario como es el presidente de la República —es decir, el Poder Ejecutivo propiamente dicho—, no cabe ninguna duda de que está viciada de inconstitucionalidad una tan amplia delegación en un órgano secundario como es la Jefatura de Gabinete, que ni siquiera ha sido reglamentada por ley; ha sido reglamentada por un decreto, que puede ser modificado por otro decreto y aquí hay un vacío legal que algún día habría que llenar. En esto vale la pena leer la declaración reciente de la Academia Nacional de Derecho y Ciencias Sociales del 27 de julio próximo pasado, que por sesuda pide su inserción en el Diario de Sesiones.

Una cuarta coordenada es el atentado a la igualdad ante la ley; porque en adelante va a haber dos tipos de funcionarios: los que eventualmente pueden incurrir en el delito de malversación de caudales públicos —artículo 260 y siguientes del Código Penal— si desvían el destino de una partida a una jurisdicción o finalidad distinta para la cual fue prevista, y un funcionario que queda eximido de la posibilidad de cometer ese delito, que va a ser el jefe de Gabinete, quien va a estar anticipadamente amnistiado por esta norma desde el momento en que no va a tener límite alguno para poder hacer todos los cambios de partidas que dentro de la ley de presupuesto se puedan incluir. Esto es sumamente grave porque afecta a la forma republicana de gobierno, de la cual el principio de igualdad ante la ley es un principio fundamental.

Una quinta coordenada es que en esta norma no hay límites, y esto es muy peligroso. ¿Qué resguardo mínimo podría acompañar esta delegación para que tuviera algún tipo de límites? Hoy se ha citado aquí el caso de Paraguay, diciendo que está prevista la transferencia y nada más, pero no es así. Los casos más cercanos —no vamos a ir al derecho europeo, que es lejano— son Brasil, Perú y Paraguay.

En Brasil, por los artículos 165 a 167 de su Constitución, está prevista una comisión mixta bicameral para que ejerza ese control. Esto es lo que propondríamos nosotros, es decir, que una comisión de ese tipo, siempre que sea permanente y deba expedirse en un plazo perentorio, pueda ejercer tan siquiera un mínimo de control. Esto lo ha sugerido también la Asociación Argentina de Presupuesto y Administración Fiscal Pública, pero su reclamo no ha sido escuchado.

Tenemos necesidad de instalar pesos y contrapesos. Perú lo ha hecho por una ley de este año, la 28.411, y conviene aclarar que en Paraguay el Congreso interviene necesariamente cuando no se trate de transferencias dentro de la misma jurisdicción.

De modo que en todos los países donde se ha aceptado algún tipo de transferencias hay algún tipo de control.

Una sexta coordenada es que asistimos al vaciamiento de la forma y sustancia republicana de gobierno a través de una paulatina erosión o degradación de sus notas esenciales. Recorde-

mos cuáles son: soberanía popular, que recibe el Congreso pero que estamos delegando; separación de poderes, que queda anulada sustancialmente; igualdad ante la ley, y en este sentido acabamos de señalar que queda alguien por encima de la igualdad ante la ley, responsabilidad, pero no hay ninguna; y así sucesivamente con el resto de las notas.

Por eso, señor presidente, mientras el pabellón cubre la mercadería, el que esta norma se sancione va a querer decir lo que los chicos, con gran ingenuidad, nos preguntan a los mayores: "Papá, ¿es cierto que todo vale?" Y va a haber que decirles que sí, que todo vale.

Por eso, seamos conscientes de que si se aprueba, sin ninguna duda esta norma va a ser llamada por algún humorista o por alguien que quiera cargar las tintas como "la ley del todo vale", y no creo que alguien se vaya a sentir orgulloso o pletórico por haber aprobado una ley que va a ser descalificada de tal manera.

En este mensaje telegráfico termino señalando lo siguiente. Para justificar esta delegación de facultades se invoca un estado de necesidad. Pero esto también es un solisma; es falso por la base. Porque entonces podríamos preguntar: si hoy delegamos esto, ¿otro día no le vamos a sustraer también a los jueces su jurisdicción, declarando que también por necesidad las sentencias pueden dictarse más rápida y eficazmente por tribunales administrativos?

Si ahora se sustituye al Congreso, ¿cuál será el próximo paso? Cuidado; que pongan las barbas en remojo los demás poderes.

La tendencia es peligrosa. Por ahora se siguen tirando serpentinas y papel picado; esto parece una fiesta, pero nos preguntamos si alguno no se está dando cuenta de que se está bailando a bordo del "Titanic".

Lo único que está claro es que mientras van desapareciendo los resortes del control, el Poder Ejecutivo se vuelve soberano.

Nuestra historia es aleccionadora. No sólo hemos conocido golpes de Estado, sino que también hemos soportado los garrotos de golpes desde el Estado. Va a costar muchísimo reconstruir la idea de legalidad como muro de contención frente a los avances del derecho emergencial permanente.

Esta ley no construye; esta ley demuele, destruye. (Aplausos.)

Solicito la inserción del resto de mi discurso en el Diario de Sesiones.

Sr. Presidente (Balestrini). – Tiene la palabra el señor diputado por el Chaco.

Sr. Zimmermann. – Señor presidente: voy a iniciar mi participación tratando de dar una definición acerca de lo que se entiende por presupuesto.

Hay muchos autores que hablan del presupuesto, pero hay uno que dice que es la expresión cuantitativa y cualitativa fijada para un ejercicio económico-financiero. Esto significa que cuantitativamente debe estar expresado por sus montos íntegros, y cualitativamente establecer la forma en que se deben gastar los fondos públicos en un ejercicio económico.

De aprobarse un proyecto con estas características, sin lugar a dudas se vacía de contenido al presupuesto nacional.

En su artículo 75 la Constitución establece con precisión cuáles son las atribuciones del Congreso Nacional. Entre ellas establece taxativamente la de fijar anualmente el presupuesto general de gastos y cálculo de recursos sobre la base de un programa de gobierno y un plan de inversión pública.

La Constitución Nacional también establece la prohibición vinculada con la delegación legislativa, y señala que no debe ser de carácter permanente.

Con un proyecto de estas características, no solamente se están afectando las cuentas públicas nacionales sino que también se está yendo contra las autonomías de los gobiernos provinciales y municipales.

Cuando se inicia el tratamiento del presupuesto nacional en este Congreso cada uno de los señores diputados tratamos de gestionar la mayor cantidad de obras y de inversiones de capital posibles para que no tengan que volcarse en los presupuestos provinciales. De la misma forma proceden los intendentes en los gobiernos provinciales. Si esta situación se modifica, no solamente vamos a afectar el presupuesto nacional sino que también afectaremos el conjunto de las políticas públicas de nuestro país.

Si analizamos la ley de administración financiera sin lugar a dudas veremos que con un proyecto de estas características vamos en contra de su espíritu, vinculado fundamentalmente a

ordenar la administración, darle transparencia y certidumbre a las registraciones y a todos los sistemas contables previstos en la ley.

En cuanto a la ley de responsabilidad fiscal este proyecto plantea una excepción para el jefe de Gabinete.

Cabe recordar que la ley de responsabilidad fiscal establece obligaciones para el Poder Ejecutivo nacional, los gobiernos provinciales y la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. En su artículo 1º dice específicamente: "Créase el régimen de responsabilidad fiscal con el objeto de establecer reglas generales y de comportamiento fiscal y dotar de mayor transparencia la gestión pública nacional". Este es el marco regulatorio que se dio mediante la sanción de esa norma, de cuyo cumplimiento —de acuerdo con el proyecto en debate— quedará exceptuado el Poder Ejecutivo.

Por otro lado, esa ley fija límites de endeudamiento para el conjunto de las provincias argentinas. Determina que antes del 31 de agosto de cada año debe realizarse la estimación de los flujos de recursos respecto de cada una de las provincias, para que sus gobiernos de alguna manera puedan elaborar los proyectos de presupuesto a ser presentados en las Legislaturas.

Siendo que el Poder Ejecutivo quedará exceptuado del cumplimiento de la ley de responsabilidad fiscal, pero no ocurrirá lo mismo en relación con las provincias y la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, pregunto si éste es el principio de igualdad ante la ley.

Como todos sabemos, aquella ley crea el Consejo de Responsabilidad Fiscal, que es quien monitorea las cuentas públicas de las provincias, que en su mayoría mantienen deudas con el Estado nacional. Para aquellos que no cumplen la ley determina sanciones que van desde la publicación de los errores cometidos o de ser malos administradores, hasta la restricción de beneficios impositivos, límites de garantías y avales, e incluso limitación de transferencia de recursos a las provincias. Entonces, ¿cómo compatibilizamos un proyecto de estas características con el cumplimiento que deben realizar las provincias para poder reprogramar su deuda pública?

He escuchado decir a muchos legisladores que, con la sanción de esta norma acompañamos la recuperación económica de la Argenti-

na, pero no lo entiendo. Es cierto que existe una recuperación económica después del desguace del Estado en la década del 90, pero creo que hoy, en vez de discutir sobre la mayor concentración de la riqueza y de los fondos, y la mayor discrecionalidad en relación con las cuentas públicas, deberíamos debatir justamente lo inverso, es decir, aquello relativo a la distribución de los recursos. Ello, para tratar de luchar contra las inequidades y las desigualdades que tenemos en distintas regiones, y contra lo que se hizo en los años 90, que fue la descentralización de los servicios públicos sin los fondos suficientes. Debemos ver cómo hacemos para que éste no sea un tema de carácter administrativo y se apunte al diseño de políticas públicas que nos permitan una integración regional y la inserción del país en el mundo.

No me pronunciaré aquí, como lo he hecho en reiteradas oportunidades, en reclamo de la recomposición de nuestras provincias del Norte, pero brevemente quiero citar un ejemplo. Deseo traer a colación manifestaciones del señor gobernador de la provincia de Buenos Aires y de su ministro Gerardo Otero. La provincia de Buenos Aires, en el año 2003, tuvo un déficit de 219 millones de pesos; en el año 2004 tuvo superávit; en 2005 tuvo un déficit de 361 millones de pesos, y se prevé que en el año 2006 tendrá un déficit superior a los quinientos millones de pesos.

¿Cómo se entiende entonces que hoy estemos discutiendo concentración de riqueza en lugar de distribución? Deberíamos considerar cómo hacemos para distribuir lo que el gobierno nacional hoy tiene en la caja, porque estamos en presencia de un país federal rico con provincias pobres. Esto no es lo que necesita la Argentina ni el presidente de la Nación.

Para terminar, quiero dejarles una reflexión. Esta película ya la vivimos en la Argentina, con gobiernos propios y ajenos. No cometamos el mismo error. *(Aplausos.)*

Sr. Presidente (Balestrini). — Tiene la palabra el señor diputado por Salta.

Sr. Urtubey. — Señor presidente: en una noche de fábulas se ha repetido hasta el cansancio la fábula principal de que estamos hablando de delegación de facultades, de creación de superpoderes y de que esto se debe discutir en la Comisión de Asuntos Constitucionales. En ri-

gor, se propicia modificar un artículo de la ley de administración financiera, en cuya sanción no participó la Comisión de Asuntos Constitucionales. Cada vez que se consideró esta norma se analizó en la Comisión de Presupuesto y Hacienda, porque es lo que corresponde.

Ciertamente ha funcionado bien el planteo comunicacional de la oposición respecto de que aquí estamos hablando de delegación de facultades. Pero entre una buena política comunicacional y la fábula hay una gran distancia. No se convengan de que efectivamente es así. Aquí estamos discutiendo dos cuestiones de naturaleza jurídica claramente diferentes.

Nosotros sostenemos, en base al ordenamiento constitucional, a la reforma de 1994 y a la historia de nuestra Carta Magna desde 1853 a 1992, norma a la que ahora todos se abrazan como una tabla de salvación, a pesar de que en su momento se opusieron a su sanción, que no existía la constitucionalidad. Entonces, hoy la constitucionalidad está atada a la sanción de una norma que no tiene ningún tipo de jerarquía supralegal. Por eso, el Congreso de la Nación, reunido como corresponde en cada una de sus Cámaras, con la intervención de las comisiones pertinentes, evalúa la necesidad de modificar una norma. Es cierto lo que se dijo —aunque no siempre— que gran parte del tiempo esta norma estuvo suspendida en su vigencia. Entonces, para tratar de construir y sostener esta fábula se apela a comparaciones total y absolutamente absurdas.

En el marco de este debate se ha repetido cómo hacían en el año 2001 diputadas de entonces y senadoras de ahora para sustentar una posición respecto de la delegación de facultades previstas en el artículo 76 de nuestra Constitución al tándem de la Rúa-Cavallo.

Me referiré a lo que en su momento se pretendía plantear desde la Alianza, que por cierto luego se logró. El proyecto facultaba al Poder Ejecutivo nacional al ejercicio de las siguientes atribuciones: decidir la fusión o centralización de entes autárquicos, reparticiones descentralizadas o desconcentradas o la descentralización de organismos de la administración central, pudiendo otorgarles autarquía. Transformar entidades autárquicas, reparticiones descentralizadas o desconcentradas, total o parcialmente, en empresas, sociedades u otras formas de organización jurídica, para que puedan cumplir su

objeto sin más limitaciones que las que determinen las necesidades de un mejor funcionamiento y eficacia en su gestión. Sujetar al personal de los entes autárquicos, reparticiones descentralizadas y desconcentradas al régimen previsto por la ley de contrato de trabajo.

Desregular y mejorar el funcionamiento y la transparencia del mercado de capitales y de seguros, garantizando el debido control del sector. Garantizar operaciones de crédito público mediante la afectación de recursos o activos públicos que no tengan gravámenes o se encuentren ya afectados a la ley de convertibilidad.

Con el objeto exclusivo de dar eficiencia a la administración, derogar, total o parcialmente, aquellas normas específicas de rango legislativo que afecten o regulen el funcionamiento de organismos o entes de la administración descentralizada, empresas estatales o mixtas, o entidades públicas no estatales. Crear exenciones, eliminar exenciones, disminuir o suprimir tributos y tasas.

Crear tasas o recursos no tributarios con afectación específica para el desarrollo del proyecto de infraestructura. Dar continuidad a la desregulación económica derogando o modificando normas de rango legislativo de orden nacional que perjudiquen la competitividad de la economía...

Todo esto está previsto efectivamente en el artículo 76 de la Constitución Nacional. Se trata de delegación de facultades determinadas en ámbitos de administración del Poder Ejecutivo.

Lo que hoy se está planteando es la modificación de la ley de administración financiera que en su artículo 37 dice textualmente: "La reglamentación establecerá los alcances y mecanismos para efectuar las modificaciones a la ley de presupuesto general que resulten necesarias durante su ejecución. Quedan reservadas al Congreso Nacional las decisiones que afecten el monto total del presupuesto y el monto del endeudamiento previsto". Esto es sustancialmente diferente a lo que vimos recién.

A continuación señala: "El jefe de Gabinete de Ministros puede disponer las reestructuraciones presupuestarias que considere necesarias dentro del total aprobado por cada ley de presupuesto, quedando comprendidas las modificaciones que involucra a gastos corrientes, gastos de capital, etcétera..."

Se quiere seguir insistiendo en que esto es aserrín cuando en realidad es pan rallado; son dos cosas totalmente diferentes. No se puede pretender que sean iguales cosas que no lo son. Está bueno plantearlo como estrategia comunicacional. Como es más difícil discutir otros aspectos de este gobierno, entonces, vamos hacia lo menos corpóreo; el error es que creamos que debemos convencernos de nuestra propia fábula. *(Aplausos.)*

Sr. Negri. — ¿Me permite la palabra para una aclaración, señor presidente?

Sr. Presidente (Balestrini). — Para una aclaración tiene la palabra el señor diputado por Córdoba.

Sr. Negri. — Deseo plantear una breve aclaración al señor diputado proopinante, con quien integro la Comisión de Asuntos Constitucionales, de la que soy vicepresidente, porque no alcanzamos a ponernos de acuerdo respecto del criterio utilizado.

No se pueden torcer las interpretaciones con sólo un esfuerzo voluntarista. Se habla de delegación de facultades y no de otra cosa. En los presupuestos de los años 2004 y 2005 aparece bajo el capítulo II la delegación de facultades en los artículos 11, 12, 13 y 14.

El artículo 13 del presupuesto de 2004, referente a la delegación de facultades, señala que se faculta al señor jefe de Gabinete la reestructuración presupuestaria de la presente ley sin sujeción al artículo 37.

A esta altura de la noche no se pueden plantear aspectos kafkianos. Las cosas se llaman como son, y el artículo 37 tiene una vinculación directa con las facultades que tiene el Congreso, establecidas por el artículo 75 de la Constitución Nacional, y no pueden interpretarse fuera del artículo 76 de la Carta Magna, que determina las facultades que pueden delegarse —como bien se ha dicho esta noche—, las bases que se exigen para la delegación y el tiempo determinado. Ha sido muy buen alumno el diputado proopinante, pero creo que, atropellando al profesor, no va a sacar ni un cuatro, porque no se puede forzar la norma, que es absolutamente clara y prístina.

No existió ningún presupuesto en esta Cámara, con ningún gobierno, que se haya tratado y que a través de los artículos pertinentes haya buscado que se transfiera por tiempo de-

terminado una delegación de facultades que no sea con un capítulo expreso, como sucede en todos estos casos, relativo a la delegación de facultades.

La discusión central aquí no es cuántos vinieron a pedir esa delegación sino que ahora lo que se quiere es que no se la pida más, y darle carácter permanente. Esto vulnera esencialmente el artículo 76 de la Constitución porque no hay base de delegación ni tiempo determinado, y hace que se convierta en una abstracción. *(Aplausos.)*

Sr. Presidente (Balestrini). — Tiene la palabra el señor diputado por Buenos Aires.

Sr. Macaluse. — Señor presidente...

Sr. Urtubey. — ¿Me permite una interrupción, señor diputado, con la venia de la Presidencia?

Sr. Macaluse. — Si es breve sí porque, de lo contrario, me voy a quedar dormido. *(Risas.)*

Sr. Presidente (Balestrini). — Para una interrupción tiene la palabra el señor diputado por Salta.

Sr. Urtubey. — Señor presidente: solamente necesito quince segundos.

Insistimos con el concepto de la fábula. ¿Estamos tratando hoy una ley de presupuesto o no? Creo que estamos modificando la ley de administración financiera. Si estuviésemos tratando la ley de presupuesto sería parcialmente correcto lo que dijo el diputado proopinante. Nada más, señor presidente.

Sr. Presidente (Balestrini). — Continúa en el uso de la palabra el señor diputado por Buenos Aires.

Sr. Macaluse. — Señor presidente: ya que estamos haciendo memoria, quisiera recordar que cuando se estaba en los prolegómenos del tratamiento de la delegación de facultades a de la Rúa-Cavallo, hubo una reunión en la casa de Alberto Fernández a la que asistieron el dueño de casa, Domingo Felipe Cavallo, y Néstor Kirchner, con la finalidad de morigerar las críticas mencionadas por el diputado proopinante. Por eso, la diputada —en ese momento— Cristina Kirchner votó en contra y no habló en el recinto. Digo esto para contribuir a la memorización del hecho.

Me parece que no vamos a avanzar mucho si utilizamos un lenguaje dramático para carac-

terizar este proyecto de ley. Creo que no es bueno traer cotillón ni general agresiones, pero sí me parece que tendríamos que ver por qué el gobierno quiere sancionar una ley como ésta.

En primer lugar, debemos preguntarnos por qué la Constitución establece que quien elabora el presupuesto no lo ejecuta, y quien administra los recursos no decide su destino. En realidad, esto se plantea por una cuestión bien clara y republicana: el equilibrio de poderes, la necesidad de control y la necesidad de transparencia.

Este proyecto de ley surge de la tesis generada artificialmente de una antinomia entre la eficiencia en la administración —necesitamos resolver— y el control —ustedes no entienden de administración—.

En realidad, esto nace de una concepción de poder donde el control significa impedimento. Por eso, cada vez que en el Congreso decimos que queremos controlar, el presidente de la Nación sostiene que le quieren atar las manos. Nosotros no le queremos atar nada: lo que no queremos es que las manos vayan a la lata. Ahora, si no las mete ahí, que haga lo que le da la gana.

Nosotros queremos controlar. Es mentira que el control es contrario a la eficiencia. Podemos ver muchos ejemplos en este sentido, y voy a proponer dos.

En primer lugar, los subsidios que se otorgaron al sistema de transporte por el decreto 678/06, que acumulan otros subsidios más que se otorgaron a todo el sistema de transporte. Se trata de 395,6 millones destinados a gastos operativos para el servicio urbano y suburbano del área metropolitana.

Hubo concentración de decisiones del Ministerio de Planificación, manejo discrecional del fondo fiduciario y sospecha de corrupción sobre el secretario de Transporte, al punto tal que hay una denuncia del fiscal de Investigaciones Administrativas por manejo fraudulento de los subsidios para los ferrocarriles.

No hay informes claros al Congreso de parte del secretario de Transporte, y cuando viene aquí no habla de este tema sino de otras cosas. Es decir, se derribaron todos los controles. No hubo ningún control.

Ahora, nosotros nos preguntamos: no habiendo control, ¿hubo eficiencia en la administra-

ción? ¿Funciona bien el sistema de transporte? No, no hay eficiencia.

En primer lugar, no hay una primera eficiencia, que consiste en que el beneficio de esos subsidios se universalice al conjunto del territorio del país.

En segundo término, no hay eficiencia operativa porque funcionan mal, no rinden cuentas y no andan a horario. Basta preguntarle a cualquier ciudadano común que toma un colectivo o en el caso del transporte ferroviario a aquel que toma un tren, para que todos sepamos que esos servicios no son eficientes. Es decir que la falta de control no garantiza la eficiencia en la administración.

Lo mismo puede decirse de las privatizaciones. A este Congreso vino María Julia Alsogaray y delante de todos los diputados dijo: “Señores, estamos violando las leyes; si las leyes se cumplieran, iríamos presos, no vamos presos porque acá tenemos un enorme consenso social para hacer lo que estamos haciendo”.

Es decir que no hubo control, ni siquiera *ex post facto*, porque todavía estamos intentando que se presenten las cuentas de inversión referidas a aquellos años en que se generaron las privatizaciones. Recién este año se comenzaron a tratar algunas de las cuentas de inversión de esos años. Es decir que no hubo ningún tipo de control.

Cuando uno ve cómo funcionan esas empresas, observa que no hubo eficiencia administrativa. Entonces, está claro que no sólo no hay contradicción entre buena administración y control sino que la garantía de eficiencia en la administración es el control. Eso es lo que este Congreso tiene que reclamar, porque es el rol o competencia que la Constitución le otorga.

¿Qué problema tiene el Poder Ejecutivo, si necesita reasignar una partida, en enviar un proyecto de ley, si tiene amplia mayoría en ambas Cámaras? En una semana puede resolver eso. Lo que sucede es que tiene que explicar el motivo para reasignar esa partida. Entonces, si lo que se quiere hacer es obviar la explicación, eso da motivo para la sospecha.

Nosotros pensamos que el objeto real no es salvar esa contradicción entre control y administración eficiente sino en realidad la fragmentación de la discusión presupuestaria, de manera tal de eludir los controles y generar presump-

tos fuera del presupuesto general de la administración, que se discute *pour la galerie*. Se empieza a tratar en septiembre y se termina considerando en noviembre; hay un presupuesto para la tribuna, otros presupuestos aparte compuestos por los fondos fiduciarios y de otros organismos extrapresupuestarios, y otro presupuesto que se compone de los excedentes producto de los falsos cálculos que subestiman los recursos. Y sobre ese presupuesto que se discute *pour la galerie* también existen recortes y distorsiones que se generan a través de decretos de necesidad y urgencia y superpoderes. Casualmente, son las dos últimas leyes que hemos tratado aquí.

Está absolutamente claro que el objeto de esto es distorsionar el tratamiento presupuestario de manera de eludir los controles.

Vamos a ver algunos datos. En el año 2004, la subestimación de recursos fue de 11.554 millones, que sumados a los gastos excluidos del presupuesto por 6.562 millones, totalizan 18.116 millones, que sobre un total de gastos autorizados de 59.709 millones, equivalen al 30 por ciento del presupuesto.

En el año 2005, la subestimación fue de 15.726 millones sobre 77.464 millones, y en el año 2006, de 19.727 millones sobre 93.702 millones.

La subestimación de los recursos implica también ir generando otros presupuestos al costado del presupuesto nacional que trata el Congreso y sobre el cual luego opera discrecionalmente el Poder Ejecutivo.

En el año 2004 el superávit primario del presupuesto fue de 3.240 millones, y el real fue de 17.333 millones. En el 2005, el superávit primario del presupuesto fue de 15.266 millones y el real de 19.623 millones. En el 2006, el presupuestado fue de 19.349 millones y el real se estima en 22.600 millones.

Podríamos mencionar también cómo fueron creciendo aquellos recursos fuera del presupuesto: en el año 2000 eran de 83 millones y en el 2006, de 10.100 millones.

En gastos, en el año 2000 fueron de 52 millones y en el año 2006 de 10.622 millones.

Estamos viendo cómo se elude en el Congreso el tratamiento del presupuesto. No sólo nos preocupa la formalidad de la discusión presupuestaria, que es muy importante, sino también

por qué se elude ese debate. Nos preguntamos para qué hacen esto.

En un momento de la sesión, un diputado dijo que el programa de gobierno estaba reflejado en el presupuesto. Estoy de acuerdo con eso, porque ¿qué presupuesto tenemos? Un presupuesto con un tipo de cambio elevadísimo, salarios bajos, subsidios por 15.000 millones de pesos otorgados a grandes empresas —Dreyfus, Cargill, Peugeot, Aluar—, acumulación récord de reservas, 20.000 millones de pesos en excedentes, pago anticipado de la deuda externa a los organismos financieros internacionales y discusión del pago de la deuda con el Club de París.

Mientras se discute este presupuesto, varias son las consecuencias reales sobre los sectores más desposeídos de la sociedad.

Respecto de las prestaciones de la seguridad social, en 1993 el gasto primario era del 29 por ciento. En 2006 es del 23,7 por ciento. Si analizamos los años en los que hubo convertibilidad, ese gasto se ubica en el 27,8 por ciento. O sea que estamos peor que en el apogeo del menemismo, más allá de que en los discursos se denuesten los años noventa. Y no comparemos con los años setenta, tan resaltados en los discursos presidenciales.

Estos datos demuestran que la distribución del ingreso y la atención de los sectores más postergados están peor que en la década del noventa, y podemos relevar cualquier tipo de dato porque todas las comparaciones que efectúa el gobierno son con respecto a los años 2001 y 2002, es decir, con la época de plena crisis.

Veamos a continuación qué ocurre con el salario real por tipo de trabajador. Si analizamos los empleados no registrados con una base cien en el cuarto trimestre de 2001, en mayo de 2006 fue del 79,32 por ciento, mientras que para los trabajadores públicos con base cien, para el mismo período fue del 70,30 por ciento.

Si comparamos el promedio del salario corriente con el que se registraba en el año 1994, advertiremos que se ha producido una caída del 14,8 por ciento.

Respecto de las tasas de desocupación, en el año 1974 era del 4,20 por ciento; el promedio entre los años 1982 y 1990, del 5,74 por ciento, y el promedio entre los años 1991 y 2001, del 13,11 por ciento. Actualmente, la tasa de desocupación asciende al 11,40 por ciento.

En lo que se refiere al empleo no registrado, también estamos peor que en la década del noventa: 28,31 por ciento.

En 1980 el decil más pobre recibía el 2,6 por ciento; en 1994, el 1,6 por ciento y en 2006, el 1,3 por ciento. Por su parte, en 1980 el decil más rico recibía el 29,2 por ciento; en 1994, el 33 por ciento y en 2006, el 31,8. Todos estos datos dan como resultado una matriz injusta en la distribución del ingreso, producto de este presupuesto que se consolida y que en realidad constituye una tendencia.

Esto echa por tierra—esto lo digo con absoluto respeto por la historia del peronismo— el discurso que históricamente tuvo el peronismo, que en los años 1945, 1970, 1973 y 1974 pedía que no le demandaran tanta institucionalidad. Es cierto que había una institucionalidad reclamada de buena fe y otra hueca, producto de la falta de demanda de justicia social.

El peronismo sostenía que había volteado un poco el alambrado de la institucionalidad porque había hecho pasar hacia adentro a millones de personas que estaban fuera. Y si se les abolló la chapa de la legalidad aguanten un poquito porque esta gente tiene que comer. Y eso hasta es entendible en términos históricos por lo que pasó en 1945 y 1974.

Pero eso no es lo que está ocurriendo ahora. Basta leer estos números. En otras palabras, están tomando los peores errores que tuvo el peronismo, que consisten en el avasallamiento de la legalidad, y también los peores errores que ha tenido el antiperonismo, que han sido los de generar una matriz de ingresos injusta que perjudica a los más pobres y a los más desposeídos. Esa es la matriz de la distribución del ingreso que tenemos en nuestro país. Por eso sancionan estas leyes; no lo hacen para administrar mejor. Ahora no estamos distribuyendo; no nos pueden decir: “tenemos que avasallar un poco la legalidad porque tenemos que distribuir”. No están distribuyendo.

Sr. Lamberto. — ¿Me permite una interrupción, señor diputado, con la venia de la Presidencia?

Sr. Macaluse. — No voy a conceder interrupciones, señor presidente.

Resulta claro que en esa época de la que estamos hablando los hijos de los trabajadores comían en restaurantes, veraneaban en Mar del

Plata y no tenían que ir a revisar los tachos de basura como tienen que hacerlo ahora. En este último contexto se están avasallando, en este momento, las instituciones y la legalidad, al tiempo que no se piensa modificar la matriz de distribución del ingreso.

Ya dijeron que no va a haber una reforma tributaria. El sistema tributario argentino es uno de los más regresivos de América Latina.

No habrá una reforma previsional, cuando se trata de un sistema de saqueo de los trabajadores que, en realidad, está determinado por créditos que ellos anticipan a los bancos y éstos, encima, les cobran una comisión.

Y tampoco se va a modificar el sistema financiero y se van a universalizar los planes sociales.

La consecuencia de todo esto es que donde ayer había distribución hoy hay concentración; donde había un proyecto industrial ahora hay un subsidio; donde había una comunidad organizada ahora hay clientelismo y donde había derechos sociales ahora hay asistencialismo. Del mismo modo, en el Banco Central, donde estaban los míticos lingotes de oro que siempre recordaban los “gorilas” y respecto de los cuales respondíamos que si habían existido se sacaron para ser distribuidos entre los pobres, ahora hay una acumulación récord de reservas para pagar la deuda externa. Esta es la matriz que tenemos.

Pero esa matriz nos está llevando a un círculo vicioso: cuanto menor es la calidad institucional mayor es la pobreza existente; cuanto mayor es esta última mayor resulta la imposibilidad de remontar la cuesta de la calidad institucional.

Por eso planteamos un contrato moral. No lo hacemos porque pensamos como si fuéramos cuáqueros. Lo que estamos diciendo es que acá hay dos variables que debemos tener en cuenta y que deben ser resueltas en forma urgente. La primera es la variable institucional de respeto por el principio de división de poderes, sin la cual resulta imposible generar genuinamente justicia social.

Y la segunda es la variable de la distribución del ingreso, sin la cual es imposible generar una mayor institucionalidad.

Eso es lo que planteamos y proponemos al país. No solamente estamos formulando críticas a las leyes sino que además estamos sugiriendo otra cosa.

Por eso nunca hemos votado leyes como ésta. Y tampoco lo vamos a hacer en esta oportunidad. (*Aplausos.*)

Sr. Presidente (Balestrini). — Tiene la palabra la señora diputada por La Rioja.

Sra. Oviedo. — Señor presidente: en nombre del bloque Justicialista Nacional, me voy a referir al proyecto en consideración, por el que se propicia la modificación del artículo 37 de la ley de administración financiera. Quiero decir que cuando comencé a interiorizarme respecto de este tema me inspiré en conceptos vertidos por una persona que tiene mucha experiencia en la materia, que durante muchos años presidió la Comisión de Presupuesto y Hacienda de esta Honorable Cámara y que en la sesión de este cuerpo celebrada el 13 de noviembre de 1991, en la que fue sancionada la ley de administración financiera, se desempeñó como miembro informante.

Señalo esto no a modo de chicana, sino tomando dos conceptos que generalmente la primera dama ha utilizado en el Senado de la Nación. También lo digo en honor a su honestidad intelectual y a la lógica argumental que siempre lo caracterizó. Estoy hablando de un compañero de lucha: el señor diputado Oscar Lamberto.

Quiero comentar lo que he podido leer en el Diario de Sesiones correspondiente a esa sesión, porque Oscar Lamberto y "Toto" Matzkin hablaban en aquel momento de la trascendencia que tenía la ley de administración financiera.

En la República Argentina se venía de gobernar sin presupuesto anual. Se buscaba fortalecer las instituciones del país, y el señor diputado Lamberto se vanagloriaba de ello. Lo digo con mucho respeto, porque estábamos dando un paso adelante muy importante.

El señor senador Capitanich, cuando argumentaba en el Senado, decía que esta ley era anterior a la reforma de 1994, pero creo que la Asamblea Constituyente de 1994 toma como antecedente legislativo esta norma en materia de controles.

El señor diputado Lamberto nos hablaba de control previo como un valor intrínseco del presupuesto de la Nación. Señalaba que el control en el funcionamiento del Estado surgía del presupuesto de la Nación. También mencionaba que nos habíamos olvidado de la herramienta básica del control previo, haciendo hincapié en cómo

se normalizaba el Estado con un presupuesto anual.

Acto seguido, en nombre del oficialismo se comenzaba a instalar el concepto de fiscalización previa en el país. Ello se complementaría luego con el control de la Sindicatura y de la Auditoría General de la Nación. Estos elementos son tomados por la Asamblea Constituyente como fundamentales para el fortalecimiento democrático y republicano.

Por eso, cuando ayer el secretario parlamentario de mi bloque nos alcanzaba en una carpeta el artículo 37, yo lo observaba fría y objetivamente, sin ningún tipo de apasionamiento, y pensaba: ¿cuántos artículos de la Constitución de la Nación vulnera esta modificación, que llega como un refrito del Senado de la Nación y como un mandato inapelable para el oficialismo por parte del Poder Ejecutivo nacional?

Me atreví a compararlo metafóricamente con una bala de cabeza ahuecada. Cuando ingresa al organismo, las esquirlas estallan con tan crueldad que logran avanzar sobre distintos órganos vitales. Así comparo al artículo 37 de la ley que modifica esta iniciativa.

Se pulverizan los principios esenciales de la Constitución nacional consagrados en el artículo 1º —cuando hace referencia al sistema republicano de gobierno—, en el artículo 29, en el inciso 8 del artículo 75 —cuando nos define qué debe ser un presupuesto de la Nación—, en el inciso 2 del artículo 75 —cuando nos deja con raigambre constitucional la ilusión de una futura ley de coparticipación federal—, en el artículo 76 y en el artículo 100, donde se menciona la figura del jefe de Gabinete, a quien hoy seguramente por mandato del Poder Ejecutivo y con anuencia de los diputados oficialistas y otros diputados se le otorgará una dimensión que no tiene.

El jefe de Gabinete debería representar el papel de un primer ministro atenuado, y para el hiperpresidencialismo debería constituir un freno real o un verdadero límite.

Nos llega del Senado este refrito, y digo "refrito" porque este artículo llega con un maquillaje impuesto. En el Senado de la Nación se dijo que este artículo tenía un límite, que era el no engrosamiento de la partida de gastos reservados de la SIDE. Indudablemente que este maquillaje no va a alcanzar para tapar el gro-

tesco que hoy se está tratando aquí, porque un diputado que asume con responsabilidad el mandato popular sabe perfectamente que en un país normal la sanción de este artículo no podría soportar a posteriori el más mínimo control de constitucionalidad. En un país normal, señor presidente, este artículo no admitiría el más elemental debate parlamentario.

Yo voy a hablar pensando en cuánto nos ilusionamos nosotros con una ley de coparticipación federal. Y he llegado a preguntarme, queridos colegas, cuál es el motivo por el cual Néstor Kirchner, presidente de los argentinos, ha renunciado a quedar en la historia como un presidente que entrega a las provincias que conforman la Nación una ley de reparto de recursos lo suficientemente equitativa, solidaria y responsable que busque reivindicar las autonomías provinciales, que sea realmente la respuesta que nuestros pueblos esperan y que también permita luchar con dignidad para avanzar por un país mejor.

Si me permiten, quiero leer una nota que escribiera el corresponsal del diario "La Nación" en mi provincia. Quiero aclararles que el corresponsal es un riojano más, un ciudadano común del cual no podemos decir que esté emparentado con algún sector o que tuvo algún interés en decir lo que dijo. Cuando asumía el nuevo obispo en la provincia —quiero aclarar que el cura que habló es un cura muy consustanciado con las causas populares y que en esa homilía también pidió justicia por el asesinato de monseñor Angelelli—, nuestro corresponsal escribía lo siguiente con respecto a la homilía: "Se nos dijo persistentemente... —refiriéndose a la provincia y sin nombrar al gobierno provincial— ...que para que nuestras necesidades fueran atendidas debíamos someternos a los requerimientos del signo gobernante en el nivel nacional. Entonces, el favor de lo alto se concretaría en generosas dádivas y el bienestar podría finalmente llegar a todos nosotros. Si no, no. ¿Qué somos? ¿Qué valemos como provincianos, como argentinos, como ciudadanos? ¿Somos sólo una cifra de sufragio? ¿No somos sujetos de derecho? ¿Pretendemos ser un pueblo con ideales, con ansias de grandeza, protagonistas de una gesta en nuestra patria, o sólo esperamos los favores concedidos por algún benefactor? ¿Quién o quiénes creen tener el derecho de humillarnos de tal forma?"

En esta homilía hacía referencia al grado de dependencia de nuestras provincias con respecto al gobierno nacional, y creo entender en la sanción de este artículo un proyecto absolutamente unitario de país, con una caja formidablemente grande para la Nación, con provincias absolutamente pobres y dependientes, con gobernadores que en lugar de luchar como cuadros dirigentes que tienen una formación política digna y solidaria vienen aquí, en un estado de zozobra absoluta, a bajar la cabeza ante el poder central.

Señor presidente: lo que realmente no cierra en mi cabeza es a qué se debe el grado de colaboración de los legisladores nacionales como representantes de las provincias para lograr la modificación de este artículo. Si vamos a tomar al presupuesto como una verdadera herramienta de gestión, el gobierno nacional debería respetar las prioridades que como representantes del pueblo de las provincias venimos aquí a debatir y discutir en la Comisión de Presupuesto y Hacienda.

Por ello, pretendo entender la proximidad electoral. Entiendo la preocupación por manejar una caja absolutamente millonaria para el reparto en los distintos rincones del país.

Alberdi fue muchas veces mencionado por la primera dama. Me gustaría que tomara una página del libro *Bases*. Voy a remontarme en el tiempo para ver qué sostenía aquel hombre que sirvió de fuente de inspiración para nuestra Carta Magna. Alberdi nos decía: "De las elecciones, ninguna más ardua que la de presidente. Y como la próxima hace nacer dudas que interesan a la vida de la Constitución actual, séanos permitido emitir algunas ideas que tendrán aplicación más de una vez y que responden a la siguiente pregunta que muchos se hacen a sí mismos: ¿qué será de la Confederación argentina el día que le falte su actual presidente? Será en mi opinión, lo que es de la nave que cambia de capitán, una mudanza que no impide proseguir el viaje, siempre que haya una carta de navegación y que el nuevo capitán sepa observarla. La Constitución nacional es la carta de navegación de la Confederación en todas las borrascas, en todos los malos tiempos, en todos los trances difíciles. La Confederación tendrá siempre un camino seguro para llegar a puerto de salvación, con solo volver sus ojos a la Constitución y seguir el camino que ella le traza para formar el gobierno y para reglar su marcha".

Para terminar quiero señalar que me he interiorizado mucho acerca de los argumentos que el Poder Ejecutivo nacional ha esgrimido para llevar adelante este proyecto, y sinceramente no logro encontrar absolutamente ninguno de los requisitos establecidos en la Constitución de la Nación para avanzar en este sentido. Esto me parece un sinsentido: en lugar de fortalecer las instituciones, día a día las vamos debilitando.

Puedo llegar a entender que haya quienes prefieran no hablar en el recinto y afirmar que al pueblo le interesa poco lo que se debate en el Congreso de la Nación. Sin embargo quiero rescatar lo que señaló un diputado hace unos momentos. Como decía Platón, el debate es el arte de los hombres libres.

Me siento absolutamente tranquila con mi conciencia; me siento una diputada, representante de mi provincia, con la posibilidad de debatir y de decir reafirmandome en mis convicciones. Por eso voy a votar en contra de la modificación de este artículo.

Ha sido un orgullo para mí poder representar a mi bloque en el cierre, ya que por cuestiones burocráticas o reglamentarias le han permitido hacerlo a la conducción del bloque Justicialista Nacional. (*Aplausos.*)

Sr. Presidente (Balestrini). — Tiene la palabra el señor diputado por la Capital.

Sr. Pinedo. — Señor presidente: voy a ser muy breve. Quiero hablar de una sola idea. Dentro de pocos minutos la Cámara de Diputados de la Nación va a resolver que el señor Alberto Fernández pueda hacer lo que le parezca con la totalidad de la plata que pagan los argentinos al Estado, sin limitaciones y en forma permanente.

Esto es de una extrema gravedad, porque la esencia del sistema democrático, el origen de las instituciones parlamentarias, está basado en que el pueblo determina cómo se gastan los recursos por medio de sus representantes, elegidos mediante el voto. Después de la sanción del proyecto de ley en debate, los representantes del pueblo y de las provincias ni siquiera podrán ayudar al Poder Ejecutivo cuando éste se equivoque, y quien resolverá cómo habrán de gastarse los recursos será un funcionario elegido por una sola persona: el presidente de la República.

Quiero repasar los argumentos esgrimidos por el oficialismo para llegar a la conclusión de que esta maravilla podía ser llevada a cabo.

En el mensaje del Poder Ejecutivo observamos sólo dos ideas. En primer término se sostiene que es necesario adecuar la ley de administración financiera a la reforma constitucional de 1994. La senadora Fernández de Kirchner pidió a la oposición que sepa de lo que habla y tenga buena fe y lógica. Vamos a hacer un esfuerzo en ese sentido.

Se dice que es preciso adecuar la ley de administración financiera a la reforma constitucional de 1994. Sin embargo, con toda facilidad puede advertirse que el actual artículo 75 de la Constitución, que ha venido a reemplazar al viejo artículo 67 de la Constitución histórica, en absoluto ha cambiado las facultades del Congreso. El artículo 67 establecía que el Congreso fija anualmente el presupuesto de gastos, y el actual artículo 75 —al que queremos adecuar la ley de administración financiera— determina que el Congreso fija anualmente el presupuesto de gastos.

—Ocupa la Presidencia la señora vicepresidenta 1ª de la Honorable Cámara, doña Patricia Vaca Narvaja.

Sr. Pinedo. — En esta adecuación fantasmagórica el oficialismo ha descubierto que el Congreso ha perdido facultades. Es maravilloso. Como las palabras son las mismas —pues en ambos casos la Constitución dice “fija”—, y entonces resulta que no hay nada que adecuar, aparece el segundo argumento en el mensaje del Poder Ejecutivo, que descubre que el secreto de todo reside en la palabra “ejecutar”.

Según el oficialismo, “ejecutar” el presupuesto quiere decir “hacer” el presupuesto. Ya otros diputados han aludido a la definición del término “ejecutar” según el Diccionario de la Real Academia Española, que dice lo contrario a lo que sostiene el oficialismo. “Ejecutar” proviene del latín *executus*, que significa “seguido”. Ejecutar es acompañar, seguir, cumplir. O sea que el jefe de Gabinete debe seguir y cumplir otra cosa.

Para tratar temas afines a un compañero de bancada, cuando un futbolista ejecuta un penal lo que está haciendo es cumplir con la decisión del juez del partido; cuando se ejecuta una sentencia, se cumple con la decisión de un magis-

trado, y cuando se ejecuta un presupuesto, se cumple con la decisión del Congreso de la Nación. Esto es así según la acepción del término en español y en latín.

El Poder Ejecutivo ha brindado otros argumentos. La senadora Fernández de Kirchner dijo que la división de poderes no está contemplada en el inciso 8 del artículo 75 de la Constitución, que establece que el Congreso fija el presupuesto, sino en el inciso 1 de ese mismo artículo, que determina que es el Congreso el que puede fijar impuestos. En esa oportunidad aludió a Juan sin Tierra, que en el año 1215 estableció que el Parlamento podía fijar los impuestos; y retó al senador Morales diciéndole que era posible que él no supiera acerca de eso porque es contador.

Extraordinario argumento.

Lo que no recordó la senadora Kirchner es que en el mismo país, Inglaterra, en 1688 —hace ya unos cuantos años—, se resolvió que el Parlamento era el único que podía determinar los gastos del presupuesto.

Sostuvo además que esto no es inconstitucional y que tenemos que aprobarlo porque sólo se está modificando un artículo de una ley. Esta es una teoría extraordinaria y novedosa que podríamos denominar “el teorema cuantitativo de la constitucionalidad”. Si se viola una sola vez, no pasa nada; si se viola muchas, parece que es grave. Lo cierto es que si se viola, se viola; las cosas son constitucionales o no lo son, y en un solo artículo se pueden decir muchas barbaridades. Entonces, esta teoría cuantitativa se derrumba por su propio peso.

Se nos dice que en el pasado hubo delegaciones, y se silencia en cambio que siempre fueron transitorias.

La senadora Kirchner tiene otro argumento formidable que quiero compartir con ustedes, para saber si sólo a mí me parece así. Sostiene que no se viola el federalismo con esta norma. Sin embargo, no habiendo ley de coparticipación federal y por ende no teniendo recursos propios, porque la Nación se queda con el 70 por ciento de los ingresos y las provincias en su conjunto con el 30, todos los gobernadores tendrán que venir a mendigar a una sola persona, que es la que dispondrá de la totalidad del presupuesto.

Asimismo afirma la senadora que no se viola el federalismo con este proyecto de ley porque

hay control social del presidente. ¿Acaso en Francia o Chile, que son países unitarios, no hay control social? ¿Por eso no se viola el federalismo? ¿Hay lógica en este argumento?

Otro argumento de la misma fuente es que la mejor garantía de la división de poderes es que la gente vota cada dos años. Esto sí es formidable. Porque la gente vota magistrados, y la división de poderes es lo que funciona entre elecciones, no el día del sufragio. La división de poderes es como se deben comportar los funcionarios entre elecciones. Entonces, ¿tiene esto lógica?

El último argumento es que en realidad esta nunca fue una facultad del Congreso de la Nación. Como diría mi amigo, el diputado Urtubey, nosotros fabulamos. Por cierto, es mejor fabular que integrar bandas armadas y esas otras cosas que algunos dicen que también hacemos.

Ahora bien, ¿quién ha desmentido este último argumento de que en realidad esta siempre fue una facultad del jefe de Gabinete de Ministros? La senadora Cristina Fernández de Kirchner, porque en el Senado de la Nación propuso una modificación al proyecto remitido por el Poder Ejecutivo, y tuvo la suerte de que se la aceptarían.

La enmienda dice que el jefe de Gabinete de Ministros no podrá modificar los recursos de la SIDE. ¿Cómo podemos decir esto si nosotros no tenemos facultades, y el que lo decide es el jefe de Gabinete de Ministros? ¿Esto es lógico?

¿Para qué festejamos cuando sancionamos un proyecto de ley por el que determinado porcentaje del PBI debe destinarse a la educación nacional si finalmente eso es papel picado que para nada sirve? En definitiva el que tiene la facultad es el jefe de Gabinete de Ministros y no nosotros. ¿Por qué celebramos entonces cuando hacemos algo sobre lo que no tenemos facultades?

Me quedé preocupado con la idea de que fabulamos, y acudí a algunos amigos para decidir si fabulamos nosotros o fabulan otros. Leeré dos citas muy breves.

“La regla es que no debe salir del Tesoro cantidad alguna que no esté prevista o determinada por ley del Congreso. El Poder Ejecutivo no puede ordenar ninguna inversión que en esa ley no se halle fijada.” Esto lo dijo Joaquín V. González, que algo sabía de la Constitución Nacional.

Un amigo de la senadora Kirchner dijo algo también interesante: "El poder de crear, de manejar y de invertir el Tesoro público es el resumen de todos los poderes, la función más ardua de la soberanía nacional. En la formación del Tesoro puede ser saqueado el país, desconocida la propiedad privada y hollada la seguridad personal; en la elección y cantidad de los gastos puede ser dilapidada la riqueza pública, embrutecido, oprimido, degradado el país.

¿Cómo evitar que el gobierno incurra en tales excesos al ejercer la soberanía del país delegada para crear el Tesoro y aplicarlo? ¿Hay garantías aplicables al remedio de esos abusos? ¿Cómo conseguir que los principios económicos y rentísticos de la Constitución prevalezcan en las leyes y en los actos del gobierno, encargado de hacer cumplir la Constitución? Inglaterra ha encontrado ese secreto a costa de muchos siglos de experiencias dolorosas, y lo ha enseñado al mundo parlamentario: consiste en dividir el poder rentístico en dos poderes accesorios e independientes, a saber: el poder de crear los recursos y votar los gastos públicos, y el poder de recaudar, administrar y emplear esos recursos en los gastos designados ¿por quién? Al Poder Legislativo, órgano más íntimo del país, es delegado el ejercicio de la primera atribución y al Ejecutivo el de la segunda, por ser el tesoro el principal medio de acción y de ejecución. Tal es la teoría del gobierno parlamentario de Inglaterra, de que ha sido expresión práctica la Constitución argentina, a imitación de todas las conocidas en ambos mundos de medio siglo a esta parte. Toda la libertad del país depende de la verdad en esa división del poder." Esto lo ha dicho Juan Bautista Alberdi. Y yo, he dicho. *(Aplausos.)*

Sra. Presidenta (Vaca Narvaja). — Tiene la palabra el señor diputado por Buenos Aires.

Sr. Díaz Bancalari. — Señora presidenta: Llegando al final de esta sesión donde se han dicho tantas cosas lejanas de la verdad y cercanas a la mentira, pienso qué durá la sociedad en su conjunto al advertirlo. En este sentido, reflexionaba acerca de lo señalado por algún joven que expresó que estaba preocupado con sus treinta y pico de años. Quienes militamos en la democracia hasta su llegada el 30 de octubre de 1983, recibimos al gobierno que asumió el 10 de di-

ciembre del mismo año y redactó su primer presupuesto nacional en 1984.

— Ocupa la Presidencia el señor presidente de la Honorable Cámara, doctor Alberto Edgardo Balestrini.

Sr. Díaz Bancalari. — Entonces se me ocurrió leer un artículo 10 de ese presupuesto que decía: "El Poder Ejecutivo nacional podrá disponer las reestructuraciones que considere necesarias incluido el cambio de finalidad, función, jurisdicción e inciso dentro de la suma total fijada por el artículo 1º y para las erogaciones figurativas establecidas en el artículo 3º..." ¿Quién habrá escrito esta norma violatoria de la Constitución Nacional? ¿Habrá sido alguien que hacía campaña recitando el Preámbulo, y esperaba tener cien años de democracia? Debe haber sido un error.

Veamos lo que sucedió al año siguiente en el presupuesto de 1985, ley 23.270, en su artículo 9º. Decía textualmente: "El Poder Ejecutivo nacional podrá disponer las reestructuraciones que considere necesarias incluido el cambio de finalidad, función, jurisdicción e inciso dentro de la suma total fijada por el artículo 1º establecido en el artículo 3º." ¿Otra vez? ¿No les alcanzó con ganar el 30 de octubre? ¿No les alcanzó con el Beagle? A lo mejor, iban por las elecciones de ese año.

Vamos al año 1986. Ley 23.410, artículo 9º: "El Poder Ejecutivo nacional podrá disponer las reestructuraciones que considere necesarias...". Igual que antes.

En el 87, a lo mejor debido a la furia de la derrota electoral, fue más duro todavía porque no puso ninguna excepción.

En el 88, para hacerlo breve, se habla de todas estas facultades, pero con un chiste. ¿Saben cuándo se aprobó ese presupuesto? El 29 de diciembre de 1988. Es decir, se le autorizaba a hacer todo lo que ya había hecho en el año, fuera lo que fuese. ¿Será una violación a la Constitución? ¿Será una norma que es necesaria? ¿Será una norma que no tiene ningún sentido, que no la necesita nadie, o será una norma que va tomando permanencia?

Vamos a avanzar, vamos a allanar y vamos a reconocer que durante los años 90 en el presupuesto también venía esta norma fija de administración, que era necesaria para poder gobernar.

- Pero llegó la Alianza: transparencia, carta a los argentinos, la esperanza blanca. Todos contentos. Año 2000.

- Varios señores diputados hablan a la vez.

Sr. Díaz Bancalari. - No van a encontrar falta de coherencia, porque después vamos a hablar de los superpoderes.

En el año 2000 existía una Alianza...

Sr. Rozas. - ¿Te acordás cuando en la interna peronista lo insultabas a Kirchner?

- Varios señores diputados hablan a la vez.

Sr. Presidente (Balestrini) - Señor diputado Rozas: por favor, pida la palabra si es que quiere hablar.

Continúa en el uso de la palabra el señor diputado por Buenos Aires.

Sr. Díaz Bancalari. - Señor presidente: no voy a conceder interrupciones. *(Risas.)*

Después de haberse comido las reservas que dejó el tren fantasma, porque se comieron los millones de dólares que dejó el tren fantasma, vino con el blindaje y con el megacanje.

Artículo 20 de la ley 25.237 ya estaba el jefe de Gabinete, había aparecido esa figura maldita que no sé quién la invitó. No sé de dónde salió. Hay un artículo en la Constitución y no sé quién lo redactó. Yo no estuve en el Pacto de Olivos, no participé del núcleo de coincidencias básicas, no compartí los acuerdos que se hicieron pero había aparecido esta figura en la Constitución.

¿Qué se dice de la transparencia, de la participación y del respeto a la Constitución? Artículo 20: "Facúltase al jefe de Gabinete de Ministros a disponer las reestructuraciones presupuestarias que considere necesarias dentro del total aprobado por la presente ley y por esta única vez sin las limitaciones del artículo 37 de la ley 24.156".

En 2001 se dice lo siguiente: "Facúltase al jefe de Gabinete de Ministros a disponer las reestructuraciones presupuestarias...", y sigue igual. Hete aquí que estaba convencido de que ésta era una norma permanente, y alguien aquí le quitó esa condición. Cuando se corrigió al diputado Atanasof se dijo que esto no era necesario. Todas las argumentaciones que se utiliza-

ron demuestran que esto no era necesario porque en 2002 y 2003 no se usaron.

Las pruebas de la infamia las traigo en la maleta: los dos presupuestos y los dos DNU. Es cierto que en el presupuesto estaba prevista la norma del artículo 37 de la ley 24.156, pero en 2002 estaba el decreto 1.453.

Artículo 2º: "Establécese que las facultades otorgadas al jefe de Gabinete de Ministros por el artículo 17 de la ley 25.565 para tratar de efectuar reestructuraciones presupuestarias que considere necesarias dentro del total aprobado por la citada ley se dispondrá hasta la finalización del ejercicio 2002, sin sujeción al artículo 37 de la ley 24.156".

En los años 2003 y 2004, la situación es igual. Por lo tanto, al decir que éstos son superpoderes, faltar a la verdad, engañar a la sociedad y utilizar discursos y argumentaciones que no son ciertas, si bien voy a insertar gran parte de mi discurso -no se asusten-, voy a aclarar cuál fue la política de confrontación que llevamos adelante para el otorgamiento de los superpoderes.

Cristina Fernández de Kirchner no habló porque el discurso de la oposición lo llevaba yo, el compañero Urtubey y el diputado Obeid. Léanlo, y además lo podemos insertar en el Diario de Sesiones como parte del fundamento de nuestra exposición.

Es muy distinto, es artero, es mentiroso decir que estas facultades son como los superpoderes que tenía Cavallo. Los superpoderes de Cavallo, como mencionó el diputado Urtubey y voy a insistir yo para que se sepa qué eran, son muy distintos a la facultad contenida en esta iniciativa. Las facultades excepcionales que se otorgaron a Cavallo no las tiene hoy el Poder Ejecutivo ni el jefe de Gabinete.

En conclusión, señor presidente, ésta es una norma de ejecución administrativa necesaria, que ha existido en forma permanente desde que se recuperó la democracia luego de la noche negra del proceso. Todos los años, con jefe de Gabinete, sin jefe de Gabinete, el Poder Ejecutivo tuvo la posibilidad de reasignar partidas.

Les pido que seamos honestos: no sólo tuvo estas facultades el Poder Ejecutivo nacional sino también los provinciales. Hubo algunos casos, como el de la provincia extraordinaria, que no tenía ninguna otra cosa que no fuera la democracia -los ciudadanos no dicen lo mismo-, don-

de la ley 5.172 le dio las mismas facultades al gobernador. Así podemos ir nombrando a todas las provincias.

A fuer de ser sincero, no sé si ya lo he dicho, cuando yo era intendente municipal de San Nicolás también tuve estas facultades, otorgadas por la ley orgánica de las municipalidades.

De manera que es una norma de carácter administrativo que no se puede tildar de superpoder. No se puede engañar a la población. No se puede quitar credibilidad y confianza a un gobierno que está construyendo en beneficio de todos.

No se crean que la credibilidad y la confianza las ha recuperado toda la dirigencia política. Gracias a que se ha ido aquilatando el reconocimiento a la autoridad presidencial, podemos salir sin que nos griten "que se vayan todos". Pero guay de seguir esmerilando y jaqueando la figura presidencial. No digo que sea el salvavidas de todos, pero tratemos de ir construyendo en conjunto.

No existen los superpoderes en una democracia. Los superpoderes otorgados a Cavallo eran inconstitucionales. Pero además, si tenían la pretensión de ser permanentes —como se dijo acá y se corroboró inmediatamente—, por la decisión de los que habíamos votado en contra se derogaron inmediatamente después de la derrota de la Alianza a fines de 2001. Se derogó la ley de convertibilidad y todas las leyes que eran las promotoras del desquicio institucional, político y social y de la tragedia de la República en el año 2001.

Estoy hablando del año 2001. Si quieren hablamos de los otros también, puedo hacerlo porque siempre he sido coherente. Puedo dar testimonio de que en toda mi vida política he sostenido lo que he dicho, ya sea hace dos años, cinco o diez.

—Varios señores diputados hablan a la vez.

Sr. Díaz Bancalari. — Un tema administrativo como el que estamos discutiendo no puede ser sacado de su contexto para generar una construcción discursiva sobre un hegemonismo y una concentración desmedida del poder en detrimento de otros poderes.

La reforma en estudio tiene un solo y principal objetivo: reglamentar las atribuciones admi-

nistrativas del jefe de Gabinete de Ministros, figura institucional que surge en nuestro sistema de gobierno por la reforma constitucional de 1994, que en el artículo 100, inciso 1, establece que es el jefe de la administración general del país y en el inciso 7, que es el responsable de la ejecución del presupuesto nacional.

Hablemos claramente, como ya hemos dicho antes: esta facultad que hoy se va a dar puede tener la misma duración que cualquier ley.

Vuelvo un paso atrás. No conozco otra jerarquía de ley que aquella que puede ser modificada por otra ley. La norma que estamos modificando ahora es una ley, la de administración financiera. ¿Qué tiene que ver la modificación de una ley con la afectación a la Constitución? La ley es la consecuencia.

—Varios señores diputados hablan a la vez.

Sr. Díaz Bancalari. — Pido que me respeten, señor presidente, así como nosotros hemos respetado a todos.

Hace dos días, algún distinguido representante del partido del abandono... *(Risas y aplausos.)* En verdad son el partido del abandono, porque una vez nos abandonaron seis meses antes y otra a los dos años de asumir. Como decía, algún distinguido representante del partido del abandono nos criticaba porque decía que habían quedado solos por dos días cuando fue el tema Blumberg. ¿Qué tendríamos que decir nosotros de aquel que se fue en un helicóptero y nunca más volvió, como el clavel del aire, dejando a la ciudadanía sola y a los gritos en la Plaza de Mayo? Eso es una falta de respeto, y ahora pretenden condicionar la palabra de quienes hemos dado testimonio y siempre estuvimos al servicio de la República cuando fue necesario.

—Varios señores diputados hablan a la vez.

Sr. Díaz Bancalari. — Hablemos en términos políticos. Implantar la idea de los "superpoderes" es la semilla de la discordia de este debate. Daría la impresión de que este gobierno nada tiene que ver con la democracia, que es un gobierno de facto que no tiene respaldo electoral, que es una forma impura. Pero hay democracia, señor presidente, y no existen demagogia ni populismo, que son el caballo de

batalla de los que predicán un centrismo a la deriva y ahora pretenden anclar en los puertos progresistas. También les gusta manejar el mismo idioma a la derecha apolillada y a la izquierda cavernícola. No inventemos elucubraciones despectivas con el solo fin de derramar el abanico opositor, porque nosotros no somos los culpables de que hoy sea un archipiélago.

¿Acaso ahora nos van a pedir que trabajemos para ellos? La oposición, ante su debilidad intrínseca y su imposibilidad organizativa, hegemoniza para ocultar sus defectos; entonces, sube la apuesta y enarbola la bandera de los “superpoderes” cuando en realidad se mantienen todos los controles que una república necesita para ser considerada tal.

¿Acaso se ha propuesto la abolición de los controles que realizan la SIGEN, la Auditoría General de la Nación, la Justicia y el Congreso? La oposición ha reiterado en forma sistemática que no hay control legislativo, y eso no es cierto. El control existe en la propia ley de administración financiera. Primero, en el ámbito de una jurisdicción, existe un control jurisdiccional vinculado con la unidad de auditoría interna; luego, en el ámbito de control interno de la Sindicatura General de la Nación se ejerce otro control y finalmente, en el ámbito de control externo, existe la Auditoría General de la Nación, cuyo titular es de la oposición.

Asimismo, el Congreso de la Nación, por intermedio de la Comisión Parlamentaria Mixta Revisora de Cuentas de la Administración, posee extensísimas facultades para ejercer el contralor a partir de la propia ley 24.156.

Por lo tanto, es falaz el argumento de que la modificación del artículo 37 de la ley 24.156 vulnera la división de poderes e impide ejercer los controles necesarios por parte del Poder Legislativo. Se trata de un engaño argumental y políticamente mal intencionado. Al escuchar a algunos colegas pareciera ser que el país estuviera sometido al imperio de un poder omnímodo y avasallador, irrespetuoso de la institucionalidad, ilegítimo e ilegal.

Esto es lisa y llanamente una exageración que no podemos dejar pasar por alto y que desmentimos con contundencia.

Queremos dejar constancia en el Diario de Sesiones de que en este período constitucional existe un gobierno respetuoso de nuestra Carta

Magna que es fruto de la institucionalidad conseguida por la diversidad de actores políticos y sociales de la Argentina.

¿Dónde están los “superpoderes”? En realidad, en ninguna parte. Sólo existen en las mentes prejuiciosas de las minorías con vocación de minorías. Lamentablemente, el sistema democrático empalidece cuando la minoría se empecina en seguir siendo minoría. No es nuestra culpa; tampoco nos carguen esa responsabilidad.

Hoy dijimos que superpoderes eran los que en su momento se otorgaron a Cavallo. ¿Quieren que se los nombre? ¿Quieren que más o menos les diga cuáles fueron las facultades otorgadas al entonces ministro de Economía? Entre ellas podemos mencionar la autorización para afrontar la deuda con activos públicos o para otorgar privilegios a los acreedores sobre la recaudación.

En cuanto a los organismos autárquicos, ellos podían ser fusionados, centralizados, transferidos a las provincias o convertidos en sociedades anónimas y privatizados.

También se otorgaba autorización para reformar libremente la Ley de Ministerios, crear o eliminar exenciones impositivas, modificar las leyes de obras sociales de los jubilados, emitir y vender bonos en el mercado de capitales —es decir, para endeudarnos más— e incluir a los empleados públicos en el régimen de la Ley de Contrato de Trabajo.

En la Argentina se llamó “superpoderes” a todas estas facultades. Y realmente era cierto, ya que se trataba de superpoderes. Entre otras cosas, se podían emitir bonos de la deuda pública y privatizar o fusionar entes.

Las relaciones del poder se tergiversan o dejan de ser igualitarias si en el fiel de la balanza democrática existen cualidades triviales por parte de quienes deberían ocupar un lugar destacado para la alternancia o la elaboración de alternativas. Eso, hoy por hoy, está pendiente en la Argentina. Y rogamos que se solucione pronto porque nadie apuesta a un partido único, al monopolio de las instituciones o a la posibilidad de dejar de lado la Constitución Nacional.

Queremos una concertación plural en la dinámica de los hechos de gobierno y en el cumplimiento de las expectativas populares. El fundador de nuestro movimiento decía: cada cual

con su bandera, cada cual con su ideología, cada cual con su doctrina, cada cual con su partido, pero todos luchando por el bien común.

Yo digo que el radical debe ser radical, pero tiene que pensar en grande. Lo mismo debe ocurrir con el justicialista, el socialista, el arista y el centrista, entre otros. En otras palabras, todos debemos pensar en grande y tirar parejo del carro de la República para distribuir equitativamente la riqueza y saldar las deudas sociales pendientes que todavía están lastimando tanto al tejido de la comunidad nacional.

Señor presidente: hoy la agenda política es marcada por el gobierno sobre la base de la defensa de los intereses nacionales. Como hemos dicho, invitamos a todos a participar de esto de la manera que hemos mencionado: cada cual debe hacerlo desde su partido; nadie les pide que se conviertan o se integren dejando de lado su identidad. Por el contrario, lo que solicitamos es que se sumen de buena fe a esta tarea destinada a construir esta concertación plural que nos demanda la sociedad, dando certeza a la esperanza que porta. Esta es una oportunidad que no podemos dejar de lado. Y nosotros no vamos a perderla.

Por lo expuesto, nuestro bloque va a votar afirmativamente el proyecto de ley en consideración, ya que pensamos en una Argentina grande. *(Aplausos.)*

Reitero el pedido de inserción formulado respecto de una parte de mi discurso, señor presidente.

Sr. Presidente (Balestrini). — Así se hará, señor diputado.

Tiene la palabra el señor diputado por Río Negro.

Sr. Chironi. — Señor presidente: a esta altura de la noche diría que tengo dos elementos en contra. El primero es el cansancio y la repetición de argumentos legítimos que han expresado muchos señores diputados. Y el segundo está dado por este corsé determinado por el momento en que me toca hacer uso de la palabra en este recinto y en virtud del cual, frente a dos cierres del oficialismo, terminé encontrándome en una situación de desventaja. Me refiero a la exposición que acaba de efectuar el señor diputado preopinante y al cierre que posteriormente realizará el señor presidente del bloque del Frente para la Victoria. Probablemente, en la modifi-

cación del reglamento de esta Honorable Cámara que llevamos a cabo hace poco tiempo y que sirvió para aligerar de alguna manera el trámite de las sesiones, nos ha quedado algo en el camino.

Por respeto a todos los señores diputados voy a tratar de ser telegráfico, aun cuando después de tantas horas de debate hay muchas cosas para responder y aclarar. Tengo la obligación de fijar la postura y la síntesis del pensamiento del bloque de la Unión Cívica Radical.

La primera cuestión que quiero plantear es que este debate involucra un aspecto constitucional. Se nos quiere hacer creer que estamos debatiendo un artículo de una ley que tiene más de cien y, consecuentemente, que se trata de una cuestión administrativa. Realmente, la falta de argumentos para sostener esta postura es verdaderamente asombrosa.

En este sentido, puedo decir que no nos han convencido las argumentaciones de tinte zoológico que ha hecho el presidente de la Comisión de Presupuesto y Hacienda y miembro informante del dictamen de la mayoría, quien probablemente se olvidó de mencionar entre la fauna al gato maula que quiere jugar con el misero ratón.

Tampoco nos han convencido las argumentaciones que ha formulado el presidente de la Comisión de Asuntos Constitucionales en cuanto a la fabulación en la que incurre la oposición al tratar este tema.

¿Por qué esta cuestión es constitucional? Hemos debatido toda la noche acerca de si esta ley respeta o no el principio de la división de los poderes. También hemos discutido toda la noche quién es el titular de la competencia.

Aquí me encuentro con una primera novedad: parece ser que después de 153 años de vigencia de la Constitución de 1853, la facultad de fijar el presupuesto y establecer el límite al gasto no corresponde al Congreso de la Nación, por lo que hemos vivido equivocados durante muchos años.

Todos los que fuimos a la escuela y estudiamos —algunos, como yo, en la Facultad de Derecho— el tema del equilibrio de los poderes, las compensaciones y los controles recíprocos hemos vivido equivocados; pues pensábamos que la facultad constitucional de establecer el pre-

supuesto y autorizar el gasto era inexcusable e indelegable del Poder Legislativo. Resulta que hoy nos enteramos de que ello no es así.

El oficialismo sostiene que es una facultad que no corresponde al Congreso, pero la reforma de 1994 no tocó en un ápice la distribución de competencias entre el Poder Ejecutivo y el Poder Legislativo. En cambio, sí desconcentró las atribuciones conferidas al presidente en la vieja Constitución de 1853, a fin de que las asuma en su medida y en lo que le corresponda el jefe de Gabinete.

Este es uno de los grandes temas que se introducen en la Constitución, pero la figura del jefe de Gabinete se incorpora claramente para desconcentrar las atribuciones del Poder Ejecutivo y no para sustraer facultades al Congreso.

Entonces, si las facultades del Congreso son las que a nosotros nos enseñaron, nada ha cambiado en la materia y resulta imposible, constitucional y jurídicamente, que por arte de magia se nos quiera hacer creer que hoy esas competencias han pasado a ser del jefe de Gabinete.

Ya tuve oportunidad de referirme a este tema cuando discutimos los decretos de necesidad y urgencia, pero hace falta que refresquemos algunos conceptos que ya hemos expresado el otro día.

Como todos saben, la figura del jefe de Gabinete formó parte de un núcleo de coincidencias básicas que se votó en la reforma constitucional de 1994, integrando un bloque sin disidencias. Yo quiero leer rápidamente lo que dijeron los miembros informantes de mi partido, corroborado por lo que expresaron los miembros informantes de otros partidos — como el doctor García Lema, por el justicialismo —, con respecto a la figura del jefe de Gabinete, a lo que se estaba buscando con la reforma constitucional y a lo que en definitiva se plasmó en la Constitución Nacional.

Con respecto al conjunto de reformas, decía Enrique Paixao: “La primera de esas reformas, en consecuencia, consiste precisamente en incorporar al Poder Ejecutivo una figura que, desagregando las tradicionales facultades que hoy están estructuradas en cabeza del presidente de la Nación, dé al órgano ejecutivo del gobierno nacional mayor dinamismo, mayor elasticidad para enfrentar problemas de crisis y la

garantía de que el pluralismo ha de ser el modo permanente en el ejercicio del poder por parte del Poder Ejecutivo nacional.”

Y dijo el doctor Alfonsín, como miembro informante del Núcleo de Coincidencias Básicas: “Por ello es necesario ser muy preciso en la definición de las ideas que tuvimos en cuenta al apoyar este Núcleo de Coincidencias Básicas. Esta es la razón que me lleva, con la autorización de la Presidencia, a dar lectura de cuál es la intención del bloque de la Unión Cívica Radical al firmarlo. En primer lugar, es nuestra intención principal atenuar el presidencialismo y desconcentrar las facultades del presidente. Por ello, a nuestro criterio, cada vez que exista una duda acerca del alcance que haya que otorgar a las cláusulas que estamos sancionando, la duda debe ser resuelta interpretando de la manera más restrictiva posible las facultades presidenciales. Cuando exista alguna duda interpretativa entre las facultades del presidente y del Congreso, los jueces y demás intérpretes, a nuestro juicio, deberán dar prioridad a la solución que privilegia al Congreso. Ello puesto que la intención de estas reformas es fortalecer al Poder Legislativo para establecer un nuevo equilibrio de poderes. Se debe tener presente que nuestra intención al sancionar estas reformas tiende a evitar la degradación de la democracia y de las instituciones que ponía en peligro a nuestra República a través de la institucionalización del modelo de democracia delegativa. Dicho modelo se caracteriza por una enorme concentración del poder político en el Ejecutivo y por la idea de que por medio del sufragio se delega al presidente el derecho de hacer todo lo que le parezca adecuado. Dicha concentración de poder distorsiona la representatividad y el sistema de separación de poderes y debilita el control de la validez y legitimidad de las acciones del Ejecutivo por parte de los otros poderes del Estado. No puede quedar duda alguna de que las propuestas que estamos analizando tienden a construir la base de una nueva y más amplia democracia al crearse nuevas instituciones que aseguren un mejor equilibrio entre los poderes y desconcentren las facultades presidenciales. A modo de ejemplo, podemos afirmar que la creación de la figura del jefe de Gabinete de Ministros con responsabilidad parlamentaria desconcentra el poder presidencial, destraba bloqueos entre los poderes y genera válvulas de

escape a situaciones de crisis. Esto en cuanto a lo que pueda servir como interpretación el día de mañana de la reforma que estamos sancionando en esta Convención Constituyente.”

Creo que estas palabras me eximen de hacer otros comentarios, pues cobran una actualidad inusitada dado que otra vez estamos debatiendo si concentramos poder en el Poder Ejecutivo —llámese ahora jefe de Gabinete o presidente— o si realmente el Parlamento argentino asume la función primordial de legislación y de control que le asigna la Constitución.

Si me permiten, voy a hacer tres o cuatro comentarios breves. El Congreso fija el presupuesto y lo hace en función de un programa y de un plan de obras públicas que no puede hacer el Congreso sino que lo tiene que hacer el presidente. Lo que hace el Congreso al aprobarlo es decir al Ejecutivo: “Este es el límite a la autorización del gasto, y no otro” Y la Constitución autoriza al jefe de Gabinete a que lo ejecute.

Pero quizás algo que ha pasado inadvertido en este debate es una facultad y una responsabilidad que la Constitución le asigna expresamente al presidente de la Nación en su artículo 99, inciso 10, que dice que el presidente supervisa el ejercicio de la facultad del jefe de Gabinete de Ministros respecto de la recaudación de las rentas de la Nación y de su inversión, con arreglo a la ley de presupuesto de gastos nacionales.

Si el presidente de la Nación tiene que supervisar la función del jefe de Gabinete y éste tiene que actuar con arreglo a la ley de presupuesto general de gastos y recursos, nunca el jefe de Gabinete puede tener facultades para modificar la ley a la cual debe someterse, porque lo contrario significaría que la letra muerta es la de la Constitución, que es muy clara cuando establece “con arreglo”, es decir, adecuándose a lo que dice la ley de presupuesto. Establece claramente una función de supremacía.

Esa es una de las cosas que se han debatido y sobre la que no voy a volver. Simplemente, quiero decir que la gran diferencia que tenemos entre los ejemplos históricos que se han dado es que en otras delegaciones nos hemos referido siempre a delegaciones transitorias. Podemos estar o no de acuerdo con ellas. A la luz de los resultados que dieron las delegaciones de poder

en la Argentina vamos a decir que fueron una equivocación. De modo que sería una tontera persistir en una equivocación que nos llevó a los resultados desastrosos que todos hemos conocido y que cada uno debe asumir.

La otra cuestión que observo en estos debates es que hay una visión tan fragmentada de la historia, que hay décadas que se pasan como si fueran una ráfaga. Después nos detenemos en dos años, como si ahí hubiera comenzado y terminado la historia de nuestras desgracias y nuestros problemas.

Hoy alguien decía que era muy malo irse en helicóptero y dejar al país librado a su suerte. También es muy malo quedarse en el gobierno hasta el último día y dejar un endeudamiento de más de cinco mil millones de dólares en el Tesoro y en la caja. Cuando hablemos de la historia y de nuestras responsabilidades, hagámonos cargo de todos y cada uno de los momentos que la atraviesan.

La otra cuestión, en la que la falta de argumentos se exhibe permanentemente, es el tema de los gobiernos de provincia y las cláusulas que tienen algunas leyes de presupuesto, que establecen un tiempo determinado en el año de su vigencia. Hay dos cuestiones diferentes. Estamos hablando de una cosa distinta, de la que daré mi interpretación.

Por otra parte, no se puede comparar una provincia con la Nación. No se la puede comparar no sólo por una cuestión cuantitativa en el manejo de los recursos, sino por una cuestión cualitativa o estructural. Las provincias tienen capacidad de endeudamiento limitada, no tienen capacidad de emitir moneda, no pueden fijar aranceles a la exportación, no pueden fijar la política monetaria.

Si realmente discutimos de buena fe no podemos comparar la magnitud ni la calidad de lo que implica una decisión presupuestaria en una provincia con las del gobierno nacional.

Lo que además hay que hacer, en todo caso, es analizar la constitucionalidad de cada ley de provincia, o hablar de ello. En el Congreso nacional lo que tratamos de analizar es la constitucionalidad de este proyecto.

Fijémonos —ya ha sido destacado por otros oradores— qué importancia le ha dado la Nación Argentina a la fijación del presupuesto, a

los destinos, a las partidas, a la naturaleza del gasto. Además, hasta se estableció en el Código Penal un delito para el uso distinto.

Todos sabemos que, en definitiva, el Código Penal recoge la valoración que tiene una sociedad en un momento determinado sobre una conducta dada. No es de derecho divino ni una verdad revelada. Lo que hoy es delito mañana puede que no lo sea, y si hoy no es delito lo podemos incorporar al Código Penal como tal en la medida en que la sociedad va evolucionando.

Esta sociedad argentina, la de la Constitución de 1853, esta que —ahora lo estamos descubriendo— no le da las facultades al Congreso para fijar el presupuesto, ya había establecido el artículo 260 del Código Penal para definir la malversación impropia y castigar el cambio de destino no autorizado. Fijese, señor presidente, hasta qué punto esta es una cuestión importante.

Mucha gente se ha preguntado por qué el Poder Ejecutivo envió esta iniciativa. El proyecto de presupuesto remitido a fines del año pasado no establecía facultades extraordinarias ni delegación. Recuerdo que el jefe de Gabinete dijo que eso era así porque en realidad el país estaba entrando en la normalidad y no resultaba necesaria la delegación de facultades. En todo caso podíamos discutir al respecto, como lo hicimos en debates que enfrentaron a la oposición con el oficialismo, al tratarse de delegaciones que tenían la vigencia de la ley de presupuesto. Sin embargo, a fin de año, decisión política mediante del Poder Ejecutivo de pagar por anticipado al Fondo Monetario Internacional, llegaron las delegaciones y, diría, las recontradelegaciones, porque el texto del proyecto por el que se prorrogó la emergencia fue mucho peor que los que hasta ese momento habíamos conocido desde el punto de vista de la resignación de facultades por parte del Congreso.

El Poder Ejecutivo durante años reconoció en el Parlamento la facultad de fijar el presupuesto; por ello, porque sólo delega quien tiene la facultad, se establecía la cláusula de delegación. Resulta que ahora el Poder Ejecutivo ha redescubierto y reinterpretado la Constitución, y entonces dice: no vamos a pedir la delegación. El jefe de Gabinete fue al Senado y no dijo “Vengo a pedir...” sino “Vengo a reclamar lo que me pertenece, porque la Constitución dice que soy el titular de la competencia y puedo,

como jefe de Gabinete, en mi facultad de administrador, hacer esto que antes pedíamos por delegación.” Si esto no contraría los actos propios del Poder Ejecutivo, me gustaría que me dijeran qué los contraría.

Recuerdo una perlita en este tema, respecto del cual el señor diputado Pinedo hizo un esfuerzo extraordinario para interpretar con coherencia el mensaje del Poder Ejecutivo que acompaña el proyecto en tratamiento. En verdad, y con todo respeto, podría resumir ese mensaje en una sola expresión: es una “sanata”, es la falta total de argumentos. De otra forma, no se entiende lo que se dice en esas tres hojas de fundamentos.

Frente a un mensaje de esas características remitido por el Poder Ejecutivo, conformado por mucha gente inteligente y conocedora de estas cuestiones, uno se pregunta por qué se envía algo así. ¿Por qué el Poder Ejecutivo, que antes interpretaba que la facultad correspondía al Congreso y, en consecuencia, solicitaba la correspondiente delegación, no sigue haciendo lo mismo cada año?

Esta gula institucional comenzó a manifestarse marcadamente después de las elecciones de octubre del año pasado, a tal punto que el Poder Ejecutivo no ha remitido ni un solo proyecto trascendente para su tratamiento por el Congreso que no haya significado la transferencia y el acrecentamiento de facultades a su favor. Como ejemplo, podemos citar la ley relativa al Consejo de la Magistratura, o la de establecimiento de cargos fijos, la reglamentación de los DNU, la delegación de superpoderes o de facultades, como deseen llamarla. En realidad estamos frente a una delegación de facultades permanente, prohibida por la Constitución Nacional. Como ésta prohíbe explícitamente tal delegación, se busca este subterfugio interpretativo de decir que no es una delegación, que ésta es una atribución propia del jefe de Gabinete de Ministros. Pero como ya quedó demostrado en esta argumentación, pensar de esa forma es un disparate, porque las facultades del Congreso nunca fueron modificadas desde la Constitución de 1853, y la reforma constitucional de 1994 tuvo exactamente el sentido contrario al que hoy se está pregonando.

También se sostiene que la sanción de este proyecto de ley es necesaria porque si no, no se

puede gobernar. Ayer escuché azorado el discurso que pronunció el presidente en Rosario. Les decía a los rosarinos que quería que se sancionara esta ley porque tenía obras paradas que no podía finalizar: "Quiero arreglar la costanera de Rosario y dos tramos de la ruta número 9, y no lo puedo hacer porque tengo bloqueadas las partidas." Eso es no hace falta que lo diga absolutamente falso, porque si lo necesita puede enviar un proyecto al Congreso y lo tendrá sancionado en el tiempo que quiera, seguramente menos del que le llevó preparar ese discurso, porque aquí tiene la mayoría que en todos los casos le asegura la aprobación de sus proyectos.

Por eso, cuando el presidente afirma que necesita esta sanción para desbloquear partidas para la realización de obras está mintiendo a la gente, y lo quiero expresar con todas las letras. No se puede decir esto cuando, según el sistema de información financiera del gobierno, a julio de 2006 la política de inversión del Ministerio de Planificación Federal, Inversión Pública y Servicios muestra una relación devengado-vigente para la inversión real directa de sólo el 19 por ciento. ¿Cómo se puede sostener, con un 19 por ciento de ejecución, que en la Argentina de hoy no se hacen obras porque están trabadas las partidas presupuestarias?

Una posible interpretación es que como la Constitución obliga al presidente a presentar un plan de gobierno, y a lo mejor todavía no lo tiene bien *afiatado*, necesita un instrumento para después cambiarlo en el camino.

Una segunda interpretación podría ser que hayan pensado: maldemos esto y después haremos lo que realmente queremos, sobre todo si rápidamente nos estamos acercando a un tiempo electoral.

La tercera puede ser que el presidente quiera el poder para él, que ni siquiera confíe en el poder de su propio partido para aprobar lo que necesita. No se explica cómo, teniendo una amplia mayoría en el Senado y otra mayoría construida con comodidad en la Cámara de Diputados, someta al país a semejante debate acerca de estas facultades que está concentrando.

El bloque de la Unión Cívica Radical no se prestará a este razonamiento, no comparte en absoluto la necesidad de sancionar un proyecto de ley que podría obviarse, no caerá en la inge-

nuidad de pensar que esto sólo se debe a la necesidad de administrar mejor el país, con toda convicción votará a favor de la vigencia irrestricta de la Constitución Nacional, y por lo tanto se pronunciará en contra de este proyecto que la viola flagrantemente. (Aplausos.)

Sr. Presidente (Balestrini). — Tiene la palabra el señor diputado por Santa Fe.

Sr. Rossi. — Señor presidente: voy a tratar de ser más sintético de lo "telegráfico" que resultó Chironi, a quien le habría salido carísimo su discurso porque más que un telegrama parecía una carta documento.

Estuvo bueno el acto en Rosario; habla bien de nuestro presidente el que concurra a una intendencia gobernada por un partido que votará en contra de la ley que estamos considerando y a inaugurar obras con financiamiento propio y del gobierno nacional, lo que demuestra que tampoco coaccionamos a ese partido que, además de votar en contra ahora, seguramente confrontará con nosotros en las elecciones de octubre del año próximo.

Después de una larga noche donde hemos escuchado muchas cosas, pocas fueron sobre la cuestión que estamos considerando y muchas sobre una caracterización política del gobierno que, obviamente, no compartimos y que a veces nos parece peligrosa. Me refiero a este intento persistente de la oposición de poner al gobierno en un lugar donde no está, no estuvo ni estará. Estoy hablando de las calificaciones de "monárquico", de la ley del "todo vale" y de la "bala de cabeza hueca".

Alguna señora diputada, para justificar su argumentación, hizo referencia a Jorge Guinzburg, humorista prestigioso de nuestro país. Otro legislador mencionó a Beatriz Sarlo. Algún otro se quejó por un periodista que ya no está más en Radio Nacional y hubo quien —gravemente— comparó la modificación de esta ley con el estado de sitio.

La verdad es que estas calificaciones en lugar de preocuparnos nos asustan, porque cada vez que en la Argentina se intenta deslegitimar a un gobierno, cualquiera fuera su procedencia política de raíces populares, lo primero que se hace es esta descalificación sistemática que realiza la oposición.

Lo relativo a la monarquía y al estado de sitio, en el fragor de la discusión y del debate,

luego de las horas de sesión y del cansancio, puede pasar inadvertido; pero prestemos atención a lo que decimos porque las calificaciones no son gratuitas. Ninguna de las descalificaciones hechas lo son, y en algún momento de la historia terminan siendo funcionales a intereses que, si uno mira a la cara a cualquiera de los diputados que han dicho esto seguramente dirán no representar.

Pero ciertamente existe esta amenaza permanente de la pérdida de la institucionalidad de la Argentina de la cual nosotros venimos escuchando en este recinto desde el 10 de diciembre, porque empezaron con el Consejo de la Magistratura, se sacaron una foto, después hicieron un abrazo a los tribunales, parecía que se caía la República, que se intervenía el Poder Judicial y que ningún juez iba a poder dictar más sentencias en la Argentina sin pedir permiso a Kirchner o a Cristina. Esto siguió este último mes con estos dos proyectos: el de hace quince días y el que estamos por votar hoy. La verdad es que hay que tener creatividad para decir que la reglamentación legislativa de los DNU significa una pérdida de poder para el Parlamento cuando antes de su reglamentación —lo dijimos veinte veces pero lo voy a volver a decir, porque he escuchado tantas veces tantas cosas que me voy a permitir ese derecho—, para derogarlos, necesitaban una ley convalidada por los dos tercios de los votos, y a partir de ahora van a necesitar una resolución simple.

Nadie puede decir que esto significa una pérdida de poder del Parlamento argentino; al contrario. Pero siguieron en la misma tesitura.

Hoy escuchamos, entre tantas cosas, fábulas. Aparecieron algunos animales, como el sapito de peluche y, entonces, me voy a permitir contar otra fábula: les va a pasar lo del pastor con las ovejas. Tantas veces, y reiteradamente, dicen que están en peligro la institucionalidad del país y los poderes de la democracia y de la República, y que hay un advenimiento del autoritarismo, pero nunca pasa nada. Los argentinos después se dan cuenta de que no pasan estas cosas, porque al otro día siguen sus vidas. No aparecen los tanques en las calles, que sostienen a las monarquías, ni aparece ninguna distorsión en la vida institucional del país. El discurso terminó, las leyes se votaron y todo sigue siendo lo mismo.

Entonces, el día que realmente pase algo en donde todos tengamos que avisar a la sociedad que están en peligro las instituciones, no nos van a creer porque se está bastardeando la palabra de los dirigentes políticos, que tiene significación y valor, pero no se la puede calificar tan libre e irresponsablemente con todos los epítetos que se han dicho durante todo el día de hoy y en jornadas anteriores.

Más allá de la valoración política que cada uno pueda tener de este gobierno, el año que viene habrá elecciones y todos podrán expresarse. Se podrán plantear alternativas en coaliciones o en la forma que sea, y nosotros tendremos derecho a defender nuestro gobierno.

No se puede tratar de dibujar un escenario como si se tratase de tapar el sol con las manos. Este gobierno tiene historia, integrantes, origen y convicciones que tienen que ver con la democracia, con la República y con el respeto a los derechos humanos. (*Aplausos.*)

¿Por qué ustedes le quieren hacer creer a los argentinos que esto no es así? Los argentinos no les van a creer, y lo peor es que si seguimos distorsionando el valor de la palabra el día que necesitemos convocar a los argentinos para defender a la República no van a creer absolutamente en ninguno de nosotros.

Por eso, reivindico lo que dijeron los diputados Urtubey y Díaz Bancalari, porque ciertamente en la Argentina hubo superpoderes. Pero esto no se trata de superpoderes.

Debo decir que a mí también me genera algún inconveniente hablar después del señor diputado Díaz Bancalari, porque no quiero repetir conceptos. Tengo que apelar a la creatividad para no repetir cosas y aburrirlos.

Además de todo lo que han dicho los señores diputados Urtubey y Díaz Bancalari, debo agregar que cuando se aprobaron los superpoderes para Cavallo, eran tan graves que se colocó una cláusula estableciendo qué era lo que no podían hacer Cavallo y de la Rúa, que me voy a permitir leer: privatización total o parcial y/o cesión en garantía de empresas públicas, universidades, Banco de la Nación Argentina y otras entidades financieras oficiales, Administración Federal de Ingresos Públicos, entes reguladores de servicios públicos, la participación del Estado nacional en entes y empresas binacionales,

Parques Nacionales e Instituto Nacional de Servicios Sociales para Jubilados y Pensionados.

Es decir que los legisladores que votaron esos superpoderes pusieron esa cláusula para decir "con esto no; hagan todo pero no privaticen el Banco Nación, no privaticen la AFIP ni el PAMI". Esto fue lo que hicieron.

Esos sí fueron superpoderes y una delegación abrupta de facultades en una situación de emergencia, con todo lo que sabemos que pasó.

Pero nosotros tenemos la obligación de decir, no a ustedes que lo saben ni a los señores periodistas que también lo conocen, sino a los argentinos, que después de que aprobemos la modificación del artículo 37 de la Ley de Administración Financiera el jefe de Gabinete no podrá hacer todo eso; lo que podrá hacer es disponer movilidad de partidas.

Como bien decía el señor diputado Lamberto, no se puede sostener que el jefe de Gabinete va a poder hacer lo que quiera con los 100.000 millones de pesos del presupuesto general de la Nación, porque como saben todos los que alguna vez han administrado, hay una parte del presupuesto que es inelástica y no se puede tocar aunque se quiera. Entonces, el porcentaje sobre el que estamos hablando, del 10, 12 o 15 por ciento, se reduce notablemente.

El artículo 37 de la Ley de Administración Financiera, entre otras cosas, no permite disminuir partidas destinadas a bienes de capital para aumentar gastos corrientes, pero no dice nada de la situación contraria. Justamente, este gobierno ha venido aumentando desde el año 2003 hasta ahora, de 3.000 millones a más de 12.000 millones de pesos la partida correspondiente a bienes de capital.

No voy a decir nada elocvente respecto del artículo 37, pero me voy a permitir dar mi opinión respecto de lo que significa la rigidez de ese artículo. Entre otras cosas me tomé el trabajo de leer el debate de la sanción de la Ley de Administración Financiera llevado a cabo en 1992, y créanme que de todo lo que significa esa ley, muy pocos párrafos de ese debate estuvieron dedicados al artículo 37. Ese artículo 37 tenía que ver con el país que existía en ese momento, un país que venía de dos hiperinflaciones, donde los gobiernos, los Estados, a duras penas pagaban los sueldos y servicios básicos. Era habitual —por eso se hablaba de los

"pospuestos"— aprobar tardíamente rendiciones de cuentas, no sólo en el Congreso de la Nación sino también en las provincias y en los municipios, por la situación macroeconómica que existía en el país. Por eso esta rigidez limitante permite bajar gastos corrientes y aumentar gastos de capital pero no hacer a la inversa.

En verdad, la rigidez tenía por objeto intentar normalizar el funcionamiento del país que ya había sufrido dos hiperinflaciones. Además, por qué no decirlo, en aquel entonces eran tenidas muy en cuenta las sugerencias y opiniones de los organismos multilaterales de crédito.

La Argentina del año 1992 era absolutamente distinta a ésta, que tiene superávit fiscal y ha venido aumentando per se la partida de bienes de capital. ¿Qué tendría que hacer si no el gobierno para eliminar la rigidez del artículo 37? ¿Aumentar artificiosamente los gastos corrientes en un proceso en contra de los bienes de capital, porque con los gastos corrientes puede tener una especie de movilidad?

Este es un país que cambió, que tiene superávit fiscal y que luego de muchos años vuelve a contar con un plan de inversión en obras públicas. ¿No les parece entonces que vale la pena echar una mirada y analizar esta modificación sin que ello signifique el derrumbe de los pilares que sostienen la República?

Tampoco debemos olvidar que con distintas variantes y en diferentes situaciones, esta posibilidad de movilizar partidas —en algunos casos en forma permanente y en otros cada año, con el tratamiento del presupuesto— existe para la mayoría de los gobernadores y muchísimos intendentes. ¿Por qué entonces el gobierno no habría de plantear una modificación de la Ley de Administración Financiera?

A quienes preuncian que con esta reforma haremos una cantidad innumerable de cosas, les recuerdo que no lo hicimos cuando ya tuvimos esta potestad. ¿Por qué piensan que lo haremos ahora? El año pasado el jefe de Gabinete de Ministros era el mismo, también era una época electoral y, sin embargo, no lo hicimos. Por el contrario, modificamos partidas en menos del 2 por ciento.

¿A nadie se le ocurrió pensar que estas prácticas administrativas son utilizadas por intendentes y gobernadores radicales, justicialistas, menemistas, etcétera, con jefe de Gabinete

de Ministros o sin él? ¿Acaso no es este el momento de hacer un sinceramiento y no quedar a expensas de que el gobierno cuente con una mayoría circunstancial en cada Cámara para que un jefe de Gabinete de Ministros tenga esta facultad?

Cuando se modifica una ley se sale de la discrecionalidad que significa el acto de excepción. Como es sabido, el acto de excepción depende de la fuerza política que cada partido tenga en ambas Cámaras, y con la reforma que se propone lo que se está haciendo es otorgar esta facultad no sólo a este presidente y a este jefe de Gabinete de Ministros sino a todos aquellos que los sucedan.

Por todos estos motivos, creo que estamos bastante lejos de presenciar el fin de la República. Por el contrario, estamos bastante más cercanos a la modificación de una ley que permite, a nuestro criterio, dar al Poder Ejecutivo una mayor capacidad para desempeñarse con eficiencia administrativa.

Además lo hacemos sacándole la excepción, porque no queremos que sea para este presidente. En otras palabras, si mañana gana otro queremos que tenga las mismas posibilidades que tuvo éste. Por eso modificamos la ley.

Por último, señor presidente, quiero hacer referencia a la Argentina que tenemos y a toda esta serie de cifras que se han suministrado. A mi juicio, esto nos hace reflexionar respecto de un país en el que los argentinos no piensan. Hoy los argentinos, en cualquier lugar de la República, piensan que están mejor que hace tres años. Y tienen derecho a hacerlo así porque no se puede realizar alquimia matemática. Hace tres años teníamos un 25 por ciento de desocupación y hoy tenemos un 11 por ciento; teníamos un 60 por ciento de argentinos por debajo de la línea de pobreza y hoy tenemos un 28 por ciento; teníamos un 30 por ciento de indigencia y hoy ese nivel se ubica por debajo del 13 por ciento.

Asimismo, entre los años 2002 y 2005 se crearon 2.872.000 puestos de trabajo en nuestro país. Para tener una idea de lo que esto significa en materia de cantidad de puestos de trabajo, debo decir que es el equivalente a tres veces la población de la ciudad de Rosario.

Seguramente falta mucho por hacer. Nunca lo dejamos de reconocer, y el primero que lo

hace es el señor presidente de la Nación. Pero también tenemos la certeza de que el camino que nuestro país emprendió hace tres años es el correcto. *(Aplausos.)*

Sr. Presidente (Balestrini). – La Presidencia solicita el asentimiento de la Honorable Cámara a fin de efectuar en el Diario de Sesiones las inserciones solicitadas por los señores diputados.

–Asentimiento.

Sr. Presidente (Balestrini). – Se harán las inserciones solicitadas.¹

Sr. Presidente (Balestrini). – Se va a votar nominalmente en general el dictamen de mayoría.

–Se practica la votación nominal.

–Conforme al tablero electrónico, sobre 227 señores diputados presentes, 135 han votado por la afirmativa y 91 por la negativa.

Sr. Secretario (Hidalgo). – Se han registrado 135 votos por la afirmativa y 91 por la negativa.

–Votan por la afirmativa los señores diputados: Accastello, Agüero, Alonso, Alvarez Rodríguez, Argüello, Arnold, Arriaga, Artola, Atanasof, Baladrón, Barriónuevo, Bejarano, Berraute, Bertone, Bianchi Silvestre, Bianco, Bielsa, Bösch, Canela, Canevarolo, Cantero Gutiérrez, Canteros, Cantos, Carlotto, Carmona, Caserio, Cavadini, César, Chiaccchio, Cigogna, Cittadini, Coirini, Collantes, Conti, Córdoba (J.M.), Córdoba (S.M.), Coscia, Dalla Fontana, Daud, Daza, De Bernardi, De Brasi, De la Barrera, De la Rosa, Delich, Depetri, Di Tullio, Díaz Bancalari, Díaz Roig, Díaz, Fadel, Fernández, Ferrá de Bartol, Ferrigno, Figueroa, Fiol, Galantini, Gallo, García de Moreno, García (M.T.), Garrido Arceo, Genem, Giacomino, Gioja, Giorgetti, Godoy (R.E.), González (J.P.), Gutiérrez (F.V.), Gutiérrez (G.B.), Heredia, Herrera (A.), Herrera (G.N.), Ilarregui, Ingram, Irrazábal, Iturrieta, Kakubur, Kunkel, Lambert, Landau, Lauritto, López, Lorenzo Borocotó, Lovaglio Saravia, Marcó del Pont, Marconato, Marconetto, Marino (J.I.), Massei, Mediza, Méndez de Ferreyra, Merino, Moisés, Monayar, Mongeló, Moreno,

¹ Véase el texto de las inserciones en el Apéndice. (Pág. 271.)

Müller, Nemirovski, Olmos, Osorio, Osuna, Pastoriza, Pérez (M.S.), Perié, Porto, Recalde, Rico, Rodríguez (O.E.R.), Röjkés, Román, Romero, Roquel, Rossi, Rosso, Ruckauf, Salim (J.A.), Salum, Santander, Sartori, Sluga, Snopek, Solanas, Soto, Stellà, Sylvestre Begnis, Thomas, Torino, Tulio, Urtubey, Uñac, Vaca Narvaja, Vargas Aignasse, Velarde, West y Wilder.

—Votan por la negativa los señores diputados: Abdala, Acuña Kunz, Aguad, Alarcón, Alchouron, Álvarez, Augsburger, Azcoiti, Baigorri, Baragiola, Bayonzo, Beccani, Bertol, Binner, Bisutti, Bonacorsi, Borsani, Brillo, Bullrich, Burzaco, Camaño (E.O.), Carrió, Cassese, Cecco, Chironi, Comelli, Costa, De Marchi, De Narváez, Dellepiane, Di Pollina, Doga, Fabris, Ferri, Ferro, Galvalisi, García Méndez, Ginzburg, Giubergia, Guidici, Godoy (J.C.L.), González (M.A.), Gorbacz, Hernández, Iglesias, Jano, Jerez (E.E.), Kroneberger, Lemos, Leyba de Martí, Lix Klett, Lozano, Lusquiños, Macaluse, Macchi, Macri, Maffei, Marino (A.), Martínez Garbino, Martínez, Martini, Menem, Morandini, Morini, Negri, Nieva, Oviedo Panzoni, Pérez (A.), Peso, Pinedo, Poggi, Quiroz, Raimundi, Ríos, Rodríguez (M.V.), Rozas, Sarghini, Sesma, Sosa, Storani, Storero, Tate, Tinnirello, Tonelli, Torronteui, Vanossi, Varisco, Zancada, Zimmermann y Zottos.

Sr. Presidente (Balestrini). — Queda aprobado en general.

Tiene la palabra la señora diputada por la Capital.

Sra. González. — Señor presidente: solicito que se deje constancia en el Diario de Sesiones de mi voto por la negativa.

Sr. Presidente (Balestrini). — Así se hará, señora diputada.

Tiene la palabra la señora diputada por San Juan.

Sra. Ferrá de Bartol. — Señor presidente: solicito que se deje constancia en el Diario de Sesiones de mi voto por la afirmativa.

Sr. Presidente (Balestrini). — Así se hará, señora diputada.

En consideración en particular el artículo 1º.
Se va a votar.

—Se practica la votación nominal.

—Conforme al tablero electrónico, sobre 227 señores diputados presentes, 133 han votado por la afirmativa y 93 por la negativa.

Sr. Secretario (Hidalgo). — Han votado 133 señores diputados por la afirmativa y 93 por la negativa.

—Votan por la afirmativa los señores diputados: Accastello, Agüero, Alonso, Álvarez Rodríguez, Argüello, Arnold, Arriaga, Artola, Atanasof, Baladrón, Barrionuevo, Bejarano, Berraute, Bertone, Bianchi Sylvestre, Bianco, Bösch, Canela, Canevarolo, Cantero Gutiérrez, Canteros, Cantos, Carlotto, Carmona, Caserio, Cavadini, César, Chiacchio, Cigogna, Cittadini, Coirini, Conti, Córdoba (J.M.), Córdoba (S.M.), Coscia, Dalla Fontana, Daud, Daza, De Bernardi, De Brasi, De la Barrera, De la Rosa, Delich, Depetri, Di Tullio, Díaz Bancalari, Díaz Roig, Díaz, Fadel, Fernández, Ferrá de Bartol, Ferrigno, Figueroa, Fiol, Galantini, Gallo, García de Moreno, García (M.T.), Garrido Arceo, Genem, Giacomino, Gioja, Giorgetti, Godoy (R.E.), González (J.P.), Gutiérrez (F.V.), Gutiérrez (G.B.), Heredia, Herrera (A.), Herrera (G.N.), Ilarregui, Ingram, Irazábal, Iturrieta, Kakubur, Kunkel, Lamberto, Landau, Lauritto, López, Lorenzo Borocotó, Lovaglio Saravia, Marcó del Pont, Marconato, Marconetto, Marino (J.I.), Massei, Mediza, Méndez de Ferreyra, Merino, Moisés, Monayar, Mongeló, Moreno, Müller, Nemirovski, Olmos, Osorio, Osuna, Pastoriza, Pérez (M.S.), Perié, Porto, Recalde, Rico, Rodríguez (O.E.R.), Röjkés, Román, Romero, Roquel, Rossi, Rosso, Ruckauf, Salim (J.A.), Salum, Santander, Sartori, Sluga, Snopek, Solanas, Soto, Stella, Sylvestre Begnis, Thomas, Torino, Tulio, Urtubey, Uñac, Vaca Narvaja, Vargas Aignasse, Velarde, West y Wilder.

—Votan por la negativa los señores diputados: Abdala, Acuña Kunz, Aguad, Alarcón, Alchouron, Álvarez, Augsburger, Azcoiti, Baigorri, Baragiola, Bayonzo, Beccani, Bertol, Bielsa, Binner, Bisutti, Bonacorsi, Borsani, Brillo, Bullrich, Burzaco, Camaño (E.O.), Carrió, Cassese, Cecco, Chironi, Collantes, Comelli, Costa, De Marchi, De Narváez, Dellepiane, Di Pollina, Doga, Fabris, Ferri, Ferro, Galvalisi, García Méndez, Ginzburg, Giubergia, Guidici, Godoy (J.C.L.), González (M.A.), Gorbacz, Hernández, Iglesias, Jano, Jerez (E.E.), Kroneberger, Lemos, Leyba de Martí, Lix Klett, Lozano, Lusquiños, Macaluse, Macchi, Macri, Maffei, Marino (A.), Martínez Garbino, Martínez, Martini, Menem, Morandini, Morini, Negri, Nieva, Oviedo, Panzoni, Pérez (A.), Peso, Pinedo, Poggi, Quiroz, Raimundi, Ríos, Rodríguez (M.V.), Rozas, Sarghini, Sesma, Sosa,

Storani, Storero, Tate, Tinnirello, Tonelli, Torrontegui, Vanossi, Varisco, Zancada, Zimmermann y Zottos.

Sr. Presidente (Balestrini). – En consideración el artículo 2°.

Se va a votar.

–Se practica la votación nominal.

–Conforme al tablero electrónico sobre 226 señores diputados presentes, 134 han votado por la afirmativa y 91 por la negativa.

Sr. Secretario (Hidalgo). – Han votado 134 señores diputados por la afirmativa y 91 por la negativa.

–Votan por la afirmativa los señores diputados: Accastello, Agüero, Alonso, Alvarez Rodríguez, Argüello, Arnold, Arruga, Artola, Atanasof, Baladrón, Barrionuevo, Bejarano, Berraute, Bertone, Bianchi Silvestre, Bianco, Bielsa, Bösch, Canela, Canevarolo, Cantero Gutiérrez, Canteros, Cantos, Carlotto, Carmona, Caserio, Cavadini, César Chiacchio, Cigogna, Cittadini, Coirini, Collantes, Conti, Córdoba (J.M.), Córdoba (S.M.), Coscia, Dalla Fontana, Daud, Daza, De Bernardi, De Brasi, De la Barrera, De la Rosa, Delich, Depetri, Di Tullio, Díaz Bancalari, Díaz Roig, Díaz, Fadel, Fernández, Ferrá de Bartol, Ferrigno, Figueroa, Fiol, Galantini, Gallo, García de Moreno, García (M.L.), Garrido Arceo, Genem, Giacomino, Gioja, Giorgetti, Godoy (R.E.), González (J.P.), Gutiérrez (F.V.), Gutiérrez (G.B.), Heredia, Herrera (A.), Herrera (G.N.), Ilarregui, Ingram, Irrazábal, Iturrieta, Kakubur, Kunkel, Lambert, Landau, Lauritto, López, Lorenzo Borocotó, Lovaglio Saravia, Marcó del Pont, Marconato, Marconetto, Marino (J.L.), Massei, Mediza, Méndez de Ferreyra, Merino, Moisés, Monayar, Mongeló, Moreno, Müller, Nenirovski, Olmos, Osorio, Osuna, Pastoriza, Pérez (M.S.),

Perje, Porto, Recalde, Rico, Rodríguez (O.E.R.), Rijkés, Román, Romero, Roquel, Rossi, Rosso, Salim (J.A.), Salum, Santander, Sartori, Sluga, Snopek, Solanas, Soto, Stella, Sylvestre Begnis, Thomas, Torino, Tulio, Urbube, Uñac, Vaca Narvaja, Vargas Aignasse, Velarde, West y Wilder.

–Votan por la negativa los señores diputados: Abdala, Acuña Kunz, Aguad, Alarcón, Alchouron, Alvarez, Augsburg, Azcoiti, Baigorri, Baragiola, Bayonzo, Beccani, Beroi, Binner, Bisutti, Bonacorsi, Borsani, Brillo, Bulrich, Burzaco, Camaño (E.O.), Carrió, Cassese, Cecco, Chironi, Comelli, Costa, De Marchi, De Narváez, Dellepiane, Di Pollina, Doga, Fabris, Ferri, Ferro, Galvalisi, García Méndez, Ginzburg, Giubergia, Guidici, Godoy (J.C.L.), González (M.A.), Gorbacz, Hernández, Iglesias, Jano, Jerez (E.E.), Kroneberger, Lemos, Leyba de Marti, Lix Klett, Lozano, Lusquiños, Macaluse, Macchi, Macri, Maffei, Marino (A.), Martínez Garbino, Martínez, Martini, Menem, Morandini, Morini, Negri, Nieva, Oviedo, Panzoni, Pérez (A.), Peso, Pinedo, Poggi, Quiroz, Raimundi, Ríos, Rodríguez (M.V.), Rozas, Sarghini, Sesma, Sosa, Storani, Storero, Tate, Tinnirello, Tonelli, Torrontegui, Vanossi, Varisco, Zancada, Zimmermann y Zottos.

Sr. Presidente (Balestrini). – El artículo 3° es de forma.

Queda definitivamente sancionado el proyecto de ley.

Se comunicará al Poder Ejecutivo y se dará aviso al Honorable Senado. *(Aplausos.)*

No habiendo más asuntos que tratar, queda levantada la sesión.

–Es la hora 4 y 12 del día 3.

HORACIO M. GONZÁLEZ MONASTERIO.

Director del Cuerpo de Taquígrafos.